

JULIO BERMÚDEZ VALDÉS

RICARDO ARIAS CALDERÓN



*Pensador y Constructor
de Democracia*

JULIO BERMÚDEZ VALDÉS
RICARDO ARIAS
CALDERÓN

*Pensador y Constructor
de Democracia*

2013



RICARDO ARIAS CALDERÓN

*Título: **RICARDO ARIAS CALDERÓN***

Pensador y Constructor de Democracia

Primera Edición, Mayo de 2013

ISBN: 978-9962-05-445-0

Autor: Julio Bermúdez Valdés

Diseño: Nelson Fernández y Marlysse Díaz

*Fotografía: Marcos Guerra, Alcides Rodríguez, Julio Rovi
y Teresita Yaniz de Arias*

Preprensa y Producción Gráfica:

SMART BUSINESS INC. S.A.

www.livegraphicstudio.com - Imprímelo Bien

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, incluidas las fotografías, por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Índice General

Agradecimientos

Prólogo

Introducción

I Los Orígenes	16
La infancia	19
Los Arias	20
Ricardo Arias Feraud	24
Los Calderón-Herrera	27
Manuel Calderón Ramírez	29
El tío Salvador	31
Comerciantes y Empresarios	33
La casa de San Felipe	33
La Segunda Guerra Mundial	35
Baba, Lupita y Mamalita	38
II La Academia Militar de Culver	54
Cartas y acontecimientos	56
Lupita y Samuel	57
La crisis del 49	59
III En busca del Horizonte	68
Yale	68
Arnulfo Arias	70
Derecho, sacerdocio o filosofía	79
¿A quién le quieres servir?	81
El horizonte	84
Jacques Maritain	88
Ordis Predicatoris	90

IV Desde la cátedra universitaria	106
Para toda la vida	110
La izquierda	115
Rodolfo Aguilar Delgado	117
El ideal cristiano de la educación	120
Espacio y proyección	122
La Iglesia Católica	123
Monseñor McGrath	126
Ni liberalismo, ni conservadurismo	128
V Una coyuntura histórica	130
El Partido Demócrata Cristiano	134
Chile	142
El Golpe de 1968	150
VI Agresión y desafío	161
El cierre de la Universidad de Panamá	165
El despojo	168
El exilio	169
Los militares y la izquierda	177
Un nuevo Tratado sobre el Canal	178
VII El regreso y las tareas	188
De vuelta a Panamá	190
Manos a la obra	192
Ahora o Nunca	193
¡Vamos a la inscripción!	195
La Prensa	197
Un Partido moderno	201
VIII Los primeros desafíos	212
Para llegar hasta el pueblo	218
La muerte de Torrijos	221
Las reformas constitucionales	223
Las elecciones de 1984	228

IX La Democracia	239
Las responsabilidades no son iguales ni las culpas idénticas	239
Hugo Spadafora Franco	241
El 16 de marzo	251
Las elecciones de 1989	257
El siete de mayo	263
X La invasión	284
Todavía es posible un acuerdo	291
La noche de la invasión	293
XI El domingo siguiente	299
Noriega en la Nunciatura	300
La desmilitarización	301
La intentona golpista de diciembre de 1990	313
El PDC sale del gobierno	315
XII Otra vez el horizonte	323
La administración Pérez Balladares	327
La presidencia de la IDC	331
La desilusión	334
La administración Moscoso	336
Consenso para una política de seguridad	337
XIII Nueva lucha, nuevos aportes	339
Citas	352
Epílogo	360
Índice Onomástico	366
Bibliografía	

Esta obra no hubiera sido posible sin la cooperación entusiasta de Temístocles de Obaldía, José Antonio Sossa, Rosario Arias de Galindo, Francisco Arias Vallarino, Esther Watson de Abadi, Mery Alfaro de Villageliú, Juan Antonio Tejada, Edwin Cabrera, Milton Henríquez, Maritza Royo, Maui Vallarino de Saint Malo, Guillermo Cochez, Nicolás Ardito Barletta, Coqui Calderón, Adelita de Cardoze, Ramón Manuel y Jaime Alberto Arias Calderón, Arístides Valdonedo, Valerio Araúz, Humberto Macea, Ebrahim Asvat, Rubén Darío Paredes, Leonidas Macías, y en particular María Teresa, Ángeles, Martín e Ignacio Arias Yániz. Sin el valioso archivo fotográfico de Marcos Guerra, y sin el aporte y precisiones del doctor Omar Jaén Suárez, autor del libro fundamental de la historia panameña *La Población del Istmo de Panamá del siglo XVI al siglo XX*. Y especialmente sin la constante y puntual orientación con que ha asistido Teresita Yániz de Arias, a este recuento de la vida de su esposo.

Panamá, febrero de 2013

PRÓLOGO

¿Quién es Ricardo Arias Calderón? Es la pregunta que sustenta toda esta biografía. La respuesta, más bien las respuestas múltiples, podrán acercarnos por diversas escalas y niveles de conocimiento y de comprensión al personaje, al hombre de carne y hueso y, sobre todo, al pensador. Puesto que lo que sobresale, lo que sorprende en el sentido profundo de la palabra, es la calidad del pensamiento que sostiene una acción estimable. Pensamiento y acción indisolubles en un hombre universal pero también hondamente panameño. Su mayor referente intelectual, su maestro, Jacques Maritain, afirma que se debe “insistir en el tema central de la legitimidad y de la necesidad de una filosofía moral elaborada en la fe, y alumbrada con las luces de la teología”. Una filosofía moral elaborada en la fe es el motivo central que explica, intelectualmente, a Ricardo Arias Calderón, su formación y el sustento de su acción. Filósofo comprometido es casi una etiqueta si no se comprende también su fe, su relación con la religión, con una cierta teología volcada hacia el hombre concreto.

Humanista cristiano como existen por lo menos desde Erasmo, imbuido del complejo pensamiento de Santo Tomás de Aquino, más que el objeto de su estudio su compañero intelectual de juventud estudiosa, Ricardo Arias Calderón es el producto de muchas cosas: de una herencia biológica y social, de una infancia, de una familia, de una sensibilidad, de una inteligencia, de un conocimiento adquirido pero, sobre todo, de una elección. Hombre libre cree en la libertad como elemento cardinal de la condición humana, además como una regla de conducta. Cree en la libertad individual y colectiva, lucha por esa libertad para los demás, para sus congéneres, para todos los seres humanos. La practica desde la orilla del creyente y actúa como tal. Filósofo de formación que ha

tenido la ocasión de frotarse a un medio, tanto en Yale como en la abadía de la Provenza francesa y en la Sorbona de París, que es el resultado de muchos siglos de maduración, de dura y sofisticada competencia intelectual, de selección despiadada que se fundamenta en la capacidad y la inteligencia, en la disciplina y el conocimiento. Condiciones que resultan incomprensibles para aquellos que no han tenido esa oportunidad y que son casi enteramente desconocidas en nuestro medio tropical panameño, aún en el más elevado ámbito académico y cultural.

Este humanista y filósofo que se compromete con su fe y su ideal, decide tratar de actuar en su vida según sus principios. Para ello, desprecia las facilidades que su nacimiento y su formación le otorgaban sin mucho esfuerzo y escoge la dificultad, la puerta estrecha en variados aspectos de su existencia. Y lo hace no por vanidad ni por espíritu de complaciente o torcido masoquismo, sino simplemente porque corresponde con su pensamiento más profundo, con su creencia de cristiano comprometido con su prójimo, con la humanidad. Actúa en consecuencia durante toda su vida y obtiene grandes logros, no tanto para sí aunque le correspondieran de pleno derecho, como para la sociedad. Lucha desde su juventud con vigor y arrostra los mayores peligros por el respeto de los derechos humanos y de la libertad para los panameños. Contribuye poderosamente a la instauración de una democracia en Panamá, imperfecta no sólo porque es el producto de los hombres, sino porque encuentra tantas resistencias en una mentalidad profunda, poco acostumbrada a ella, forjada desde el oportunismo y la trampa como sistema, la explotación de los subordinados, la burla de la inteligencia, la capacidad, el conocimiento y la cultura. Contribuye también con fuerza a traer al debate político y social la preocupación por los más débiles. Podemos o no estar de acuerdo con su pensamiento, con su fe o con su elección pero no podemos ignorar su acción y sus resultados. No podemos desconocer su integridad humana e intelectual. No podemos ser insensibles a su coraje y a su valor. En un momento crucial del pasado reciente panameño Ricardo Arias Calderón encarna como ningun-

no la legitimidad y la decencia y a causa de eso es vilipendiado por algunos, pero la historia auténtica y honesta lo reivindicará.

En una sociedad repleta de apariencias engañosas, de maquillajes grotescos y de falsos valores, minada por los antivaleores, Ricardo Arias Calderón se presenta como una roca que sirve de referencia y de ejemplo para aquellos que sueñan con un mundo mejor, con una sociedad panameña de hombres libres, responsables y decentes, tolerantes, solidarios y comprometidos con los demás, con el bien común antes que todo. Sociedad posible si luchamos duramente, mediante las armas de la educación de calidad y el ejemplo de integridad, para transformarla radicalmente, para crear una colectividad sana, una nación panameña con destino, con verdadero futuro. Hombre de equipo, no podemos tampoco comprender la vida de Ricardo Arias Calderón si no consideramos a los que se comprometieron profundamente con su pensamiento, sus ideales y su acción. Teresita, antes que todo, que trabaja con los mismos objetivos y el mismo ardor, sustentada por idéntica exigencia moral y conciencia crítica, y aquellos que también lo acompañaron, durante décadas, en su acción política y social.

En esta biografía escrita con elegancia, talento y afecto por Julio Bermúdez Valdés, vemos varios aspectos de Ricardo Arias Calderón, su niñez y su juventud, su maduración en Estados Unidos y Europa. Advertimos además de su formación intelectual muy elaborada, su perfecta acción profesional de maestro universitario y su labor de docencia social a través de sus escritos, sus discursos y su comportamiento ejemplar. Pero vemos también su acción política nacional e internacional, siempre dirigida al mismo objetivo: lograr un mundo más justo y más libre, más democrático, una sociedad sustentada en valores morales y en la integridad. Esa es la lección que nos ofrece una vida plena, de un filósofo comprometido y que ha tenido éxito porque su lucha y su dedicación han encontrado terreno fértil. Han creado una conciencia, fuerte en sus seguidores más cercamos y aunque sea más débil en otros, no dudamos que terminará por prevalecer en nuestro país. Nuestra lucha para que esos ideales y esa acción ter-

minen así será el mejor homenaje que podemos brindar hoy, con las enseñanzas que nos presenta esta biografía, a un hombre, a un panameño excepcional, uno de los mejores que hayamos conocido, a un auténtico portador de esperanza.

Omar Jaén Suárez
Panamá, febrero de 2013

Introducción

¿Cuándo la palabra deja de ser un recurso estrictamente comunicacional para convertirse en una propuesta de orientación para la sociedad? Construir la biografía del doctor Ricardo Arias Calderón es asistir a un proceso en el que la palabra madura hasta convertirse en voz colectiva. Construye la oración, se convierte en discurso y luego sectores importantes de las colectividades la hacen suya. En ese transcurso se resume una relación entre concepto y acción, entre enunciado y vida, y que en su caso solo se puede comprender desentrañando los puntos de partida de un razonamiento riguroso y un compromiso asumido, a partir de la impronta que representa la formación del sujeto, en este caso la de un hombre que escogió como carrera la Filosofía para actuar desde ella en el amplio ámbito de la sociedad, y entonces el filósofo y el político se convirtieron en uno solo. Se percibe igualmente, pero de manera menos acentuada, la primera guía de su familia y los descubrimientos sorprendentes de los primeros años de vida. Nada tendrá, sin embargo, la consistencia y la organicidad de esa ruptura entre el ser guiado y aquel que comienza a construir ideas desde sus propias perspectivas, como el hombre que resulta de su formación académica final.

La mañana otoñal de 1954 en que desembarcaba en Francia, junto a su amigo Joseph Grimes, Arias Calderón buscaba definir un viejo conflicto existencial entre su fe religiosa y los consistentes preceptos académicos que le había aportado la prestigiosa Universidad de Yale. ¿Cómo se establecían los vínculos entre la cultura del deber en que había sido formado y la manera de ejecutarlos? Varias disyuntivas se originaron en sus años en ese centro de estudios superiores: reconsideró, por ejemplo, una inicial inclinación sacerdotal que tuvo a punto de llevarlo a un seminario católico en Canadá; había la posibilidad de servir mejor a la sociedad sin hacerlo desde un púlpito, le habría dicho su madre; evaluó las conclusiones de sus compañeros de estudios reunidos en *The Group*, un colectivo académico donde cada integrante exponía

su autobiografía y sus expectativas a futuro. Después de escuchar la disertación de Ricardo sus condiscípulos le preguntaban: “¿a quién quieres servirle, a la Iglesia o a Panamá?”; había retirado definitivamente la opción de estudiar Derecho y Ciencias Políticas, y optado por la Filosofía. Buscaba su propio camino. Pudo hacerlo en Estados Unidos pero había decidido viajar a Francia después de su crucial encuentro con Jacques Maritain, el célebre filósofo francés expositor de la Doctrina Social de la Iglesia Católica durante el siglo XX. Maritain le aconsejó tomarse un tiempo en el sur de Francia, visitar y convivir con los frailes dominicos. Allí se encontrará también con los monjes benedictinos. Con ambas congregaciones compartirá por dos años sus formas de vida austera, sus hábitos y sobre todo su rigurosidad filosófica.

Aquel otoño Ricardo arribará a una Francia de postguerra, cuyas heridas se resanaban. Habían pasado nueve años desde que se habían silenciado las armas de la Segunda Guerra Mundial, y aun cuando ya no había cadáveres en las tierras de la vieja Europa, la cicatriz del conflicto estaba presente en cada una de sus actividades cotidianas como una lección de vida, y el pensamiento filosófico francés, apoyado en sus mejores tradiciones, florecía sin escapar a esa realidad. La relación entre la vida y el concepto es en ese instante tema central en la filosofía francesa; está presente en la Iglesia y fuera de ella el ejemplo de los *Curas Obreros* y los *Traperos de Emaús*, esas legiones que abogaban por el bien y la justicia, sin ninguna remuneración, sencillos y sacrificados. En la Orden de los monjes benedictinos conoce a uno que había sobrevivido y escapado de los campos de concentración nazi y la profundidad de los razonamientos de Santo Tomás lo tocan tan a fondo, que hay ocasiones en que piensa que será incapaz de estar a la altura de los mismos. Durante dos años sigue el pensum académico de los dominicos, dedicado exclusivamente a la Filosofía, y en 1957 llega a la Universidad de París-Sorbona, donde la huella del *philosophe engagé*¹ se revela en las magistrales exposiciones de íconos como Raymond Aaron, Georges Gurvitch, Jean Piaget, Daniel Lagage o Paul Ricoeur, quién fuera director de la tesis de Ricardo, integrantes de una

larga tradición de pensadores que tenían su punto de partida en Henri-Louis Bergson H. y León Brunschvicg, y en los aportes posteriores de Gabriel Marcel, Emmanuel Mounier, Emmanuel Levinas, Jacques Derrida o Gaston Bachelard. Entre esos eruditos estaban también en el intenso debate de las ideas y desde otras tendencias filosóficas, Jean Paul Sartre y Simone de Beauvoir.

¿Cómo escapar a esa corriente que dilucidaba la relación entre vida y concepto, y que, independientemente de su tendencia, estará presente en casi todos los filósofos importantes de la Francia de la segunda mitad del siglo XX, incluido el propio Maritain? Paul Ricoeur reflexionaba, por ejemplo, “*sobre el lugar de la ética en la política*”², subrayando los límites en que se enmarca ese servicio público, mientras que para Alain Badiou “*todos los filósofos de este periodo han querido comprometer en profundidad a la filosofía en la cuestión política*”, lo que a su criterio “*viene a modificar la relación entre el concepto y la acción*”³. A todo lo largo de su trayectoria política, desde sus primeros días en la Universidad de Panamá, Ricardo se esforzará de manera creciente en la relación de sus formulaciones con una práctica política que siempre descartará los caminos fáciles, los beneficios personales o las alianzas cómodas en las coyunturas difíciles.

Cuando Arias Calderón deja París en 1962, regresa a Panamá un intelectual cuyos actos estarán precedidos en lo adelante de una rigurosidad y una metodología que, llegadas las conclusiones, se traducirán en compromisos sostenidos en el tiempo. No son las ventajas ni el oportunismo, y menos la charlatanería el eje de sus decisiones. Pudo ser un abogado exitoso y optó por la Filosofía, en una sociedad que como la panameña con su economía de servicio, le hubiera garantizado un futuro promisorio; hubiera podido permanecer en Francia con las mejores posibilidades para desarrollar la carrera por la que había optado pero prefirió volver a Panamá. Tenía todas las posibilidades de ingresar a cualquier partido tradicional donde formaban, inclusive, respetados familiares suyos y eligió camino a favor del pequeño y discreto Partido Demócrata Cristiano. Y hasta en su vida personal, tuvo la posibilidad de escoger entre los mejores partidos locales para

conformar una familia, y prefirió a una mujer que, desprendida de manera consciente de la seguridad económica de su familia paterna, había optado, al igual que él, por un compromiso social a partir de los preceptos del humanismo cristiano. Pudo insertarse en el proceso que se abrió con el golpe militar de 1968 bajo cualquier pretexto, pero prefirió una lucha frontal que desarrolló por veintiún años.

Procedente de la élite, sin ninguna razón material para optar por las reivindicaciones sociales, Ricardo Arias Calderón ha sido, al decir del doctor Omar Jaén Suárez, “*un hombre que siempre eligió la puerta estrecha*”. Un acto coherente con la formación que heredó de la escuela francesa, como *filósofo comprometido*. Nada extraño tiene, entonces, que muchas de sus decisiones carezcan de vínculos con esa lógica común que favorece, no en pocas ocasiones, las salidas fáciles. En 1968 estuvo entre quienes defendieron el triunfo electoral de Arnulfo Arias, luego que se percibieran intenciones de fraude desde el gobierno liberal de aquellos años, pese a la batalla que su familia había mantenido contra el líder panameñista desde los años treinta del siglo XX. Su ideología anticomunista no le impidió, asimismo, condenar y exigir el esclarecimiento del asesinato de un dirigente obrero que militaba bajo la ideología marxista-leninista. Tampoco dudó en promover, infructuosamente, acuerdos con las desaparecidas Fuerzas de Defensa para facilitar una transición democrática sin derramamientos de sangre, y la madrugada del 20 de diciembre de 1989, consumada la invasión de Estados Unidos a Panamá y en medio del drama y la tragedia que siguió, no dudó en ser juramentado junto al presidente Guillermo Endara y el segundo vicepresidente Guillermo Ford, en Clayton, una base militar del ejército de Estados Unidos asentada en el área del Canal.

La tarde del jueves 24 de agosto de 2001, en un hotel de la localidad, después de 21 años de confrontaciones, Ricardo Arias Calderón avaló un acuerdo entre la Democracia Cristiana y el Partido Revolucionario Democrático (PRD) para el *Mejoramiento y Transformación de la Asamblea Legislativa*, conocido como *Pacto Meta*, pese a que entre 1979 y 1989, la más intensa lucha por

el poder que registra la historia de Panamá representó para él, su familia y sus compañeros de partido carcelazos, clandestinidad, deportaciones, torturas y hasta atentados contra su vida. “¿Por qué?”-, le pregunté⁴ aquella tarde durante la conferencia de prensa a la que yo asistía por TVN noticias- y respondió: “*porque el país no puede seguir siendo prisionero de su pasado, un pueblo no puede ser prisionero de su memoria, la memoria está viva, pero el futuro está abierto*”.

Ni ambivalencia ni arrepentimientos. Aquella posición, sorprendió tanto a sus seguidores como a sus adversarios. Su propuesta era la de mirar hacia adelante sin olvidar los errores que como Nación se habían cometido en el pasado. No importaban los infortunios transitados era hora de mirar hacia adelante porque... *el futuro está abierto*. Y es la posición que estará en su respaldo a la alianza presidencial PDC/PRD para las elecciones de 2004.

Se puede estar o no de acuerdo con sus posiciones, lo que no se puede poner en duda es su preocupación constante por el país en el que ha nacido y su compromiso permanente por perfeccionar el punto de partida de toda su gestión: la Democracia.

Panamá, febrero de 2013

I. Los orígenes

Las crisis producen sus líderes. Pareciera que hubiesen estado ocultos por mucho tiempo y que surgieran de repente, lo que no significa que se presenten en el foro nacional sin biografía ni trayectoria. No es un proceso abrupto. Cuando a mediados de los años ochenta del siglo XX panameño, Ricardo Arias Calderón sobresalía como una de las figuras estelares del movimiento civilista contra el régimen militar, le antecedían por lo menos dos décadas de gestión política y cívica desde las aulas de la Universidad de Panamá y desde las filas del Partido Demócrata Cristiano. Su activismo social en ese período estará marcado por un discurso que parte de los principios del pensamiento social de la iglesia, y que cuestiona las concepciones tradicionales de un fundamentalismo liberal, que él define como oportunista y un conservadurismo al que considera retrógrado.

Con ambos había nacido la República, y en 1963, cuando el filósofo realizaba sus primeras incursiones en el debate público, predominaban en varias de las formaciones políticas existentes y de las que, inclusive, hacían parte algunos de sus familiares. Él defenderá la urgencia de una democracia que amplíe su cobertura hacia los más necesitados, que regule los excesos del mercado y abra oportunidades a los más vulnerables; valida las bondades y éxitos de la empresa privada pero opta, desde las capas medias, por la organización de los pobres y sus derechos; reconoce en Estados Unidos una potencia amiga de Panamá, pero rechaza su presencia colonial en *The Canal Zone*. Condena la agresión militar del nueve de enero de 1964, un acto decisivo en su afiliación a las filas demócrata cristianas. Un comportamiento político, que al coincidir con puntos de vistas levantados, entre otros, por organizaciones de izquierda, transcurrirá entre observaciones suspicaces de parte de críticos provenientes de su propia clase social, que por la misma razón van a identificar al Partido Demócrata

Cristiano como una sandía: “*verde por fuera y roja por dentro*”. No se adhiere a la derecha tradicional, pero tampoco hace nicho en la izquierda a la cual define como sectaria, totalitaria y dogmática, a la que combate y cuestiona. Católico practicante, había transitado desde su adolescencia por el sendero de un debate que lo llevó a la conclusión de que, aun cuando no se puede confundir la religión con la política, los principios de la primera pueden ser un punto de partida, válido e insustituible, en la práctica de la segunda. Será el PDC, la herramienta más afín a su determinación y a su condición de luchador social.

Forjada a mediados de los años cincuenta por un grupo de intelectuales, estudiantes universitarios, profesionales prestigiosos y grupos campesinos de capas medias, la DC panameña surgió como punto intermedio entre la derecha conservadora y tradicional, y la izquierda emergente que veía en el socialismo y en la experiencia cubana el fin de las injusticias sociales. Todo el pronunciamiento de Arias Calderón y toda su actividad política serán institucionales, una defensa constante de la Democracia, del Estado de Derecho, pero de duros señalamientos a quienes impedían el progreso social del país y la región latinoamericana. Desde esa óptica se podrá comprender por qué, a partir de octubre de 1968, cuando se produce el golpe militar, lo combatirá desde el primer día con el persistente reclamo de la vuelta a la Democracia. Era la continuidad de un comportamiento con antecedentes familiares, hilvanado desde la excelencia académica en que se había formado, y que había comenzado a poner en práctica seis años antes de la fractura institucional proijada por los uniformados.

El contexto en el que se mueve lo encontrará haciendo formulaciones rigurosas, académicas; sustentaciones las más legales, aportando orientaciones pormenorizadas y detallistas a su colectivo, “de gran contenido y profundidad” al decir, años después, del profesor Edwin Cabrera; lo que en nada reñirá con un comportamiento político intransigente, que en los momentos cruciales podía asumir riesgos o formular señalamientos certeros y directos, pero en los que inclusive se percibirán matices de flexibilidad para abrir paso a salidas coherentes en el re-juego político o a la

negociación. Es una conducta que explica, entre otras cosas, su presencia en una nómina presidencial encabezada por el líder panameñista Arnulfo Arias, un encuentro con el doctor Hugo Spadafora o una reunión bilateral sostenida con el general Manuel Antonio Noriega a medianos de los años 80, de la que se tuvo muy poca información en su momento.

Es el político que recompone y reclama espacios en medio del debate y de la lucha. Durante las elecciones de mayo de 1968, por ejemplo, pese a tener diferencias históricas con Arnulfo Arias, Ricardo será uno de los miembros que en su partido defenderá la victoria de los panameñistas contra los intentos de fraude que se tejen desde del gobierno. Entre 1979 y 1989 será la figura más emblemática de la oposición y guiará al Partido Demócrata Cristiano a la jornada más estelar de su historia, hasta convertirlo en un colectivo con una gran capacidad de convocatoria y respetado por sus propios aliados. En enero de 1989, las intrigas y la violación de un acuerdo por parte de esos mismos aliados en la coyuntura electoral lo privarán de una candidatura presidencial.

¿De dónde provenían esas posiciones en un hombre de la élite panameña, biznieto de Ricardo Arias Feraud y sobrino de Tomás Arias Ávila, ambos próceres de la Patria?; ¿Cómo se va conformando ese carácter que con los años va a concitar el respaldo de importantes sectores sociales y profesionales del país?

Parte intrínseca de la nueva generación de una clase dirigente que cultiva sus relevos con paciencia y una cuota importante de disciplina, Arias Calderón crece en un escenario relativamente riguroso, austero, fraternal y seguro, y de una gran confianza, en el que lo mantienen, a él y a sus hermanos, al tanto de los principales acontecimientos de la sociedad a la que pertenecen. Es educado en los mejores colegios con que contaba el istmo en los años 40 del siglo XX, y asiste a destacados centros y universidades de Estados Unidos y Francia.

Cuando culmina su primera carrera de *Bachelor of Arts* en la Yale University, en 1954, él no es tan sólo un joven que se interesa por descubrir su propio espacio, perfeccionista al decir de sus hermanos, sino un buscador de causas y formas de pensa-

miento con las cuales identificarse, vinculadas de alguna manera a la cuestión social, a la ética, la moral y la fe cristiana en medio de la cual ha crecido. Además de lo que había sido, escudriña en lo que es hasta entonces, para ir al encuentro del todavía borroso horizonte que tiene por delante.

La infancia

Ricardo Arias Calderón nació en el Hospital Panamá, el cuatro de mayo de 1933, un año en que el arsenal mundial de la intolerancia acumulaba combustible; Adolfo Hitler llegaba al poder en Alemania; Japón invadía China por el este de Manchuria, pero en Estados Unidos, Franklin Delano Roosevelt ponía en marcha la política del *buen vecino* hacia América Latina, y en la conferencia regional de Uruguay, en septiembre de ese año, se traducía en acuerdo el respeto a la autodeterminación de las naciones. En Panamá la presidencia de Harmodio Arias cumplía su noveno mes, empeñado en rescatar a la Nación de una de sus peores crisis fiscales y en forjar nuevas instituciones.

Pequeña pero acogedora, la Ciudad de Panamá mantenía por esos años una actividad comercial vibrante, propia de un paso donde, además de personas de todos los puntos del orbe, convergían intereses, tareas y, sobre todo, esfuerzos por darle ese tono de localidad capaz, civilizada y en amplio desarrollo. Todavía el tranvía dominaba sus principales avenidas desde Santa Ana a Balboa o de Santa Ana a Bella Vista, y *las chivas*⁵ cubrían las vecindades rurales; unos pocos autos Ford transitaban sus calles, surgían los primeros almacenes por departamentos y exponía en el día a día una activa vida política.

La frontera natural de la ciudad llegaba hasta los barrios obreros del Marañón y Calidonia. Allí, comenzaban “las afueras” siguiendo el camino de Las Sabanas, la antigua vía real a Chepo, o se iban desarrollando comunidades como *La Exposición*, *Bella Vista* y *Perejil*. Panamá seguía empeñaba en transformar sus relaciones con Estados Unidos; un tratado, el *Hay-Bunau Varilla*, de 1903, le otorgaba a este último país derechos como si

fuera soberano sobre mil 432 kilómetros cuadrados de una franja de territorio nacional colocada en el mismo centro de su geografía⁶. Le permitía, además, arbitrar problemas domésticos como las elecciones generales. A propuesta norteamericana para revisar el tratado Hay-Bunau Varilla de 1903 sobre el Canal de Panamá, el presidente Harmodio Arias, cuya raíz familiar en nada toca con la de Ricardo, organizaba una agenda que, llevada adelante por Ricardo J. Alfaro, Narciso Garay y Lucas López, concluiría en el Tratado General de Amistad y Cooperación de 1936, mediante el cual se ponía fin al protectorado que había sido Panamá desde su separación de Colombia. En octubre de 1933 el mandatario panameño realizaría en Estados Unidos una entrevista con el presidente Franklin Delano Roosevelt.

Los Arias

Una nota social del sábado seis de mayo de 1933 aparecida en el periódico *La Estrella de Panamá* saludaba el nacimiento de Ricardo, el segundo hijo de Ramón Ricardo Arias Arias y de Guadalupe Rosenda Calderón Herrera de Arias, **Lupita**: el mayor era Ramón Manuel, y el menor Jaime Alberto.

Ricardo nacía a las siete de la mañana según consta en el registro civil, en el seno de una familia cuyas raíces paternas se remontaban a principios del siglo XIX, cuando se establecía en Panamá el emigrante gallego-asturiano Ramón Nicolás Arias Menéndez. Eran los años del auge de las luchas de independencia. En América la ola revolucionaria enfrentaba a las colonias contra el dominio español y en Panamá se registraba un “*auge relativo (...) del comercio activo con las Antillas, legal y de contrabando*”⁷.

Ramón Nicolás Arias Menéndez había nacido en La Coruña, en el norte de España, el 10 de septiembre de 1788...⁸ en el seno de una familia modesta de asturianos del pequeño puerto de Luarca. En 1816, ya en el istmo, contrajo nupcias con la panameña Juana Nepomucena María Matías de la Soledad Pérez, luego señora María Matías Pérez de Arias, “*una párvula que teóricamente debió ser dejada expósita en el portal de la casa de Paula de*

Jesús Triunpho, persona modesta y de poco relieve que sirve de madrina en sacramento administrado, pareciera que con mucha discreción, por don Pedro Casis de la Torre, titular de la iglesia de la Merced, en la ciudad de Panamá”, tal cual lo confirma el doctor Omar Jaén Suárez en su detallada obra, ***La Saga de los Arias en Panamá***. Por el mismo autor se sabe que la familia materna de Juana Nepomucena poseía “*intereses agrarios en la amplia sabana y que se ha desparramado en el siglo XVIII en el corazón del interior, desde la Villa de Los Santos hasta Remedios*”⁹; que “*es poseedora de recursos nada despreciables*”. Según consta en el testamento notariado del 24 de septiembre de 1841, la futura señora de Arias sería la heredera única y universal de la fortuna de su verdadera madre Juana María Pérez y Campos.

Juana Nepomucena contaba con 23 años de edad cuando se casó con Ramón Nicolás Arias Menéndez en abril de 1816; él tenía 28 años de edad y aportó al matrimonio una dote de 10 mil pesos, y ella 14 mil 292 pesos y tres reales, una heredad respetable para la época. Ambas fortunas unidas harán de los Arias-Pérez, junto a otras familias, integrantes destacados de la élite de mayor influencia en el país, la oligarquía criolla y que, de acuerdo al Dr. Jaén Suárez, “*podría representar entonces un cinco por ciento de la población*”.

La independencia de Panamá de España sobrevino cinco años después del matrimonio de Ramón Nicolás con Juana Nepomucena. El Istmo se incorporó al proyecto que dirigía el Libertador Simón Bolívar y la independencia de España se proyectó de forma particular contra los ciudadanos españoles residentes en el Istmo. En el número tres de un pequeño periódico que se editaba entonces en Panamá bajo el nombre de ***El Cometa del Istmo***, un violento anónimo pedía expulsaran de Colombia a los españoles avecindados allí, “*pues siempre traman para restituir el poder de España*”¹⁰.

En el número cinco de la misma publicación tres españoles respondieron a la intriga. Entre ellos Ramón Nicolás, quien dejó en claro que: “*...se dice que los que hemos nacido en España no somos colombianos por el accidente de haber nacido allá y no acá*.”

Yo afirmo que todo hombre que con su trabajo, su industria, su dinero, y sus opiniones sostiene el edificio social es un Ciudadano del lagar que pisa, (...) Yo no soy políticamente Español porque he jurado la rotura y separación de los dos mundos siguiendo en esto los clamores de mi conciencia, la justicia de las demandas de los Americanos, el bien y tranquilidad que aquí disfruto y allá no disfrutaría”. Y añadía: soy padre de familia, sostengo un jiro cual permiten mis capitales, contribuyo al Estado con los derechos de mi comisión y soy un funcionario público que ocupo una silla en el Ayuntamiento “; “estas chisperías (chismes) me son muy despreciables, respeto al gobierno y a sus magistrados, y estoy seguro que mientras mi conducta no me haga desmerecer del título de Colombiano, estoy en posesión de tan alta prerrogativa que aprecio más que mi propia existencia”, concluía.

La respuesta del primero de los Arias en el Istmo evidenciaba que, respecto a España, sólo lo vinculaba su nacimiento, su nueva vida estaba en el Panamá colombiano. Se incorporó con decisión al proyecto bolivariano, participó de los cabildos abiertos y en 1830 tomó parte activa en la fugaz jornada independentista que encabezó el general José Domingo Espinar, médico y secretario del Libertador.

Ramón Nicolás y Juana Nepomucena tuvieron nueve hijos: María Eulalia, en 1817; Juan Domingo, 1818; Ramón Mariano en 1822, Juan Francisco en 1823; Ramón de la Ascensión en 1825; Agustín un año más tarde, Juan Evangelista en 1830, María Leona en 1831 y María Martina en 1834.

La acuciosa obra de Jaén Suárez revela que en los años venideros “*los nombres de Ramón Nicolás Arias Menéndez y de su esposa Juana Nepomucena María Matías de la Soledad Pérez, la de sus hijos, sobre todo Ramón de la Ascensión Arias, (quien simplifica luego su nombre al de Ramón Arias Pérez), y su esposa Manuela Clotilde Feraud Diez, y lo mismo que el de Agustín Arias Pérez y su esposa Isabel Pérez y Pérez, aparecerán entre los mayores casatenientes, comerciantes, matarifes y hacendados de Panamá, en la segunda mitad del siglo XIX*”. Hacían parte de la élite, eran la élite, una familia burguesa próspera y emprende-

dora, que se proyectó con éxito en el siglo XX, en lo económico, en lo político y en lo social.

De los nueve hijos de Ramón Nicolás Arias Menéndez y Juana Nepomucena María Matías de la Soledad Pérez, Ricardo Arias Calderón proviene de la descendencia de Ramón Arias Pérez con Manuela Clotilde Feraud Diez, quienes se casaron en junio de 1847. Ella era una mujer de carácter, activa en los negocios y poseedora de una de las mayores fortunas de Panamá¹¹, tanto que –como explica Jaén Suárez: “*Será quizás la mujer con mayor fortuna personal entre su género en Panamá en esa época*”, inclusive más rica que su marido. Es hija de Juan Bautista Feraud Álvarez, un emigrante cubano nacido en Santiago de Cuba en 1797¹², quien llega a Panamá en 1818. Comerciante, financista y propietario de varias goletas, tempranamente amasa una gran fortuna que, cuando se casa con la panameña Manuela de Jesús Diez Rodríguez, el 22 de junio de 1822, ascendía a más de 50 mil pesos en bienes. Su esposa trae una dote de tres mil 280 pesos. Juan Bautista Feraud es un comerciante destacado que “multiplica sus negocios con Nueva York, Kingston, Saint Thomas, Cartagena, Buenaventura, Tumaco, Guayaquil, Paíta, Lima y Valparaíso”. Tal era su influencia que de 1833 a 1838 fue nombrado cónsul de Estados Unidos en Panamá. Fue diputado por el cantón de la Chorrera y presidió la Asamblea constituyente de 1841. Cuando murió, su fortuna, una de las mayores del país, ascendía a 87 mil 249 pesos, y eran sus herederas sus dos hijas Manuela Clotilde (tatarabuela de Ricardo) y Dolores, quien falleció pronto.

Manuela Clotilde fue una comerciante sagaz que compraba y vendía terrenos, adquiría inmuebles en distintos puntos de la ciudad y se activaba en la ganadería. Su patrimonio se incrementó en 1891 cuando murió su hijo Joaquín Belisario Adolfo, e incluyó entre otras propiedades las fincas “La Venta”, en Antón y “El Limón”, en la Chorrera.

Del matrimonio Arias Pérez-Feraud Diez nacieron siete hijos: Juan Ramón de las Mercedes; Joaquín Belisario Adolfo; Ricardo; María Clotilde; Agustín; Eliodora; y María Segunda de las Mercedes... *la segunda generación de Arias nacida en suelo istmeño.*

Antes de su matrimonio con Manuela, Ramón tuvo dos hijos: Amelia Arias Narváez, con Josefa Narváez, y Tomás Arias Ávila, con Manuela Ávila Barranco.

José Ramón de la Ascensión Arias Pérez murió en 1879, a los 54 años de edad, en tanto que Manuela Feraud Diez de Arias murió en 1920 cuando ya contaba 96 años. Durante 31 años ella fue el eje de la familia Arias Feraud, que alcanzó en ese período protagonismo y poder económico.

Jaén Suárez explica que: *“Más por su proyección futura y su extensa descendencia que por su número inicial que no son más que seis individuos, el linaje de los Arias Feraud tendrá importancia capital en la evolución de esta familia. Los descendientes de Ramón de la Ascensión Arias Pérez (1825-1879) y de Manuela Clotilde Feraud Diez (1824-1920) serán más del 62% de todos los que llevan el apellido Arias hoy en día, que surgen del inmigrante Ramón Arias Menéndez. Además, entre ellos se reclutarán aquellos que, en su mayoría, alcanzarán singular prominencia en la sociedad. Llegan algunos de los descendientes a hacer del mismo un apellido compuesto hasta dos generaciones después. Los Arias Feraud se convertirán, en gran medida, en la representación más visible de la familia, en el arquetipo de la misma y, en consecuencia, en su referencia obligada a lo largo de las décadas siguientes, a lo largo del siglo XX”*.

Ricardo Arias Feraud

Ganaderos, terratenientes, comerciantes y dueños de inmuebles, la generación de los Arias de finales del siglo XIX y principios del XX incrementó significativamente su patrimonio, en especial Ricardo Arias Feraud, comprometido, además de la actividad económica con la política y la defensa de la independencia de Panamá.

Tercer hijo de Ramón Arias Pérez y de Manuela Clotilde Feraud Diez, Ricardo Arias Feraud nació el 2 de mayo de 1852 y habiendo estudiado en Estados Unidos, desde temprana edad incursionó con éxito y visión en los negocios y la tenencia de la

tierra, dándole continuidad a la tradición iniciada por su padre y por su abuelo. Cuando falleció el ocho de marzo de 1927 poseía más de 23 mil hectáreas de tierras repartidas en las provincias de Panamá, Colón, Coclé, Herrera, Los Santos, Veraguas y Chiriquí. Ocho mil 300 de ese total estaban al este de la Ciudad de Panamá, en Pacora. En Arraiján, Emperador y La Chorrera contaba con cinco mil hectáreas más, dedicadas a la ganadería; en Colón era propietario de mil 900 hectáreas correspondientes a una propiedad localizada a orillas del río Chagres, denominada “El Limón”, igual que la de La Chorrera.

Sus extensas posesiones incluirán 35 propiedades entre Chiriquí y Veraguas, que reunirán siete mil 408 hectáreas, en Santiago, Calobre, Las Palmas y Soná, y latifundios inmensos como “El Irlandés”. Hacendado de visión estratégica, su ganadería junto a la de otras familias abasteció el consumo de la naciente Zona del Canal; ya antes, entre 1898 y 1901, asociado con el comerciante judío David H. Brandon, contrató el monopolio de suministro de sal a los departamentos de Panamá y el Cauca.

La intensa actividad comercial de este hombre polifacético incluía en 1905 la fundación, con Joshua Piza y Ernesto T. Lefevre de la *Compañía de Teléfonos de Panamá* con un capital de 20 mil balboas para suministrar servicios a las provincias de Panamá y Colón, y ese mismo año fundó la *Panama American Corporation*, una empresa que se dedicaría a los negocios de electricidad, producción y comercialización de hielo, a la construcción y explotación de carreteras, ferrocarriles y otras actividades industriales¹³.

Arias Feraud fue un partidario radical de la independencia de Panamá. Había apoyado el tratado Herrán-Hay, por lo que el rechazo colombiano a ese proyecto representó para él, como para la pequeña clase dirigente panameña, una amarga frustración. Durante una discusión con el senador colombiano Juan Pérez Soto, opositor al convenio, en junio de 1903, Arias Feraud sería contundente al decirle: “... *no es extraño que tú y yo veamos las cosas de diferente manera (...) tú no tienes propiedades de mayor cuantía aquí ni prole alguna a quien le incumba futura suerte del*

istmo; yo sí poseo extensas propiedades y una docena de seres, que Dios mediante, serán otra docena de hogares que se formará en esta tierra"¹⁴. Para Arias Feraud el tratado sobre el Canal era cuestión de vida o muerte para el istmo.

Ricardo Arias Feraud fue, pues, un representante connotado de esa burguesía panameña emergente, que reclamaba y defendía como propio un mercado nacional, y que sabía con exactitud que la conformación del Estado Nacional estaba vinculada estrechamente a su propia existencia como clase. Era un comportamiento que se reflejaba igualmente en sus posiciones políticas. En 1907 defendía, en una Junta de Notables, el derecho del Istmo a llevarse consigo aquello con lo que entró en la gran Colombia, en una referencia a los límites geográficos panameños. Pero al mismo tiempo se oponía a la decisión norteamericana de establecer una administración civil en la Zona del Canal, "*perjudicial, antagónica al resto de la República...*", decía.

Junto a su medio hermano Tomás Arias Ávila, Ricardo Arias Feraud integró con José Agustín Arango, Manuel Amador Guerrero, Federico Boyd, Manuel Espinosa Batista, Nicanor de Obarrío y Carlos Constantino Arosemena, la Junta Revolucionaria que en 1903 llevó al país a separarse de Colombia, una acción que identificó de manera oportuna y exacta el instante y las posibilidades de insertar el proyecto nacional de Panamá en medio de dos grandes realidades: el agresivo centralismo colombiano y el arrollador expansionismo estadounidense. Arias Feraud, junto a su hermano Tomás Arias y su tío Agustín, son en la familia paterna de Ricardo Arias Calderón, un importante ejemplo de civismo y defensa del país. Arias Feraud tuvo a cargo también del desarme del ejército, tal como lo haría su biznieto, Ricardo Arias Calderón, 87 años después con las Fuerzas de Defensa.

La reiteración de nombres: Ramón, Manuela, Ricardo, Manuel, fue una de las características de la familia Arias hasta la primera mitad del siglo XX. Se diría que en cada nueva generación los desaparecidos eran remplazados por los que nacían con nombre y todo. La endogamia matrimonial fue otra de sus características, lo que explica la condición de primos hermanos de los abuelos de

Ricardo. Hijos de dos hermanos, el primero, Ramón, de Ramón Arias Feraud y la segunda, Manuela, de Ricardo Arias Feraud. De allí proceden los Arias-Arias, como Ramón Ricardo, padre de Ricardo Arias Calderón.

Ricardo será bautizado con ese nombre en honor a su bisabuelo y a diferencia de sus hermanos sólo llevará uno, exigencia de su bisabuela, María Paredes de Arias.

Los Calderón-Herrera

El primer año y medio de vida de Ricardo Arias Calderón transcurrió en la solariega residencia que su padre tenía en la avenida B, pero sus primeras percepciones sobre la vida transcurrirán en la casa de su abuela materna, Magdalena Herrera de Calderón, tras un incidente desafortunado. Cuando su hermano mayor contaba con tres años y el menor Jimmy, estaba de meses, en noviembre de 1934, Ramón Ricardo, su padre, muere en un accidente, en la finca El Limón, de propiedad de su familia, en La Chorrera. Ocurrió un domingo, cuando caía en esa localidad una lluvia torrencial, prolongada y copiosa, y, con toda seguridad, sobre la plancha de acero de uno de los puentes que el propio ingeniero Ramón Ricardo Arias Arias había construido, se acumuló ese fango fino y limoso que provoca resbalones, porque cuando él pasó en su auto La Salle, verde, las llantas patinaron, no pudo controlar el vehículo y cayó al río *Martín Sánchez*, principal afluente del río *La Chorrera*. Había estado en la finca desde el sábado en compañía de su padre Ramón Arias Feraud Diez, de su hermano Juan B. Arias y de un amigo norteamericano cuyo nombre no proporcionan las crónicas de la época. De acuerdo a las informaciones, el cauce no tenía mayor profundidad pero, al parecer, en la caída Ramón Ricardo pudo golpearse o tener sobre sí el peso del auto, por lo que no pudo salir y terminó ahogándose. El capataz de la finca encontró su cuerpo sin vida varias horas después.

En Ciudad de Panamá, la noticia produjo asombro y un espacio de reflexión inexplicable. Apuesto y carismático, Ramón Ricardo era un joven ingeniero egresado de la Academia Mili-

tar de West Point en 1924, primer piloto panameño; un hombre con un amplio círculo de amistades. Varios de sus amigos les habían colocado su nombre a algunos de sus hijos. No era político. Desde su llegada de Estados Unidos su empresa consistió en fundar una familia y poner a producir la hacienda familiar en actividades agrícolas y ganaderas. Eligió a Guadalupe Calderón Herrera para esposa, y en ese instante, sin embargo, cuando la ternura y la salud de un hogar convocaban las mejores ideas y los mejores sueños, él partía. Impacto demoledor, la tragedia generó una especie de suspenso, de golpe inesperado que llegaba por la espalda, imprudente, y que ponía a prueba a Lupita, la joven madre que sobrevivía, en medio de aquella incertidumbre y con tres criaturas que no llegaban a los cuatro años. ¿Cómo era posible la impertinencia de una muerte así, la atrocidad de ese pesado telón, cuando tan sólo había empezado el primer acto de un matrimonio que prometía tanto? Acompañada por Adolfo Arias Paredes, médico y tío de Ramón Ricardo, Lupita fue hasta el lugar del desastre. Pese a todo tuvo fuerzas para llevar el cuerpo con la cabeza apoyada sobre sus piernas, durante el largo y penoso camino de La Chorrera hasta la Ciudad Capital, en el que la angustia era un escenario oscuro, indescifrable y silencioso, cargado de interrogantes. Pero esa muerte, que separaba prematuramente al padre de sus retoños, que objetivamente sembraba un vacío imposible de recuperar, no iba a impedir que sus hijos lo conocieran como era, que lo quisieran como había sido, que lo vivieran en lo cotidiano, y que le identificaran como si estuviera entre ellos cada minuto de sus vidas. Ella se encargará de que supieran de sus gustos y de sus modos; de sus sentimientos, de las comidas que prefería, de su visión y de su cariño... Lupita fue tan determinante en esa decisión que en los años venideros y por el resto de sus vidas, los tres hermanos Arias Calderón hablarían sobre su padre como si hubieran crecido con él.

La Estrella de Panamá y *El Panamá América*, los principales diarios del país por esa época, dedicaron destacados titulares de sus primeras planas a la tragedia, y no fueron pocas las columnas que subrayaron la apreciada personalidad de Ramón Ricardo. Su

deceso coincidió con una circunstancia de lo más extraña. Semanas antes, Adela, la hermana menor de Lupita había sufrido un golpe similar. Su esposo Martín Felipe Sosa había fallecido en Nueva York a principios de octubre, siendo todavía Contralor General de la República durante el gobierno del doctor Harmodio Arias. La muerte de Ramón Ricardo se produjo el 11 de noviembre de 1934 cuando todavía en el ambiente se dibujaba fresco el funeral de Estado con que había sido despedido Martín Sosa la última semana de octubre de ese año. La élite de la sociedad panameña recordaría cómo, de manera insólita, ambas hermanas habían enviudado en menos de un mes. Lupita con sus tres pequeños hijos y Adela, viuda pero sin hijos, retornarían al hogar paterno, y junto a su madre, Magdalena, viuda igualmente, asumirán la tarea de criar, educar y formar a los tres hijos de Ramón Ricardo, una responsabilidad que para Ramón Manuel, el mayor de ellos, “*cumplieron a cabalidad*”.

Manuel Calderón Ramírez

Lupita, Adela, Manuel y Gilberto eran los cuatro hijos de Magdalena Herrera Quiñones de Calderón y Manuel Calderón Ramírez. Ella, una panameña de madre guatemalteca, nacida en Antigua, Guatemala, y él un nicaragüense exiliado proveniente de El Ocotal, miembro del Partido Conservador y expulsado hacia Panamá por las continuas desavenencias políticas en la Nicaragua de finales del siglo XIX. Llegó a principios del siglo XX, en el período en que el general José Santos Zelaya ascendió al poder tras un cruento golpe de estado, y que derivaría en una dictadura de 16 años, entre 1893 y 1909. Manuel era el mayor de varios hermanos: Francisco, fallecido en Costa Rica siendo muy joven; Pedro, quien se suicidó en El Salvador sin dejar descendencia y Salvador Calderón Ramírez, quien tuvo un rol protagónico como hombre de confianza del general Augusto C. Sandino. El propio abuelo Manuel murió en Panamá bajo la estricta recomendación de ser repatriado cuando su país fuera libre.

De acuerdo a los relatos de sus hijas, Manuel Calderón Ramí-

rez era un hombre culto y cosmopolita, pero igualmente severo y autoritario. Educado en Europa, había estudiado Derecho Canónico. En Panamá se casó con la joven Magdalena Herrera Quiñones, una rica heredera hija del superintendente Tomás Herrera, quien no tenía parentesco, con el famoso General del mismo nombre.

Comerciante audaz y disciplinado, Manuel acrecentó la fortuna de Magdalena, dirigió desde Panamá las propiedades familiares en Nicaragua y siguió atento la situación en su país natal, tanto que para su familia no existen dudas respecto a que, si bien él residía en Panamá, sus pensamientos y preocupaciones estaban en Nicaragua. Más de un centenar de cartas dejan testimonio de esa consideración, de su vinculación con numerosos acontecimientos revolucionarios y enfrentamientos entre liberales y conservadores, y de su interés por la guerra de independencia cubana, tal como se registra en la carta de un amigo de la isla que le transmite en 1898 la noticia de la muerte del general Antonio Maceo, y le comenta los avances de la gesta independentista y la situación política en España.

Este último detalle, que deja en evidencia la amplitud con que Manuel observa los acontecimientos de la región, y el papel que su hermano Salvador jugará años más tarde en la lucha del general Sandino, hacen pensar en los activos roles desempeñados por ambos durante la época que les tocó vivir. Manuel siguió de cerca los acontecimientos de su país, y años más tarde Salvador, que para ese tiempo residía en México, era convocado por Sandino para que lo representara en las conversaciones de paz con el presidente Juan Bautista Sacasa. Diplomático y escritor, el *tío Salvador* contaba entre sus amigos al poeta Rubén Darío.

El tío Salvador

El tío Salvador estaba junto al general Sandino la noche del 21 de febrero de 1934, en que Sacasa le ofreció al héroe nicaragüense una cena, tras la cual fue detenido y posteriormente asesinado por orden del director general de la Guardia Nacional, Anastasio Somoza García en la operación **“Muerte al César”**.

“Al terminar la cena, salen de casa presidencial el general Augusto C. Sandino, el general Juan Pablo Umazor, el general Francisco Estrada, don Gregorio Sandino (padre de Sandino) y el Ministro de Agricultura y del Trabajo don Sofonías Salvatierra. El teniente Lisandro Delgadillo con 15 alistados se parapetan entre El Hormiguero y la Imprenta Nacional, mientras el sargento Emilio Canales con una ametralladora Thompson simula arreglar un carro. Al pasar los generales por donde ellos detienen el carro y el teniente Delgadillo fingiendo ser alistado les notifica que están arrestados y que los van a llevar a las cárceles del Hormiguero. Sandino inmediatamente protesta diciendo: “... que si ya no había intervención no había guerra y por lo tanto había paz...”¹⁵

Por instrucciones del propio Sandino, Salvador y otros correccionarios habían permanecido en la Casa Presidencial conversando con Sacasa sobre un proyecto agrícola y minero llamado **“Luz y Sombra”**, que el General proyectaba en Wiwilí para beneficio de sus hombres, cuando la hija del presidente, Maruca Sacasa Arguello, quien había presenciado la detención de Sandino, llegó con la noticia. Tras el asesinato, Salvador logró escapar y se instaló en San Salvador. No volvió a pisar suelo nicaragüense, y cuando en sus numerosos viajes por Centroamérica el avión hacía escala en Managua, permanecía en el aparato, conmovido y triste. Como escritor figuran entre sus obras **Aquino, Morgan y Paterson, Cuentos para mi Carmencita**¹⁶, **De Adentro, y Últimos días de Sandino**¹⁷.

Después de la muerte de Manuel, ocurrida cuando su prole era aún adolescente, Salvador se convirtió en el vínculo más fuerte entre estos últimos y la familia de Panamá. Llegaba al istmo para

las fiestas de fin de año, para ver a su cuñada y a sus sobrinos-nietos, lo que le permitió a los hermanos Arias Calderón conocer su personalidad de culto al honor y de amor a la Patria. Murió cuando Ricardo contaba ya los once años de edad y se convirtió en un referente para este a través de sus libros de cuentos para niños y su vinculación a Sandino. Para cualquiera persona que en años posteriores visitara la residencia de la familia Arias-Yaniz, entre las fotos del estudio-biblioteca siempre llamaba la atención una donde aparece, inconfundible, la figura del general Sandino con su enorme sombrero, rodeado de cinco de sus colaboradores... “*el último de la derecha es mi tío Salvador*”, diría Ricardo al visitante intrigado.

Las desavenencias que sufrieron los Calderón con sus adversarios políticos no terminaron con la muerte del tío Salvador. Años después de la desaparición de este último, durante una escala de las hijas de Manuel, Lupita y Adela, en Managua, las autoridades de entonces las hicieron descender del transporte aéreo para indagarlas sobre sus orígenes, aunque el hecho no desembocó en incidencias que lamentar.

Salvador Calderón Ramírez, Ramón Ricardo Arias Arias, Manuel Calderón Ramírez y Francisco Arias Paredes, tío, padre, abuelo y tío, respectivamente, serán las cuatro figuras masculinas que llenan los ideales tejidos durante la infancia de Ricardo. Francisco Pancho Arias era un político liberal prestante. Había disputado la presidencia de la República a don Harmodio Arias en los comicios de 1932, y tras perder lo reconoció públicamente, gesto poco común en el Panamá de esos años (y quizás en el de hoy), y que de por vida le valió la distinción de “*El Caballero de la Política*”. Marcel Salamín Cárdenas, quien ha escrito la biografía más completa sobre este personaje, estima que además de ese hecho, la calificación “*tenía más que ver con su talante y entereza democrática*”¹⁸. El mismo autor registra un número plural de acciones que demuestran que Pancho Arias era un hombre de principios, los que defendía con hechos consecuentes. Aspiraba, a mediados del siglo XX, a ser el primer embajador de Panamá en la entonces Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Un día

Ricardo, que tendría entonces como unos ocho años, llegó a casa perturbado. En la escuela había escuchado accidentalmente una conversación entre dos maestras, según la cual su tío Pancho sería arrestado, y así lo informó, impresionado, a su madre y a su abuela Magdalena Herrera Quiñones, *Baba*. Tal era su admiración por aquel tío de gran personalidad que le comunicó formalmente a la familia que quería que él fuera su padrino de confirmación.

Comerciantes y empresarios

Hay cualidades y puntos en común entre las dos familias de las que proviene Ricardo. Las actividades comerciales y empresariales son unas de ellas, igualmente conductas políticas definidas hacia las realidades de sus respectivos países, Panamá y Nicaragua. Por los Arias, el rol de Ricardo Arias Feraud y Tomas Arias Ávila en la construcción del proyecto nacional de Panamá, el protagonismo de personalidades como Francisco Arias Paredes, y por los Calderón, esa terquedad cívica, tanto de su abuelo Manuel como de su tío abuelo Salvador, valoraciones y paradigmas que llegados a su adolescencia comenzarán a manifestarse en los hermanos Arias Calderón, y con particularidad en el que nos ocupa, como parte de una forma de ser, de apreciar los acontecimientos de la vida y de actuar en consecuencia.

Las primeras influencias, aquellas que los introduce de manera sostenida en una forma de comportamiento personal y social, se van a presentar en la vieja casona donde su abuela Magdalena, Lupita y Mamalita serán determinantes.

La Casa de San Felipe

Sobre la Avenida A, entre las calles tercera y cuarta del barrio de San Felipe, se mantiene en pie, remodelada y a casi dos siglos de construida, la casa donde crecieron Ricardo y sus hermanos. De propiedad de su abuela materna, Magdalena Herrera Quiñones (*Baba*), en ella han vivido sus descendientes

por más de un siglo. Está localizada frente a las ruinas de la Iglesia de Santo Domingo con su Arco Chato y la capilla lateral del mismo nombre, de espaldas al mar, entre la casa de la familia De Obarrio y la de los Poyló. Hoy lleva el número 2-27. Hace parte de un conjunto de edificaciones reunidas en esa pequeña punta fortificada y localizada en un punto sur de la bahía de Panamá, frente al océano Pacífico, donde, en 1673, resurgía el Istmo después que el pirata inglés Henry Morgan destruyera la primera ciudad. Desde allí se administraba el país. Atravesado por un tranvía, cuyos durmientes permanecen aún en sus calles como impronta de ese período, cuando nacieron los hermanos Arias Calderón en San Felipe estaban radicadas las principales instituciones de gobierno, encabezadas por la Presidencia de la República en el Palacio de Las Garzas, las eclesiásticas de la influyente Iglesia Católica, por las empresas más notables y por los más importantes medios de comunicación. Predominaba en su arquitectura la herencia colonial española y la influencia francesa del último cuarto del siglo XIX. Era común ver por sus avenidas caballeros con vestido formal y sombrero.

*“Cuando se entraba a la casa desde la calle, a la derecha estaba un salón muy amplio, - recuerda Ricardo-, a la vez sala de recepción y en su parte posterior, una estancia más pequeña para visitas menos numerosas, que desembocaba a un patio interno de cielo abierto. Al lado izquierdo de la vivienda había una biblioteca-oficina donde realizaba sus actividades económicas y otras, don Manuel Calderón”*¹⁹ y que Ricardo, a su regreso de Francia, convirtió en su biblioteca...

Detrás de aquella oficina quedaba una capilla, dedicada a la *Inmaculada Concepción*, adornada con cuatro ángeles, pintados cada uno en las esquinas del techo; llevaban el parecido facial con los niños de la casa. Allí Ricardo, sus hermanos y sus primos jugaban a celebrar la misa y, sin debate entre los participantes, era él quien oficiaba de sacerdote.

La capilla, y sobre todo la pintura de ésta, fue un regalo de Manuel para su esposa, así como también la pintura exterior del oratorio y del gran salón, sus columnas marmoleadas; fue reali-

zada por un pintor italiano que, de paso por Panamá en los años 20, fue contratado por el abuelo materno de los Arias Calderón para esas obras en la casona.

La Segunda Guerra Mundial

Contiguo a la capilla estaba un espacio cubierto en donde había una mesa de jugar *pin pon* a la que acudía la numerosa familia que residía en la casa. De ahí partía una escalera auxiliar para el segundo piso; debajo, las habitaciones y los baños del servicio doméstico. La principal de estas estancias la ocupaba la señora Díaz, una mujer bajita, entrada en edad y con la que Ricardo conversaba mucho, sobre todo en torno al avance o retroceso de los aliados durante el transcurso de la Segunda Guerra Mundial, “un tema sobre lo cual ella parecía muy bien informada, pues vivía pegada a la radio escuchando las noticias”²⁰. *“La señora Díaz se mantenía alejada de la mayoría de las actividades propias de la servidumbre y siempre estaba en su área de trabajo, lavando o planchando”*. Ricardo rememora que cuando el ataque a Pearl Harbor, en diciembre de 1941, en Panamá predominaba la idea de que el Canal también sería blanco de los japoneses, así que en la casa se escogió como refugio contra bombas la parte de abajo de la escalera principal. Fue forrada con colchones, pero como no llegaba el ataque, se convirtió en un sitio más de diversión y juegos para los muchachos.

“Un día, cuando cursaba primaria en el colegio La Salle, en Miramar, sonó la sirena que avisaba de peligro, y todos los estudiantes tuvimos que bajarnos del transporte y caminar hacia la ciudad; el colegio, afiliado a La Salle, estaba ubicado entonces en las afueras, en el nuevo barrio de Bella Vista, al final de la avenida Balboa, frente al Parque Urracá, en donde hoy queda el Hotel Intercontinental Miramar y un enorme edificio de propiedad horizontal, por lo que me tocó caminar más de una hora”²¹, cuenta Ricardo escarbando entre sus recuerdos.

Muchas cosas curiosas ocurrían esos años, pendiente toda la sociedad panameña del instante en que llegara la guerra al Istmo.

En la lavandería de la casa había un foco que pendía de un cordón eléctrico que bajaba desde el techo y, por lo largo, oscilaba con el viento. Una noche, en plena guerra alguien dejó aquella luz encendida, y vista desde el Fuerte Amador parecía una señal que se prendía y apagaba, como si se estuviese enviando un código secreto. En ese período bélico se había prohibido tener luces encendidas en las casas después de las 6 de la tarde, era lo que entonces se llamó *“la época del blackout”* y en los autos, la mitad de las lámparas iban pintadas de negro. Toda la ciudad debía estar a oscuras para prevenir un ataque aéreo. Así que aquella noche, *“cuando el foco que pendía del techo comenzó a emitir esas extrañas señales hacia la bahía tuvimos una visita sorpresiva. Un soldado de la policía militar estadounidense acompañado de un panameño, ambos muy molestos, llegaban para advertirnos que apagáramos ese foco e indagaron de qué lado estábamos, si del de los aliados o de los del Eje, y el motivo de estar enviando tales señales. Mi tío Manuel, quien, como ingeniero había construido en La Cresta, la residencia del embajador de Estados Unidos, y que estaba casado con una norteamericana, tuvo que salir a dar las explicaciones y al identificarse se aclaró la situación y se olvidaron todas las sospechas que había despertado aquel foco oscilante”*²².

Cinco días antes de terminada la Segunda Guerra Mundial Ricardo había cumplido doce años. Cuando cesaron las hostilidades una señora del servicio de la casa, de apellido Díaz, muy contenta, se lo hizo saber, y su abuela *Baba* lo llevó a visitar a la señora Lola Muñoz de Herrera, su cuñada, y a sus sobrinas que no se habían casado aún, pero que posteriormente serían las señoras Lolita Herrera de Midence, Magdalena Herrera de Miró, esposa de Rubén Miró Guardia y Raquel Herrera de Miró, la esposa de Rodrigo Miró Grimaldo, para celebrar el acontecimiento. Lo que le sorprendió a Ricardo de la repentina salida, fue la decisión de su abuela de ir a celebrar precisamente con su parentela Herrera, con la que no se llevaba muy bien. Él lo interpretó años después como un indicio claro de que ese era el momento propicio para olvidar los rencores y estrechar lazos familiares. Ya en su vejez

recordaría que esa fue la primera vez que bebió champaña.

De la entrada principal de la casa, entre la sala y la biblioteca partía (y aún se conserva así) una gran escalera con ancha balaustrada y barandal de madera sólida que comunicaba a un segundo piso en donde estaban las habitaciones, la cocina y un salón especial para desayunar. En la parte alta de la escalera estaba colocado el teléfono principal, uno de los tres con los que contaba la familia; era el que más se usaba porque lo que se hablaba era de conocimiento de todos, salvo que alguno pidiera que se le dejara solo para tener una conversación privada, pero eso anunciaba que había algo andando y que no era de conocimiento de toda la familia, por lo que más se agudizaban los oídos para saber de qué se trataba.

Al terminar la escalera había una doble puerta de entrada al comedor principal, donde almorzaban, según la familia fue creciendo, 12 personas, además de los invitados que a menudo llegaban a la casa. Los niños se sentaban a la mesa desde que podían comer solos y comportarse adecuadamente, tanto durante las comidas que se servían de manera formal incluyendo entrada, plato principal, acompañamiento y postre, antes del cual colocaba ante cada comensal un recipiente o *'dedoir'* para enjuagarse los dedos, y seguidamente el café. En ese segundo piso había una terraza trasera que daba al mar y que estaba cubierta por una gran ventana de persianas de madera que era de piso a techo, de casi todo el ancho de la casa y protegida por un barandal de hierro. Desde allí los hermanos Arias Calderón pescaban cuando había marea alta, y, entre otros peces, atrapaban tamboriles a los que les rascaban la barriga hasta que explotaban. Allí se reunía también la familia después de la cena y recibían las visitas más allegadas. De estilo colonial, originalmente el edificio contaba, y aun la mantiene, un ala sobre la calle y el resto eran jardines. Vista la fachada de frente, desde la calle, ofrecía ésta un aspecto de mansión austera y señorial, que se ha mantenido hasta hoy como la dejó Magdalena Herrera de Calderón. Entre las amistades que cultivaban Lupita, Adela y la abuela Magdalena y en medio de las cuales crecieron los Arias Calderón figuraban Cecilia Espinosa y el médico Adolfo Arias Paredes, hermano de Francisco

Pancho Arias y Manuelita; las hermanas Anita, Ruth, Emilia y María Ehrman; y las hermanas Pacheco: María Esther, Aida y Tita. También la familia Eleta Almarán, en especial Aurorita y Yolanda, hermanas de Carlos y Fernando.

Baba, Lupita y Mamalita

En la casa de San Felipe la autoridad que ejercía Baba, el peso de la tía Adela, **Mamalita**, (*a la que los Arias Calderón llamaron siempre así*) y de Lupita, y la simetría de un hogar con normas, horarios, hábitos y mucho cariño dieron forma y contenido al santuario que protegió y le permitió a los hermanos Arias Calderón crecer con amparo y seguridad. La educación era valorada en grado sumo, con un día a día sencillo y sin ostentaciones, fluido y cómodo. Las herencias recibidas por las tres mujeres luego de enviudar, y una rigurosa administración de esos recursos, aseguraron para los niños una vida sin limitaciones ni carencias. Ellos crecerán en un medio católico con una visión amplia del mundo y una valoración puntual del núcleo familiar.

Baba será la figura más fuerte del entorno; dama victoriana, inteligente, decidida y formal, no invertía esfuerzos en demostraciones intrascendentes; era estricta, parca, y si se disgustaba hacía “mutis por el foro”, y nadie era capaz de arrancarle una palabra, recuerda entre sonrisas, Arias Calderón. Había enviudado tras 19 años de matrimonio y nunca más se volvió a casar. En estos aspectos es Adela la hija que más se le parecía. En la administración de la casa se gastaba para lo que era realmente necesario, sin excesos ni derroches. Baba había nacido en Antigua, Guatemala y Ricardo mantenía con ella una relación especial. La acompañaba a misa o se unía a sus rezos. La abuela tenía un vínculo fuerte con la congregación jesuita en Panamá. En aquellos tiempos muchas familias tenían un confesor o director espiritual al que se consultaban importantes decisiones de la vida. En el caso de *Baba* era el padre Atucha, superior de esa orden, y con el padre Manuel de Maguregui, fundador de la emisora

católica *Radio Hogar*. Una relación de la cual participó también Ricardo desde niño.

Si como se afirma en psicología “*los primeros años de vida de un niño y el cómo los viva son decisivos en la formación de su integridad, dado que es en el curso de ellos que se estructura la base de su personalidad*”²³, es posible que en el ejercicio de católica devota de Baba, presente también, aunque en menor grado, en su madre y en su tía, y en la influencia de los jesuitas antes mencionados, figure la raíz de ese cristianismo practicante que hasta su vejez conservó nuestro personaje y que casi al final de su adolescencia lo llevara a contemplar como una fuerte opción, la posibilidad de convertirse en sacerdote.

En sus últimos años *Baba* padeció una enfermedad extraña, que afectaba su memoria y que al final de sus días la dejó sin habla. Una mañana en que Ricardo iba de su mano hacia la iglesia de San Francisco notó que *Baba* se reía. “*Por qué te ríes* –le preguntó, y todavía riendo ella le dijo: “*porque me he puesto el vestido al revés*”. Para Ricardo fue, en un balance posterior, una manifestación certera de lo avanzada que estaba la enfermedad en su abuela.

Baba murió “*apaciblemente y con el pulso fuertísimo*” el jueves siete de diciembre de 1950 a las tres y 10 de la tarde. Ramón Manuel, Ricardo y Jaime Alberto cursaban, por esos días, estudios en la *Culver Military Academy* de Indiana, Estados Unidos y los detalles de los últimos días de la abuela aparecen en una pormenorizada misiva que les dirigió su mamá: “*Se nos fue Babita- les decía-... empeoró un martes 21 (nov), dando la casualidad que esa mañana había recibido la sagrada comunión. Los dos primeros días nos pareció muy grave, tanto que el jueves 23 recibió los santos óleos, aunque el médico y el sacerdote no creyeron que el caso era extremo, nosotros preferimos que estuviera preparada*”. El altarcito con las flores y la Virgen de la Purísima que se colocó a su lado el día que la velaron en la Iglesia de Santo Domingo, el cortejo hasta el cementerio seguido por los padres Sáenz y Maguregui, los rezos de nueve días y las treinta misas gregorianas que se le encargaron, dieron coherencia final a la vida

devota que había llevado, al peso de su cristianismo católico y a su convicción en la fe, como revela la carta de su hija a los nietos. Pero evidencia un elemento más: el carácter de aquella abuela firme y tenaz: “*Quiero que se acuerden ante todo lo decidida que fue siempre Babita en todas las ocasiones de su vida. Ella nunca se acobardó (...) Era tal su hábito de hacer lo que quería, que ya sin posibilidad de discurrir, su voluntad se impuso sobre la materia y salió a dar su paseo cotidiano, pues si ella se debilita en este sentido, antes, se habría postrado*”²⁴. Una observación aplicable al comportamiento digno que adoptaría Arias Calderón ante el mal de Párkinson que lo afectará 44 años después de la muerte de su abuela.

Para los hermanos Arias Calderón, *Baba* fue el cumplimiento de las normas establecidas, sobre todo cuando Lupita y Mamalita estaban ausentes. Cuando visitaban *Los Calderones*, la finca que la familia materna tenía en La Chorrera, los muchachos asaltaban la libertad de aquellos espacios abiertos, mejor aún si se encontraban con sus primos: montaban a caballo, iban al río, tumbaban frutas de los árboles o simplemente recorrerían aquel extenso campo verde donde se borraban las fronteras. Pero si en algún momento se hacía presente el tío Gilberto y los invitaba a todos al cine, entonces Baba le recordaba a este que sólo le era posible llevarse a su hija Adelita, a los tres de Lupita no; entonces se enfriaba el entusiasmo infantil, las expectativas tomaban otro giro y recordaban los límites y las normas.

Durante la niñez, adolescencia y juventud de Ramón Manuel, Ricardo y Jaime Alberto, siempre estuvo presente entre sus protectoras la consideración especial de que se criaban sin padre, por lo que asumían providencias y aplicaban la disciplina requerida para varones.

En su vida adulta ellos recordarían, como una anécdota feliz, la forma como su mamá los introducía en la norma de que los hermanos no deben pelearse. Después de algunos de esos conflictos “*mi mamá nos preguntaba por cuánto tiempo queríamos pelear y se aseguraba de que no pasáramos de los minutos establecidos*”²⁵. Era un acto que para los días siguientes constituía un

disuasivo perfecto en las desavenencias entre los hermanos. Al tiempo que protegidos, crecieron bajo la convicción de que eran los hombres de la casa. Ramón Manuel, por ejemplo, conservó por muchos años un sentimiento de responsabilidad casi paternal hacia Ricardo y Jaime Alberto, dada su condición de hermano mayor. Cada uno fue forjando su carácter y poniendo de relieve aptitudes y preferencias. Ramón Manuel, por ejemplo, responsable y formal, era el más inclinado a las actividades deportivas. Ocupaba el día jugando a la pelota, o corría botes con sus amiguitos sobre las olas de la playa que quedaba en la parte posterior de la casa. Jaime Alberto asumía la vida sin muchas reglas; rebelde, su programa no asumía las formalidades y la rigidez que tenía el de sus hermanos.

Ricardo, entre tanto, mostró una temprana preferencia por los libros, la religión y el estudio; cuando contaba los ocho o nueve años ganó un concurso nacional de catecismo organizado por la iglesia. Era acucioso, perfeccionista, formal y detallista, una característica que le acompañará toda su vida. En su madurez y después de casado, su esposa Teresita encontraría entre sus papeles de juventud, ordenadamente guardadas, listas con apuntes sobre los gastos del día, cuántos había efectuado y los costos de cada cosa o los retiros de la lavandería.

Aquel hogar de la casona le proporcionó a Ricardo y sus hermanos, tempranamente, una experiencia de viajeros, que de forma indirecta los prepararía para sus próximos compromisos. De pequeño Jaime Alberto padecía de asma, para cuyo tratamiento los médicos de la época recomendaban a menudo el traslado a climas benévolos. Costa Rica, Los Ángeles en California y México, fueron esos lugares. *Baba*, *Mamalita* y *Lupita* llenaron en la vida de los hermanos Arias Calderón de la mejor manera la ausencia de su padre, y pese a que las tres vertían sobre los muchachos cariño y protección, las dos primeras representaban las figuras de carácter, tanto que *Coqui* Calderón, una de sus primas recuerda que aún cumplidos los 24 años, y viviendo con *Mamalita* en París, debía de pedirle permiso para salir e informarle con quién lo hacía.

Educadas en Estados Unidos, cultas, independientes y respeta-

das, Guadalupe y Adela eran “*las mamás*” de los Arias Calderón. En una ocasión cuando las dos exploraban centros educativos para ellos, uno de los funcionarios con que se entrevistaron preguntó cuál era la madre, y respondieron al unísono: “*las dos*”, y fue un matriarcado edificante.



Ricardo Arias Calderón a los 13 años de edad.





El prócer Ricardo Arias Feraud, bisabuelo de Arias Calderón, junto a su esposa y familia. Atrás, de izquierda a derecha, Manuelita Arias Paredes y Ramón Arias Diez, (abuelos de Ricardo), Ana Arias Paredes, Ricardo Arias Paredes y Catalina Arias Paredes. Sentados Adolfo Arias Paredes y Francisco Arias Paredes.





*Guadalupe Calderón Herrera,
Lupita, madre de Ricardo Arias
Calderón.*





Ramón Ricardo Arias Arias, padre de Ricardo Arias Calderón. Murió cuando sus hijos estaban entre las edades de 3 años Ramón Manuel, año y medio Ricardo y Jaime Alberto de meses.





Magdalena Herrera Quiñones de Calderón, abuela materna. Dama victoriana y una de las personas más influyentes en la infancia de Ricardo.





Manuel Calderón Ramírez, abuelo materno de Ricardo. De nacionalidad nicaragüense, miembro del Partido Conservador, murió en Panamá con la esperanza de que sus restos fueran repatriados, pero permanecen en una cripta de la Iglesia de San Francisco.





Al centro de esta foto, sentados el presidente nicaragüense Juan Bautista Sacasa y el general Augusto C. Sandino. A la izquierda de este último el tío de Ricardo Arias Calderón, Salvador Calderón Ramírez. El resto de los presentes pertenecen a los partidos políticos que firmaron el acuerdo de paz en 1934. Tras la paz, Sandino fue asesinado.



Adela Calderón Herrera de Sosa, tía de Ricardo a la cual llamaban Mamalita. Junto a Lupita (mamá) y Magdalena (abuela) criarán a los hermanos Ramón Manuel, Ricardo y Jaime Alberto Arias Calderón.





Lupita y sus tres hijos: Ricardo y Jaime Alberto en primer plano, y Ramón Manuel al fondo.



En la finca familiar Los Calderones, en La Chorrera, con su prima hermana Coqui Calderón.





Primera Comunción de Ricardo Arias Calderón y su hermano Ramón Manuel.





Cuadro de honor del colegio La Salle: De pie, atrás de izquierda a derecha los hoy: ingeniero Edwin Durling y el doctor Ricardo Bunting; sentados, en primer plano, de izquierda a derecha: el doctor Carlos Alberto Mendoza, el doctor Ricardo Arias Calderón y el arquitecto Marcelo Narbona.



II. La Academia Militar de Culver

A mediados de los años cuarenta del siglo XX aquellas familias que tenían los medios, el recurso y el buen juicio de buscar las opciones para una educación de excelencia para sus hijos lo hacían en Europa, en el sur de América o en los Estados Unidos, proveyéndolos de una ventaja comparativa sobre aquellos que estudiaban en el Istmo.

En Panamá los Arias Calderón estudiaron en el Colegio de La Salle, de Los Hermanos Cristianos. Un ómnibus colegial se encargaba del traslado y como el turno abarcaba casi todo el día, regularmente Ramón Manuel, Ricardo y Jimmy almorzaban en casa de Raúl (Lul) Arango, cuya esposa, Rita Gasteazoro, era hija del doctor Mariano Gasteazoro, un médico nicaragüense amigo del abuelo Manuel y cuyas familias mantuvieron estrechos vínculos. Estudiante de buenas calificaciones, Ricardo contaba entre sus compañeros de clase a Carlos Mendoza, Marcelo Narbona, Laurencio Guardia, Edwin Durling y Federico Humbert y Terence Ford.

Cuando Ramón Manuel, el hermano mayor de Ricardo concluyó la primaria, dos amigas de su madre les hablaron de la *Culver Military Academy*, un internado norteamericano que optaba por la excelencia académica, que utilizaba la disciplina militar y promovía un liderazgo práctico y con carácter en la formación de sus estudiantes. Estaba situado en el Estado de Indiana, en el medio oeste del territorio estadounidense, al oeste de los *Appalachian Mountains*. El personal docente procedía de militares en retiro, y Jaime de la Guardia Arango y Joaquín Vallarino Espinosa, entre varios jóvenes panameños, ya habían asistido a sus aulas.

Ricardo Arias Calderón llegaría a ese plantel en 1946. Contaba sólo 13 años y cuatro meses. Ya se encontraba allí Ramón Manuel, y un año después llegaría Jimmy. La academia era entonces sólo para varones y tenía 52 años desde que fuera fundada por el empresario Henry Harrison Culver, en el otoño de 1894,

con 47 alumnos. Quedaba justo en la orilla noreste del *Lago Maxinkuckee*. Comenzaba clases en septiembre y las terminaba en mayo. *Culver Military Academy* cuenta hoy con una tradición de 117 años, y es un centro mixto que admite niñas desde 1971, aunque desde 1957 ya recibía a las hijas de parte de su personal, con escuela y campamentos de verano que habían comenzado en 1902, y un campus de 7.3 km². Al otoño en que llegó el joven panameño siguió el tradicional invierno de Indiana. Desde el campus se podía observar la larga alfombra de hielo y la corona blanquecina en que se convertían los ocho kilómetros cuadrados que ocupaban las aguas del lago *Maxinkuckee*. En medio de un frío que parecía congelarlo todo, la rutina pasaba por levantarse temprano, arreglar la cama, estar listos a las seis de la mañana para el inicio de una intensa actividad académica que preparaba a los jóvenes para servir a su país mediante lecciones de liderazgo esencial, responsabilidad, servicio, rendición de cuentas y trabajo en equipo²⁶.

Culver Military Academy poseía otros atractivos: su equipo de equitación, famoso y apreciado en Estados Unidos, presente en las ceremonias de toma de posesión de los presidentes norteamericanos; competiciones de remos y habitualmente se jugaba fútbol. Ricardo recuerda que para esos juegos le tocaba la portería, pero sus compañeros eran tan superiores al equipo rival, que mientras concentraban el ataque en el campo del adversario, el guardameta leía un libro.

Culver no fue sólo el establecimiento académico. Pese a los viajes de infancia y a la relativa autonomía con que habían crecido, era la primera vez que los Arias Calderón salían del contexto hogareño para pasar la mayor parte de su actividad al cuidado de tutores con los que no tenían vínculo familiar alguno. Comenzaban temprano a navegar en un escenario más amplio, ajenos a su cotidianidad, al hogar y al país en el que habían crecido. Desde la disciplina hasta las nuevas amistades, los profesores y las instalaciones, *Culver* devenía para ellos en la frontera entre una niñez en despedida y una adolescencia que va a encontrar allí la guía y el contexto para una formación integral.

Cartas y acontecimientos

El período que comienzan en *Culver* será una etapa muy rica en la que aquellos adolescentes irán asumiendo mayor autonomía en la apreciación de su entorno y en sus decisiones. Conjugarán los descubrimientos y las orientaciones que esperan, con las nuevas formas que adoptarán las relaciones con *sus madres*. Será decisivo un fluido intercambio de correspondencia en el que *Lupita* y *Mamalita* les remitirán cartas semanales contándole los mínimos detalles del hogar, desde los días en la finca *Los Calderones* y los planes que para ella tiene el tío Manuel, hasta algún incidente o encuentro fortuito con personas conocidas.

“En Guararé habrá grandes fiestas este próximo fin de semana. El Programa es largo y tendido. La Gabie²⁷ me ha invitado a pasarme el weekend en Chumico con la idea de...”, le decía Lupita a sus hijos en una de esas cartas. Ellos, entre tanto, las mantendrán al día de cuanto progreso académico tienen, las nuevas relaciones que establecen o las visitas que realizan a amistades en distintos Estados de la Unión. Para los Arias Calderón aquellas misivas serán un vehículo constante e insustituible. Allí iban los consejos, las solicitudes de informaciones sobre sus progresos y desenvolvimientos, las recomendaciones de conducta, los detalles sobre los envíos económicos, cómo administrar el recurso, los regaños y las permanentes expresiones de cariño. Podría decirse que endosaban un intenso curso de formación.

Todas las cartas vinieron a tiempo esta vez, -decía Lupita a sus hijos en uno de esos escritos de 1949-. *Veo que Ricardo ha estado de baile con Eunice y muy divertido. Tu Ramón, casi me caigo para atrás con tu noticia de tu viaje a New York, solo para estudiar en la Librería, (biblioteca) este año has hecho muy bien hijito, y solo espero que termines el año igual. Y tu Jimmy de sargento, estarás dándote gusto mandando. Todos se han enseriado y ahora ya pronto empieza la jarana de las vacaciones. No les he escrito el jueves como acostumbro, pues he estado en puro ajetreo de pintarles el cuarto, cortinas nuevas etc., para dejar todo arreglado, antes de irme. (Mamá Lupita)*

En una de Mamalita se lee: *Tu carta, Ricardo, vino tarde pero vino. Estamos ansiosas de saber de tu viaje a New York y si viste a Ramón. Tú, Jimmy, sueñas en tu carta de víctima, pobrecito, lo llevan como cordero. Quien te oye. Veo que te ha entrado la enfermedad del sueño, eres hijo de tu madre. Ramón, eso que no sabes que Gabriel..., en tragos rompió el carro recién comprado de sus papás y lo ha dejado inservible.*

Era como si conversarán en el comedor de la casa. Relataban también las novedades del país, acerca de las amistades, de los acontecimientos buenos, regulares y malos. Verdaderos informes y apreciaciones sobre temas puntuales de la historia política panameña. De aquellas cartas Ricardo conservó en sus archivos casi 300, documentos de un inapreciable valor historiográfico que permiten adentrarse, en detalle, en la memoria del país, sustentada en las publicaciones de la época, y construir una idea de cómo la distancia que separaba a los Arias Calderón de Panamá se suplía con una correspondencia constante y acuciosa.

Se percibe en aquellas misivas un tono de cariño que no deja espacio para dudas respecto a la confianza y la seguridad con que crecieron los Arias Calderón. Se hace evidente una exigencia por el mejor comportamiento, por la responsabilidad, y por observar y atender las situaciones con la dinámica que estas imponen, pero sobre todo con definiciones y posiciones que no admiten medias tintas. Ese es el ángulo que sobresale en la temática política, por ejemplo, de los acontecimientos del Panamá de esos años. En lo familiar y lo político tres hechos emergen con particularidad: la muerte de la abuela Magdalena, la presencia de Samuel Lewis Arango en la vida de Lupita Calderón y de sus hijos, y las crisis institucionales de 1949 y 1951.

Lupita y Samuel

Habían pasado tres años desde la llegada de Ricardo a *Culver*, cuando los hermanos recibieron noticias sobre cambios importantes en la vida de su madre. Desde que enviudó en 1934, Lupita se había consagrado a sus hijos, a la familia y a las relaciones

con amistades, sin mayores compromisos. Quince años después, en 1949, aparecía en su vida un hombre de vida pública destacada, culto, político de la época, ex canciller en el gobierno del presidente Ricardo Adolfo de la Guardia, y que al igual que ella había enviudado años atrás: Samuel Lewis Arango. Era un diplomático y periodista que había estado a cargo de las direcciones de rotativos como *El Panamá América* y *El País*. En diciembre de 1949 Lupita le comunicaba a sus hijos la decisión de casarse con Samuel, “*no porque los quiera a ustedes menos, ni porque dejarán de ser lo más importante y la mayor ilusión de mi vida, sino porque hay horas de terrible soledad en que uno se siente completamente de más...*”²⁸. Más que una misiva, la carta se percibe como una demostración de cuán intensa, directa y compenetrada era la comunicación entre madre e hijos. Exponía su confianza en la persona correcta que era Samuel, que no remplazaría al padre de sus hijos, ni aspiraba a ello, pero ella tenía la seguridad de que él aportaría a la familia un buen ejemplo, y para Lupita era de suma importancia que Ramón Manuel, Ricardo y Jaime Alberto así lo comprendieran, y lo admitieran en aquel círculo familiar, atesorado con una defensa acerada.

“Les confieso -decía Lupita- que igual sensación de sorpresa y de estar flotando en el espacio he sentido yo por meses, ante todo porque me aterraba la idea de mortificarlos, pero sinceramente creo que a la larga palparán que al sentirme yo tranquila y satisfecha compartiendo un hogar con un hombre honorable y responsable que me tiene cariño y respeto, sabrán ustedes apreciar que hemos dado un paso sensato.

*Te diré, Jimmy, que Sam no está tomando el lugar de tu papá,- decía al menor de sus hijos- los acontecimientos no se duplican exactamente iguales en la vida, por más parecidos que luzcan, al examinarlos tienen facetas diferentísimas y el recuerdo de Ramón permanecerá en mi corazón y en mi memoria, como hasta ahora, único”*²⁹.

Samuel Lewis Arango era un político de signo liberal, con quien los hermanos Arias Calderón establecerán una relación satisfactoria y cordial hasta sus últimos días, y a la que aquel con-

tribuirá con todo el conocimiento y la experiencia de sus años en la vida pública. En la misma misiva, Lupita hacía una explicación sobre la relación maternal de sus hijos con su hermana Adela, y cómo la nueva relación con Samuel no alteraría la que habían llevado hasta ese momento Adela, ellos y Lupita: “*Ricardo, Mamalita ha sido y continuará siendo como hasta ahora, otra mamá. Pondré todo de mi parte para estar de acuerdo con ella y para que nuestras vidas continúen lo más paralela posibles, si ella lo permite. Mi anhelo es que tanto con ella como conmigo continúen ustedes sintiéndose más los mismos hijos de todos estos años*”³⁰. Adela nunca se casó desde que enviudó de Martín Sosa, y convirtió a su madre, a sus hermanos y a sus sobrinos, en la familia a la que dedicó toda su existencia.

“*Tú me has enviado una carta, Ramón, que aprecio mucho (...) Has enfocado la situación de diferente altura. Has razonado como un hombre que tuviera mucho más que tus dieciocho años y te aseguro que no te arrepentirás de haberte expresado tan generosamente conmigo*”³¹, escribía Lupita en aquella ocasión a su hijo mayor, quien ante la decisión de su madre se había expresado, con énfasis, madurez y comprensión.

En lo académico, las cartas hacen evidente el compromiso de seguimiento detallado que profesan ambas partes: “*¿Por qué te pones bravo Ricardo porque no sacas 26 q.p., sino 25? Qué importa eso, hijito, 25 es estupendo también...*” escribía Mamalita en noviembre de 1949.

La crisis del 49

De esos apuntes no escaparon los acontecimientos políticos que sacudieron al país a finales de la década del cuarenta y en el primer lustro de los años cincuenta. Es un intercambio epistolar entre mujeres maduras, de criterios definidos y enfoques puntuales, que ya trazan los cuarenta años y jóvenes de 18, 17 y 16 años que, aunque ven el mundo a través de sus orientaciones, van conformando criterios y visiones respecto a la vida social y política del Panamá de esos años.

El fin de la Segunda Guerra Mundial en mayo de 1945 marcó una diferencia significativa entre el Panamá próspero de la primera mitad de la década de los años cuarenta, y la decadente y conflictiva segunda mitad. En la primera, Panamá siempre estuvo pendiente de un ataque de las potencias del eje contra el Canal, justificación para que Estados Unidos reforzara las defensas con unas 150 bases militares y miles de soldados en toda la geografía del istmo, con una circulación importante de recursos económicos. Durante la primera mitad es depuesto, por primera vez, el presidente Arnulfo Arias, la Universidad de Panamá va mostrando sus primeros frutos académicos y orgánico-sociales, con el surgimiento de estructuras cívicas de capas medias y movilizaciones populares; en 1945 comienzan a construirse sus primeros edificios. Aunque florecen provincias como Colón, la aparición del aeropuerto de Albrook le resta esa sensación de localidad de acontecimientos que implicaban los viajes por barco que zarpan y arriban a la atlántica ciudad; surge la Zona Libre y Colón está en auge. Se van incrementando las organizaciones sindicales, inclusive en la Zona del Canal; también aparece la Federación de Estudiantes de Panamá, el Magisterio Panameño Unido, y la Federación Sindical de Trabajadores de la República de Panamá.

Durante la segunda mitad de los años cuarenta el idilio había desaparecido, la situación económica del país se iba pareciendo cada vez más a la recesión; las organizaciones sociales conquistan la Autonomía Universitaria que se consagra luego en la Constitución de 1946³² y en diciembre de 1947 fuerzan el rechazo oficial del tratado de bases llamado *Filós-Hines*, mediante el cual Estados Unidos y el gobierno que presidía Enrique A. Jiménez trataban de legalizar las bases militares heredadas de la última conflagración. Miles de panameños sitiaron la Asamblea de Diputados el 23 de diciembre de 1947, y esta terminó rechazando el pacto.

Cinco meses después, en mayo de 1948 se producirán las elecciones generales en las que Domingo Díaz derrotará a Arnulfo Arias, en medio de acusaciones de fraude. Arias logrará más de 73 mil votos, Díaz 71 mil, pero un conteo que duró siete meses dio el triunfo a este último, quien morirá en el cargo en 1949, y lo

sucedirá el primer vice presidente Daniel Chanis. En noviembre de 1949 la madre de los hermanos Arias Calderón les remitirá un *“resumen de los eventos acaecidos desde el sábado 19 y publicado por la Estrella de Panamá en su versión dominical.”*³³

Se refería Lupita a la crisis institucional que sacudió al país a finales de los años cuarenta del siglo XX. Luego de la muerte de Domingo Díaz, al ascenso de Chanis siguió un conflicto de intereses que giraba en torno al matadero donde se sacrificaba el ganado vacuno, para la venta de carne. Algunos actos arbitrarios habían contado con el aval del entonces jefe de la policía José Antonio Remón Cantera. En su carta del 21 de noviembre a sus hijos, Lupita aborda en detalle este episodio de la historia panameña:

*“A pesar- dice- de que la Asamblea declaró la matanza libre, el grupo de Temi³⁴ y el Baby Jiménez, respaldados por Chichi Remón y Lilo Vallarino, pues todos juntos son socios de una Cooperativa Nacional (compañía ganadera recién formada) impedían por medio de la policía, que en el matadero sacrificaran reses sino después de haber ellos designado cuántas debían matar cada día de las propias. Llegaron las cosas a tal punto que dijeron delante de cuatro diputados que ellos mandaban por encima de la Constitución y que eran los dueños del país”*³⁵. Agravada esta situación, Chanis *“llamó a Remón a la presidencia y le pidió su renuncia designando al ministro de Gobierno, Abilio Bellido, para que fuera con (Manuel) Palau, jefe de la guardia presidencial a hacerse cargo del Cuartel Central, y enviando a Rogelio Fábrega para que lo dirigiera. A estos (los enviados del presidente) los tomaron presos y declararon que, o soltaban a Remón o atacaban la Presidencia”*³⁶, escribía Lupita.

Obligado a renunciar³⁷, y en medio de la crisis, Chanis decidió llamar al segundo vicepresidente Roberto F. Chiari para que lo remplazara *“y salvara al país”*. Roberto F. Chiari asumió el cargo, fue investido y formó gabinete, pero más tarde, la noche del martes 22 de noviembre, Chanis optó por comparecer ante la Asamblea, rompió la renuncia que los militares le habían hecho firmar y el parlamento terminó por rechazar su dimisión. Se creó una situación ambigua: el país contaba con dos presidentes,

y Chiari se rehusaba a dejar el cargo, pues sostenía, y con razón, que él no había pedido ser presidente, que era Chanis quien lo había llamado y no quedaría como monigote. Es el entonces diputado Jorge Illueca quien convoca el respaldo popular para Chanis, quien con el beneplácito de la Asamblea marcha hacia el Palacio de las Garzas envuelto en la bandera panameña, pero la policía los recibe a tiros, *“matando a un niño de seis años y dejando heridas a otras 20 personas”*³⁸. El *“otro presidente”*, Roberto F. Chiari, tampoco logró consolidarse, porque al formar gabinete, tres de sus ministros, entre ellos Samuel Lewis Arango, que asumía como Canciller, habían condicionado sus cargos a la destitución de los tres jefes de la policía (Remón Cantera, Bolívar Vallarino y Saturnino Flores) *“por abuso de poder”*. Los militares rechazaron la exigencia y Chiari no aceptó la presidencia en esas condiciones.

Entonces la situación tomó otro rumbo. Volvió a tapete el resultado de las elecciones de mayo de 1948. Aún cuando el prolongado conteo que siguió a los comicios dio la victoria a Domingo Díaz, imperó la percepción de fraude, lo que sirvió para que en medio de la crisis del 49, *“el grupo del matadero”*, encabezado por el jefe de la Policía, Remón Cantera, y entre los que se encontraba Temístocles Díaz, hijo del difunto presidente, propusiera un nuevo conteo, que esta vez reconoció la victoria de Arnulfo Arias Madrid. Un contubernio que fue censurado por el ex presidente Harmodio Arias, hermano de Arnulfo.

En una misiva a su madre, el joven Ricardo pregunta *“cómo habría sido la actuación de Ernesto Zubieta³⁹, tío Johnny y tío Lul” en medio de aquella vorágine*. Y Lupita le responde el siete de diciembre:

“Chato formó parte del Consejo Electoral, y todo el tiempo anunció a voz en cuello que la mayoría la tenía Arnulfo (...) para dar el conteo final se demoraron meses y meses; pues cuando Chato se dio cuenta que iban a dar un resultado diferente al verdadero, se retiró del Consejo y no firmó el acta declarando a don Domingo Presidente. Junto con él se retiró Carlos Brin, Batalla y Didacio Silvera, dejando un saldo de seis firmantes.

Ellos no mandaron a sus suplentes, no así Max Arosemena, quien rehusó firmar, pero se retiró permitiendo que lo remplazara su “segundo”. Por supuesto que estos 4 que rehusaron firmar entonces, firmaron ahora...”

Juan B. Arias habría sido la única voz que en la Asamblea protestó por lo ocurrido. Sobre Arango, la madre de los Arias Calderón dice que “*desgraciadamente no puedo alabarlo (...) fue el único de los diputados que fue en persona a buscar a Arnulfo a Palacio para llevarlo al recinto de la Asamblea a juramentarlo a la 1:30 a.m.*”

A esa hora de la madrugada los partidarios de Arnulfo Arias habían convertido en un carnaval las calles de la ciudad. Diarios y observadores de la época consideraron esa salida política como resultado de un pacto entre Arnulfo Arias y José Antonio Remón Cantera. Arnulfo, que era consciente de esas sospechas, dijo en una de sus primeras intervenciones que tenía en su bolsillo la renuncia de Remón para utilizarla en el momento preciso, lo que terminó por apaciguar suspicacias y aprehensiones. En el mismo tenor dirigió una declaración a los medios la tarde del 25 de noviembre que consignó *La Estrella de Panamá* en su edición del sábado 26 de noviembre.

Por tercera vez en 18 años se había roto el orden constitucional; la primera vez había sido en 1931 con el primer golpe de estado dado por Acción Comunal contra el presidente Florencio Harmodio Arosemena⁴⁰, y en la segunda, en 1941, la Asamblea había destituido al doctor Arnulfo Arias, pero en 1949 la policía era parte importante de una decisión en que se determinaba, quién era y quién no, Presidente de la República.

Mamalita lo enfocó en su misiva del primero de diciembre de 1949, con un análisis certero: “El error de Nino fue no renunciar en masa con su gabinete y enterar al público de la situación desesperada que existía. Pero allí también se ve a los políticos viejos chiaristas, acosando a Nino, porque lo único que ellos veían era el poder en manos de ellos después de 20 años⁴¹. Y Nino los oyó y creyó que ellos eran más duchos en maniobras políticas, sin comprender que esta situación nunca había tenido paralelo

*en la historia de aquí, que era el militarismo interesado en intereses materiales, que estaban dispuestos a defenderlos, aun a costo de todo, pasando por alto la patria, familia, lo que fuere... ”.*⁴²

En el escrito de Adela Calderón de Sosa aparece una advertencia casi profética: “*esta situación nunca había tenido paralelo en la historia de aquí (...) era el militarismo interesado en intereses materiales...*”; y no era sólo la caracterización de la intervención inédita de los militares en ese episodio del Panamá republicano, sino la alianza fraguada entre ellos y el presidente Arnulfo Arias. Desde 1949 en adelante el cuerpo castrense será una especie de árbitro socio-político sin el cual será imposible analizar y entender la historia de Panamá.



Pasaporte de Ricardo Arias Calderón a los trece años, al momento de ingresar a la Academia Militar de Culver.

2

DATOS DE IDENTIFICACION

Estatura 1.73 cmts.

Color BIANCO

Estado civil soltero

Calidad del nacional PANAMEÑO-

SEÑAS PART. NINGUNA-

Edad 13 AÑOS

Observaciones: NINGUNA

Prof. u oficio = ESTUDIANTE-

Cédula: _____

Este pasaporte consta de 22 páginas y está registrado bajo el número 8124. Es válido hasta el día PARTICULAR DE MAYO DE MIL NOVECIENTOS CUARENTA Y OCHO - 1948 -



Con el famoso boxeador Jack Dempsey. De izquierda a derecha Ricardo y Ramón Manuel Arias Calderón, un chico no identificado, Jack Dempsey y Rodolfo de Saint Malo Jr. Al frente Carlos Alfredo y Damaris de Saint Malo.



Durante las elecciones de mayo 1948 Domingo Díaz fue declarado vencedor contra Arnulfo Arias después de un conteo de siete meses. Díaz muere en el cargo y sigue una crisis institucional luego que su sucesor el primer vicepresidente Daniel Chánis ordena el arresto y la destitución del jefe de la Policía, José Antonio Remón Cantera. Los subcomandantes del organismo conminan a Chánis a renunciar y a poner en libertad a Remón, de lo contrario atacarán la Casa Presidencial. Chánis convoca al segundo vicepresidente Roberto F. Chiari para que “salve la Patria”, pero su equipo de gobierno exige la renuncia de los tres comandantes de la Policía, Remón, Bolívar Vallarino y Saturnino Flores, quienes se niegan. Remón pacta con Arnulfo Arias y tras admitir un nuevo conteo de votos de las elecciones de 1948, Arias llega a la Presidencia.



En 1950, a las 17 años, obtuvo, con honores, su bachillerato en la Academia Militar del Culver.



III. En busca del horizonte

Yale

Son esos los puntos de partida aportados por sus madres, observadoras y críticas constantes del acontecer nacional, y que se van hilvanando en la observación joven de Ricardo Arias Calderón, quien en 1950 está terminando sus estudios en la *Culver* con el primer puesto de honor. Cuenta 17 años; ha aprendido a hablar, leer y escribir un inglés impecable, ha tenido excelentes profesores y desarrollado relaciones con jóvenes que posteriormente serán políticos, empresarios o figuras destacadas dentro de Estados Unidos y de países latinoamericanos. Ha ampliado su marco de referencia cultural. En New York, donde pasa algunas navidades, ha podido conocer una ciudad grande y cosmopolita, y asiste a obras de teatro, conciertos y museos. Las amistades de la familia, particularmente los viejos compañeros y amigos de Martín Sosa le permitirán adentrarse en el mundo norteamericano. A la disciplina iniciada en el hogar se ha sumado la de un régimen que le acompañará toda su vida y del que se destaca un hombre ordenado en sus estudios, estructurado en su pensamiento y en su vida cotidiana. Es fuerte físicamente, buen jinete y excelente nadador. Administra su tiempo y el dinero con responsabilidad, y está consciente que sus estudios suponen limitaciones para su mamá y su tía Adela. Sus créditos académicos le abrirán las puertas de las universidades norteamericanas más prestigiosas, pero a la hora de elegir pesará la herencia de su tío Martín.

*“Dadas mis notas de graduación de Culver podía razonablemente esperar ser aceptado en cualquiera de los más prestigiosos centros de estudio superior de Norteamérica, sin embargo, escogí Yale por considerar que fue la universidad en la que estudió mi tío Martín. Me incliné además por ella debido a que era una de las ocho mejores universidades de los Estados Unidos, y la segunda más antigua (fundada en 1701) de la Ivy League”*⁴³.

Después de su primer año de estudios fue asignado al primero de los doce colegios residenciales⁴⁴ en los que está organizada la

Universidad, el *Pierson College*, nombrado así en honor a su primer rector, Abraham Pierson. Las raíces de *Yale* se remontaban a 1640, cuando los clérigos coloniales se esforzaban por establecer una universidad en New Haven que preservara la tradición de la educación liberal europea en el nuevo mundo. La fundan en 1701, cuando se le otorga la carta que la convierte en una escuela “*donde los jóvenes puedan ser instruidos en las artes y las ciencias [y] a través de la bendición de Dios Todopoderoso...*”.

En 1718 la escuela pasó a llamarse Yale College en agradecimiento al mercader galés Elihu Yale, que había donado las ganancias de la venta de nueve fardos de mercancías junto con 417 libros y un retrato del rey Jorge I. Más tarde, *Yale* sobrevivió intacta a la Guerra de Independencia (1775-1783) y, al final de sus primeros cien años, creció rápidamente. Los estudiantes extranjeros comenzaron a ingresar a esa institución desde 1830, cuando se matricularon allí los primeros estudiantes latinoamericanos. Hoy, los extranjeros representan casi el 9 por ciento de los estudiantes de pregrado, y 16 por ciento de todos los estudiantes de la Universidad, que comenzó a admitir estudiantes mujeres a nivel de posgrado en 1869, y como estudiantes de licenciatura en 1969⁴⁵. A partir de 1930 *Yale* fue organizada en doce colegios residenciales, considerando como modelo las estructuras de universidades como *Oxford y Cambridge*, con un sistema que divide a la población de licenciatura en doce comunidades separadas, de unos 450 miembros cada una, lo que le permitía y le permite a Yale ofrecer a sus estudiantes un ambiente de vastos recursos para una universidad de investigación.

En la actualidad la Universidad de *Yale* ha madurado hasta convertirse en una de las más prestigiosas del mundo. Sus 11.000 estudiantes provienen de los cincuenta estados norteamericanos y de 108 países. El cuerpo docente de 3.200 miembros es un grupo muy diverso de hombres y mujeres, líderes en sus respectivos campos. El campus central ahora cubre 310 acres (125 hectáreas)⁴⁶. *Yale* es, junto a *Harvard*, una de las instituciones académicas más importantes de los Estados Unidos y del mundo. Científicos, escritores, artistas, políticos juristas e intelectuales de

todas las disciplinas han pasado por sus aulas, de donde también han salido decenas de premios Nobel.

El ingreso de Ricardo en Yale, al igual que la de sus compañeros, requirió exámenes previos de admisión, créditos académicos sobresalientes. Aquella Universidad representará un nuevo y decisivo giro en su vida. Él va al encuentro de un nuevo espacio, en el que asume el control total de sus propias perspectivas, posibilidades y decisiones. Hasta ese instante había vivido en un ambiente cobijado todavía por su familia y su escuela. Pero a partir de *Yale* vivirá sin que nadie le imponga horarios ni le exija cuentas; tendrá que prepararse para escoger en cuatro años una profesión e ingresar a una escuela para terminar sus estudios, puesto que en el sistema norteamericano los cuatro años de licenciatura, eran y son aún el prerrequisito para entrar a las facultades respectivas, un primer paso en la preparación académica de los que aspiran a entrar en el mundo de las profesiones liberales, de la docencia superior y de la investigación científica.

Arnulfo Arias

Mientras Ricardo concluía el primer año de sus estudios universitarios, en Panamá transcurren acontecimientos que atraerán su atención y de los que estarán plenamente informados, él y sus hermanos, a través de las misivas de su madre y de su tía. A las cartas de estas se sumarán ahora las de su padrastro Samuel Lewis Arango, así como los recortes de los principales periódicos del país.

En 1951, las relaciones entre el presidente Arnulfo Arias, la Policía que le había favorecido en 1949, e importantes sectores de la sociedad panameña, habían comenzado a deteriorarse rápidamente y se preveían desenlaces, que tanto Lupita como Mamalita evaluaban desde distintas perspectivas y principios, pero igualmente desde una activa participación.

¿Cuáles eran las premisas de ese nuevo aprendizaje? Una carta de Mamalita, escrita un año antes, tras la crisis institucional que llevó al doctor Arnulfo Arias al poder por segunda vez, y fechada

el jueves primero de diciembre de 1949 sirve para entender que ninguna de esas mujeres partía de intereses preconcebidos, como no fueran las enseñanzas morales y cívicas heredadas de sus padres, y en el caso de la propia Mamalita, de su fallecido esposo Martín Sosa:

“¿Qué les puedo yo explicar de tanta corrupción e inmundicia? –le preguntaba Mamalita a sus destinatarios- Lo que siempre les he dicho, lo que he tratado que vieran, usando el tacto que se necesitaba para que fueran entendiendo poco a poco lo que ustedes pudieran entender, dada su corta edad y su inexperiencia. No les he venido diciendo hace tiempo todo lo que yo veía venir, colocándome yo en un plano de desapasionamiento a todo el mundo, hasta de los que me tocaban de cerca (...) Por qué creen ustedes que yo podía ver esto sin cegarme? Porque yo hice de mi vida un símbolo, y decidí que ya que mi marido⁴⁷ había sacrificado hasta su familia en aras de su justicia, cuando se trataba de algo mal hecho, y que ya que había tenido yo la gran suerte de venir de un padre⁴⁸ para el que el honor y el nombre valían más que la vida (ustedes han leído sus cartas) y no teniendo en mi vida ni en mi comportamiento nada jamás que me pudieran tachar, me creí que si alguno tenía el derecho de juzgar con derecho moral y encausar la vida de ustedes, que para mí es todo, todo lo que yo poseo, por un camino distinto al que todos, al menos la mayoría en este país, iban derechito al abismo pasando por alto intereses sagrados, de patria, buen nombre, etc.,. Por eso viví con el puntero en la mano señalándoles hasta en los míos mismos todo aquello que yo creía podía servirles a ustedes para guiarlos a una conducta distinta de lo que veían”⁴⁹.

En los conceptos vertidos tanto por Adela Calderón de Sosa como por la madre de Ricardo se perciben incubados preceptos que atesoran criterios como: *“aquellos que han sido mejor beneficiados poseen mayores deberes ante la sociedad”⁵⁰*; la *“necesidad de consolidar el mercado donde se forja la Nación”⁵¹*, *“...intereses sagrados, de patria, buen nombre”*. Las misivas de los Arias Calderón con sus madres dejan una percepción de insatisfacción creciente con el estilo de gobierno que preside Arnulfo Arias.

La intolerancia oficial orienta su índice contra la revista *Épocas*, dirigida por Samuel Lewis Arango, y en una misiva del día primero de abril, Lupita dice a sus hijos:

“Fíjense en el número de Épocas fecha 30 del pasado, para que vean en la portada como Sam⁵² declara que el Ministro de Gobierno y Justicia, o sea, Alfredo Alemán, ha venido persiguiendo a esta revista, influenciando o más bien exigiéndole a los comerciantes que suspendan sus anuncios en ella. Desde luego que es demasiado esperar que si un ministro de Estado, sin escrúpulos ni principios, insinúa que Épocas está en la lista negra del gobierno, los comerciantes amedrentados se atreven a desobedecer la orden envuelta en dicha insinuación. Desde luego, que se están cortando su propio pescuezo, pues si le cierran la boca a la prensa, ellos mismos caerán de órganos para quejarse cuando los atropellen en alguna forma. Sin embargo, como de todo hay en la viña del Señor, también han aparecido, quienes se han ofrecido para comprar páginas de avisos, eso sí, sin anunciar ningún artículo en especial, sino pagando el importe de la página, con el objeto de que continúe la publicación de la revista...”

Tal cual lo había hecho en 1941, el presidente Arnulfo Arias se había empeñado en remplazar, esta vez en 1951, la Constitución de 1946 y había emprendido duras medidas contra la libertad de expresión, denunciadas entre otros por el propio Samuel Lewis Arango, director y propietario por esos años del periódico *El País*, en una crítica abierta contra el estado de cosas.

El día ocho de marzo de 1951, jueves,-revela- *“...varios miembros de la Policía Nacional, obedeciendo órdenes expresas del Ministro de Gobierno y Justicia, señor José Clemente de Obaldía, se apersonaron a las oficinas del diario El País y me manifestaron que, cumpliendo disposiciones de ese alto funcionario, llegados hasta ellos a través de la Policía Secreta⁵³, el periódico no podía ofrecer a sus lectores la edición correspondiente a esa fecha y que, además, no podían funcionar, hasta cuando se recibieran órdenes en contrario, las máquinas del taller”⁵⁴.*

Los policías no portaban orden legal alguna para el allanamiento, pero Lewis Arango supo que se había girado una orden

de arresto en su contra, por lo que, para impedir que la edición de *El País* se viera afectada, nombró en su remplazo al entonces diputado Marco Aurelio Robles⁵⁵. La edición se imprimió, y varios diputados se hicieron con centenares de ejemplares para repartirlos en la ciudad, pero cuando estuvieron listos para hacerlo, la policía los encaró y les arrebató los ejemplares, desatando un verdadero forcejeo cuerpo a cuerpo. A continuación “...*numerosos miembros de la Policía Secreta penetraron a las oficinas de El País, y sin ningún mandamiento escrito, ordenaron la desocupación del local*”⁵⁶.

Lewis Arango, que en aquella ocasión fue arrestado por breve tiempo sin que mediara una acusación formal, fue puesto en libertad sin indagatoria. Era un crítico acérrimo del gobierno de Arnulfo Arias y en las semanas siguientes, cuando fue inevitable el choque del presidente con importantes sectores de la sociedad, la respuesta oficial en su contra fue tan rigurosa, que Lewis Arango debió buscar asilo en la Embajada de Ecuador.

Como otros hechos de esa misma época, la situación con Lewis Arango integrará una serie de antecedentes que culminarán con los acontecimientos del 10 de mayo de 1951, durante los cuales el presidente Arnulfo Arias es depuesto, tras decisión de la Asamblea Nacional, por el coronel José Antonio Remón Cantera, el mismo que lo había respaldado en 1949 en su ascenso al poder. Tanto Lupita como Mamalita, que integraron las filas de miles de ciudadanos que pedían la destitución de Arias, describirán los hechos a Ramón Manuel, Ricardo y Jaime Alberto, en extensas y detalladas cartas. Una de ellas es del siguiente tenor:

Mayo 12, 1951

Cuanta cosa ha pasado en estos últimos días ¡Ya al fin cayó Arnulfo Arias, pero en medio de un río de sangre y de balas! No se quiso rendir y con 600 arnulfistas, refugiados en la Presidencia, que sacrificó vilmente a su orgía de poder. La policía cercó la Presidencia, y por 4 horas hemos vivido una batalla de tiros y bombas lacrimógenas. Nosotras aquí, en medio de todo, rodeadas de soldados, refugiadas en un baño, porque

las paredes eran de mosaicos. En el radio dicen que fue algo nunca visto en la historia de la radiodifusión. Por 48 horas, día y noche, se unieron todas las radio emisoras en un sola que fue, la de los Eleta, la Continental⁵⁷, y los locutores se tomaban turnos, no solo informando al público todo lo que estaba pasando en Panamá entero, sino alentando a la gente a un paro cívico que llegó a tener proporciones gigantescas y totales. Nadie transitó por la calle, no había ni bancos, ni tiendas, ni mercados, nada, un paro completo. No hubo persona que no contribuyera y diera su pequeña colaboración para la caída del gobierno. Se ha portado el pueblo como nunca se creyó que respondiera, después de llegar a la degeneración política en que estamos. La policía muda e impasible jugando dos aguas, dejando libertad absoluta a los radios, etc., etc., pero al mismo tiempo apoyando y en completa unión con Arnulfo Arias. Ya cuando Arnulfo, tras la presión del paro y las manifestaciones que se sucedieron hasta tres veces al día, y que todos nosotros, desde los más encopetados hasta los más humildes, íbamos en globo a pararnos delante de la Comandancia, en muda muchedumbre, a forzar a la policía a tomar una decisión, no de tumbar a Arnulfo por la fuerza, sino que proclamara que acatarían el fallo de la Corte Suprema, si declaraba a Arnulfo traidor y dictador, por haber derogado la Constitución de 1946, con una pincelada en cinco minutos y adoptado la que él hizo en 1941, pero eso sí con modificaciones, y todo esto con solo una firma y una orden venida de Palacio. El día 8 por la noche, la situación era atroz, la Asamblea acababa de reunirse, por supuesto que según Arnulfo, quien ya había derogado la Constitución de 1946, no había Asamblea, ni magistrados, ni nada. El sólo era dictador absoluto pero, la antigua Asamblea se reunió en la Nación, y allí declaró, unánimemente, con asistencia de todos los diputados del P.R.A.⁵⁸, que Arnulfo debía renunciar por haber derogado la Constitución de 1946 y se consideraba traidor y reconocía a Alcibíades Arosemena, el vice presidente, como presidente. Inmediatamente la Policía Nacional anuncia por el mismo radio que solo reconoce a Arnulfo Arias, hecho que aceptaba Arnulfo, pues al mismo tiempo Remón haría como

presidente. Esto pasó a las tres de la mañana. Esa noche del día ocho, como quince mil personas habíamos estado paradas delante de la Comandancia por 7 horas, sin un desorden, sin un grito, sólo se cantaba el himno nacional cada media hora. No hubo viejo, vieja o niño que no se fuera a parar allí, no había ya partidos políticos, ni leaders, todos éramos panameños sin diferencia de colores, ni razas. Esa noche no se nos olvidará nunca, era Panamá entero, ya unidos todos contra Arnulfo y su gabinete y unas 500 personas más, pues la mayoría del PRA, diputados, vicepresidentes y altos empleados, magistrados, etc., se unieron con nosotros, ya que con la derogación de la Constitución del 46 quedaban todos eliminados. En ese momento regía un dictador sin leyes, sin nada, más que su férrea voluntad. Al oír el dictamen de la policía que reconocía a un a Arnulfo aún después del dictamen de la Asamblea. Me olvidaba decirte que ese día 8, al ver el paro total y la reacción del pueblo, volvió Arnulfo a derogar la Constitución de 1941 y volvió a la de 1946. Tuvo que ceder, no había más remedio. La policía sí declaró el ocho que sólo aceptaba la del 46, en eso solamente tuvo con el pueblo. Creyeron, la policía y Arnulfo, que volviendo a la del 46, otra vez, iban a satisfacer a un pueblo ya cansado de tantas indecisiones, pero ya no había control y ese pueblo no creía ya, y había perdido la fe y sólo clamaba que la policía acatara el fallo de la Corte Suprema que se estaba reuniendo para aceptar lo que la Asamblea había decidido la noche antes. **Entonces todas las mujeres encabezadas por Raquelita Arango de Orillac y Lupita fuimos a la casa de Cecilia de Remón a pedirle que convenciera a Chichi⁵⁹ que acatara el fallo de la Corte de la Corte como última palabra.** Se reunieron enfrente miles de mujeres sin distingos políticos como madres nada más y encontraron a Lilo y a Remón allí, que no cedían; no contestaban sino con evasivas esta manifestación; admiten los periódicos que fue la presión final que tuvieron los Comandantes para ceder, porque según aparece, fue Lilo el que cedió primero, y con bandera arrollada, y todas las mujeres detrás, se unió a otras manifestación encabezada por la mujer de Flores, tercer comandante, y juntas

*todas fuimos al reconocimiento de Alcibíades por la policía. Inmediatamente avisaron a Arnulfo que se rindiera: contestó que no; le dijeron que pensara en las 500 personas del P.R.A., mujeres y niños que estaban refugiados en la presidencia, después de un llamamiento (...) radio (había un radio del P.R.A.) de Arnulfo a su gente para que lo acuerparan creyendo todo el tiempo que estaba protegido por la policía, empezó el tiroteo y claro que no tenían chance, pero con todo y que los micrófonos puestos alrededor de la presidencia instaban a la gente de allí que se rindieran porque iba a haber una masacre, Arnulfo insistía en no rendirse y con él sus ministros. Duró 4 horas la pelea, Gelabert en un avión, hizo un reconocimiento de las casas vecinas que en los techos habían apostados P.R.A.'s con ametralladoras y así pudo la policía recogerlos a todos y **al fin ya con 12 muertos y 108 heridos, se rindió Arnulfo y sus ministros ilesos**, pero entre un reguero de sangre y la Presidencia agujereada en los pisos, cielos rasos, muebles, en fin, la presidencia quedaba hecha un montón de ruinas. (...) El país está en calma completa, ayer fue el entierro de Gómez inmolado por la indecisión de Remón y la venganza de Arnulfo, quien se la tenía velada desde tiempos atrás. Todos fuimos al entierro. Nuestro grupo de mujeres iba a la cabeza, la Presidenta Arosemena y en retrato de periódico verás a tu mamá en primera fila. El gabinete es de todos los partidos políticos, desgraciadamente, Norberto Navarro de Obras públicas, representando al P.R.A.; el Frente Patriótico con dos carteras, el Liberal de Temi con una, el Liberal de Nino y Enrique con otra, el Renovador con una y el P.R.A. con otra, Ritter Aislán de Secretario Privado. Vendrá la lucha otra vez para las elecciones de 1952 pero Alcibíades da su palabra que habrá libertad de voto. Es su chance de hacer algo nunca visto en Panamá pues la Presidencia no se le ha dado a ningún partido sino el pueblo, las mujeres de todas las capas sociales sin distingo de raza, color ni político. No está amarrado Alcibíades ni al P.R.A., pues aunque la mayoría apoyó al pueblo en contra de Arnulfo, no fue como P.R.A. sino como ciudadanos. Se me olvidaba decirte que Dicky Arias renunció del gabinete el día*

8 cuando derogó la Constitución del 46 por la del 41 con una pincelada. Por lo tanto el Renovador también se unió al pueblo. Mil besos hijitos adorados.

Mamalita

Lupita, una de las organizadoras de la movilización femenina para la deposición de Arnulfo, describió los acontecimientos en una carta a sus hijos, fechada el 14 de mayo de 1951, cuatro días después de la caída del líder panameñista:

“Nos citamos todas las mujeres de Panamá, TODAS; nos reunimos en el teatro Cecilia, paramos el tráfico y marchamos en un grupo enorme hacia Santa Ana, donde estaba el Frente Patriótico reunido. Los carros querían pasar y no nos movimos. (...) a las 4:15 llegamos al parque, comenzaron a hablar diferentes oradores, en su mayoría del Frente, pero también algunas mujeres. Apareció una bandera. Todo el mundo cantó el himno. Cayó un aguacero, nadie se movió de su puesto. A las cinco y pico llegaron los estudiantes, los agasajantes de Obarrio, los hombres se colocaron adelante, y en una masa compacta, yendo del brazo, mujer con mujer, no importaba de qué partido ni de qué clase, avanzamos hacia el cuartel de la Policía Nacional. Cantamos himno tras himno y entre uno y otro un coro unánime gritaba: “Que se vaya, que se vaya”. Estuvimos frente al cuartel a la hora de bajar la Bandera Nacional y hubo un silencio profundo, luego comenzó la muchedumbre a cantar de nuevo del Himno Nacional. Remón salió a escucharlo recostado en la escalinata, apoyado en una bandera y nos habló después de tomarse un tiempo diciendo que no se preocuparan que ellos estaban dispuesto a hacer lo que más le convenía al pueblo. Siguieron los gritos y los himnos, mientras adentro deliberaban los políticos comerciando como siempre con la Patria. Estuvimos allí, la muchedumbre entera, yendo unos a comer y otros no, hasta las tres de la mañana. Siguió la huelga el miércoles, coreó regiamente la radio y todo el día fue de terrible tensión”⁶⁰.

¿Puede resultar inexacto acaso, afirmar que acciones como esa contribuyeron a forjar un carácter y un comportamiento político en Ricardo Arias Calderón? Y aunque para esos años él no tenía definido aún el rumbo que tomaría su vida, ¿puede desconocerse el peso que tendrán en su destino y en el de sus hermanos?

Tanto *Lupita* como su hermana Adela se revelan como ciudadanas activas, críticas agudas, ante los acontecimientos de su época; es evidente la coherencia entre una posición política, la de rechazo a un determinado tipo de conducta gubernamental, y la acción consecuente para deponerla. No se estacionan en las formulaciones. Tras el derrocamiento de Arnulfo, Lupita integra junto a otras mujeres una *Organización Civilista Femenina*, destinada a ayudar en la reconstrucción de la República.

La angustia institucional que siguió a los acontecimientos de 1951 se reflejó igualmente en el intercambio epistolar entre madres e hijos. Durante los meses previos a las elecciones de mayo de 1952, la ciudadanía observará cómo se irá acentuando el protagonismo castrense. *“Imagínense que porque Galileo Solís, ministro de Hacienda, ha elaborado un presupuesto tratando de meternos dentro de la realidad (el déficit de este año ha sido de seis millones) y desde luego entre el plan ha tenido, después de muchas otras medidas, primero que refundir los Ministerios de Comercio e Industrias y Salubridad Pública (Juancho Galindo) en uno solo,(...) y recortado sueldos (incluyendo Policía Nacional) Remón exige que lo destituyan”*, les dice Lupita a sus hijos en una carta del 29 de enero de 1952.

Y consignaba, además, cómo la filosa pluma del destacado periodista Gil Blas Tejeira caracterizaba entonces al encumbrado militar:

“Poco a poco, va Remón sacando las uñas y endiosándose, casi que estilo Arnulfo. En su última crónica Tamikaso (que es Gil Blas Tejeira) dice que con anterioridad el nombre de Remón Cantera era “Yosikito, Yosipongo” y hora este nombre se ha alterado al “Yosikito, Yomepongo”. Verdaderamente que tiene unas ocurrencias geniales”, subrayaba Lupita.

Los informes semanales de Lupita revelaban igualmente que en los ejercicios electorales panameños pocas cosas habían cam-

biado desde esos años hasta sus días. En las de mayo de 1952 -por ejemplo-, donde Remón Cantera asiste postulado por la *Coalición Patriótica Nacional* y Roberto F. Chiari por el *Partido Liberal Nacional*. “*La coacción ha sido terrible, pero con todo y que la esperábamos creíamos que habría más gente consciente que votaría por Nino. Claro que trampas ha habido a tutiplén. Hay regiones en que el total de votos depositados alcanza un total mayor que la población votante, de la cual sacaron un censo hace como dos años*”.

José Antonio Remón Cantera tomó posesión como Presidente de la República el primero de octubre de 1952, en un acto realizado en el estadio *Juan Demóstenes Arosemena*. Fue una ceremonia imponente, según describe Mamalita en una de sus cartas. Una *coronación*, dijo, en la que el hermano menor del nuevo mandatario, Toto Remón, presidente de la Asamblea de Diputados le impuso la banda presidencial. Primó un buen nivel de organización, asistieron delegaciones de 35 países, entre ellos el dictador nicaragüense Anastasio Somoza: “*Increíble, pero cierto, a la delegación que más aplaudieron a la entrada al estadio, fue a la de Tachito. Dizque él contó que fue preparado para que le dieran de tomatazos y por supuesto iba temblando, y que al oír la salva de aplausos, se le aguaron aún más las rodillas. Indiscutiblemente, a los pueblos les gusta los domadores!!!*”, observaba la tía de Ricardo.

Derecho, sacerdocio o filosofía

A sus diecisiete años Ricardo transitaba de su adolescencia a la primera madurez de su juventud. Se empeñaba en definir el rumbo de su vida, en un debate personal en el que se contraponían una formación religiosa y los nuevos espacios de conocimientos que le van aportando sus estudios y los escenarios sociales y culturales a los que ingresa. Será un conflicto, que por las cartas que intercambia con sus madres y con el padre Manuel de

Maguregui⁶¹, estará presente durante toda su estadía en Yale. Allí serán actores importantes su nuevo escenario universitario, sus compañeros de clase y un hombre clave: Jaques Maritain.

En 1950, al egresar de *Culver*, Ricardo había escrito a su madre una carta donde hablaba de su inclinación sacerdotal. Dos años después ella le dice: “...nunca hemos conversado de los planes respecto al sacerdocio, que a veces te llenan. Solamente en noviembre del ‘50 nos escribimos al respecto y a pesar de que yo estaba persuadida que durante las siguientes vacaciones de junio, te gustaría hablar de ello, aunque de una manera vaga, nunca abordaste el tema. No sólo no lo abordaste, sino que me ‘pareció’ que lo rehuías”, le decía Lupita a su hijo en una carta del 16 de abril de 1952.

En 1953 Ricardo dirigió misivas tanto a su madre como al padre Maguregui, ese jesuita que había estado tan cerca de su familia y en especial de su la abuela, y volvió a informar, al parecer con mayor decisión, que estaba contemplando la posibilidad de dedicarse a la vida sacerdotal, tanto que Maguregui comenzó a buscar un centro religioso donde Ricardo realizara sus estudios eclesiásticos.

El día 17 de enero de ese mismo año el prelado le informó a Ricardo que había hablado con el nuncio, monseñor Bernier sobre su caso “y quedó muy complacido al oír tu propósito de entregarte a Dios por completo en tu hermosísima vocación. Hablamos del mejor sitio para tus estudios y me dijo que el seminario de Ottawa en Canadá cree él que sería el mejor. (...) es mitad inglés y mitad francés, y uno puede elegir en acudir a una u otras clases”⁶².

Pero Mamalita, que ha seguido de cerca estos intercambios y que está al tanto de la tendencia de su “hijo”, le remite una carta en la que además de analizar el tema, refleja verdaderas angustias: “Yo te he estudiado por largo tiempo y he tenido mis dudas de si cogerías ese camino. Te encomendé a Don Bosco, te acordarás que a tu vuelta, hace dos años, encontraste la imagen de ese santo al pie de tu cama. Tú fuiste la causa y no tus hermanos (...) Un buen sacerdote es una adquisición para la iglesia pero para eso se necesita una verdadera vocación y se ven todos los

días ejemplos de padres que no han debido entrar nunca y que ya encaminados en los primeros años de estudios no tuvieron el valor de salir... ”.

Y añadía: *“Un paso tan serio debe pensarse más (...) yo creo que debes terminar tu año en Yale. ¡Aun no sabes si donde estás te llena! No hace apenas tres meses ibas lleno de ilusiones, de grandes proyectos, ¿por qué no esperas un semestre más?”* Lupita por su parte decidió esperar, no le volvió a tocar el tema hasta que él lo mencionó nuevamente, aunque compartía en gran medida la preocupación de su hermana, al sostener que *“había individuos que podían hacer una mejor labor en la sociedad que en el púlpito”*.

Él había considerado la posibilidad de entrar a un Seminario como paso previo al sacerdocio, pero algunos hechos indicarán que en el otro lado de la balanza había un tema que pesaba tanto o más que la vocación religiosa.

¿A quién le quieres servir?

Son sus compañeros de clase quienes visualizarán su horizonte con una certeza casi profética. En Yale Ricardo había ingresado a un colectivo estudiantil llamado **“The Group”**, en el que participaba algo más de una docena de estudiantes de variadas carreras. Él era el único latino y junto a Joseph Grimes, los únicos católicos. La mayoría era protestante: episcopales, metodistas, agnósticos. Todos se planteaban si la educación que estaban recibiendo era adecuada, de calidad, y eran exigentes de sí mismos y de sus profesores. De alguna manera ese mundo estudiantil parecía más coherente con las inquietudes del joven Ricardo, y con la posibilidad de darse a sí mismo la respuesta que andaba buscando, sobre todo porque estaba inmerso en el amplio y competitivo escenario intelectual y científico de la Universidad de **Yale**. **The Group**, como otros colectivos estudiantiles existentes allí, era un círculo que se reunía para discutir sobre diversos temas y en algunas de esas discusiones sus integrantes presentaban, de viva voz, reflexiones sobre ellos mismos y sus familias, sobre sus estudios,

temas éticos y religiosos, incluso personales, incluyendo relaciones sociales con el sexo opuesto. En estas conversaciones se ponían de manifiesto inquietudes hacia el futuro, preocupaciones o aprensiones sobre tópicos específicos, con una franqueza y calor humanos que podían señalarle al amigo, además de sus virtudes, sus limitaciones de carácter, su apasionamiento y la necesidad de encontrar un equilibrio entre sus sueños y la realidad. Muchas de esas exposiciones se convirtieron luego en apuntes que Ricardo guardó, y que revelaban cuanto apreciaron la franqueza del compañero y amigo, las preocupaciones que despertaba en ellos sus antecedentes familiares y académicos, caracterizados por su estructuración, disciplina y protección e interesantes reacciones de varios de sus compañeros ante su exposición autobiográfica. Bill Jacobs -por ejemplo- le dice en octubre 9 de 1953... *“hay muchas cosas que no comprendo de la vida religiosa y sin duda alguna mis dificultades se han producido por el sistema de Yale, aún tengo introspecciones ligeras acerca de las influencias de humildad y seguridad de la fe y la oración. Sin embargo, esto me ha ocurrido casi siempre independientemente de mi asistencia a la iglesia y más bien en las situaciones menos esperadas... Te envidio porque representas para mí alguien que puede olvidarse de sí mismo y saltar al torbellino”*.

Robert G. Whalers, otro compañero, le decía: *“Difícilmente puedo dudar de tu entusiasmo y convicción en tus creencias, pero me pregunto si no estás canalizándolas o dirigiéndolas hacia la resolución de algunos problemas nacionales”*... y más adelante añade: ***“Te replanteo la pregunta directamente: ¿estás planeando servir a Dios o a Panamá?”***

Jim Ellis dice en su carta de octubre 27 de 1953: *La impresión que recibí de tu charla, y un par de amigos está de acuerdo conmigo sobre este punto, es que pareciera que quieras ser un político más que lo que quieres ser un sacerdote. Debo admitir que sé muy poco sobre la vida y deberes que entraña ser un cura, pero me parece a mí ahora que tu personalidad está mucho mejor adecuada para ser un político que un sacerdote.*

Por el balance de sus amigos y la conclusión de su tesis de graduación, así como en las reflexiones previas, es evidente que Ricardo transitaba por un proceso que lo llevaba a repensar su vida, su destino, sus propósitos a largo plazo; buscaba elementos para resolver lo que a todas luces era una crisis de fe. ¿Cuál era el camino?; parecía empeñado en una solución responsable, sin temores ni dudas espirituales. La disyuntiva pareció encontrar camino justo a principios de 1954, cuando estaba por terminar sus estudios en *Yale*.

En febrero de ese año envió una carta en la que explicaba su situación al padre Maguregui, quien le respondió preocupado: “...*me dejó preocupado lo que me dices, que encontraste en tu carrera dificultades y dudas en tu religión y que esas dudas te han creado un serio problema espiritual*”⁶³. Maguregui pareció no entender con exactitud la transición por la que pasaba el joven, porque en lugar del balance sobre la crisis juvenil y la búsqueda de horizonte, atribuyó las dudas de Ricardo a otras causas: “*Esa es la consecuencia Ricardo –escribe el reverendo- de alistarse en universidades que no son católicas pues no estáis formados para resistir los embates de una crítica materialista y atea*”⁶⁴. “...**no estáis formado para resistir los embates de una crítica materialista...**” ¿A qué se refería Maguregui?

El joven pedía tiempo para reflexionar y a Maguregui le pareció muy bien una de sus consideraciones respecto a visitar en Francia una escuela de padres dominicos “*para que se desvanezca esa influencia funesta para ti de la universidad laica*”, y le advertía: “*Quizás haya un poco de peligro de que en medio de un fondo real y espiritual te entusiasmes un poco con algunas ideas quizás no tan reales que ahora cunden como orientaciones nuevas del catolicismo...*”.

¿Orientaciones nuevas del catolicismo? En esa última referencia aparecía la raíz de la preocupación de Maguregui, un jesuita que dentro del catolicismo era mucho más cercano a los preceptos conservadores de la iglesia española que a los aires renovadores que llegaban a ella en la postguerra, por ejemplo, desde Francia. Era obvio que Maguregui hubiera preferido una universidad ca-

tólica para aquel joven, que las argumentaciones intelectuales y su exposición a corrientes del pensamiento contemporáneo y complejo de *Yale*.

Ese instante fue crucial en la vida de Ricardo, pero en lugar de omitir el significado de esa etapa u optar por salidas fáciles, él apeló a la rigurosidad y a la franqueza en la que había sido formado... no quería dejar abiertos espacios para excusas que lo afectaran en la posteridad.

El horizonte

Lo que Maguregui ignoraba era que en el debate interno que arrastraba Ricardo había hecho presencia un factor importante. En *Yale*, aquel joven forjaría para toda la vida amistades con las cuales todavía mantenía contacto frecuente en la madurez su vida, y que le visitaban en Panamá. Entre ellas la de Joseph Grimes, Duane Malm, John Carr, Bob Wahlers, Joe Albanese, Dick Guildler, y los ya fallecidos Jim Ellis y Bill Jacobs. Igualmente George Vick, uno de sus mejores amigos, estudiante de filosofía y un converso a la religión católica, quien va a aportarle a Ricardo una orientación decisiva en la búsqueda de ese horizonte. Se habían conocido en alguna de las actividades universitarias, en el contexto de la intensa vida intelectual de *Yale* y en la que las discusiones filosóficas, religiosas y políticas formaban parte integral del ambiente universitario. Fue Vick quien le informó a Ricardo que en las universidades de *Princeton* y *Georgetown* dictaba cátedra uno de los más destacados filósofos del catolicismo, y le aconsejó visitarlo. Era Jacques Maritain.

Nacido en Tolosa, Francia, el 18 de noviembre de 1882, Maritain era un filósofo defensor del neotomismo, la filosofía de Aristóteles bautizada por Santo Tomás de Aquino “*a partir del cual se propuso edificar una metafísica cristiana, que él denominó “filosofía de la inteligencia y del existir”*”⁶⁵. Había estudiado en la Sorbona durante los años en que, en el curso imperaba el “cientismo” (entre sus maestros figuró Félix Le Dantec), y se licenció en letras y en ciencias naturales. Agregado de filosofía en 1905,

consiguió una beca mediante la cual pudo cursar dos años (1906-1908) de estudios biológicos en Heidelberg, con Hans Driesch. Por aquel entonces contó entre sus amistades a celebridades posteriores como Ernest Psichari, Charles Péguy, etc., y conoció a una joven hebrea rusa conversa al catolicismo desde el judaísmo, llamada Raïssa Urmánsov, con la cual se casó⁶⁶.

¿Y qué hacía tan especial a este hombre que va a influir de manera tan decisiva en el joven panameño, que acude a él en la esperanza de resolver las dudas en que lo ha sumergido ese conflicto de transición por el que atraviesa?

Metafísico de formación, se convierte al catolicismo en 1906, pero “solo un poco más tarde, después de haber comprendido que la permanencia de las fórmulas dogmáticas, a las que en adelante se adherirá con toda su alma, exigían una concepción realista de la inteligencia, Jacques y Raïssa Maritain, guiados por el P. Clerissac, se encuentran con Santo Tomás”⁶⁷. *“Es, al decir de Vicente Marrero, una personalidad demasiado mezclada a las cuestiones más apasionantes y actuales, que toma posición neta y destacada en problemas concretos, como para no tener adversarios o admiradores entusiastas”*.

*“En virtud de la naturaleza misma de la razón humana – no disciplinada o filosóficamente perfeccionada – el concepto de causa y el principio de causalidad puede llevarnos más allá del campo de la experiencia –decía Maritain- y añadía que (...) si el niño utiliza el principio de causalidad al preguntar por qué existen las cosas, no lo hace en razón de las peculiaridades transitorias de la “mentalidad infantil”, sino, por el contrario, debido a que está despertando a la vida intelectual auténtica”*⁶⁸. Así, pues, Maritain distingue un conocimiento pre filosófico de la existencia de Dios simplemente natural. *“Este conocimiento pre filosófico puede ser descrito también como una aplicación espontánea del principio: no hay artefacto sin artífice. En el campo de la sabiduría metafísica hay un conocimiento filosófico de la existencia de Dios, que puede justificarse plenamente y argumenta modos de razonamiento procediendo con un pleno rigor racional”*⁶⁹, afirmaba el célebre neo tomista.

Desde la publicación de sus primeros trabajos en 1912, Maritain construye sus grandes obras; en 1933 inicia sus estadias en Estados Unidos, que le sirve de base para publicar sus *Reflexions sur l'Amérique* y que imparte como lecciones en la Universidad de Chicago. Esa será su segunda patria, sobre todo después de salir de Francia para evitar la persecución fascista contra su esposa Raissa. Ella es de origen judío. Elogiado por la Academia Francesa por su obra *La Philosophie Morale*, en 1963 le mereció el Gran Premio Nacional de las Letras.

“Durante el conflicto bélico y, posteriormente, con la experiencia de la democracia en Estados Unidos que, aun con la separación entre Iglesia y Estado han mantenido un humus cristiano en la sociedad, Maritain profundiza su pensamiento político con categorías más laicas, más cercanas a la filosofía y a la ciencia política contemporáneas. También cambia su lenguaje, no habla más de ‘nueva cristiandad’ sino de ‘nueva democracia’, considerándolos casi sinónimos. Con Cristianismo y democracia, Los derechos del hombre y la ley natural, La persona y el bien común y, sobre todo, con El hombre y el estado se retoman e incluso se desarrollan los valores de la modernidad política, en particular la democracia, los derechos humanos y la idea de un Estado no absolutista”, una constante que en el futuro adoptará Ricardo en la gestión política que desplegará en Panamá.

“Maritain ya no habla más sólo de pluralismo, sino que progresivamente va afirmando la idea de democracia personalista - no sólo política sino también económica y social - que se opone a la democracia liberal y capitalista. La “nueva democracia” a la que mira Maritain no es más esa individualista y liberal de sello rousseauiano, no es sólo un sistema de gobierno, sino también un ideal de vida en común y, en cuanto tal, basado sobre valores: se trata de una democracia inervada sobre valores cristianos. Maritain, siguiendo al judío Bergson, afirma que la democracia tiene su fundamento en el cristianismo, pero distinguiendo entre cristianismo como revelación sobrenatural y cristianismo como fermento cultural de la vida política y social, como ‘energía histórica’. Enriquece así su perspectiva democrática, y al mismo

tiempo evita riesgos de integrismo. El fin que deben perseguir las instituciones democráticas es lograr el bien común, que no es la suma de los bienes individuales, sino la “buena vida humana de todos”, como resultado del interés del uno por el otro. El tema es particularmente actual porque el término mismo de “bien común” casi ha desaparecido de nuestro lenguaje, adaptado a la creciente corporativización de la sociedad, a su espíritu utilitarista y a la consiguiente primacía del contrato con respecto a otras formas de relaciones jurídicas y sociales. Se habla más bien de “bienestar general”, entendido como la suma de los bienes individuales (manteniendo por lo tanto las diferencias y desigualdades existentes), en tanto que el bien común no se refiere a la persona en su individualidad aislada de su entorno, sino en relación con otras personas, es decir, como la suma de bienes relacionados”⁷⁰.

Además de filósofo preocupado por los problemas de su tiempo, la obra de Maritain constituye una de las piedras angulares del pensamiento humanista cristiano. No en vano fue invitado como auditor seglar al Concilio Ecuménico Vaticano II por el Papa Pablo VI, quien le concedió el honor de hablar en la clausura del evento⁷¹.

Maritain fue un crítico firme de las atrocidades del fascismo durante la Segunda Guerra Mundial, así como del autoritarismo comunista. Embajador de Francia ante el Vaticano, empeñó esfuerzos en lograr el retiro de los obispos franceses colaboracionistas. Había vivido de manera próxima la persecución contra los judíos y de primera mano la suerte que habían corrido millones de seres humanos, entre ellos los católicos durante ese período. Cercano le era el caso de Edith Stein, filósofa alemana, alumna de Husserl, judía, convertida al catolicismo y muerta en el campo de concentración de Auschwitz el 9 de agosto de 1942. Carmelita y mártir, fue beatificada en 1987 y en 1998 el papa Juan Pablo II la canonizó bajo el nombre de ***Santa Teresa Benedicta de la Cruz O.C.D.***⁷².

Jacques Maritain

Maritain le dio cita a Ricardo para un determinado día y hora, y cuando llegó a su casa él no estaba, había acompañado a su esposa Raisa al médico. Ella para ese entonces estaba muy enferma. Maritain llegó al poco rato.

“Lo que más me impresionó –recordaría Ricardo– fue la total atención que me brindó enseguida. Cuando yo le planteé la relación de la Filosofía con otras ciencias y específicamente con la Política me hizo una recomendación: que mantuviera muy clara distinción entre una y otra, y también me sugirió que si deseaba yo estudiar Filosofía lo hiciera en Saint-Maximin-la-Sainte-Baume, que era la más destacada escuela de Filosofía de la orden de los Dominicos en el sur de Francia. Esta entrevista me hizo comprender que toda la arquitectura mental del hombre se basa en una visión filosófica y que sin ese aporte cualquier otro conocimiento corre el riesgo de revelarse tarde o temprano frágil y cambiante”⁷³.

Aquella entrevista fue determinante en el debate interno que acechaba a Ricardo. Él egresó con honores de Yale en 1954, con el título de *Bachelor of Arts*, y eligió la Filosofía como carrera, un punto donde concilia su fe con la verdadera vocación de su vida: el humanismo a través de la política. Y hay huellas que apuntan en esa dirección:

“Yo escogí la especialización en literatura inglesa e hice mi tesis de graduación en inglés con una extensión de 219 páginas sobre la poesía del humanista cristiano John Milton anterior a su gran publicación “El Paraíso Perdido” y la titulé “Seventeenth-Century Christian Humanist: A Study of Milton’s Early Period, 1608-1640”. En esa tesis Ricardo decía, entre otras conclusiones:

“Milton reconoció la excelencia del arte clásico y además reconoció la validez tanto moral como artística de los elementos paganos una vez subordinados e incorporados en la solución cristiana ortodoxa, además también reconoció que si una visión cristiana iba a ser el elemento dominante y envolvente, él debía modificar el motivo clásico del arte para darle una dirección re-

ligiosa. El poeta cristiano no podía simplemente aceptar el arte clásico y por otra parte no podía limitar la consideración clásica al nivel artístico.

A pesar del efecto regresivo en el desarrollo poético, que en la obra de Milton causó la muerte de su amigo de infancia Carlos Diodati, lo que le motivó a escribir el poema Lycidas, es esencial en su evolución a partir de 1640 hacia la prosa, ya que desde antes había en él trazas de su desarrollo hacia la síntesis del humanismo cristiano como la expresión artística más universal”. (p. 219)⁷⁴.

Es posible que al momento de elegir su tesis de grado Ricardo estuviera imbuido de la pureza académica a que lo convocaba el tema, pero ese último razonamiento en el que subraya la evolución de John Milton hacia el humanismo cristiano parece parte importante de las reflexiones sobre las vivencias que lo sacuden en ese instante, y que se deja ver en el cruce de cartas tanto con sus madres como con el padre Manuel de Maguregui, entre 1953 y 1954.

“La filosofía podría conducir tanto al sacerdocio como a un camino por ella misma” le habría dicho Maritain. ¿Hacia cuál, al de la política? Pero Maritain no hará recomendaciones en ese sentido, sobre todo porque *“teme toda posible mezcla entre política y religión”*⁷⁵. Le aconsejó a Ricardo que se diera un tiempo, que conociera la vida de un religioso, que se fuera a la abadía de los dominicos en Saint-Maximin-la-Sainte-Baume⁷⁶, en el sur de Francia, y escogiera la ruta de su vocación. Maritain sabía que más que la inducción, era la vocación la que conduce a la permanencia. Le advirtió igualmente sobre el peligro de confundir la política con la religión y la importancia de mantener la distinción entre las dos: *“la fe puede inspirar la acción política permeándola de valores y dándole un sentido de trascendencia, pero la política no puede convertirse en un instrumento de la religión, ni la religión imponerse a la acción política concreta”*, rememora Ricardo al citar al viejo maestro.

Antes de ir a Francia, y a pocos meses de su graduación, Ricardo había considerado la posibilidad de estudiar Derecho y

Ciencias Política, y llegó a pasar un verano trabajando en el bufete del abogado Eduardo Morgan. Escribió a Harvard, su índice académico daba para ello, pero su inclinación más fuerte era por la filosofía, y por ella se decidió.

Ordis Predicatoris

Junto a Joseph Grimes, Ricardo partió hacia Francia: *“Siguiendo los consejos de Maritain me decidí ir a estudiar Filosofía al lugar que me recomendó. El viaje a Francia lo hice por barco acompañado por Joseph (Joe) Grimes, quien iba con una beca de Fulbright. Durante el tiempo que estuvimos en París almorzábamos sin problema en un restaurante cercano, yo apenas conocía la lengua francesa, Joe sabía algo más, y era él quien ordenaba las comidas y yo me limitaba a decir “moi aussi”⁷⁷.*

Compartieron una semana visitando y conociendo París, tras lo cual Grimes partió para Lille, en el norte de Francia, cerca de la frontera con Bélgica para estudiar su carrera. Ricardo fue al sur, a Saint-Maximin en el departamento de Var, en Provenza por la Costa Azul de Francia, una región llena de iglesias y monasterios románicos que databan de la Edad Media, entre ellos uno que pertenecía a los frailes dominicos edificado en gótico tardío, donde había un número reducido de habitaciones para laicos, con quienes se hospedó. La iglesia de Saint Maximin está aún inacabada desde 1532. Los estudiantes laicos tenían el mismo pensum académico que el de los frailes.

“Como no conocía el idioma los primeros días dependí de frailes que hablaban español, sin embargo, me integré rápidamente al ambiente que me rodeaba, lo que me permitió adquirir conocimientos del francés, y pronto ya lo comprendía y manejaba con facilidad, sobre todo gracias a la ayuda que me brindó un norteamericano de nombre Willard Hill, que vivía en una villa de Saint-Maximin desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, y que era allegado a los Pequeños Hermanos de Jesús, cuya espiritualidad estaba basada en la identidad o modo de vida de los más pobres de la sociedad, y en la actividad contemplativa

de Jesús Sacramentado, una congregación fundada por Charles Foucauld, y a la cual también perteneció hasta el fin de sus días Maritain, después que muriera Raisa”⁷⁸.

Con Willard trabó una buena amistad por la empatía de sus caracteres en la búsqueda de la verdad espiritual dentro del catolicismo. En este período, aquel joven tendrá una de las experiencias más ricas y satisfactorias de su vida. Conocerá por sí mismo qué son, qué piensan y cómo viven los frailes dominicos y los monjes benedictinos.

Conocida en latín como *Ordis Predicatoris*, la de los Dominicos conformaba una Orden fundada por Santo Domingo de Guzmán en Tolosa durante la Cruzada Albigense, una guerra emprendida por la Iglesia católica y la nobleza del reino de Francia en contra de los cátaros⁷⁹ y la nobleza de Occitania a comienzos del siglo XIII.

Cuando Ricardo estableció contacto con los dominicos habían pasado 738 años desde que fuera confirmada por el papa Honorio III el 22 de diciembre de 1216. A sus frailes había correspondido la responsabilidad de rescatar, en la Edad Media, la herencia cultural griega y romana, lo que hoy se conoce como las bases del pensamiento de occidente; se destacó en el campo de la teología y doctrina al abrigo de figuras como Alberto Magno o Tomás de Aquino, y mantenía la misma mística bajo la cual había surgido, mediante la organización de un grupo de predicación que imitaba las costumbres de los cátaros, viviendo pobremente, sin criados ni posesiones.

Un estilo gótico tardío⁸⁰ dominaba el conjunto arquitectónico que el joven panameño irá descubriendo en aquella abadía cuyo silencio y solidez se proyectaba con fascinación, como un discurso que, riguroso, definido y abarcador, se le presentaba atractivo. Era como regresar al siglo XIII –dirá–, a un ambiente silencioso y sereno que copaba los sentidos y ante el cual no había más remedio que rendirse satisfecho y admirado ante el abrazo de una autoridad de tantos siglos.

Era el centro del pensamiento tomista “*pero para adentrarse en el mismo había que incorporar toda la historia y la tradición filosófica occidental a partir de los grandes pensadores griegos*

*y sobre todo de Renato Descartes”, recordaría Ricardo en años posteriores*⁸¹. Después de las reflexiones, de las misivas con su mamá Lupita y la tía Adela, con el padre Maguregui y los conversatorios con sus amigos de Yale, sentía que estaba ante una fuente del saber y sus angustias se veían compensadas con el largo y consistente camino andado por esa Orden.

Entre 1954 y 1956 siguió como laico el pensum de los dominicos, dedicado con exclusividad a la Filosofía. Ellos poseían una extraordinaria capacidad de ordenamiento mental y una dimensión metafísica, ética, lógica y teológica para entender en ese plano la teología racional. Y es allí donde Ricardo resolverá las dudas que durante la estancia en Yale han provocado su crisis de fe, y encontrará las respuestas a esos “*embates de una crítica materialista y atea*”, que en su momento le había señalado preocupado el padre Maguregui. Contrario a la desconfianza que éste había exteriorizado en el rumbo que seguía Ricardo, la estadía entre los dominicos le permite recuperar y consolidar espacios perdidos.

“Tuve ahí una experiencia singular porque pensé haber perdido la fe cuando lidiaba con el más eminente pensador que ha producido el catolicismo, a saber, Santo Tomás de Aquino, porque eran tales las exigencias de razonamiento de su pensamiento que sentía que sobrepasaban mis fuerzas y yo no tenía mayor práctica filosófica”, ha recordado Arias Calderón.

De los laicos se encargaba el padre Cristophe Golfín, un hombre accesible, muy bien informado e interesado en la ideología comunista y su desarrollo y aplicación en la República Popular China, dictaba el curso de Filosofía Política y Ricardo lo describe como “*muy exigente en cuanto a la preservación de la democracia como sistema más idóneo para vivir en libertad y progreso. También recuerdo al padre Montagne, cuyos cursos de historia de la filosofía y filosofía eran un dechado de claridad en un mundo confuso como el actual*”.

Pero hay un hecho muy importante en este período. En el centro donde estudiaba el joven panameño había un benedictino, Dom Marie Maihelle, que antes de entrar a esa orden, en la Abadía de

Saint-Benoît d'En Calcat, cerca de Tolosa, tuvo la experiencia de la guerra y había escapado de un centro de concentración alemán, para luego incorporarse a la resistencia francesa. Fue él quien en 1956 invitó a Ricardo a conocer la abadía benedictina y lo presentó ante su comunidad.

Durante toda una Semana Santa participó de sus actividades espirituales y posteriormente, cuando le tocó escribir su tesis doctoral de licenciatura en Filosofía de la Sorbona, se pasó casi dos meses entre ellos; los monjes se ofrecieron para la corrección y transcripción tipográfica del documento.

Vivían entonces en la Abadía cerca de 60 monjes que seguían la *Regla de San Benito*⁸², y entonaban en cantos gregorianos los oficios religiosos, combinado con el trabajo diario. Garantizaban su propio sustento con trabajos de diversa índole y entre ellos había artistas, escritores y artesanos. Un taller de vitrales de especial belleza, una imprenta en donde publicaban las ediciones de la abadía y obras de arte religioso, eran parte del complejo. Tenían, y aún conservan, un taller famoso por la confección de cítaras en donde, hasta hoy, se han producido miles de estos instrumentos que son utilizados en más de 70 países alrededor del mundo. Famosos y reconocidos en toda Europa son los tapices elaborados en el taller fundado y dirigido toda la vida por Dom Robert.

El nombre de la orden se debe a su fundador, un joven estudiante romano llamado *Benito*, que instaura los dos primeros monasterios en el siglo V. La regla del latín traduce *Benedictus* a Benito en español, que significa bendito. En Calcat los monasterios de la *Orden Benedictina* datan de 1890 fundados por Salones Louis, convertido luego en Dom Romain.

Entre el periodo que vivió con frailes dominicos y los monjes benedictinos pasaron dos años. Con la flexibilidad que se dispensaba a los laicos, entraba y salía del claustro con regularidad.

Lo más notable de esos dos años son el estudio sistemático y profundo de la filosofía y el contacto con unos hombres cuya vida y espiritualidad constituían de por sí una enseñanza profunda sobre la fe, vivida a tiempo completo sin hacer dejación del conocimiento ni despreciar el trabajo tanto intelectual como manual.

Ese contacto con la iglesia monástica, severa, estudiosa y austera que a la vez ha conocido las vicisitudes de la guerra y se aparta del mundo pero no lo desconoce ni abandona, lo marcará profundamente, más también el ambiente cultural francés de la época. Habiéndose asomado al abismo de la guerra, el mundo no volverá a ser igual para los que lograron sobrevivirla.

En la Iglesia Católica se vive una renovación intensa y la preocupación por los problemas sociales va a manifestarse en movimientos como los *Curas Obreros* y los *Traperos de Emaús*, y aumentan las vocaciones religiosas tanto para el sacerdocio como para la vida monástica. La publicación de numerosas revistas demuestra la vitalidad del pensamiento católico en la filosofía, la teología, en las artes y en las ciencias. Pierre Teilhard du Chardin (SJ) es quizás una de las figuras más representativas de esa Iglesia que busca la verdad en el mundo y que no teme enfrentarse al pensamiento tradicional.

Esas eran las preocupaciones del padre Maguregui, quien conocía una experiencia muy distinta. La Guerra Civil Española, aunque un preludio de la Segunda Guerra Mundial, tenía sus propias características. La República, que se había declarado laica, encontraba en la iglesia española- tradicional, conservadora y en muchos casos aliada a los intereses económicos -una resistencia beligerante.

El enfrentamiento entre el poder civil y el eclesiástico va creando un clima de intolerancia y de enfrentamiento que conducirá a actos de barbarie, por parte y parte, típicos de las guerras civiles. Quemados de conventos, “paseos de medianoche”, ejecuciones y violaciones de derechos humanos dejarán a España dividida y enfrentada.

Al terminar la Guerra Civil la Iglesia Católica, salvo honrosas excepciones, asume la defensa del franquismo y se forma desde comienzos con el régimen y los vencedores. Retorna a sus posiciones más intolerantes, y el fin de la Guerra Mundial no tiene mayor incidencia en modificar ese rumbo. Son esos sacerdotes y religiosos los que vienen a América y marcan, desde su experiencia española, el pensamiento y la acción eclesiástica, continuando

con las prácticas religiosas más tradicionales, exigiendo obediencia absoluta de los fieles y de alguna manera frustrando intentos de renovación que no llegarán sino hasta el Concilio Vaticano II.

En el verano de 1955, un pequeño Mercedes-Benz, regalo de su mamá y su tía, le permitirán a Arias Calderón ampliar su horizonte geográfico y cultural, y darse gusto en la visita a las iglesias románicas francesas y a otras zonas alejadas de ST. Maximim. Desde el sur de Francia recorre Holanda, Alemania, Austria, Yugoslavia y España, y en varios de esos recorridos lo acompañaron Lupita, don Samuel, Mamalita y su hermano Jaime, así como amigos franceses.

En el otoño de ese año llegó a París para inscribirse en la Sorbona. Se hospedó en el pequeño *Hotel du Danube*, en la esquina de la rue Jacob, próximo a *Saint Germain-des-Pres*, los Jardines de Luxemburgo, cercano a la Sorbona, lo que le permitirá hacer a pie el recorrido hasta la universidad, a dos cuadras del Sena.

Armado con las enseñanzas recibidas entre dominicos y benedictinos, y la enorme ventaja que ello le representaba, va en busca de una licenciatura para la enseñanza de la Filosofía, con especialidad en Historia de la Filosofía Antigua y Medieval.

En el riguroso sistema educativo universitario francés los estudiantes recibían y reciben cada año las indicaciones sobre el contenido de los exámenes a los que deberán someterse al final del curso, la asistencia es tan rigurosa como lo académico y los estudiantes de filosofía requerirán cuatro certificados con exámenes correspondientes en Filosofía, Historia de la Filosofía, Psicología y Sociología.

En 1957 Ricardo dejó el *Hotel du Danube* y se instaló en un dormitorio de la ciudad universitaria en el cinturón periférico de París, conocido como la *Maison de Cuba*; luego llegó su hermano Jaime. Allí se alojaban sólo estudiantes varones en habitaciones individuales. En 1958 Mamalita alquiló un apartamento en París, y se establecieron allí Ricardo, Jaime y la prima hermana de ambos, Coqui Calderón, que va a Francia a estudiar pintura. Coqui ocupará un espacio importante en esa época por su carácter alegre, sus inicios en la pintura y el aporte

de varias amigas que serán compañeras de actividades sociales y diversiones como son la ecuatoriana Guadalupe Mantilla y la colombiana Cecilia Santodomingo.

En París Ricardo tiene un corto noviazgo con una joven costarricense y más tarde conoce, en una exposición de pintura de obras de Coqui, a una austriaca con la que sostendrá una relación más larga y que terminará un poco antes de regresar a Panamá.

En la Sorbona Arias Calderón tendrá como profesores a intelectuales de la talla de Raymond Aaron, George Gurvich, Jean Piaget, Lagage, Candilhem, Yankelevich, Paul Ricouer, Derrida y el cartesiano Alquiér. El sicólogo Piaget, por ejemplo, viajaba una vez a la semana desde Suiza a París y en una clase abarrotada no iniciaba sus disertaciones hasta que los estudiantes no se pusieran de pie en completo silencio. Memorables resultaban las disputas entre Aaron y Gurvich, en la que el primero llamaba al segundo “el Profeta” y el segundo le devolvía el cumplido llamándolo “Consejero del Príncipe”, dadas sus cercanías al poder. Las clases consistían en conferencias magistrales en salones atestados de estudiantes. Lograda su licenciatura, se matricula en *l’Ecole Pratique des Hautes Etudes de la Sorbonne*, y con la tesis *La Connaissance Affective de Dieu selon Saint Thomas d’Aquin*, (*El conocimiento afectivo de Dios, según Santo Tomás de Aquino*), alcanza en 1962 el Doctorado en **Historia de la Filosofía**, con una tesis de dos volúmenes en hojas mimeografiadas. Desarrollaba un tema antropológico que reunía la visión neo platónica de San Agustín, por un lado, y del otro, la aristotélica y tomista sobre el conocimiento más alto que el hombre puede tener de Dios. Una especie de epílogo al debate que ha tenido en su vida desde sus años en Yale.

“El conocimiento de Dios –dirá el joven Ricardo Arias Calderón en su disertación doctoral- no se agota con la razón sino que requiere de un componente afectivo que hace que la presencia de Dios a través del amor se transfiera a la inteligencia como una experiencia no conceptual. Dios a través de su amor se hace presente en las criaturas de una manera oscura pero que conduce a conocer su existencia”.

Tendrá como director de tesis a Paul Ricoeur, discípulo y sucesor de Etienne Gilson, el más famoso historiador de la filosofía medieval.

Terminar un trabajo de esa naturaleza significa, casi siempre, culminar una etapa a la que no se retorna en años, o a la que se acude de manera esporádica como una referencia para apuntalar alguna acción laboral. Cuando Ricardo Arias Calderón terminó su tesis de grado se fue de vacaciones a España, y en una pequeña librería de segunda mano en Madrid se dio de frente con las obras completas de Santo Tomas de Aquino, unos veinte tomos de una edición del año 1753, que no dudó en comprar.

En primavera la ciudad de Madrid es mucho más espectacular que lo habitual; los tulipanes que florecen la visten de rojo, amarillo y azul. Caminar desde la *Puerta de Alcalá*, pasando por la *Gran Vía* hasta llegar a la *Puerta del Sol* es chocar feliz con una brisa que refresca el rostro y los pensamientos vuelan⁸³. Hay en ello una sensación de renovación y felicidad, como si la primavera nutriera el alma, el cuerpo y las ideas en perspectivas florecieran tanto como los tulipanes.

Habían pasado 16 años desde que Ricardo Arias Calderón saliera de Panamá. Había visitado el istmo brevemente en temporadas vacacionales, pero conocía bien los acontecimientos ocurridos en esa etapa por las documentadas e infaltables cartas de “sus madres”. Era hora de regresar y él poseía una disposición casi reverencial, como si fuera un compromiso con el que esperaba encontrarse desde siempre; el reencuentro con una realidad que poco tenía que ver con las que había vivido en los últimos años. Para una persona con otra visión hubiera sido, quizás, tentadora la oferta de permanecer en Francia; sus créditos académicos, los constantes recorridos por la Europa occidental y sobre todo las buenas relaciones que había establecido, la valoración que de él hacían profesores y amigos, le aseguraban que, de quedarse, podía contar con un futuro promisorio. Pero no hubo consideraciones sobre esos temas, sencillamente volvió a casa.

¿Pero... quién volvía? Aquel hombre que se acercaba ya a los treinta años nada o poco tenía que ver con el niño que a los trece

años de edad había sido enviado, como sus hermanos, a la Academia Militar de Culver en Estados Unidos; o con el joven que en Yale había incursionado en debates en busca de un horizonte cuyas características todavía en ese instante le eran imprecisas. Regresaba a Panamá un intelectual de mente cultivada a la manera más sofisticada de Europa, en las formas más acabadas del conocimiento de la civilización occidental, entre los frailes dominicos, los monjes benedictinos, en las aulas de la Sorbona de París de los años sesenta, y en el amplio escenario de una Europa que encontraba en la renovación de postguerra la cura para sus heridas y el rescate de sus tradiciones.

Había otra interrogante ¿Qué haría un joven filósofo, proveniente de la Sorbona de París, en un Panamá que tan sólo cinco años atrás había alcanzado el millón de habitantes y que 59 años después de su separación de Colombia seguía tratando de consolidar su Estado Nacional?; ¿un istmo donde una pragmática economía de servicio, no la filosofía, era el eje de su desarrollo, y donde su propia clase dirigente exponía fisuras que sometían el progreso nacional a una marcha lenta y accidentada? ¿Qué podía ofrecerle al país y qué el país a él? ¿No se salía de toda lógica retornar a una nación donde lo más probable era que un filósofo estuviera condenado al ostracismo?

Ricardo volvía a un Panamá agitado políticamente, donde cada actor social había colocado en el escenario nacional propuestas y proyectos, demandas y tesis, y en ese contexto se producirán, en el resto de la década, cinco hechos que lo marcarán para toda su vida: ingresará como catedrático de Filosofía Medieval en la Universidad de Panamá, desde donde desarrollará una ordenada labor docente. Marca su labor en este campo la rigurosa preparación de sus clases, su metodología para la enseñanza, el razonamiento de las distintas corrientes de pensamiento en la época en que se ha especializado y sobre todo el balance estructural que impone en los análisis de texto. A sus clases asistirán, no solo los estudiantes matriculados en sus cursos, sino de otras carreras que han escuchado de él. Hay componentes novedosos en su práctica

pedagógica, que a los pocos meses de trabajar en la Universidad de Panamá le permiten una posición reconocida en el debate ideológico que allí transcurre, y a partir del pensamiento social de la Iglesia, tan bien cultivado desde sus encuentros con Jacques Maritain y sus estudios en Estados Unidos y Francia; se integra a las ideas progresistas dentro de la Iglesia Católica encabezadas por el entonces obispo auxiliar Marcos Gregorio McGrath. Ambos han sido tocados por la escuela francesa. Será un asiduo visitante del Arzobispado y un crítico del tradicionalismo existencial de la grey católica panameña; Pese al cortejo de los partidos políticos tradicionales, de los que son miembros familiares suyos a los que respeta y aprecia, se inscribe en las filas del Partido Demócrata Cristiano, en el que encuentra una visión cónsona con sus preocupaciones por la cuestión nacional y social, y que constatará durante los amargos episodios de enero de 1964; ese nueve de enero inicia la construcción de su familia al contraer matrimonio con Teresita Yániz Alonso; y en 1968 iniciará la etapa más difícil de su vida: 21 años de lucha contra los regímenes militares.

Aquí hay toda clase de cosas
de papel, pero las tiendas no
abren hoy, las vidrieras destechadas.
Aunque todo está en calma.
Mayo 12, 1951

Mi querido hijo: -
Cubanta cosa ha pasado
en estos últimos días! Ya al fin
cayó Arnulfo Arias, pero en
medio de un río de sangre y
de balas! No se quiso rendir
y con 600 arnulfistas, refu-
giados en la Pres, que salvi-
fies valientemente a su orgullo de
poder. La Policía cercó la Pres.
y por 4 horas hemos vivido
una batalla de tiros y bombas
lacrimógenas. Nosotros aquí en
medio de todo, rodeados de
soldados, refugiados en un
baño, por que las paredes

Fascimil de una de las muchas cartas que mantuvieron los hermanos Arias Calderón con su mamá Lupita y su tía Adela.



En París con sus amigos André y Françoise Brunot..



*Junto al tío abuelo de su amigo
Joe Grimes, en Monahan, Irlanda.*



Saint-Maximin, Francia.

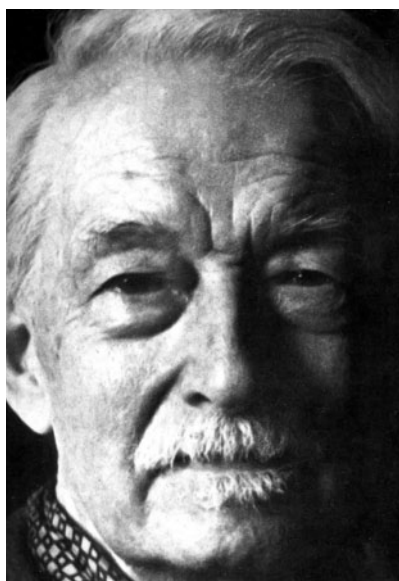




Con su mamá Lupita y su tía Adela en Florencia.



Con Pio XII. En la foto: Beatriz Quelquejeu, después señora de Navarro; Jaime Arias Calderón, Samuel Lewis Arango; atrás Ricardo Arias Calderón, Lupita Calderón de Lewis, Adela Calderón de Sosa, Graciela Quelquejeu, señora de Eleta, Tancha y Camilo Quelquejeu.



Jacques Maritain.





Graduación de Yale 1954, recibe el título de Bachelor of Arts con la calificación Summa cum laude.



IV. Desde la cátedra universitaria

Ricardo Arias Calderón comenzó a dictar cátedra en la Universidad de Panamá durante el segundo semestre de 1962. Dos acontecimientos sirvieron de contexto a su estreno como docente: terminaba una huelga de 22 días dirigida por la Unión de Estudiantes Universitarios (UEU), la más grande hasta entonces ocurrida en ese centro de estudios superiores, y poco menos de un mes más tarde se registraba en la región “La Crisis de los Misiles”, entonces la expresión más crítica de ese episodio de postguerra que la humanidad conoció como *Guerra Fría* y que asumió expresiones específicas en las realidades socio-políticas de todos los países del planeta.

Adolfo Ahumada Corcho presidía la UEU, y Moisés Carrasquilla, Ornel Urriola Marcucci, Ana Ruiloba de Gómez; Augusto César Arosemena y Honorio Quesada, integraban el resto de la directiva. Habían sido sancionados con un año de expulsión luego de oponerse a la decisión del rector Narciso Garay Preciado de prestar el Paraninfo de la Universidad para que se realizara una ceremonia en la cual el expresidente Ernesto de La Guardia debía asumir el puesto que había dejado vacante en la Academia de la Lengua el desaparecido rector Octavio Méndez Pereira. El ex-mandatario había presidido de 1956 a 1960, un cuatrienio complicado, dramático y de movilizaciones populares, pese al tono progresista de una administración bajo la cual se produjeron sucesos políticos que reflejaban la polarización en que iba entrando la sociedad panameña a finales de los años cincuenta e inicios de los sesenta: en diciembre de 1957 estudiantes como Floyd Britton, Carlos J. Núñez López, Moisés Carrasquilla, Ricardo Ríos, Carlos Arellano Lennox, Humberto Brugiatti y Virginia Ramírez, entre otros, habían reorganizado la Federación de Estudiantes de Panamá (FEP)⁸⁴; en 1958 la batalla por la soberanía se resumía en reclamos oficiales, exigencias populares y en siembra de banderas en áreas de la Zona del Canal, “antecedentes inmediatos de los

actos del nueve de enero de 1964”⁸⁵; en mayo de ese mismo año el movimiento estudiantil demandaba “*más escuelas menos cuarteles*”, en una jornada que terminó en enfrentamientos con las fuerzas del orden público y un alto número de muertos y heridos, entre ellos los estudiantes José Manuel Araúz y Rolando Batista; en octubre de 1959, grupos estudiantiles dirigidos por Polidoro Pinzón, Eduardo Santos Blanco y Aurelio Girón, lanzaban desde el cerro Tute en la provincia de Veraguas, un intento guerrillero que fue detenido en ciernes por efectivos de la Guardia Nacional, dirigidos por el entonces capitán Omar Torrijos Herrera; Roberto *Tito* Arias Guardia, hijo del expresidente Harmodio Arias y sobrino del también exmandatario Arnulfo Arias, encabezaba un fallido desembarco por el poblado de Nombre de Dios en el atlántico colonense, y ese mismo año trabajadores y desempleados realizaban la “*Marcha del Hambre y la Desesperación*” desde Colón hasta Ciudad de Panamá; estudiantes y pueblo chocaban con las autoridades civiles de la Zona del Canal, el tres de noviembre, y se registraba una lucha por la autonomía municipal; en 1960, en Bocas del Toro y Chiriquí se producía la huelga bananera, y en 1962 la huelga universitaria a que ya hemos hecho referencia demandaba el reintegro de Ahumada y demás estudiantes expulsados. Ese era el escenario en medio del cual Arias Calderón comenzaba a dictar su cátedra,

Proliferaba un ambiente de politización, con particularidad en la Universidad de Panamá en donde las diferencias ideológicas y políticas se resolvían mediante debates intensos, a través de un lenguaje radical contenido en hojas impresas en mimeógrafos, y al final en confrontaciones violentas, que no pocas veces terminaban a tiros. Un enfoque de clases en las relaciones sociales se traducía en un marcado sectarismo que generaba bandos correspondientes, los que a su vez ubicaban en posiciones determinadas a estudiantes y personalidades a partir de sus concepciones políticas. Demócratas, marxistas-leninistas, demócrata-cristianos, maoístas, y hasta portadores de concepciones político-militares conformaban el prisma que sirvió de marco al inicio de las jornadas del joven profesor.

Roberto F. Chiari, un político de signo liberal, ocupaba la Presidencia de la República en el cuatrienio 1960-1964; entre otras tareas daba continuidad, con poco éxito, a la lucha por la soberanía, con el acuerdo Kennedy-Chiari, en 1963, de “*solo tres puntos concretos y definitivos, uno de los cuales, el de la bandera (...) es el fundamental; nada sustantivo se añadirá después*”⁸⁶, pero será al año siguiente el primer y único mandatario panameño que por esa causa romperá relaciones diplomáticas con Estados Unidos.

El opositor Partido Panameñista bregaba por recuperar para su líder, Arnulfo Arias, los derechos ciudadanos perdidos tras su destitución en mayo de 1951 y recién se instalaba la televisión en Panamá. En la misma Universidad de Panamá, la UEU mantenía una abierta confrontación con la rectoría del doctor Narciso Garay Preciado, y era tema de agenda la forma de dirigir esa casa de estudios, los costos de la matrícula, la representación estudiantil en el Consejo General Universitario, y la cerrada estructura de Garay Preciado con sus colaboradores era señalada por el estudiantado como “*la rosca universitaria*”⁸⁷.

En ese ambiente, tenso y polarizado, se abrieron a concurso en la Facultad de Humanidades las cátedras de Filosofía Antigua y Medieval, y la de Estética, en las que participaron y ganaron Ricardo Arias Calderón e Isaías García Aponte, este último también con un doctorado de la Sorbona de París. Pero hubo rumores de amañamiento y supuestas preferencias en los resultados del concurso. Persistieron de tal manera que llegaron a oídos de Arias Calderón. Un día, antes de iniciar su clase, el catedrático pidió permiso a sus alumnos para hacer lo que llamó: un “*stripteasse intelectual*”, y expuso de manera detallada los créditos académicos obtenidos en Estados Unidos y Francia, y que le permitían adentrarse en aquellos cursos con toda solvencia.

A finales de 1962 e inicio de 1963, mientras impartía su cátedra, el joven docente comenzó a publicar sus primeros criterios respecto a la enseñanza de la Filosofía en Panamá. En un artículo que apareció en *La Estrella de Panamá*, en 1963, subrayaba la labor del reconocido catedrático Diego Domínguez Caballero “*por haber sido su principal propulsor, por haber sido quien so-*

licitó al rector Octavio Méndez Pereira el establecimiento de la licenciatura en Filosofía y porque en 1943 fue el primer profesor panameño que se incorporó al escalafón universitario”⁸⁸.

Diego Domínguez Caballero se sitúa claramente en una posición filosófica socrática -indicaba entonces el joven profesor- porque *“para él la filosofía es una actividad vital del hombre consciente, más que una conceptualización sistemática de la realidad ambiental, y su finalidad reside más en la comprensión e interpretación de las preguntas que el hombre se formula frente a la realidad, que en la elaboración de respuestas categóricas con respecto a la naturaleza del universo...”*

En la Universidad de Panamá a Arias Calderón le resultará imposible ignorar el polémico ambiente que existe en su entorno. Se integrará rápidamente al debate ideológico. Él provenía de un escenario como el de la escuela francesa dónde la doctrina social de la iglesia era parte un debate permanente entre distintas corrientes del pensamiento filosófico y político, y existían además otros elementos que lo llevan a ese escenario: la limitada visión e importancia que le otorgan a este tema los partidos políticos de ese instante, empeñados en temas más pragmáticos, al igual que la filosofía tradicional, y una creciente influencia de la izquierda marxista-leninista. Él había visto en sus años de estudiante en Europa las secuelas del comunismo detrás de la llamada *“cortina de hierro”*, el autoritarismo que representaba y los efectos que causaba en la libertad individual.

Todas las elecciones en la Unión de Estudiantes Universitarios desde 1962, después de desplazado del cargo el dirigente Teodosio Bernal, habían sido ganadas por los comunistas. Moisés Carrasquilla, dirigente de esa corriente por esos años en la Universidad de Panamá, revela que su organización hacía presencia no sólo en las facultades y entre los estudiantes, sino también en las escuelas, departamentos y entre los administrativos⁸⁹. Así sería hasta el golpe de 1968, lo que otorgaba razón a las previsiones de Arias Calderón.

Para toda la vida

Los cursos de aquel profesor de Filosofía Medieval comenzaron a registrar una significativa concurrencia por la exposición, metodología y rigurosidad de sus razonamientos. Estudiantes y profesor debatían temas en los que razonaban sobre distintos enfoques y extraían significativos beneficios intelectuales. No era un curso de filosofía limitado a la memorización de nombres, fechas y a esbozos superficiales sobre los principales filósofos o problemas permanentes de esta materia, sino exposiciones estructuradas minuciosamente donde la lectura de textos originales centraba el análisis y la discusión. Los cursos, tanto los de Introducción a la Filosofía como los de Filosofía Antigua y Medieval correspondientes a la especialidad y la licenciatura, incluían obras clásicas de los presocráticos, la *Apología de Sócrates*, los *Diálogos de Platón* y varias de las obras de Aristóteles. En los cursos más avanzados se aprendía a analizar los textos y abundaban lecturas: de los padres de la Iglesia, las Confesiones de san Agustín y obras de Tomás de Aquino, Maimónides, san Anselmo, Descartes, Erasmo e intensos debates sobre el origen de la filosofía, la diferencia entre fe y razón, el conocimiento científico, la ética y las corrientes filosóficas que habían abordado esos asuntos a lo largo de la historia. Particular atención tenían los temas dedicados al pensamiento político, y no era extraño que alumnos de medicina o ingeniería asistieran de oyentes a los cursos del joven profesor. Había carisma y claridad en sus exposiciones. La clase entraba entonces en debates sobre el discurso del libre albedrío, *La Utopía*, de Tomás Moro, el *Elogio de la Locura*, de Erasmo de Rotterdam, y también estarán presentes en sus disertaciones las obras de Renato Descartes y la duda metódica. Ricardo Arias Calderón, que al decir de quienes lo conocen íntimamente, ha sido desde aquellos años ante todo un docente, va a enseñarles a sus estudiantes que había un desarrollo del pensamiento humano, rico y complejo, del que eran herederos y no estaban conscientes, que se podía exponer con solvencia y de manera consistente, y con el cual se podía enfrentar aquellos argumentos que en lugar de mejorar el sistema, lo negaban.

Un día, durante la clase de Introducción a la Filosofía, en que hablaba sobre la *Apología de Sócrates*, el docente propuso un análisis sobre la violencia como forma de lucha política y social. Desarrolló entonces a un Sócrates que se defendía, mediante el uso de la palabra, de las acusaciones que le hacían y en ningún momento planteó que la violencia fuera una solución para la más grande de las injusticias, pese a que había sido condenado a muerte. En esa casa de estudios superiores, la cultura de la intolerancia se había convertido en un tópico de preocupación justificada. Aquel día el catedrático condujo a sus estudiantes a la conclusión de que, “*a la inteligencia le repugna el uso de la violencia*”. La Universidad de Panamá era un escenario donde se expresaban las confrontaciones que registraba la sociedad panameña, un centro de disputas físicas entre grupos y tendencias políticas. Así que el balance propuesto no tenía nada de ocioso.

Una estudiante que estaba sentada entre las primeras filas, y que él había visto en algunas ocasiones en el Arzobispado, levantó la mano y le preguntó que si *¿no creía que en algunas circunstancias la violencia podía ser un instrumento de la razón?* Ricardo, que había seguido atento la exposición de la joven, respondió con argumentos éticos, filosóficos e históricos; fue una argumentación demoledora, y ella no volvió a intervenir. Al día siguiente, sin embargo, en uno de los periodiquitos mimeografiados que circulaban en la Universidad un titular decía: “*Joven estudiante discrepa con Arias Calderón*”. La alusión no sólo reflejaba el debate en sí, sino la atención y el seguimiento que algunos sectores ya comenzaban a otorgarle al magisterio de Ricardo, a la perspectiva que trazaban sus ideas.

La muchacha pensó que aquello podía causarle problemas y se apresuró a informarle al docente que ella nada tenía que ver con la publicación. Para su sorpresa, él le dijo que lo sabía y que no se preocupara. Se llamaba: Teresita María de Jesús Yaniz Alonso, era de nacionalidad cubana, de tez clara, cabello castaño, menudita, de cinco pies dos pulgadas y había llegado al istmo en mayo de 1963, como parte de una misión pastoral, acordada entre la Iglesia Católica de Panamá y la Congregación

Mariana⁹⁰ *Rosa Mística*, de Cuba, que dirigía Rosalba Robert de Ruiz-Leiro.

La congregación estaba vinculada a la *Compañía de Jesús*, y en Cuba había reunido un nutrido grupo de mujeres que estudiaban en la Universidad de La Habana o en la Universidad de Santo Tomás de Villanueva. Aproximadamente treinta jóvenes residían en una amplia casona en el Vedado y otro centenar participaba de las tareas vinculadas a la pastoral de la Iglesia como la catequesis en barrios de la periferia habanera, círculos de estudios y la misa dominical.

Cuando en abril de 1961 se produjo la invasión de Playa Girón, y en Cuba sobrevino la expulsión de sacerdotes y monjas, y el cierre de las escuelas católicas, también fue cerrada la congregación Mariana. De las monjas españolas y cubanas deportadas varias habían trabajado con el colegio de las monjas, *Las Esclavas del Sagrado Corazón*, y un grupo de ellas llegó a Panamá para laborar en el colegio del mismo nombre. Fueron ellas las que trajeron a Rosalba Robert de Ruiz-Leiro, que entre otras responsabilidades había sido la directora del Gabinete de Psicología de Las Esclavas en La Habana, para que repitiera esa experiencia en Panamá. La gestión coincidió con los esfuerzos que en Panamá hacía quien por esos años era el obispo auxiliar, monseñor Marcos Gregorio McGrath, por organizar la participación y formación de laicos comprometidos con la labor pastoral de la Iglesia. Conforme a lo convenido con la congregación Mariana, Teresita fue designada, por un año, como asistente de Cecilia Alegre, socióloga y jefa de ese departamento en el Arzobispado. Había nacido en La Habana el 29 de enero de 1943, en el hogar que formaban Rodolfo Agustín Yániz López y Georgina María Alonso y Rodríguez. Era la mayor de cinco hermanos y había crecido en una familia extensa, y estudiado en un reconocido colegio de monjas. Su padre era un profesional y empresario simpatizante del Partido Ortodoxo que dirigió hasta su muerte Eduardo Chibás⁹¹. Al fallecer su abuela materna y cuando ella tenía seis años, llegó a vivir en su casa uno de los hermanos menores de su madre, Francisco, al que llamaban *tío Paco*, educado en el colegio de los hermanos de La

Salle, pero inscrito tempranamente en el Partido Socialista Popular (PSP), la organización de los comunistas cubanos. El tío Paco formaba parte de la organización *Nuestro Tiempo*, donde hacían presencia además conocidos intelectuales de izquierda como Juan Marinello, Nicolás Guillén y Félix Pita Rodríguez; fue el tío Paco, un hombre culto, el que introdujo a Teresita en el gusto por la lectura y la música, recordaría ella en la adultez de su vida. Estudiaba música, participaba en actividades religiosas con jóvenes mayores que ella y antes de su arribo a Panamá había viajado a Estados Unidos y México durante los veranos.

Una mañana en el colegio donde hacía sus estudios secundarios, mientras transcurría la clase, Teresita estaba sumida en un libro que había atraído su atención. La monja se percató de su abstracción, se le acercó y le preguntó qué leía. Ella le entregó el libro y la religiosa lo retuvo y citó a doña Georgina. En la conversación la religiosa instó a la madre de Teresita a vigilar la lectura de su hija porque no todos los libros eran buenos. Aquel era *El Estado y la Revolución*, de Lenin.

La adolescencia de aquella joven vivaz y conversadora había transcurrido en medio de dos acontecimientos decisivos y traumáticos en la historia de su país: primero, la represión anticomunista desatada por la dictadura de Fulgencio Batista a través del Servicio de Inteligencia Militar (SIM) y el Buró de Represión Anti-Comunista (BRAC), después del Asalto al Cuartel Moncada que encabezó Fidel Castro en julio de 1956. Los Yániz-Alonso habían resentido el asesinato en la tortura de un joven allegado a la familia; primos de su madre fueron señalados como partícipes en la fuga de Gustavo Arcos Bergnes, uno de tres hermanos que habían estado en el Asalto al Moncada, y que se recuperó en un hospital de una herida de bala recibida en aquella acción y; segundo, la ofensiva de la Revolución Cubana contra las instituciones católicas.

“Aunque protegida por una familia sólida y económicamente próspera, los eventos políticos ocurridos durante mi niñez y mi adolescencia, así como la proximidad a personas involucradas en hechos políticos me hicieron consciente de la violencia y la

represión de la época”, recordará más tarde. Serían referencias morales e intelectuales, y vivencias con las que Teresita llegaría a la adolescencia de su vida. Así que cuando se produjo su encuentro con Ricardo ella era una chica culta para su edad, que proponía un diálogo de temas interesantes, con criterios definidos en un debate en el que aportaba en lugar de aceptar conclusiones que no compartía. Aquellas cualidades le otorgaban atributos muy particulares. Dos o tres meses después del intercambio sobre la *Apología de Sócrates* y el tema de la violencia, Arias Calderón la visitó en el Arzobispado y la invitó a salir. Ella creyó inicialmente que el profesor se interesaba en conversar sobre la situación política en la Universidad, tan compleja y álgida por esos años, pero no fue así.

*“Fuimos a cenar a un restaurantito que quedaba a un costado del Hotel Continental, que creo que se llamaba **La Fiorentina**; luego me preguntó que si yo conocía el órgano del hotel Continental, le dije que no; me preguntó que si quería conocerlo, le dije que sí; fuimos, conversamos y me devolvió a mi casa”*, rememora Teresita. Pasada esa primera salida ella llamó a Lille Medina de Fábrega, más tarde esposa de Rogelio Fábrega, *“íntima amiga mía y le dije: ‘tú sabes que salí anoche con Arias Calderón’, y me dijo: ‘sí, y ¿cómo te fue?’ . Y le digo: la verdad es que la pasé muy bien, pero hasta ahora no sé para qué me invitó porque en toda la noche no hemos hablado de política universitaria”*.

Una semana más tarde él volvió a encontrarla y le preguntó que si le gustaría ir a cenar a casa de su hermano Jaime, y aquello, para decirlo en palabras de Teresita, *“me parecía un poco raro”*. Ella empezó a sospechar que aquellas invitaciones nada tenían que ver con la política universitaria ni ningún otro tema académico, y durante y después de aquella cena se la pasó haciendo creativas maniobras para no decirle *“Ricardo”*, ni profesor, y no tratarlo de *“tú”* ni de *“usted”*. Fue así como comenzaron a salir, a compartir con más frecuencia, hasta percatarse que tenían cosas en común... tantas, que los encuentros se hicieron habituales y frecuentes, las conversaciones enriquecedoras y prolongadas, y el nueve de enero de 1964, en la mañana, mientras que en otro punto

de la ciudad comenzaban a gestarse lo que en el devenir histórico de Panamá serían los aciagos acontecimientos heroicos que marcaron al país, Ricardo y Teresita se casaban por lo civil. El siete de febrero siguiente lo hicieron por la iglesia e iniciaron un camino que casi medio siglo después se ha mantenido incommovible, con cuatro hijos, 10 nietos, y con una historia compartida donde en cada episodio se han complementado y apoyado mutuamente. Aquel enero de 1964 Teresita se convirtió en la cuarta mujer de mayor influencia en la vida del Ricardo Arias Calderón, después de *Baba*, Lupita y Mamalita.

La izquierda

Nada pudo impedir, desde sus inicios en la Universidad de Panamá, que cesara la preocupación de Arias Calderón por un hecho: en aquella institución la influencia de la izquierda crecía desde 1962, pero sobre todo después de enero de 1964. Desde una cultura humanista y democrática, de rigurosa formación intelectual y de su experiencia personal a través de viajes por Austria, Yugoslavia y Alemania, entre otros países, había estado en contacto con la Europa de la postguerra, conocía sobre la persecución política y el estalinismo en Europa del Este, en razón de lo cual analizaba la situación y la exponía en editoriales que elaboraba para algunos periódicos, y en artículos que aparecerán entre 1963 y 1964. En uno de esos artículos, escrito para el periódico *Gráfico* el 18 de julio de 1964, advertirá sobre las repercusiones estratégicas que implica para el país el dominio de la izquierda⁹²:

“En los últimos tres años los comunistas han llegado a controlar la Unión de Estudiantes Universitarios y la Federación de Estudiantes Panameños. Y recurriendo a la presión psicológica como a la violencia física, bajo la protección de altas personalidades del Ministerio de Educación y con la aprobación de algunos profesores y catedráticos, han conseguido ‘condicionar la masa’ estudiantil. (...) Una vez logrado el dominio de los movimientos estudiantiles, los comunistas se han propuesto el dominio de la Universidad como tal”.

Al final señalaba: “*Si los comunistas logran dominar la Universidad Nacional, la gestión gubernamental de los próximos cuatro años, durante los cuales se decidirá el destino de la patria en lo que concierne al Canal de Panamá y en lo que se refiere al desarrollo económico-social del país, se verá seriamente comprometida*”⁹³.

Nada en lo que a Arias Calderón concierne sugiere, ni entonces ni en los años que siguieron, alarmas inútiles, ni turbulencias oficiosas. Los principales periódicos y personalidades de la época parecen coincidir con la advertencia del catedrático, aunque distan de la argumentación coherente de éste. Pero, por ejemplo... ¿cuál comunismo combatía? En la cultura política de la que provenía se distinguía una propuesta totalitaria de la socialista democrática, esta última presente en algunas naciones de occidente y cuya tendencia distinguía bondades y defendía la Democracia y el Capitalismo. Había sido el punto de quiebre en la llamada *Segunda Internacional* de los seguidores del marxismo, entre quienes admitían estas últimas características a un capitalismo de pesos y contrapesos, y en cuyo contexto eran posibles cambios progresistas, y aquellos que incorporaban componentes de mayor radicalismo como la dictadura del proletariado y cambios estructurales a través de la violencia revolucionaria, a las propuestas ideológicas de Carlos Marx. Estos últimos reunidos en la *Tercera Internacional* acogieron la propuesta ideológica del jefe de la Revolución Bolchevique de la Rusia zarista, Vladimir Ilich Lenin, pasaron a denominarse marxistas-leninistas y a impulsar una arremetida total contra todo lo que significara capitalismo, comenzando por las clases económicamente dirigentes del mundo occidental. Arias Calderón hará una guerra ideológica firme, sin cuartel, aunque sin el radicalismo de los extremistas de derecha, a aquella tendencia que en occidente se conocía como totalitarismo *marxista-leninista*, abanderaba por la desaparecida Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), y que declaraba abiertamente su guerra a la democracia y al capitalismo. Nada tendrá de extraño, sin embargo, que en coyunturas especiales compartiera jornada y hasta preocupaciones con los comunistas que se reunían en el Partido del Pueblo que encabezaba Rubén Darío Sousa. En

banderas nacionalistas como las de la lucha por la soberanía, por ejemplo. Su declarada batalla contra el comunismo totalitario, no se presentará como una excusa para justificar los excesos del sistema, tal cual se verá en el caso del asesinato del obrero comunista Rodolfo Aguilar Delgado.

Rodolfo Aguilar Delgado

A finales del mes de octubre de 1963 la empresa norteamericana *Chiriquí Land Company*, propietaria de las plantaciones bananeras en las occidentales provincias de Bocas del Toro y Chiriquí⁹⁴ iniciaba negociaciones cruciales con el sindicato. Los obreros pedían el reintegro de 13 trabajadores despedidos, el respeto al fuero sindical de 150 dirigentes, y reivindicaciones sociales como la construcción de viviendas y transporte para los estudiantes. Marcada por la histórica huelga de 1960, la nueva negociación debía llegar a un acuerdo antes del 31 de octubre de lo contrario se corría el riesgo de un nuevo paro. Las plantaciones estaban llenas de tensión, en especial la comunidad de Puerto Armuelles, donde la división de estibadores se caracterizaba por una conducta beligerante.

Rodolfo Aguilar Delgado fue detenido en medio de aquellos acontecimientos, el día 22 y llevado a la cárcel de Puerto Armuelles. “...oriundo de la comunidad de Pedregalito, distrito de Bugaba, se radicó en las fincas bananeras, porque sus padres se trasladaron hacia allá”⁹⁵. Era un dirigente obrero de 20 años de edad, de militancia comunista, cuyo arresto tenía como telón de fondo los prejuicios atizados por la guerra fría y el anticomunismo oficial, lo que hacía de los comunistas un fantasma perseguido constantemente. Contrario a lo que sostenían las autoridades de la época, Aguilar Delgado jamás había estado en Moscú. Sus compañeros lo recordarán como un organizador de vitalidad incansable que se había destacado durante la huelga de los años 60. Cuando se produjo su muerte, las células comunistas de Puerto Armuelles distribuyeron proclamas en las noches denunciándola como un asesinato. “Según los testigos de aquella época, entre

ellos un niño de nombre Abuseid, quien desde un árbol de la Escuela Puerto Armuelles # 2 observó todo, se le aplicó agua caliente, cadenas, le sacaron las uñas, hasta que lograron acabar con su vida”⁹⁶. Una versión que corroboraría Raquel de Núñez⁹⁷, también activista política, detenida en la celda contigua a la de Aguilar Delgado. Aun cuando el crimen ocurrió el 24 de octubre, la primera información al respecto apareció siete días después en la página 14 de La Estrella de Panamá, en la sección Chiriquí en La Estrella, bajo el título de: El Ministerio Público investiga muerte de Rodolfo Aguilar.

El 14 de noviembre siguiente, La Estrella de Panamá informaba, en su página 18: ***Piden investigación sobre la muerte de Rodolfo Aguilar en Puerto Armuelles***, y en un bajante se leía: *Distinguidas personalidades de la Capital hacen llamado sobre este caso.*

“Los suscritos nos dirigimos a la ciudadanía panameña para someter a su consideración un caso que nos causa una honda preocupación. Hace varios días murió en Puerto Armuelles el ciudadano Rodolfo Aguilar en condiciones profundamente inquietantes. En efecto existen serios indicios de que, estando preso, el ciudadano Aguilar fue cruelmente torturado; fotografías de su cadáver revelan efectos de duros golpes y las declaraciones que parecen haber hecho niños y maestros de la escuela adyacente a la cárcel indican que hubo quienes le agredían y quienes oyeron sus gritos”⁹⁸.

La nota, en cuya redacción se percibe el estilo inconfundible de Ricardo, de fecha sábado nueve de noviembre de 1963 y publicada a cuatro columnas en la sección ***Noticiero de Provincias***, añadía que: *Si esto es así, se puede poner en duda la explicación de su muerte, según la cual Aguilar fue abatido por un guardia mientras trataba de fugarse*”. La nota era una exigencia que firmaban los catedráticos Ricardo Arias Calderón, Lino Rodríguez Arias, Cecilia Alegre y el empresario Dulcidio González, y en la cual advertían que *“si los panameños somos demócratas y de verdad nos inspiran principios cristianos debemos exigir que las autoridades establezcan responsabilidades...”*.

El documento condenaba la injusticia y el crimen contra Aguilar Delgado, y dejaba una evidencia de que la persecución a los adversarios ideológicos o políticos será un acto que Arias Calderón combatirá en distintas etapas de su vida política.

Es claro hasta aquí, y se acentuará conforme se incorporaba de manera permanente al debate político nacional, que Ricardo Arias Calderón expondrá, desde su primer año en el país, una propuesta ideológica de centro que se apoya en las tesis fundamentales del humanismo cristiano, de perfil nacionalista, progresista respecto a la derecha tradicional, anticolonial y anticomunista. Y que dedica especial atención a la cuestión universitaria.

Esas alertas ideológicas no le harán perder de vista la cuestión central de la Universidad. En 1966 publicaba en la revista *Presente*, un artículo que fue reproducido por el periódico *El Panamá América*, y en el que decía: *“Tanto hablamos de la vida institucional de la Universidad, en todos sus aspectos, y de su proyección en la sociedad, bajo todas sus formas, que corremos el riesgo de perder de vista que el meollo mismo de la Universidad es el saber y que el eje central de una auténtica reforma universitaria ha de ser una reestructuración de los estudios”*.

“En la medida en que la Universidad pierde de vista que el saber es su alma y la programación de estudios su primer deber, su vida institucional se anquilosa y su proyección social se hace rutinaria y se desprestigia. En esta medida la sociedad que la sustenta y a la que ella debe servir atraviesa una crisis de fe en el valor de la Universidad...” Al final señalaba: *“Hablo de ‘saber’ y no solamente de ‘ciencia’, porque el término ‘saber’ es a la vez más amplio y más profundo y por ello corresponde más plenamente a la vocación del hombre integral en el orden de la inteligencia”*⁹⁹.

El ideal cristiano de la educación

“La Fe Cristiana es concretamente una adhesión a la Persona de Cristo, y este hecho domina nuestra concepción de los valores educativos.”, diría en agosto de 1963 durante la clausura del Congreso de Padres de Familia Católicos, ante 600 representantes de los colegios católicos del país. Explicaría que *“Toda educación presupone, en efecto, una cierta unidad, no pudiendo ser solamente un conglomerado de ideas disociadas o de hechos desarticulados. Más esta unidad, desde el punto de vista cristiano, no es la unidad que impone un sistema ideológico, como sucede en los regímenes marxistas y totalitarios, ni la unidad que garantiza un monopolio institucional, como sucedió en ciertos estados clericales y sucede todavía en algunos estados laicos; es por lo contrario, la unidad de la persona humana, al desarrollo a la cual deben orientarse todas las actividades educativas. De allí que para el cristiano sea inadmisibile que el Estado pretenda acaparar la función de educador a cualquier nivel de la enseñanza que sea, porque esto atenta contra la libertad de la persona; pero de allí también, que los cristianos debamos guardarnos de afirmar que sólo en instituciones oficialmente cristianas es posible educarse cristianamente, porque esto sería menospreciar la responsabilidad de la persona”*.

Arias Calderón abogaba, ya desde esos años, por una contribución *“...de manera cristiana, al mejoramiento de la enseñanza estrictamente humana que se da en dichas escuelas. Para ello debemos estimular entre esa mayoría de maestros y profesores que son católicos una aguda conciencia del valor y de la significación cristianas de sus actividades educativas seculares, y debemos también suscitar entre las juventudes católicas el deseo de consagrarse, en el sentido fuerte del vocablo, al oficio de maestros y profesores”*. **“Consagrarse (...) al oficio de maestros y profesores”**, “en el sentido fuerte del vocablo”, un debate en el que, cuarenta años después, la calidad de la educación y el papel de los docentes en ella, seguiría ocupando los primeros lugares entre las preocupaciones de la agenda social panameña.

Tal apreciación y la libertad de la persona en su formación constituyen conceptos cardinales en la tesis de Ricardo Arias Calderón sobre el ideal cristiano de la educación, los que mantendrá incluso cuando la Iglesia católica anuncia su interés por crear la Universidad Santa María la Antigua. Arias Calderón consideraba que en lugar de una nueva universidad se debía reforzar la presencia cristiana en la Universidad Nacional. Era allí donde estudiaba la mayoría de los panameños que realizaban sus estudios universitarios y de donde saldrían los futuros dirigentes del país. Sin negar la función que una universidad privada y católica podía tener en el desarrollo de la formación de profesionales comprometidos con su fe, Ricardo indicaba la importancia y la obligación de no dejar en el abandono pastoral a la primera casa de estudios de Panamá.

“...el espíritu de verdadera consagración con que estos maestros y profesores se dedicarían a sus funciones de educación puramente humana, sería un testimonio discreto del valor de la fe que los anima, sin que ellos tuvieran que prestarse a ningún proselitismo imprudente e indebido”, explicaba y remataba con una cita de Maritain: *“no hay evidentemente matemáticas cristianas, ni astronomía ni mecánica cristianas, pero si el maestro posee la sabiduría cristiana y su enseñanza fluye de un alma consagrada a la contemplación, el modo o la manera como comunica su enseñanza, es decir el modo a la manera como su alma y su espíritu pueden afectar e iluminar el alma y el espíritu de otro ser humano, transmitirá al estudiante y despertará en él algo que está más allá de las matemáticas, de la astronomía y de la mecánica...”*

Son varios los observadores de la época que comenzaron a visualizar, desde muy temprano, los planteamientos renovadores y la sólida formación intelectual del joven catedrático, que se manifestará a través de un humanismo cristiano donde, en no pocas ocasiones, aparecerá el rastro de su maestro Jacques Maritain.

Espacio y proyección

Carnet, una columna que aparecía los sábados en el periódico **Gráfico**, diría en 1963 al comentar un fórum transmitido por el recién fundado canal 2 de televisión que “... *llamó poderosamente la atención la exposición mesurada, firme y sesuda del distinguido catedrático de la Universidad Nacional, quien se refirió a la crisis que actualmente vive nuestra primera casa de estudios. Arias Calderón es quizás el profesor más joven de la Universidad Nacional, pero su sólida formación en el campo de la filosofía (...) lo colocan entre los más capacitados de la colina*”.

Eduardo Ritter Aislán, destacado columnista, político y diplomático de la época, diría sobre él por esos mismos años, al comentar tres días de debates en un Consejo General Universitario, que “*Los profesores que intervinieron (...) ajustaron sus exposiciones a lo que exigía la dignidad magisterial y demandaba la jerarquía académica (...) Ricardo Arias Calderón fue enfático en su demanda de mayores estímulos para la faena académica. Habló con la seguridad de quien tiene formación seria...*”¹⁰⁰.

Mario Augusto Rodríguez, desde su columna **Opina**, al comentar la aparición de un ensayo de Ricardo en el tercer número de la revista **Presente**, afirmaba que “*puede contribuir positivamente a la orientación de la tendencia innovadora que se observa en la vida universitaria panameña*”.

En sus escritos de esos años se apreciaba también una tendencia que traía a primer plano la cuestión social como centro de la preocupación cristiana, al identificar los ejemplos y preceptos de la doctrina con la lucha por superar las injusticias del sistema.

“*Si Jesús naciera hoy –decía en uno de los tantos editoriales que escribiera para distintos impresos locales- nacería en un país subdesarrollado como Panamá, porque así lo era Palestina en comparación con la Roma imperial. Si Jesús naciera hoy, sería de origen interiorano, porque así eran los galileos en la tierra de Israel. Si Jesús naciera hoy sería hijo de obreros, porque obreros fueron sus padres en el pueblo de Nazaret. Si Jesús naciera hoy, lloraría por vez primera en una casucha bruja de una barriada pobre como Pan de Azúcar....*”

Se pronunciaba, igualmente, contra el racismo. En la edición del 21 de septiembre de 1963 indicaba: *“aquí en Panamá no hay racismo en el sentido fuerte de la palabra, pero perdura un racismo atenuado, más psicológico que físico. Los cristianos debemos de esforzarnos por erradicar de nuestra patria este residuo de racismo...”*

Así, y cada vez con más constancia, Arias Calderón se va ocupando de los temas del día a día panameño, con ópticas y críticas estratégicas que plasmaba en editoriales, discursos, ensayos y columnas, donde exponía los vínculos entre la democracia y el cristianismo, y entre estos y la cuestión social. Su propuesta apelaba a una salida razonada y conciliadora, negaba las rebeliones violentas como forma de solucionar esos problemas, por lo que contrarrestaba a quienes necesitan *“que el campesino siga sufriendo desgarradoramente hasta que ellos puedan inducirlo a una revolución sangrienta que destruya la democracia y acometa contra el cristianismo”*. Para Arias Calderón el comunismo totalitario necesitaba de esos escenarios, y su esfuerzo expresaba la convicción de que la clase de la que provenía podía y debía comprender tal situación para evitar los caminos de la violencia.

Su inserción en el debate político, firme y cada vez más enérgica, dejaba en claro que si bien cuestionaba las injusticias del sistema, estaba por corregirlas no por eliminarlo, y que era, al tiempo que cristiano, un demócrata de convicciones, lo que para él no reñía con un comportamiento humanista que en reiteradas ocasiones le permitirá sancionar públicamente acciones impropias de las autoridades.

La Iglesia Católica

Desde su arribo al país en 1962, las intervenciones de Arias Calderón estarán dirigidas a tres escenarios: la Universidad Nacional, la cuestión política nacional, y la Iglesia Católica.

Su participación pública no se limita a la crítica hacia el radicalismo de las izquierdas. Critica ásperamente lo que llama “el oportunismo liberal y lo retrógrado del conservadurismo”, y des-

de 1963 su discurso impacta en la comunidad católica, e incluso trasciende fronteras y es invitado a dar conferencias en varios países de la región. Le corresponderá dictar, por ejemplo, la Conferencia Magnífica sobre Juan XXIII y Paulo VI, en ocasión del ascenso papal de este último.

De Juan XXIII dirá que “*marca dentro de la Iglesia un renacimiento vigoroso de la comunicación franca y abierta y de la discusión fraternal, tanto entre los pastores como entre los Seglares y aun entre los Seglares y Pastores*”; afirma que “*Bajo la dirección del Sumo Pontífice, la Iglesia entró en estado conciliar, desarrollando dentro de sí misma una mentalidad de diálogo, pero de diálogo ordenado, en el cual la primera y última palabra son del Pontífice, pero las palabras intermedias, que interpretan la primera y conducen a la última, son de todos los creyentes*”¹⁰¹.

Durante esos años Ricardo viajará a Colombia y Ecuador invitado a actividades de los obispos latinoamericanos a través de la Conferencia Episcopal Latino Americana (CELAM), que agrupa a todos los obispos del continente y visitará como expositor el centro de Iván Illych en Cuernavaca¹⁰², México. Establecerá también contactos con el *Catholic Interamerican Cooperation Program* (CICOP), fundado en 1964 y desarrollará un amplio programa de educación dirigido a inspirar sobre todo a los estudiantes de las universidades católicas a cerca de las realidades de la América Latina. Anualmente el CICOP realizaba una conferencia que atraía a miles de personas a sus reuniones y a la que asistían como conferencistas destacados intelectuales, entre los que se encontraba Paulo Freire, el pedagogo brasileño especialista en Filosofía e Historia de la Educación, según el cual todo proceso educativo debe partir de la realidad que rodea a cada individuo. La cita reunía asimismo a los obispos estadounidenses interesados en los asuntos latinoamericanos, en los momentos en que estaba en su apogeo la lucha por los derechos civiles en Estados Unidos y llegaba a la presidencia el primer católico, John F. Kennedy. Muchos prelados católicos asumieron en ese instante la defensa de la integración racial y los derechos

civiles de los negros. Eran temas que trataban sobre la integración del hombre y la sociedad, sobre factores culturales en las relaciones interamericanas, la concienciación para la liberación, la revolución social en la nueva América Latina; los derechos humanos y la liberación del hombre en América Latina, todos de muy alto nivel intelectual.

Arias Calderón no se apegaba al dogma como un religioso rutinario. Era un cristiano practicante cuya fe estará presente en todos sus actos, con una sustentación estricta, y de la que estaba ausente la charlatanería o la demagogia. No se concebía como un político que usaba la fe para sus proyectos, sino como un cristiano que a través de la política ponía en práctica los principios en los que creía.

Por lo mismo, desde los primeros años luego de su regreso a Panamá, su colaboración con la Iglesia registró una apreciación crítica, intencionada, con una abierta aspiración a promover en ella y en los católicos un comportamiento de mayor incidencia en los cambios que requería la sociedad, una empresa que no por buena carecerá de contratiempos y en la que será protagónica su relación con los frailes dominicos y los monjes benedictinos.

Retomaba su relación directa con la Iglesia a partir de los *Cursillos de Cristiandad*, y los cursillos de capacitación social) donde se convierte en una voz orientadora, que exponía conceptos y enseñaba novedades. Ante ellos desarrollará lo que estimaba era: ***La Problemática de la Iglesia en Panamá***, más que como cuerpo místico, como sociedad terrestre, en tanto que “*conjunto de hombres que por estar así relacionados a la vida divina tienen en común un aspecto de su vida humana*”. Desde ese ángulo Ricardo hacía una crítica rigurosa al papel que jugaba la Iglesia por esos años y la caracterizaba como introvertida y auto-conservadora.

“...la iglesia en Panamá es introvertida, pues pareciera estar preocupada primordialmente por sí misma, por su situación dentro de la sociedad y por su continuidad y temporal, en vez de estar preocupada por su impacto sobre la sociedad, por la eficacia de su acción y por su alcance real. (...) la Iglesia en Panamá perdura en lugar de existir, puesto que su esfuerzo, real

y tenaz, está animado por un espíritu de auto-conservación y no por un espíritu de difusión y desarrollo. (...) la iglesia en Panamá se presenta como una muestra de moral y de conducta y no como una madre de existencia y de vida; sus enseñanzas y actitudes pastorales giran alrededor de reglas de conducta, particularmente reglas de conducta individual...”

Y advertía: tales características descansan en una especie de excesiva confianza de la Iglesia Católica en su condición de regente de la religión que practica la mayoría de los panameños y que había sido admitida como tal en la Constitución de 1946.

“Por el hecho de pensar que somos mayoría, -decía- nosotros los católicos hemos estimado que pocas personas en Panamá se encuentran verdaderamente fuera de la iglesia y que, por consiguiente, la actividad de la iglesia debe tener por fin primordial mantener sus propias fuerzas y asegurar su propia continuidad, de tal manera que pueda retener la fidelidad de los creyentes. Solo esporádica y recientemente –subrayaba- nos hemos preocupado por los indicios de una creciente actividad protestante que hemos juzgado de manera superficial como algo esencialmente anglosajón y extraño a nuestra cultura, a lo cual el pueblo estaría naturalmente inmune, cuando por lo contrario, esta actividad parece satisfacer un deseo de consagración fraternal y vital”

Monseñor McGrath

Su pensamiento crítico y renovador encontrará una figura receptiva en monseñor Marcos Gregorio McGrath, obispo Auxiliar de Panamá desde 1961, y la amistad entre ambos perdurará hasta la muerte del prelado en agosto de 2000.

Nacido en la Zona del Canal el 10 de febrero de 1924, McGrath era hijo del ciudadano norteamericano John Thomas McGrath y la costarricense Louise Renaud. Realizó sus estudios primarios en Panamá y Estados Unidos, y egresó de la Academia Militar de La Salle, en Long Island, Nueva York, en 1939, tras lo cual siguió estudios superiores en la Pontificia Universidad Católica de Chile, y amplió sus conocimientos en las Universidades de Notre

Dame, en el Noviciado de la Congregación de Santa Cruz y en el Holy Cross College de Washington D.C.

“*Busqué contacto con él porque tenía información de que al igual que yo también había tenido contacto con la escuela francesa de teología*”, ha recordado Ricardo. McGrath se había consagrado sacerdote el 11 de junio de 1949, y realizado estudios en el Instituto Teológico de París de 1949 a 1950.

“Sus superiores lo enviaron a París y Roma para estudios avanzados en Teología, recibiendo su doctorado del Angelicum de esta última ciudad, con una disertación calificada de *magna cum laude*, que tuvo por tema ‘*El Concilio Vaticano I y la evolución del dogma*’. El propio McGrath diría, años después, que en ese tiempo, además de adquirir método y rigor para la reflexión teológica, pudo entrar en contacto con el pensamiento renovador de pensadores como Congar, De Lubac, Rahner y Guardini, y corrientes filosóficas como el personalismo y el humanismo cristiano, que preparaban el camino al Concilio Vaticano II”¹⁰³. Cuando el padre Marcos llegó a Panamá ostentaba un doctorado en Filosofía obtenido en la Universidad de Notre Dame, había cursado el noviciado de la Congregación de Santa Cruz; realizado estudios teológicos en Francia, se había doctorado en el *Angelicum*, en Roma, y había sido decano de Facultad en la Pontificia Universidad Católica de Chile. El contacto entre McGrath y Arias Calderón se producirá en los *Cursillos de Cristiandad*, un esfuerzo promovido por la Iglesia Católica para darle un giro a su rol en la sociedad panameña, más activo e incorporando a laicos a su obra, una experiencia que McGrath conocía desde sus años de estudiante cuando le tocó presidir un grupo de *Jóvenes Cristianos* y ser miembro de la *Acción Católica de Universitarios*, ambos en Estados Unidos. La de McGrath fue una tarea donde se daba de frente con el comportamiento tradicional de una iglesia que “*pareciera estar preocupada primordialmente por sí misma, por su situación dentro de la sociedad y por su continuidad y temporal, en vez de estar preocupada por su impacto sobre la sociedad*”¹⁰⁴.

Desde su condición de obispo auxiliar, McGrath libró tal conjunto de tareas renovadoras, que por su vocación sacerdotal, su

capacidad intelectual y de organización; y por las innovaciones que fue incorporando a la Iglesia desde su llegada, muchos fueron los laicos, Arias Calderón entre ellos, que, tras la muerte del arzobispo Francisco Beckman, en 1963, pensaban en él como el seguro relevo. *Nosotros sabíamos que por incidencias políticas locales se estaba promoviendo una propuesta para el Arzobispado de Panamá, distinta a la que la mayoría de laicos veíamos en Monseñor McGrath, por lo que le dirigimos una carta al Cardenal Raúl Silva Henríquez, de Chile y quien conocía bien a Monseñor McGrath para que intercediera en su favor. Lo que nosotros ignorábamos era que el Cardenal le informaría a McGrath de nuestra carta y este le prohibió al Cardenal utilizarla en su favor. Él quería que si iba a ser Arzobispo, esa fuera una obra del Espíritu Santo,* ha rememorado Arias Calderón al recordar aquel episodio. En lugar de McGrath, la Santa Sede designó a monseñor Tomás Clavel Méndez, una acción en la que, de acuerdo a laicos de la época, parecía comprometida la mano del hombre, aunque no se ponía en duda los méritos del elegido. Monseñor McGrath fue designado entonces obispo de la Diócesis de Veraguas, una de las más pobres del país, y donde encaró, en toda su crudeza, las principales contradicciones sociales entre una pobreza extrema y el peso de acaudalados terratenientes. Fue, según sus propias palabras, el lugar donde pasó los mejores años de su labor. Su traslado a Veraguas detuvo los cambios que había iniciado. Monseñor Tomás Clavel, veragüense, en ese momento obispo de David, ocupó el puesto de arzobispo hasta 1970 cuando renunció y se trasladó a los Estados Unidos donde vivió hasta su muerte.

Ni liberalismo, ni conservadurismo

La participación de Arias Calderón en las discusiones públicas de la política local, en especial sobre el asunto de la universidad, y el conjunto de artículos y publicaciones que realiza entre 1963 y 1968 permiten caracterizar en él dos condiciones que le acompa-

ñarán por el resto de sus días: primero, no se trataba de un político que irrumpe en la vida nacional, de verbo fogoso y de discurso estructurado, sino de un pensador en ciernes que *“no se queda en la periferia de innecesarios neologismos sonoros. Es el joven heraldo de un retorno al interés por los problemas teológicos y de una causa que tiende a detener el desmoronamiento moral de nuestra época”*¹⁰⁵; segundo, bajo esa misma condición rechazaba las propuestas ideológicas y las prácticas políticas liberales y conservadoras, con las que había nacido la República, y adoptaba públicamente la corriente política Demócrata Cristiana.

Una de sus críticas a conservadores y liberales quedó consignada en un escrito que envió al *“Grafico”* el 24 de agosto de 1963 y que fue publicado como editorial bajo el título de: ***Cuando los jefes fallan*** y en el que señala entre otras cosas que : *“...durante los últimos tres años los partidos de la Oposición han sido todo menos opositoristas, dejándose manipular por el Presidente de la República¹⁰⁶, quien los comprometió en sus transacciones de política exterior y aun de política interior, sin concederles participación en su gobierno (...) debido a esta ausencia de orientación política, los miembros sobresalientes de estos partidos han pasado su tiempo en interminables transacciones con las diferentes figuras gubernamentales”*¹⁰⁷. Las graves afectaciones de esa conducta en la escogencia de un candidato, le permiten subrayar la urgencia de que la oposición escoja rápidamente el suyo, *“antes de que se desarrollen en su seno las divisiones que se han desarrollado en el seno del Partido Liberal Nacional”*. Tal observación es sin dudas un aval a los análisis que señalan a los años sesenta como una etapa de profunda crisis en las estructuras políticas tradicionales, especialmente en sus partidos.

V. Una coyuntura histórica

El nueve de enero de 1964 tiene sobre la sociedad panameña y sobre la generación de la que forma parte Arias Calderón efectos estrictos y definitivos. Es el año en que la jornada anticolonial que realizaba Panamá desde 1903 llegó a un enfrentamiento directo con Estados Unidos, en lo que se conoce como *La Gesta del Nueve de Enero*, cuando los estudiantes chocaron con la policial colonial norteamericana que ejercía dentro de la llamada Zona del Canal. Ese año Ricardo tomaría dos decisiones importantes: se casará con Teresita Yáñez Alonso y al ingresar a las filas del Partido Demócrata Cristiano, desarrollará desde allí una lucha que entraña compromisos sociales y políticos.

Aquella fecha fue para Ricardo un día de impactos rotundos. Realizada en la mañana su boda civil con Teresita y, como todo el país, fue impactado por los enfrentamientos que comenzaron a darse la tarde de ese jueves. Los reclamos se venían dando desde 1958, con acciones encabezadas entre otras figuras por Aquilino Boyd, Carlos Arellano Lennox y Ricardo Ríos.

“Nos habíamos casado civilmente en una sencilla ceremonia para adelantar los trámites legales que me permitirían sacar cédula de extranjera y visa panameña permanente, y habíamos acordado cenar en casa de mi suegra esa noche. Llegamos temprano y ya sabíamos que una manifestación había salido de la Universidad hacia la ‘Ave. 4 de Julio’¹⁰⁸. La radio daba noticias confusas y alarmantes sobre lo que sucedía en el límite con la Zona y Ricardo intentó ponerse en contacto con varios políticos tanto de la Coalición Patriótica como del Partido Liberal, que en algún momento lo habían invitado a alguna reunión y ninguno parecía muy preocupado por la gravedad de la situación”¹⁰⁹, ha dicho Teresita al recordar aquellos días.

En horas de la mañana una delegación estudiantil del Instituto Nacional había tratado de izar, infructuosamente, la bandera panameña en el **Balboa High School**, dentro de la Zona del Canal.

Los estudiantes reclamaban el cumplimiento de la declaración conjunta *Kennedy-Chiari* de julio de 1963, que “*daba fe de la insatisfacción panameña por el manejo de las relaciones en el área canalera, por lo que se nombraron representantes de ambos gobiernos a fin de considerar los puntos conflictivos de esas relaciones*”¹¹⁰. El primer punto de la declaración hacía referencia a la demanda panameña para que en cada edificio público existente en la zona canalera ondeara la bandera panameña junto a la de Estados Unidos. La propia gobernación de la colonia había emitido una declaración en la que conminaba a los residentes norteamericanos de la Zona a cumplir con la decisión de Washington, pero no sólo se negaron, sino que impidieron que lo hicieran los panameños. Agredieron a los estudiantes, rompieron la bandera, y allí comenzaron los sucesos.

La noticia corrió como energía en cable de cobre, y la decisión de responder de forma inmediata al agravio la asumió el movimiento estudiantil. La Federación de Estudiantes de Panamá estaba dirigida por el estudiante Víctor Ávila; la Unión de Estudiantes Universitarios (UEU), por Eligio Salas y la Unión de Estudiantes de Secundaria (UES) por Federico Britton¹¹¹. En horas de la tarde una comunidad enardecida se dirigía hacia la Zona del Canal con su bandera y pronto se agolparon sobre la cerca de alambre ciclón que servía de frontera entre la ciudad y la colonia. “*El ejército norteamericano había sustituido a la policía zonian que, colocada en primera fila, resultó impotente para contener el avance de los panameños...*”¹¹². Las tropas norteamericanas abrieron fuego y pronto la avenida 4 de julio¹¹³ se convirtió en un frente de batalla, con balas desde la Zona, y piedras desde la Ciudad. Mariom C. de Martin, entonces una doctora recién graduada que hacía su práctica en la sala de urgencia del hospital Santo Tomas recordaría años después, en una entrevista para el diario *Panamá América*, que como a las seis de la tarde comenzaron a llegar los heridos...y los muertos¹¹⁴. Era una orgía de sangre y dolor, y la sala resultó insuficiente para el caudal de afectados recibidos a partir de ese día en el centro hospitalario. A través de las emisoras de radio se fueron escuchando nombres como Ascanio Arosemena, Maritza

Alabarca, Rosa Elena Landecho, Luis Bonilla, José Del Cid Cobos, Teófilo Belisario De La Torre, Gonzalo A. France, Víctor M. Garibaldo, José Enrique Gil, Ezequiel Meneses González, Carlos Renato Lara, Evilio Lara, Gustavo Lara, Ricardo Murgas Villamonte, Alberto Nichols Constance, Estanislao Orobio W., Jacinto Palacios Cobos, Ovidio L. Saldaña, Rodolfo Sánchez Benítez, Alberto Oriol Tejada y Celestino Villareta.

*“La injustificada agresión a que antes me he referido, sin paralelo en la historia de las relaciones entre nuestros dos países, ha tenido hasta ahora para nosotros los panameños un trágico saldo de diez y siete muertos, y más de doscientos heridos. Además, los edificios y bienes situados en ciertos sectores de la ciudad de Panamá colindantes con la Zona del Canal, han sufrido daños de consideración como consecuencia de los incontrolables actos agresivos de las Fuerzas Armadas norteamericanas”*¹¹⁵, escribía el 10 de enero del canciller panameño Galileo Solís en la nota de ruptura de relaciones con Estados Unidos, dirigida a su homólogo Dean Rusk.

En la obra ya citada, Eligio Salas recuerda que el presidente Chiari *“comunicó la decisión tomada por su gobierno ante lo que consideraba una agresión injustificada contra el pueblo panameño llevada a cabo por las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos y las autoridades civiles de la Zona del Canal. El gobierno declaró rota las relaciones diplomáticas entre ambos países (...) El Presidente nos solicitó nuestra colaboración para que lo ayudáramos a lograr un cese de los enfrentamientos”*¹¹⁶. Aquellos choques fueron los peores conflictos registrados en las relaciones de Panamá con Estados Unidos desde el surgimiento de la República en 1903. Constituirán aquellos enfrentamientos, protestas enérgicas contra los tratados canaleros *Hay-Bunau Varilla* que conculcaban la soberanía panameña, y sentarán las bases para resolver los puntos de conflictos en las relaciones de Panamá con Estados Unidos sobre la vía canalera mediante un nuevo tratado.

Era un propósito compartido por varios sectores de la sociedad panameña, entre ellos la propia Iglesia Católica, que desde el estallido mismo de los acontecimientos hizo esfuerzos por impedir

que el conflicto llegara a más, pero colocando por delante las reclamaciones nacionalistas del país. A partir del 11 de enero, en la *Casa del Periodista*, localizada entonces sobre la avenida México, comenzó a reunirse gente de todas las tendencias y creencias: profesionales, periodistas, estudiantes, trabajadores y más tarde grupos organizados que incluían parte del espectro político y social del momento, incluidos comunistas y grupos católicos; en fin, el repudio se convirtió en un denominador común y el clamor de soberanía en una voz unánime. Tomaba forma el Comité Nacional de Defensa de la Soberanía que pasó a dirigir el conocido abogado Jorge Illueca, quien después sería Presidente de la República y de la Asamblea General de las Naciones Unidas. Entre los organizadores de aquel frente estaba Ricardo Arias Calderón. Preocupado por los acontecimientos él trató de encontrar respuestas y apoyo entre los partidos políticos tradicionales; pensaba que estos habían valorado los hechos en todo su alcance, pero sólo encontró subestimación, indiferencia y una prioritaria preocupación por las elecciones generales que se realizarían en mayo de ese año.

La Iglesia Católica emitió entonces una serie de pronunciamientos que condenan la acción norteamericana, respalda las reclamaciones panameñas y procuran una normalización de la situación antes que desemboque en hechos peores. Monseñor McGrath rechazaba comentarios inexactos sobre los sucesos emitidos por el expresidente norteamericano Harry S. Truman, para quien *“los estudiantes norteamericanos tienen tanto derecho como cualquiera a su opinión en cuanto hacer flamear la bandera de los Estados Unidos”*.

“El actual conflicto en Panamá –respondería McGrath en una misiva a Truman fechada el 10 de enero de 1964- tan lamentable en cuanto a las muertes, los heridos y los daños a la propiedad, y tan nocivos al ambiente de buena voluntad existente entre los Estados Unidos y Panamá y muchos de sus ciudadanos, fue causado por la desobediencia cívica de un pequeño grupo de estudiantes en la Zona del Canal, estimulados por otros, incluyendo a muchos de sus mayores”.

Desde el nueve de enero hasta el día 26, la Iglesia produjo varios pronunciamientos que se sumaron a los de distintas orga-

nizaciones en todo el país, y que concluyeron ese día en una gran concentración realizada en la Plaza de la Catedral en lo que se denominó *Cita con Dios y con la Patria*. Pero la trascendencia de la labor del prelado sobrepasó la gestión nacional. Marcos Gregorio McGrath, un hijo de norteamericano nacido en la Zona del Canal, se convirtió a partir de aquella fecha en un defensor certero de los derechos soberanos de Panamá, y en vocero efectivo ante importantes círculos de la sociedad norteamericana, que a partir de la elección de un católico como presidente, en la figura de John F. Kennedy, había comenzado a reconocer en la Iglesia Católica una autoridad importante. La acción de enero de 1964 culminaba otras que habían comenzado, al decir de varios historiadores, el mismo año en que Panamá se separaba de Colombia en 1903, que se había reafirmado a lo largo de la historia republicana y que era retomada en diciembre de 1957 con la reorganización de la Federación de Estudiantes de Panamá, y la siembra de banderas encabezadas por Arellano Lennox, Boyd y Ríos Torres.

La nación estaba conmocionada y Arias Calderón no entendía cómo los partidos tradicionales eran incapaces de comprender el escenario. Hasta ese momento él no se activaba en partido alguno; saludó la decisión presidencial de romper relaciones con Estados Unidos en protesta por los hechos. Desde las filas de la Iglesia Católica, donde se activaba, le llamaba la atención que en medio de aquel mar de sucesos un pequeño colectivo, afín a su forma de pensamiento, condenaba de manera valiente los actos y se sumaba a la defensa de las reclamaciones soberanas del país. Era el Partido Demócrata Cristiano.

El Partido Demócrata Cristiano

Mil novecientos sesenta y cuatro fue un año electoral, retornaba al ruedo político el doctor Arnulfo Arias, después de recuperar los derechos ciudadanos que le habían sido retirados tras su destitución en 1951. Arnulfo, el oficialista Marco Robles y Juan De

Arco Galindo serán los candidatos presidenciales de los partidos grandes para los comicios de mayo. José A. Molino correrá por el PDC y Miguel Moreno Jr. por el Partido Reformista Nacional.

Días antes de las elecciones Arias Calderón dirigió a Rubén Arosemena Guardia, quien presidía el PDC en ese instante, una carta que constituyó un análisis juicioso de la coyuntura panameña de entonces, y una sustentación del camino que formalizaba.

Desde la crisis de enero –decía Ricardo– se ha acentuado la polarización de la opinión pública hacia los extremos. Por un lado, los elementos de filiación comunista adquieren cada día mayor beligerancia¹¹⁷, incitando al odio fratricida y recurriendo al ultraje y la violencia. Y por otro lado, amplios sectores populares, acosados por la injusticia y por la frustración, y ciertos grupos de poder económico, atemorizados por el desorden y por la inseguridad, favorecen la candidatura de quien ha dado muestras¹¹⁸ de la más irresponsable autocracia¹¹⁹. Ricardo se refería al doctor Arnulfo Arias Madrid, a quien su familia había combatido históricamente.

Advertía que: *“Frente a este peligroso desarrollo, los partidos tradicionales han revelado ineficacia (...) Después de los incidentes de enero, que afectaron las raíces mismas de la nacionalidad, mantuvieron sus antiguas posturas electorales como si la crisis hubiera sido un mero paréntesis en la vida de la nación”.*

Para él los partidos tradicionales *“se guían por intereses que aunque nada tengan de indigno, son privados, y por consiguiente, no pueden ofrecer criterios objetivos para determinar el bien común de la nación”.* Es un señalamiento que encontrará mayor sustento en los años que le siguieron, y sobre todo para las elecciones de 1968 cuando varios de ellos, siendo parte de la alianza en el poder, la abandonan para respaldar a Arnulfo Arias. Sabían que el líder panameñista era la figura de mayor aceptación para los comicios y corrieron a sus brazos.

Arias Calderón asumió en ese instante la defensa de un sistema democrático cuyos exponentes tradicionales y principales –a su criterio– en lugar de sustentarlo lo colocaban en riesgo, lo hacían débil y vulnerable. Para él era urgente incorporarse a una entidad que proyectara un pensamiento más congruente con una

praxis que cobijara a la sociedad y no a un sector de ella, que se interesara en todos sus problemas y no en aquellos que sólo llamaban la atención de unos cuantos. Para ese enfoque los partidos tradicionales parecían agotados.

El Partido Demócrata Cristiano, por lo contrario – decía en su misiva a Rubén Arosemena Guardia- *ha mantenido la primicia de principios ideológicos que permiten considerar el conjunto de nuestros problemas en función de la justicia y de la libertad.* Era esa la conducta que, desde su punto de vista, le había permitido a los demócrata- cristianos pronunciarse ante los problemas del país con la valentía y la independencia que el propio Arias Calderón reclamaba y proyectaba en sus escritos y discursos.

Por la presente –decía en su nota- *quiero solicitarle acepte mi inscripción en el Partido Demócrata Cristiano* y precisaba al final su disposición para aceptar la disciplina del partido.

Fundado a mediados de los años cincuenta “*el origen del Movimiento Demócrata Cristiano ha de encontrarse en las primeras Jornadas de Estudios Cristianos celebradas en Las Cumbres en marzo de 1956, seguidas en julio de ese mismo año por las segundas Jornadas*”¹²⁰. Adopta inicialmente el nombre de **Acción Social Demócrata** y su primera directiva estuvo presidida por el doctor Julio Sousa Lennox, e integrada como vicepresidente por Rogelio Vásquez, Modesto Aparicio en organización, Juan José Gutiérrez en Asuntos Nacionales, luego remplazado por Arcelio Ducreux; Enrique Benítez en finanzas, Clovis Alemán Jr., en Publicidad, Juan Antonio Tejada Mora en Asuntos Internacionales y Raúl Vaccaro en Actas y Archivos.

Los fundadores habían encontrado muy limitadas las estructuras y las formas de pensamiento de los partidos tradicionales, y percibido en la Democracia Cristiana una alternativa más cónsona con las tareas reivindicativas que urgían a la sociedad panameña, constitucional y mayoritariamente católica. Era un colectivo pequeño, disciplinado y conformado fundamentalmente por hombres y mujeres provenientes de capas medias: profesionales, estudiantes y campesinos, que de **Acción Social Demócrata** pasó a llamarse **Unión Cívica Nacional**.

“*Pasadas las elecciones para presidente, diputados y concejales, en 1960, los organismos superiores de Unión Cívica Nacional, a fines de junio de ese año decidieron transformar el movimiento demócrata cristiano en partido político y hacia este fin, y con el objeto de cumplir con las exigencias del Tribunal Electoral, se confeccionó un nuevo estatuto*”, explica el doctor Antonio González Revilla en *Ciudadano Universal*, las memorias de este ilustre galeno publicadas a mediados de 2012.

“Además de los integrantes del Directorio Nacional, tomaron parte importante y activa en la inscripción Ramón Carrillo, Clovis C. Alemán, José Salgueiro, Carlos George, Jaime Bell, Juan José Gutiérrez, Máximo y Herminio Carrizo. Gilda Luisa Sánchez A., Félix Núñez, Pacífico Sánchez, Magdaleno Sánchez, Antonio Enríquez Navarro, Raúl Araya, Luciano Micheneau, Rosada Guerrero, Julio César Pinzón, Julio Alcedo, Iván Romero, Arsenio de Obaldía, Cecilia Alegre, Julio Rovi, Luis Veces, Julio Sousa Lennox, Luis De Arco, Juan Miguel Herrera, Mario Rognoni, Antonio Jaramillo, Ricardo Arosemena, Frank Tedman, Moisés Cohen, Cándido Amador, Gaspar Estribí y Federico Humbert”¹²¹. El 15 de diciembre de 1960 mediante la resolución 540 el Tribunal Electoral declaró legalmente constituido al Partido Demócrata Cristiano.

El ingreso de Ricardo al Partido Demócrata Cristiano no puede considerarse, sin embargo, como una acción mecánica de un intelectual que busca influir en la sociedad. En un artículo titulado *Caridad y Acción Político-Social*, del 24 de agosto de 1964, cuatro meses después de ingresar a la DC, aparecido en *El Panamá América*, Arias Calderón subrayaba manifestaciones del Papa Pablo VI para sustentar la definición de la caridad como “*vinculo de perfección*”, y explicaba que la expresión podía tomarse como resumen de lo que debía ser “*la proyección de la caridad sobre el quehacer político social del cristiano*”.

“*Siendo un verdadero amor de benevolencia, y no un amor interesado, la caridad debe constituir un factor de unión entre los hombres, promoviendo, como lo indica el mismo Apóstol, la tolerancia mutua, el perdón de las descortesías e irritaciones re-*

cíprocas y la superación de las discordias que nacen del orgullo y del amor propio”¹²², apuntaba.

Tanto la Universidad como el PDC constituyeron para Arias Calderón escenarios que le permitieron encontrarse con realidades sociales y políticas desconocidas por él hasta ese momento. Había tomado nota rigurosa de los acontecimientos del nueve de enero de 1964, de la polarización en que se encontraba la sociedad panameña y de la beligerancia de la izquierda en la vida nacional, particularmente en el sector de las capas medias, y no era ocioso su razonamiento. En 1956 el sexto pleno del Comité Central del clandestino Partido del Pueblo había concluido que, en Panamá, *eran las capas medias y no la clase obrera la vanguardia del movimiento social*¹²³. Los comunistas habían decidido dedicar hacia ese sector un trabajo de proselitismo y seducción que comenzaría a tener sus primeras manifestaciones a partir de diciembre de 1957 con la restructuración de la Federación de Estudiantes de Panamá. Los comunistas serán los adversarios ideológicos más consistentes y constantes que la Democracia Cristiana encontrará en la lucha por la orientación de los colectivos de capas medias, y Arias Calderón figurará de manera importante en la alimentación ideológica del trabajo.

Desde sus inicios en la gestión política, Ricardo figuraba entre un grupo de personas que, pese a su procedencia social, no recibirá ayuda familiar para los proyectos políticos en los que se había comprometido y del que formaban parte entre otras figuras Antonio González Revilla y René Orillac. Los liberales del ingeniero David Samudio y de la Coalición Patriótica, donde militaba su tío Juan B. Arias, lo abordaron para integrarlo en sus filas, pero era evidente su propósito de forjarse una trayectoria propia con conceptos distantes de los que tradicionalmente habían predominado en las cúpulas políticas, decisión que lo fue ubicando en un distanciamiento con su propia clase. De esos años es el pasaje de un instante en que una dama de clase alta a la cual se le ha solicitado una cooperación para el PDC, le pregunta acremente a Teresita: “¿y qué hace Ricardo allí?”, así que cuando ella llegó con la colaboración y le contó el incidente, Ricardo optó por devolver el aporte.

En su análisis sobre los principios cristianos y el desarrollo de una política social dirigida a superar las injusticias del sistema, Arias Calderón será recurrente en un esfuerzo por demostrar los fuertes lazos entre la razón y la fe, y sus críticas a los marxistas. Un año antes, en una carta que dirigiera a Eduardo Ritter Aislán en ocasión de un comentario de este sobre una de sus intervenciones en un *Forum de Opinión*, Arias Calderón le dirá: *“La afirmación intelectual de la existencia de Dios y la adhesión voluntaria a la bondad de Dios cobran todo su arrojo y todo su valor, en cuanto actos supremos del espíritu humano, al perfilarse sobre el fondo oscuro de una negación y de una rebelión posibles. Pero, si por desgracia el hombre opta por esa vía de negación y de rebelión, introduce en su espíritu, en vez de la presencia del Ser que todo lo unifica y totaliza, una ausencia, o, si se quiere, la presencia de una nada que lo desequilibra y fragmenta, forzándolo así por un proceso inconsciente de compensación, a atribuirle a una realidad cualquiera la función unificadora y totalizadora que se le ha negado a Dios. Esto le sucede con frecuencia a los marxistas, quienes, negando la existencia de Dios y rebelándose contra su bondad, adoptan actitudes de creyentes con respecto al Partido o a la Revolución....”*¹²⁴.

Sus escritos y sus intervenciones despertaron receptividad en columnistas y comentaristas, así como entre importantes personalidades del mundo político de esos años, lo que hace pensar que sus reflexiones servían también a los propios partidos tradicionales, que incómodos quizás con las críticas del joven catedrático preferían mantener sobre él una respetuosa reserva. Era un hecho que tal conducta no bastaba para impedir su influencia más allá del entorno del PDC o en los grupos que en la Iglesia le eran afines. Arias Calderón tenía la determinación de hacer su propia trayectoria, lo que lo ubica en un distanciamiento con su propia clase, que al saber de su opción por la Democracia Cristiana, y con ello por las capas medias y los sectores desposeídos se preguntaba: *“¿qué hace Ricardo ahí?”*.

A partir de su inscripción en el PDC, Arias Calderón fue un constante y acucioso organizador, y un difusor sistemático del

pensamiento de la democracia cristiana, en medio de una situación socio-política que se agravaba como resultado del agotamiento de viejos e insuficientes modelos de desarrollo, de la incapacidad administrativa de las autoridades, que habían ganado las elecciones de mayo de 1964, y de una descomposición social que atentaba contra la estabilidad misma del sistema.

José A. Molino, Julio Pinilla y Antonio Enríquez Navarro integraron la nómina presidencial que la Democracia Cristiana presentó para las elecciones de 1964, con un programa en el que, entre otras cosas, rechazaba la persecución ideológica, condenaba el abandono de la familia, se pronunciaba por la reorganización de la carrera administrativa y por la promulgación de una ley de información que protegiera la independencia de criterio, la libertad de expresión y que hiciera efectiva la legislación sobre calumnia e injuria cometidas a través de los medios de expresión¹²⁵.

No faltaron, como en otros comicios, acusaciones de corrupción y fraude. Marco Aurelio Robles había sido ministro de Gobierno y Justicia del régimen saliente, y bajo el lema de **“La Reforma Va”**, triunfó por encima de Arnulfo Arias Madrid, quien fue para la mayoría de los electores el verdadero vencedor.

En el cuatrienio 1964-1968 hubo una severa crisis de credibilidad, denuncias de corrupción, movilizaciones populares, y hasta un atentado contra la vida del diputado panameñista Roberto *Tito* Arias Guardia, hijo del expresidente Harmodio Arias y sobrino de Arnulfo. En Colón asesinaban al estudiante Juan Antonio Navas Pájaro. Tal era el estado de crispación que se respiraba en la sociedad istmeña.

Desde abril de 1964 ninguna de las acciones políticas de Ricardo Arias Calderón se produjo sin la aprobación de la Democracia Cristiana, incluida una invitación que su tío, el expresidente Ricardo Arias Espinosa, le formuló para que integrara la misión diplomática panameña en Washington, como parte del equipo que atendería cuestiones relativas al tratado *Robles-Johnson*. Él le advirtió al expresidente que era miembro del opositor Partido Demócrata Cristiano. Tras consultarlo, el PDC le negó la autorización y Arias Calderón la acató. Gran parte

de su producción teórica y propuestas políticas transcurrieron, desde entonces, por los conductos del Partido. La decisión que había tomado exigía disciplina y compromiso, pero sobre todo vocación de servicio y sacrificios.

Desde el acuerdo *Moreno-Bunker* del tres de abril de 1964 hasta finalizado ese año, Ricardo fue testigo de unas elecciones presidenciales conflictivas, de la preparación de nuevas conversaciones con Estados Unidos sobre el Canal de Panamá en busca de un pacto que debía remplazar al de 1903, y de constantes manifestaciones de sindicatos y estudiantes.

La administración Robles no conoció, según demuestran los datos históricos, un año de tranquilidad. En 1964 la Democracia Cristiana se negó a firmar las credenciales presidenciales por las irregularidades, atropellos y evidencias de fraude electoral, lo cual se tradujo en una constante persecución contra los miembros del PDC. Aquel gobierno ordenó, por ejemplo, el traslado del doctor Antonio Enríquez Navarro, médico del hospital Santo Tomás a Penonomé, decisión que fue denunciada por la DC como arbitraria y contentiva de visos de persecución, pues el galeno tenía años de ejercer como cirujano en ese hospital y de tener su práctica privada en la ciudad de Panamá. La decisión de la administración Robles llevó a un grupo de jóvenes democristianos a tomarse simbólicamente las oficinas del Ministerio de Salud, de donde fueron desalojados y trasladados a la Cárcel Modelo, en la que permanecieron varios días. En un mitin donde la DC rechazaba esas medidas Arias Calderón diría: “... *nos persiguen los mismos que persiguen al pueblo panameño con su soberbia, con su arbitrariedad, con su flagrante injusticia. Si la persecución se hace más recia, más burda, más indigna, hasta de los mismos perseguidores, es porque se sienten desenmascarados en sus pretensiones ideológicas. Creyeron poder remozar el sepulcro del liberalismo blanqueándolo exteriormente*”.

En 1965, la Democracia Cristiana reafirmó su oposición al gobierno “*porque aplica a través de los partidos oficialistas, los caducos principios de una ideología liberal-capitalista. Su egoísmo le impide satisfacer las necesidades fundamentales del*

pueblo y su burdo materialismo lo lleva a despreciar la dignidad de la persona"¹²⁶.

En 1966 la llamada insurrección de Colón conmovió al país, tras la muerte en tortura del estudiante Juan Antonio Navas; en 1967 la oposición representada por el Partido Panameñista, gremios, organizaciones estudiantiles y medios de comunicación como El Panamá América y La Hora orientaron el rechazo a los tratados *Robles-Johnson*, y el segundo semestre de este último año quedaba abierto el proceso electoral que debía concluir en mayo de 1968. Ese año será también el de las elecciones para rector en la Universidad Nacional.

Ricardo dio entonces un paso decisivo en su inserción activa en la cuestión nacional y social de Panamá. Todo, desde los principios socialcristianos, que había venido cultivando desde la conclusión de sus estudios, lo que había aprendido y los contactos que había conformado tempranamente, tanto en Estados Unidos como en Francia, le proponían de hecho una cobertura de mayor alcance a las fronteras de su pequeño país, y a mediados de 1966 comenzó a abrirse ante él otro escenario, más complejo y dinámico, y que lo va a proyectar como una figura de incidencia regional.

Chile

América Latina era en esos días un hervidero de propuestas y movimientos sociales, políticos y político-militares. Confluían en la región la Guerra Fría que siguió a la Segunda Guerra Mundial y en el centro de la novedad regional el impacto de la Revolución Cubana, que provocó reflexiones en todos los estamentos de la sociedad. Mientras que en los partidos comunistas las formas de lucha eran sometidas a las más radicales discusiones, en los ejércitos quedaba en suspenso el cómo una guerrilla mal armada y en condiciones menos ventajosas había sido capaz de derrotar a un ejército profesional como el de Fulgencio Batista. En las clases dirigentes la aprehensión y la cautela. En la Iglesia, el pensamiento tradicional también enfrentó el debate y la crítica.

Una invitación, a principios de 1966, para que dictara cátedra por un año en el Instituto Latinoamericano de Doctrina y Estudios Sociales (ILADES), incorporaba a Arias Calderón de lleno a la discusión. ILADES estaba recién fundado en Santiago de Chile por Pierre Bigó, S.J., un jesuita francés que había formado parte de los curas obreros después de la Segunda Guerra Mundial y que era, además, un estudioso del marxismo y expositor de la Doctrina Social de la Iglesia. Había sido un cercano colaborador del Papa Juan XXIII, y uno de los redactores de la *Encíclica Mater et Magistra*, la carta del Santo Padre sobre el Reciente Desarrollo de la Cuestión Social a la Luz de la Doctrina Cristiana.

Bigó estaba convencido de la importancia que tenía la formación doctrinal en la acción de los laicos comprometidos en la política y en todas las actividades de la sociedad, y llegó a Santiago a mediados de los años sesenta con la misión de promover el pensamiento social-cristiano a través de aquel Instituto. Ricardo era perfectamente coherente con ese propósito. Él era parte, sin habérselo propuesto, de esa apertura de ciertos sectores de teólogos, muchos de ellos ligados a la compañía de Jesús, hacia los pensadores europeos y que empieza a permear a movimientos latinoamericanos demócrata cristianos.

*“Surgen en esta época organismos de reflexión pastoral que servirán posteriormente como apoyos o puntos emergentes de reflexión teológica. Por ejemplo, el Instituto de Catequesis Latinoamericano (ICLA), en el sur (1961) y en el norte (1966); el Organismo de Seminarios Latinoamericanos (OSIAM) que daba cursos para profesores de seminarios sacerdotales; el Instituto Pastoral Latinoamericano (IPLA), al comienzo itinerante, y que posteriormente se situará en Quito...”*¹²⁷. Teológicamente cambiaba la visión de la Iglesia. La colegialidad episcopal abría nuevos horizontes de convocatoria. Lo mismo con respecto a la consagración bautismal como fundamento de la función del laico en el mundo. El ILADES estaba entre ellos, así como numerosas publicaciones. En Panamá era una corriente en la que se encontraba el obispo auxiliar Marcos Gregorio McGrath y que contaba entre sus seguidores a Ricardo Arias Calderón.

Era una década turbulenta donde propuestas pacíficas como las de la de los demócrata cristianos enfrentarían la tentación por la violencia revolucionaria, las denominadas *insurrecciones populares*, que aparecían en organizaciones radicales en distintos países de la región: los Tupamaros en Uruguay, los montoneros en Argentina, el Ejército de Liberación Nacional (ELN) y Las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) entre otras, en Colombia, donde especialmente hacía su aparición, en la segunda mitad de los años sesenta en las filas del ELN, el sacerdote guerrillero Camilo Torres, un ejemplo de aquellos religiosos que incursionaban en la vida política y al entrar en contacto con la clase media descubrían un mundo oscuro de injusticias que los empuja a radicalizarse, no en base a la propuesta ideológica marxista-leninista, sino a la contracción de aquellos hechos con el evangelio que habían aprendido en la iglesia, y que acelerará cambios dentro del pensamiento socialcristiano¹²⁸.

Los Arias-Yániz llegaron a Santiago de Chile en agosto de 1966 con sus hijas, María Teresa y Ángeles. Vivían cerca de la plaza *Pedro de Valdivia*. Allí fueron acogidos por amigos del Partido Demócrata Cristiano chileno como Jaime Lavados Montes y su mujer Laura Germaine, ambos neurólogos, con quienes mantuvieron una amistad profunda y duradera. Jaime militaba en el Partido y llegaría a ser rector de la Universidad de Chile y embajador ante la UNESCO. Compartía con Ricardo su pasión por la formación ideológica y política, y en aquel año, durante la presidencia de Eduardo Frei Montalva, ambos colaboraban en publicaciones y actividades de formación para estudiantes latinoamericanos vinculados a la Democracia Cristiana.

A esas amistades se añadió la de Emilio Máspero, el dirigente sindical argentino, vinculado a la Confederación Latinoamericana de Sindicalistas Cristianos y varios brasileños y argentinos exiliados en Chile. Santiago ofreció a los Arias-Yaniz todas sus ventajas culturales: sus salas de teatro, sus librerías y también una vida abierta al espíritu a través de los jesuitas del *Centro Bellarmino* donde se reunían filósofos, sociólogos y teólogos chilenos de primera línea. La familia solía ir con frecuencia a una abadía

benedictina situada a unos veinte minutos de su casa, donde atendían los cantos de vísperas de los monjes y su liturgia. Viajaron también por la zona de los lagos localizados al sur, a Viña del Mar y Valparaíso. Ricardo dictó conferencias en Uruguay, Paraguay y Argentina y realizó, luego, una gira por media docena de universidades norteamericanas, por invitación de los obispos norteamericanos en años posteriores.

Varios panameños coincidieron en aquella época en Santiago como estudiantes en alguna universidad o en los cursos de ILADES, otro instituto de formación de líderes democristianos, entre ellos Ramón Lima, Ernesto Muñoz y Olimpia Díaz.

Fue un año feliz para el joven matrimonio y sus niñas, pero cuando se planteaban la posibilidad de permanecer otro año en Santiago llegó la noticia sobre la postulación de Ricardo como segundo vicepresidente en la nómina que encabezaba el doctor Antonio González Revilla para las elecciones de mayo de 1968.

Para la Democracia Cristiana era una etapa de intensa actividad organizativa. Al torneo electoral de mayo de 1968 concurría nuevamente como candidato presidencial Arnulfo Arias, con Raúl Arango como su primer vicepresidente y José Dominador Bazán, segundo. Eran postulados por los partidos Panameñista, Republicano y por el Tercer Partido. David Samudio Ávila encabezaba la nómina oficialista que integraban los partidos Liberal, Liberación Nacional y Progresista, entre otros. Conformaban su propuesta Temístocles Díaz y Roderick Esquivel como primer y segundo vicepresidente, respectivamente.

Antonio González Revilla, un prestigioso neurólogo de proyección continental y decano de la Facultad de Medicina era el abanderado de la Democracia Cristiana. Como primer vicepresidente el también médico Antonio Enríquez Navarro. La papeleta fue completada con una propuesta de José Chen Barría a nombre del sector juvenil del Partido, en un congreso celebrado en la ciudad coclesana de Aguadulce, y recayó en el catedrático Ricardo Arias Calderón para la segunda vicepresidencia. La Democracia Cristiana tenía plena claridad de su poca oportunidad para ganar los comicios, pero ese no era su único objetivo. Los documentos

de la DC para esa coyuntura trazaban también la tarea de utilizar esas elecciones como una ventana para presentar al país su proyecto, sus críticas al sistema y ampliar su membresía y su influencia. Aquel pequeño colectivo político introducía en su propuesta la ética como factor crucial en la campaña. En aquellos años la degradación en la maniobra electorera había llegado a tal nivel que en un programa de radio Carlos Arellano Lennox hablaba de “la bolsa del voto”, y cada día anunciaba a cómo se pagaba el sufragio en determinaba región del país, una iniciativa que no pocos quebraderos de cabezas le ocasionó a los comerciantes del voto.

La DC se proponía demostrar a la ciudadanía que podía ser una alternativa en medio de aquella vorágine. Por las peculiaridades de esa etapa política a la DC le corresponderá desempeñar un papel que superó sus propias expectativas. Como todos los miembros de esa organización, Arias Calderón se incorporó a las tareas proselitistas, y la entrega con que lo hizo derivó en anécdotas que ni él, y menos Teresita, habrían de olvidar. En septiembre de 1967 él se encontraba en Coclé con Héctor Pinilla organizando una gira nacional para la presentación del candidato presidencial del Partido, había cerrado el día 30 con un encuentro en la montaña, pero tenía presente que su mujer estaba en los últimos días de su tercer embarazo. La forma más rápida de comunicación se limitaba a un lejano teléfono público monedero en Penonomé. Arias Calderón lo alcanzó el primero de octubre, a medio día, para enterarse que Teresita había entrado en labor de parto la noche anterior, que su madre Lupita la había acompañado al hospital y que era padre de Martín, el primero de sus dos hijos varones.

¿Qué representaban las elecciones de mayo de 1968? ¿Cuál era la situación del país en esa coyuntura y quiénes los principales actores? ¿Qué representaba cada propuesta electoral?

Distantes de una renovación eficaz y saludable en la dirección del Estado, los últimos comicios de los años sesenta reflejaron el agrietamiento político en que se encontraba la sociedad panameña, principalmente su clase dirigente; ese torneo constituyó una vitrina de la agudización de sus principales contradicciones, una especie de callejón sin salida donde muchos cuestionaban, pocos

apostaban por una salida seria y coherente, y se percibía en la inconformidad de las capas medias y de los sectores populares, la búsqueda de soluciones fuera del marco tradicional en que se habían producido. Fueron elecciones en medio de una crisis.

Arnulfo Arias participó con la mayor posibilidad de triunfo. Se había opuesto a los tratados *Robles-Johnson*, un elemento que se sumaba a la vieja controversia que había tenido con Estados Unidos desde 1941, cuando se había negado a artillar barcos panameños para la defensa del canal en el contexto de la Segunda Guerra Mundial, tal cual lo había solicitado Norteamérica. Su victoria era tan evidente para la clase política que —como se ha señalado antes—, “... la mayoría de los diputados, partidarios y amigos del presidente Robles, se cambiaron y se sometieron a los dictados del Dr. Arias”¹²⁹. Pese a su oposición a los tratados de 1967, “tenía el acuerdo con los norteamericanos de continuar las negociaciones a fin de concertar pronto un tratado sobre el Canal de Panamá aceptable para los dos países”¹³⁰.

El 28 febrero de 1968 el candidato presidencial del PDC, Antonio González Revilla, denunció ante la Asamblea de Diputados al presidente Marco Robles, “por flagrantes violaciones a la Constitución que el día 1 de octubre de 1964 juró ante Dios y ante la Patria cumplir fielmente”¹³¹, y pedía que fuera juzgado por la Asamblea de Diputados. La denuncia se refería a la utilización indebida de recursos del Estado en favor del candidato oficialista David Samudio Ávila.

“Desde los inicios de la campaña electoral se hizo notoria y pública la intromisión directa del señor presidente en la selección unipersonal del candidato oficialista, con sus sucesivos apoyos y retiros que culminaron con la aceptación de la candidatura del oficialismo. El pueblo panameño ha sido testigo de una bien planeada y sostenida campaña de coacción electoral. Caracterizada por la destitución de cientos de empleados públicos, muchos de ellos con más de veinte años de servicio, destitución presionada y alentada por el candidato del oficialismo (...) Se ha hecho evidente, en fin, que el señor Presidente de la República, en abierta y notoria intervención, ha entregado al candidato del

*liberalismo todos los recursos del Estado Panameño para imponer su candidatura, en ruda y flagrante violación de claras disposiciones constitucionales por parte de ambos ciudadanos”*¹³².

La Asamblea juzgó y condenó al mandatario, y ordenó su separación del cargo. Max Delvalle, el primer vicepresidente debía asumir el cargo, pero Robles recibió el respaldo de la Guardia Nacional y por varios días el país vivió con dos presidentes, mientras manifestaciones y protestas sacudían la ciudad.

El complicado escenario político no impidió que las elecciones de mayo de 1968 fueran contaminadas. Una vez se realizaron, dilaciones y maniobras desde el gobierno alertaron sobre un fraude en ciernes, que estuvo a punto de materializarse de no ser por la intervención de la Democracia Cristiana. Esta había guardado el 97 por ciento de todas las actas escrutadas, según las cuales Arnulfo Arias había ganado la presidencia. *La DC que tenía las actas de los votos debidamente escrutados*, -recuerda Teresita de Arias-, *sabía que Arnulfo había ganado y así lo hizo saber públicamente, lo que contribuyó a detener el fraude y favoreció la victoria de Arnulfo*. Después del anuncio, la última semana de mayo un familiar del entonces jefe de la policía, el general Bolívar Vallarino visitó en casa a Ricardo y le preguntó si el anuncio de la DC estaba basado en evidencias contundentes o era una mera maniobra. Arias Calderón lo hizo pasar a un área de la residencia que le servía de oficina y le mostró las actas, debidamente verificadas por auditores que pertenecían a la DC.

Lo que la propia DC jamás imaginó fue que su pequeño tamaño partidario fuera rebasado por el papel que le asignó aquella coyuntura. Las fuerzas oficialistas, que sí lo sabían, lanzaron una ofensiva para atraerla e intentar influir en su decisión. Concedores de la posición de la DC, los liberales *le ofrecieron la alcaldía capitalina, un par de ministerios, rembolsarle los gastos de campaña, y hasta inscribir a algunos de sus miembros en la Democracia Cristiana, lo que fue rechazado rotundamente por el doctor Alberto Enríquez Navarro*¹³³. Se podían escuchar las primeras ofertas sin el más mínimo entusiasmo, pero admitir la inscripción de algún miembro de esos partidos en el colectivo de

la DC... “*eso, ¡de ninguna manera!*” le habría dicho, indignado, Antonio Enríquez Navarro al enviado del gobierno.

El 17 de julio Arnulfo Arias le envió a la DC una carta invitándola a participar de la gestión de su gobierno, lo que fue mayoritariamente aceptado, pero igualmente rechazado por personalidades como el propio doctor González Revilla¹³⁴ para quien aquella aceptación podría validar un rumor según el cual la DC había llegado a un pacto secreto con la Unión Nacional en el juicio seguido a Robles. Arnulfo le otorgará el Ministerio de Educación al demócrata cristiano Rubén Arosemena Guardia, y se respetará la curul que había ganado la diputada Cecilia Alegre. La lucha contra el fraude y el reconocimiento a la victoria de Arnulfo fue ante todo una posición ética, entre cuyos defensores estaba Ricardo Arias Calderón, que solo cuatro años atrás había recordado a la opinión pública la conducta autocrática de Arnulfo Arias.

Otro elemento que se desprendió de aquella acción fue que a partir de la misma comenzó una alianza de la Democracia Cristiana, y en ella, de Arias Calderón con Arnulfo Arias. Ambos le serán leales hasta los últimos días del dirigente panameñista, quien tras los comicios de 1984 reconocerá a Ricardo como “*el único de mis aliados que no me ha traicionado*”¹³⁵, subraya Teresita.

Pese al triunfo categórico de Arnulfo, el tiempo que transcurre entre las elecciones de mayo y su toma de posesión en octubre renuevan en amplios sectores de la sociedad viejos temores respecto a la forma que tiene el líder panameñista de administrar el poder. Una serie de acciones traerán a primer plano su estilo tajante y con ello la inseguridad de aliados y opositores respecto al cumplimiento de su palabra. ¿Cuándo esta palabra era una maniobra de distracción y cuándo un punto de firmeza inapelable? Nadie lo sabía. En los 120 días que lo separaban de la silla presidencial, Arnulfo Arias tomó decisiones que incidieron de forma dramática en el futuro institucional del país. Jorge Rubén Rosas, un diputado chiricano que hasta los años cincuenta había acompañado a Arnulfo en su gestión, y que para los sesenta figuraba entre los dirigentes del Movimiento de Liberación Nacional que integraba la alianza oficialista opuesta al dirigente panameñista,

recordaría en sus memorias que Arnulfo se pronunció en contra de su ingreso (el de Rosas) en la Asamblea de Diputados, lo “*que provocó una reacción adversa en importantes sectores de opinión, dado que también se extendió a otros diputados elegidos con sus credenciales como lo habían sido el doctor Arnulfo Escalona Ríos, el profesor Roger Decerega y el señor Azael Vargas*”¹³⁶.

Esas decisiones junto a cambios en las concejalías capitalinas, serían sólo factores coadyuvantes en los sucesos del mes de octubre, porque “*la medida que motivó realmente el Golpe de Estado fueron los cambios decretados en la Comandancia y en las Jefaturas Seccionales de la Guardia Nacional, contrarios a un acuerdo que se había producido entre los Comandantes y el propio Dr. Arias*”¹³⁷, puntualiza Rosas.

El Golpe de 1968

Pero otros elementos pueden ser considerados para el desenlace de octubre: la incapacidad de liderazgo de la vieja clase dirigente afectada sobre todo por su división y actos de corrupción, la oposición de Arnulfo a los tratados *Tres en Uno* y la poca simpatía que eso despertaba en Estados Unidos, así como un ascendente movimiento popular.

El golpe se registra el once de octubre de 1968. *Ese día* —recuerda Teresita— *Ricardo estaba resfriado y fue a ver a su compadre y amigo de infancia Gaspar García de Paredes para que lo medicara*¹³⁸. En el camino se enteró, a través de la radio del auto, de la decisión del presidente Arias, y le comentó a su amigo que temía que eso fuera a terminar mal. No sería ilógico suponer que la accidentada relación del presidente electo con las fuerzas castrenses produjera esa posibilidad entre los cálculos del tres veces presidente de Panamá-. Lo que nunca se ha dicho, es ¿por qué fue sorprendido de la manera en que ocurrió?; ¿en qué apoyaba Arnulfo la confianza o la ingenuidad que exhibió? La noche del golpe el presidente Arias se encontraba en un cine de la localidad, y otros dirigentes no terminaban de festejar el triunfo, once días después de la toma de posesión.

Había tomado posesión el primero de octubre en medio de una imponente ceremonia que presenció desde una tarima colocada en la plaza Cinco de Mayo, junto a familiares y miembros de su gabinete. La Guardia Nacional cerró el desfile con un paso prusiano simétrico y energético, que no pasó desapercibido para los asistentes. *“Fue entonces cuando me acerqué a mi Tío y le dije al oído: están demostrando la fuerza que tienen en caso de que se metan con ellos. Mi tío Arnulfo se limitó a sonreír”*, testimonia en sus memorias Rosario Arias de Galindo¹³⁹.

Pese al pacto con los Comandantes, Arias Madrid hizo uso de su facultad constitucional y anunció en los primeros días de su gobierno ascensos y traslados que no respetaban el escalafón, lo que dio a los mandos de la Guardia Nacional *“la razón”* para actuar, y el once de octubre sobrevino el golpe que abriría 21 años de regímenes castrenses. Una situación tensa paralizó el país. Los coroneles José María Pinilla, Bolívar Urrutia, Omar Torrijos y el mayor Boris Martínez conformaron una Junta Provisional de Gobierno, y unidades de la Guardia Nacional procedieron a detener a las direcciones políticas del panameñismo, a cuantas personalidades estimaron *“peligrosas para la seguridad del Estado”*, y a dirigentes de las organizaciones populares. Los principales dirigentes del gobierno electo buscaron refugio en la ex Zona del Canal, bajo jurisdicción norteamericana, entre ellos el propio presidente Arias Madrid y Rubén Arosemena Guardia.

Un documento de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) que cita el doctor Omar Jaén Suarez en su obra sobre las negociaciones de los tratados Torrijos- Carter analiza así la situación en Panamá, un mes después del golpe: *“La situación en Panamá no parece hasta el presente una seria amenaza para las relaciones entre Panamá y los Estados Unidos o para los intereses de seguridad de Estados Unidos en Panamá”*¹⁴⁰. (...) *“Por lo menos hasta el momento, el coronel Torrijos parece ser la figura más fuerte del nuevo régimen. Creemos que es un oficial razonablemente inteligente y efectivo...demostró antipatía hacia aquellos que censuraba por la victoria de Arias y por el desastre político de Panamá: el general Vallarino, la mayoría de los políticos*

*profesionales, y la mayoría de los miembros de la oligarquía. Su actitud está fuertemente influenciada por sus antecedentes de clase media que lo colocan al margen de la oligarquía. Martínez tiene un antecedente de clase media, pero es considerablemente menos educado... Martínez ha demostrado una inclinación por acciones irracionales e impulsivas”*¹⁴¹.

Al golpe del viernes 11 de octubre de 1968 siguieron días borosos. Pocos sabían lo que sobrevendría en las horas siguientes. “*El 12 de octubre la dictadura anunciaba la suspensión de las garantías constitucionales; cerraron todos los medios de comunicación, fue disuelta la Asamblea Nacional, suspendidos los partidos políticos...*”¹⁴².

El domingo 13, en el Santuario Nacional, escuchada la homilía y terminada la misa, desde las últimas filas del recinto, y al igual que en otro templo lo hacía Guillermo Cochez, una voz dijo casi a gritos: “*Padre, un momento...*” Ricardo Arias Calderón, con paso ligero, caminaba por el centro del templo en dirección hacia el púlpito y ya muy cerca del estrado dijo: “*Con el derecho que me da ser miembro de esta sociedad de creyentes, yo tengo que preguntarle... cómo es posible venir a esta misa y no mencionar aquí los graves hechos que han ocurrido el once de octubre...*”. Hubo un silencio hermético en la iglesia.... con toda seguridad, por una razón u otra, no eran muchos los interesados en escuchar la respuesta que él reclamaba.



Ricardo Arias Calderón transformó el despacho de su abuelo Manuel en su biblioteca recién había retornado de Francia con su título de Doctor en Historia de la Filosofía Medieval.



Cita con Dios y con la Patria. Concentración convocada por la Iglesia Católica tras los sucesos del nueve de enero de 1964.





Ricardo Arias Calderón y Teresita Yániz Alonso contraen nupcias el siete de febrero de 1964.



1965 El obispo de Veraguas, Marcos Gregorio McGrath, coloca la primera piedra de la nueva sede del Arzobispado de esa provincia. Junto a él, de pie, Monseñor Alejandro Vásquez Pinto 1965.



Ricardo Arias Calderón como conferencista, en reunión de la Conferencia Episcopal Latinoamericana (CELAM), el siete de junio de 1966, en Baños Ecuador.





Mitín en Santa Ana de denuncia por el caso Enríquez Navarro.





*1967 En Santiago de Chile,
con su hija Ángeles.*



Sus hijas María Teresa y Ángeles, en Santiago de Chile.





1967. De regreso en Panamá luego que la Juventud Demócrata Cristiana lo postulara en la nómina presidencial del PDC como segundo vicepresidente para las elecciones de 1968. La nómina la encabezaba el doctor Antonio González Revilla.



Durante la campaña presidencial de 1968. De izquierda a derecha el doctor Antonio González Revilla, Ricardo Arias Calderón y Antonio Enríquez Navarro. Al fondo Rubén Álvarez e Iván Romero.



VI. Agresión y desafío

Caminar suavemente para no hacer ruido, estar atento a lo que se dice para no perder el rumbo; tratar de conseguir las últimas informaciones... a un golpe de Estado le sigue una especie de principio de todas las cosas después de un mal final. La pregunta siempre será... ¿qué sigue?

Después de la asonada, los militares emitieron un comunicado según el cual restablecerían el orden constitucional lo antes posible. Siguió, sin embargo, una larga lista de detenidos, otra de exiliados, otra de dirigentes en la clandestinidad, mucho temor y más incertidumbre. El silencio y la expectativa fueron la regla los primeros días. La ciudad parecía hablar en voz baja, no tenía antecedentes esa acción.

El debate sobre las causas del golpe consulta varias posiciones. Desde aquellas que, simplemente lo atribuyen a un conflicto de Arias Madrid con el estamento castrense, hasta las que lo consideran como resultado de una crisis institucional, en cuyo centro estuvo la descapitalización de los partidos políticos.

La primera echa mano de una reunión que sostuvo Arnulfo Arias con los comandantes de la institución armada semanas antes de su toma de posesión como presidente y en la que habría intervenido el general saliente, Bolívar Vallarino, para abogar por el respeto al escalafón. Aquel encuentro llegó hasta las filas militares como un pacto que debía ser respetado por el Presidente entrante que, sin embargo, asumió medidas contrarias. Por ejemplo, al teniente-coronel Omar Torrijos, entonces secretario ejecutivo de la comandancia de la Guardia Nacional, y que por escalafón debía asumir posiciones de mayor responsabilidad dentro del Estado Mayor, se le anunció relevo y envió a la embajada de Panamá en San Salvador, El Salvador, como agregado militar. El descontento castrense y en consecuencia el golpe, puede figurar como un factor de hecho, no de derecho, por cuanto que la legalidad favorecía a Arias Madrid, quien como Presidente podía asumir la determinación que estimara, sin que por ello ningún

militar se considerara con la autoridad de dar un golpe de estado. Pero los golpes de Estado constituyen medidas de fuerza que se producen cuando se agotan las vías políticas para su solución.

En el caso panameño de 1968 *“los partidos que por años se venían alternando en el ejercicio del gobierno, como expresión política de los factores reales de poder en el país, llegaron a tales extremos de incompetencia, de desacierto y de descomposición que terminaron descapitalizados políticamente, lo que llevó a la Guardia Nacional, segundo factor de poder real en el país, a suplantar a partidos políticos”*, afirma el constitucionalista Carlos Bolívar Pedreschi. Esa descapitalización, como crítica presente en distintas tendencias políticas, también había sido advertida de manera recurrente por Arias Calderón, aun cuando desde su condición de demócrata jamás justificó el golpe.

El golpe se fraguaba desde meses antes y Arias Madrid le abre las puertas con cierta imprudencia. *“El presidente Arias, excelente como candidato de oposición al gobierno para un electorado panameño poco racional, sensible a su carisma, ávido de magia y providencialismo, pero con dos experiencias de gobernante imprudente, incapaz de actuar con eficacia en la democracia representativa en nombre de la cual se postulaba, sufrió un golpe de estado por parte de la Guardia Nacional, ya militarizada, de Panamá. Desde hacía varios meses venía fraguándose esa posibilidad en el estamento militar panameño y no había prosperado, en parte, por las gestiones de Washington para desalentarla”*¹⁴³. Washington había sido informada de la asonada dos días antes.

Después del golpe, la Universidad de Panamá se convirtió en el centro desde donde distintas organizaciones comenzaron a dar atisbos de resistencia y reclamos para la vuelta a la democracia. En el occidente del país, en Piedra Candela, Chiriquí y en Coclé se hablaba de la guerrilla panameñista. En La Chorrera y Cerro Azul, de una guerrilla de izquierda. De Dorita Moreno, en la primera y de los hermanos González Santizo en la segunda. Para la DC sería una larga lucha cívica por la recuperación de la Democracia. Primero por superar la ilegalidad como partido entre

1968 y 1979, y luego la lucha civilista bajo la dirección de Arias Calderón entre 1980 y 1989.

Para cuando se acercaba el primer mes del golpe, centenares de personas convocadas por el PDC, por organizaciones de izquierda, o simplemente como ciudadanos opuestos a la asonada, decidieron realizar la primera gran manifestación de protesta. *“Nos reunimos en la entrada que está sobre la carretera transistmica, justo frente al barrio popular de Viejo Veranillo. Entre los asistentes estaba el Doctor Antonio González-Revilla, decano de Medicina; Ricardo Arias Calderón, catedrático de Filosofía; Delfín Gálvez, decano de Ciencias; Julio Rovi, Gilda Sánchez, profesora de Física; Alonso Villarreal, el estudiante Olimpo Sáez, el abogado y catedrático Carlos Iván Zúñiga, la socióloga Cecilia Alegre, José Antonio Sossa, los estudiantes y dirigentes de izquierda Leonardo Kam y César Carrasquilla”*¹⁴⁴.

Al fondo, donde ahora se encuentra el paso elevado vehicular que gira hacia la vía España, había una garita de policía. Allí estaban estacionadas unidades de la Guardia Nacional, a cuyo mando figuraba el entonces mayor Fred Boyd. La transistmica era una carretera de dos vías, una para ir y otra para regresar. Aquel día estaba desierta. Cuando la marcha pasaba frente a las instalaciones del hospital de la Caja de Seguro Social, los guardias recibieron la orden de actuar. Cayeron con bombas lacrimógenas sobre la manifestación, que se retorció primero como una ola sin rumbo, y luego comenzaron a desgajarse del tronco pequeños grupos que buscaban refugio en el barrio popular de Viejo Veranillo, otros retornaban a la Universidad, que para esos años no tenía cerca; un número indeterminado se dirigió hacia el hospital, con la esperanza de evadir a las unidades policiales, pero, acuciosos en la persecución, empeñados en la tarea cual sabuesos, los guardias siguieron a los manifestantes. Parecía que escalaban las paredes... En un momento varios manifestantes lograron entrar al centro de salud y cerraron las puertas a los efectivos, lo que provocó un forcejeo entre aquellos que trataban de refugiarse y estos que se proponían entrar. Sólo terminó cuando la puerta de vidrio cedió completa y se reventó estruendosamente contra el piso.

Algunas áreas del centro de salud quedaron convertidas en un caos donde perseguidos, perseguidores, personas que por alguna razón ayudaban a pacientes, médicos, enfermeras y hasta algunos convalecientes, corrían en todas las direcciones dando gritos, tras la humareda y el ardor que dejaban los dispositivos lacrimógenos. En medio de esa situación Olimpo Sáez, que era en aquella época un menudo estudiante de nivel secundario, gritó “*abajo la dictadura*”, y los guardias le replicaron con una lluvia de golpes. La lista de detenidos aquel día alcanzó a decenas de personas¹⁴⁵, entre ellos González Revilla y Arias Calderón.

Los detenidos fueron trasladados a la desaparecida Cárcel Modelo, en el barrio de El Chorrillo, retenidos durante doce horas sin mayores indicaciones. Otro grupo fue bajado a culatazos de un auto patrulla y en medio de la paliza se produjo un incidente verdaderamente lamentable. En el instante en que uno de los guardias levantó la culata de la carabina para golpear a un estudiante el arma se disparó y la bala mató al militar que estaba a sus espaldas. La situación enardeció a los uniformados y la paliza se redobló. Fue en la madrugada cuando los que eran miembros de la Democracia Cristiana fueron llevados a un salón donde se encontraban el teniente coronel Omar Torrijos y el mayor Boris Martínez. Los militares fueron directo al grano, recuerda Ricardo. Les propusieron cooperar con el golpe, les ofrecieron algunos ministerios; a la socióloga Cecilia Alegre, le propusieron la rectoría de la Universidad y dijeron que pronto llamarían a elecciones...todas las ofertas fueron rechazadas y durante ese diálogo se produjo la primera animosidad entre Arias Calderón y Torrijos. A los ofrecimientos, Ricardo le dijo al militar: “*esto no puede salir bien*”, y Torrijos le preguntó que si él creía que no sabía lo que estaban haciendo. Arias Calderón le respondió que no podía salir bien “*porque la vida de la sociedad no era la vida de un cuartel*”.

Tras el diálogo entre militares y detenidos, que pudo haber durado más de una hora, los golpistas les informaron a los últimos que serían dejados en libertad, y nuevamente vino el choque porque los demócrata-cristianos les recordaron que faltaban otros

detenidos, y que sólo se irían si con ellos eran liberadas esas personas. *Bueno pero esos son puros comunistas*, les habría dicho uno de los militares. Al final también estos fueron liberados¹⁴⁶.

En las postrimerías de aquel mes de noviembre de 1968 la dictadura permitió la reapertura de algunos medios de comunicación, excepto los de *Editora Panamá América (EPASA)*, y en contravía a las promesas de pronta normalización, el viernes 13 de diciembre fue cerrada la Universidad y dos días más tarde, en Chiriquí, detenido el abogado Carlos Iván Zúñiga, quien además de ser una figura pública prestante, había sido a mediados de ese año candidato a rector. Esa medida, que fue igualmente un golpe contundente para los demócratas panameños y para quienes habían dedicado su vida a la docencia superior y uno de los actos más degradantes, cerraba para Arias Calderón la puerta más importante para el sustento de su familia. Siempre recordaría como “*en la biblioteca Demófilo de Buen, por ejemplo, entraron y desbarataron anaqueles, tiraron los libros en el piso, los pisaron y se orinaron sobre ellos*”¹⁴⁷.

El cierre de la Universidad de Panamá

Pero hubo respuestas en medio de las difíciles condiciones que se imponían. Las mujeres del PDC, por ejemplo, comenzaron a editar una publicación clandestina que denominaron *El Grito*, que entre otras informaciones divulgaba los listados de los detenidos, evaluaba el estado de la situación, informaba sobre las acciones de persecución y daba algunas orientaciones. Para quienes recibían aquel impreso era como corroborar que no todo estaba perdido, y que en alguna parte de la conciencia cívica había algo de esperanza y resistencia. *El Grito*, así como hojas sueltas u otros impresos se dejaban en los supermercados, entre los anaqueles de los productos, así que no era extraño que mientras alguien hacía sus compras los encontrara debajo de una lata o detrás de una cajeta.

Decenas de profesores y todos aquellos de los que se sospechaba estaban en contra del golpe, fueron jubilados, entre ellos prestigiosos catedráticos que habían dedicado una buena parte de su vida a la educación universitaria. Entre el cierre y la apertura de la Universidad, en diciembre de 1968 y julio de 1969, respectivamente, los militares impulsaron una purga contra un importante grupo de intelectuales. Expulsaron, entre otros a Bernardino González Ruiz, Miguel Martín, a Arias Calderón. Jubilaron a los doctores Manuel Cano Llopis, de ciudadanía española, y a César Kiamco un catedrático filipino, ingeniero casado con panameña reconocido por sus conocimientos sobre estructuras. Todos eran viejos catedráticos ligados a la institucionalidad de la Universidad, y todos engrosarán la lista de expulsados.

A finales de diciembre el ministro de Educación del régimen, Roger Decerega dirigió una nota al doctor González Revilla, invitándolo a participar en una Junta de Regentes para que expresara su opinión sobre *“la estructura, organización y las reformas administrativas...”* en la Universidad y en la Facultad de Medicina. *“Lamento tener que declinar su invitación porque presentarme ante ustedes significaría el reconocimiento tácito de mi parte del acto de clausura de la Universidad y de la supresión de su autonomía, hechos que son inaceptables para mí como universitario, como decano, como profesor y como ciudadano...”*¹⁴⁸, respondería González Revilla.

Se estableció además el decreto 144, llamado también *Decreto Mordaza*, como reglamento universitario de un “régimen especial”¹⁴⁹ y comenzaron a proponerse nuevas concepciones sobre lo que, a criterio de la Junta Provisional de Gobierno, debía ser la Universidad. En octubre de 1969 Arias Calderón advertía que aquel decreto depositaba súper poderes en el Consejo Directivo integrado por el Rector, un profesor, un estudiante, el Ministro de Educación y tres ciudadanos designados por el gobierno. *“Si la tendencia del mencionado estatuto era centralizar el poder hacia el Rector, designado por el Ministerio de Educación, y estos a su vez obedecían a un consejo donde el Órgano Ejecutivo era mayoría, entonces el Rector sería el ejecutante de la política del*

gobierno dentro de la Universidad”¹⁵⁰, señalaba Arias Calderón, al caracterizar la forma que adquiriría la violación a la autonomía universitaria. Para el catedrático, el régimen “*consideraba a la Universidad como instrumento del Estado, centralizaba el poder en la Rectoría y restringía la participación de estudiantes y profesores en el gobierno universitario*”¹⁵¹.

Las correlaciones de fuerza tras situaciones como las de 1968 siempre imponen conductas insospechadas. En la que siguió al golpe, Teresita recuerda cómo al principio los opositores al gobierno de Arnulfo celebraron la acción y pronto bajaron y subieron escaleras en los cuarteles. “*Luego comenzaron a evitarnos como si fuéramos leprosos*”. Ya en 1969 dos figuras políticas habían muerto en las prisiones de la Guardia Nacional: primero el dirigente obrero José Del Carmen Tuñón¹⁵² y luego Floyd Britton, un dirigente de izquierda que había sido alumno de Ricardo. Fue el capellán Nicanor Ramos, sacerdote jesuita que ocasionalmente visitaba Coiba, quien le contaría a Ricardo la forma como fue asesinado Britton. Tanto Ramos como versiones de otros detenidos en aquella isla con Floyd, coincidían en que el dirigente estudiantil murió después de una paliza brutal. Sus restos jamás fueron hallados. Hipólito Quintero, vinculado al PDC y a las ligas campesinas de la Central Istmeña de Trabajadores en Coclé, fue asesinado en las montañas de Penonomé y su cadáver fue abandonado en una vereda para escarmiento público. Un campesino denunció el hecho ante el párroco y fue la catedrática y demócrata cristiana Cecilia Alegre quien al final recogió los restos.

Los dos años que siguieron al golpe, el acecho y la vigilancia será un factor de consideración constante para la comunidad nacional en especial la ciudadina. Numerosos serán los dirigentes y opositores al régimen detenidos. De día o de noche, la Guardia improvisaba retenes y redadas en áreas escogidas. De forma sorpresiva efectivos de la Guardia se bajaban de los patrullas, acordonaban un área y comenzaban a pedir cédulas y a registrar a las personas. Muchos opositores fueron detenidos de esa manera.

La derrota definitiva del régimen constitucional de once días del Arnulfo Arias Madrid se selló el 13 de noviembre de

1968, cuando Estados Unidos reconoce al régimen militar y la Agencia Interamericana de Desarrollo comienza a destinarle recursos al nuevo gobierno. En un *“largo documento preparado por la CIA se afirmaba que no creían que se pudiese desarrollar oposición efectiva al nuevo régimen en corto tiempo por parte de seguidores de Arnulfo, por gente de la extrema izquierda o de la oligarquía, llegando a la conclusión de que el nuevo gobierno y la mayoría de los miembros de la clase dominante terminarían por acomodarse”*¹⁵³.

El despojo

El 18 de julio de 1969 con el despojo de Editora Panamá América (EPASA) a sus dueños, la familia Arias-Guardia, se afectará no sólo a la libre empresa, sino a la existencia de una voz disidente entre los medios de comunicación. El régimen conocía perfectamente el poder exhibido por los medios que editaba EPASA, sobre todo El Panamá América que en 1967 había desempeñado un papel estelar en la denuncia y rechazo de los proyectos de tratado **Robles- Johnson**. Tras una demanda entablada por el abogado Carlos Rangel M., en nombre de la empresa **Tawmac S.A**, tenedora del 13 por ciento de las acciones y una intervención ejecutada por los liquidadores Lenin Sucre y Rubén Blades, padre, el juez primero de circuito Lao Santizo Pérez declaró en quiebra la empresa y la liquidó, mediante una convocatoria ilegal de accionistas que no representaban mayoría tal cual lo exigían los estatutos, y pese a la documentación existente en el Chase Manhattan Bank, que demostraba la salud financiera de EPASA¹⁵⁴. EPASA había sido fundada en 1938, después que el expresidente Harmodio Arias comprara el periódico al norteamericano Nelson Ronsewell, y en el momento del despojo su presidenta era la hija de este último, Rosario Arias de Galindo.

Para 1970 la oposición al régimen había sido reducida. Varios dirigentes habían partido al exilio, muchos estaban detenidos, otros habían pasado a integrar el régimen de los militares, y dos hechos decisivos ocurridos en 1969 dibujaban la perspectiva

nacional: en febrero de ese año fue expulsado de los mandos militares el teniente-coronel Boris Martínez, tenido por el más impulsivo y radical de todos, pero sin orientaciones políticas estructuradas o definidas. En diciembre Omar Torrijos, con la decisiva participación de quien será hasta su muerte su jefe de inteligencia, el entonces encargado de la región occidental de Chiriquí, Manuel Antonio Noriega, superaba con éxito un intento de golpe.

El exilio

Teresita recuerda que *“el desempleo, el acoso, el aislamiento y el ambiente de miedo comenzaron a incidir en nuestras vidas”* Meses después, Ricardo recibió un medio tiempo laboral en la universidad Santa María la Antigua, localizada por esos años en el barrio de San Felipe, diagonal a la Iglesia de la Catedral.

*“Los primeros años de la dictadura fueron muy duros. Proscritos los partidos políticos, cerrados o intervenidos los medios de comunicación, los militares hicieron posible una represión sistemática e intensa, y las desapariciones y asesinatos llenaron de temor a la mayoría de la gente. Hubo, además, los que colaboraron abiertamente con el golpe, unos llevados por su animosidad política o personal hacia Arnulfo, otros por cobardía, o pensando que a través de los militares podrían tener acceso al poder. A lo interno de la familia, Samuel Lewis, padrastro de Ricardo, aceptó el puesto de magistrado del Tribunal Electoral, probablemente creyendo las primeras promesas de que se volverían a celebrar elecciones libres, lo que nunca ocurrió, pues don Samuel tenía suficiente experiencia política como para creer que algo bueno surgiría de ese régimen. Aun así la relación familiar de mutuo respeto y afecto permaneció, y Ricardo y yo almorzábamos todos los días en casa de Lupita, pues vivíamos muy cerca”*¹⁵⁵.

A pesar de que Ricardo no había sido partidario de la creación de una universidad católica por la preocupación de que se abandonara el trabajo pastoral de la Universidad de Panamá, a la que

asistían miles de estudiantes, el rector de la USMA, a la sazón el dominico español, José María Escámez O.P., le ofreció dictar algunos cursos en esta casa de estudios. *“A partir de mayo del 69, expulsado de su cátedra universitaria, Ricardo comenzaba a enseñar en la USMA cursos de Introducción a la Filosofía, Filosofía Antigua y, para completar el horario de profesor a tiempo completo, un curso de Historia del Arte para el que se apoyó en una valiosa colección de diapositivas de obras del Museo del Louvre que había adquirido en París años atrás”*¹⁵⁶.

Hubo otro factor que incidió en la salida de los Arias-Yaniz del país. Teresita recuerda que *“en 1964, después de su matrimonio, la pareja de recién casados realizó su viaje de novios, en un extenso recorrido, por las provincias centrales y Chiriquí. Entre los lugares visitados coincidieron en Santiago de Veraguas con las fiestas de Atalaya. A él lo impresionó el carácter estrictamente religioso de la festividad, la profunda religiosidad popular expresada en la devoción y el respeto en todas las celebraciones. Los visitantes fueron recibidos por el cura párroco en su casa, muy humilde y vecina de la iglesia, y les narró el origen de este culto y su empeño por mantenerlo alejado de supersticiones y actividades que incluyeran el uso del alcohol. De ahí se le ocurrió la idea a Ricardo de organizar peregrinaciones anuales de estudiantes universitarios de todo el país para que vivieran de primera mano esa experiencia religiosa, surgida de las más remotas y humildes áreas campesinas, y a partir del año siguiente, es decir en 1965, comenzaron las mismas, y llegaron a hacer en la cuaresma del año 69 –el primer domingo de cuaresma– de centenares de jóvenes de ambos sexos, de todas las provincias, y que reunidos en la normal de Santiago caminaban cantando y orando para asistir a la misa de la media noche en la Atalaya. La peregrinación de 1969 fue la última. En la misa de media noche, al momento de presentar las intenciones de los diferentes grupos juveniles se escucharon oraciones pidiendo por la libertad y la justicia, rogando por el alma del padre Camilo Torres, el sacerdote guerrillero muerto en Colombia, lo cual disgustó profundamente al Nuncio de la época, que se aplicó con esmero para*

que en el año de 1970 no pudiera celebrarse. Era una época de mucha tirantez entre los grupos de cristianos comprometidos y la jerarquía. Los primeros consideraban que no podían los obispos mantenerse silenciosos ante los graves hechos ocurridos en el país el 11 de octubre de 1968. La presencia todavía de monseñor Clavel, vinculado al surgimiento de grupo socialcristiano, en el Arzobispado y de otros obispos sumamente conservadores. Todo eso hizo crisis cuando desapareció el padre Gallego y entonces Ricardo se convenció de que de aquí hay que irse”.

Los demócrata-cristianos no sólo rehusaron participar en el gobierno militar, a pesar de los ofrecimientos hechos por Torrijos; se negaron a regresar a la universidad intervenida. Buscaron cómo sobrevivir fuera del mundo académico. Uno de los que rehusó volver fue Lino Rodríguez-Arias Bustamante, un jurista español, casado con una panameña, creador del Centro de Investigaciones Jurídicas, profesor dedicado y capaz, que ejerció gran influencia en los movimientos social- cristianos con la formulación de la corriente de pensamiento conocida como comunitarismo. *“Don Lino, como le conocían tanto en el Partido como entre sus amistades, encontró rápidamente en Venezuela una posición en la Facultad de Derecho de la Universidad de los Andes, a través de sus vínculos con los copeyanos¹⁵⁷ que tenían gran influencia en el mundo académico venezolano y siendo en esos momentos presidente de la República Rafael Caldera. Desde la ciudad andina de Mérida, convenció a Ricardo a que se fuera a enseñar para librarse del acoso político y la soledad en el ámbito intelectual que vivía en Panamá. Época oscura aquella. Nos quedaron los amigos de la Universidad de Panamá que eran democristianos o afines: Julio Rovi y Gilda Sánchez, Rodrigo Tarté y Marilú Rubio, Ceferino Sánchez y Julita Urrutia, Patricia y Luis Picard Amí, Hugo Navarro y Maritza Linares, así como los amigos de la juventud, Gaspar García de Paredes y su esposa Florita Chiari, Carlos Alfredo de St Malo y su esposa Maui Vallarino. Pero gente que creíamos amigos desapareció y con una u otra excusa fueron poniendo distancia con quien se había convertido **en un peligro para la seguridad del Estado**”¹⁵⁸.*

Los amigos que siempre estuvieron allí: José Antonio Sossa, Guillermo Cochez, Alonso Villarreal y su familia. Luis Emilio Veces y su esposa Mabela. Antonio de León. José Antonio Molino, Rubén Arosemena Guardia, Clovis Alemán, Erasmo Méndez y su familia en Veraguas; Elsa Méndez Mérida, Cecilia Alegre, Iván Romero en Chiriquí y en Coclé esa enorme familia de los Arosemena y los Jaén. Yániz de Arias recuerda que muchos tenían miedo, *“un miedo visceral ante una persecución de la que no había antecedentes”*. Otros decidieron, de manera más o menos acomodaticia, que no había nada que hacer y mucho que perder, y así los Arias-Yaniz partieron hacia Mérida, donde permanecieron unos días acompañados por el líder sindical Emilio Máspero, con quien habían coincidido en Santiago de Chile, y otros amigos y compañeros cubanos amigos de Teresita, que vivían exiliados en Venezuela.

En Caracas compraron una pequeña camioneta VW y se fueron a Mérida, su destino final, atravesando los llanos venezolanos y los páramos andinos, de los que apreciaban su belleza. Enclavado en medio de los Andes, desde cualquier parte de Mérida se podía contemplar el majestuoso *Pico Bolívar* con su capa de nieve eterna y, alrededor, la cordillera que proporcionaba un paisaje espectacular y constituía una barrera casi infranqueable. A partir de las cinco de la tarde ningún avión entraba ni salía del aeropuerto.

Los Rodríguez Arias, Lino y Luisa y sus hijos Josefina y Lino Antonio, entonces unos niños de 12 y 8 años, eran los amigos y compañeros de los Arias-Yaniz, y a través de ellos conocieron a la familia Carbonell, compuesta por un médico español casado con una venezolana que vivían en un enorme caserón con sus siete hijos, y cuya hospitalidad y cariño sin límites, recordarían siempre los exiliados panameños. *“A pesar de que Mérida era también un destino turístico no había mayor actividad cultural y aparte de algunas conferencias en la Universidad y algunos paseos y veladas con estos buenos amigos, devorábamos libros y recibíamos regularmente los recortes y cartas de Lupita y Mamalita, pero los primeros meses fueron de mucha nostalgia y soledad. Al irnos a Venezuela habíamos llevado con nosotros a nuestra*

hija mayor, María Teresa, y dejado a Ángeles y Martín en casa de Lupita y don Samuel, para hacernos más fácil la instalación en un sitio que nos era desconocido, así que un mes después fueron a llevarnos a los dos hijos menores. Pasamos con ellos unos días muy agradables y una mañana mientras don Samuel daba un paseo por los jardines del hotel donde se hospedaban sufrió un derrame cerebral que lo dejó paralizado del lado derecho y del que nunca se recuperaría totalmente". Vivieron días de una tremenda angustia. En Mérida había buenos médicos porque la Universidad de los Andes tenía una excelente Escuela de Medicina, pero rápidamente se percataron que allí no se le podría atender adecuadamente. Gabriel Lewis Galindo, hijo de don Samuel, y Lupita, lo trasladaron en un avión privado.

En diciembre de 1971 los Arias-Yániz viajaron a la ciudad de Miami a pasar las Navidades con la familia de Teresita, algo que no habían hecho desde su matrimonio y allí se enteraron de que el sistema universitario estatal de la Florida inauguraría en septiembre de 1972 una nueva universidad: Florida International University (FIU). A diferencia de la Universidad de Panamá las universidades norteamericanas, estatales o privadas, contrataban a sus profesores con criterios específicos relacionados con los cursos que deben dictarse y para ello aplicaban un examen exhaustivo de los créditos universitarios de quienes aspiraban a la docencia y prestaban mucha atención a las publicaciones e investigaciones. Normalmente los profesores firmaban un contrato que podía o no renovarse, de acuerdo a los resultados de las evaluaciones que la Institución hacía de la calidad docente e investigativa de su profesorado y eran pocos los que obtenían la permanencia o "tenure".

Ricardo se presentó al nuevo campus en el que estaban construyendo tres enormes edificios, los primeros para alojar a los estudiantes de la nueva universidad y conoció a Richard Konkel, director de la Escuela de Filosofía y Estudios Religiosos. Le explicó quién era y cuáles eran sus créditos académicos, su interés de trasladarse a Estados Unidos por la proximidad a la familia de su esposa y la suya, y por el carácter internacional que se anunciaba como el sello distintivo de la nueva universidad. Konkel, con

quien harían después una estrecha amistad, le planteó con mucha franqueza a Ricardo que tenía más títulos y experiencia que él, y que le apenaba hacerle una oferta que no estuviera a la altura de sus expectativas. Arias Calderón le explicó que estaba dispuesto a enseñar Filosofía como un profesor regular sin otras aspiraciones que poder trabajar en la docencia que amaba y mantener a su familia en un ambiente hispano. El académico norteamericano prometió atender su caso y meses después al recibir un ascenso a un puesto administrativo, llamó al educador panameño para ofrecerle un contrato no sólo como docente sino como director del Departamento de Filosofía y Estudios Religiosos. En agosto de 1972 llegaron a Miami y en octubre nació Ignacio Manuel, el hijo menor del matrimonio.

“Con cuatro niños pequeños y sin ninguna ayuda doméstica comenzó nuestra vida en FIU. Mis padres se mudaron cerca de nosotros para echarnos una mano pues nos era imposible salir de noche o aceptar compromisos sin tener con quien dejar a los niños. Los tres niños mayores se adaptaron sin problemas a su escuela parroquial y adquirieron el dominio del inglés con una rapidez increíble. Descubrieron su familia materna, a la que conocían pero a la que no habían frecuentado sino en esporádicas visitas y aparecieron primos y primas con edades similares”¹⁵⁹.

Miami estaba en pleno crecimiento. Los cubanos habían trasladado allí su dinamismo, su carácter y costumbres. Desde la comida hasta las actividades culturales tenían una fuerte influencia hispana, pues centro y suramericanos encontraron que se le facilitaban las compras, la atención médica o las actividades comerciales con el uso del español. La ciudad era también un hervidero de actividad política anticastrista, pero la universidad constituía un mundo aparte con una clara influencia académica norteamericana y la preocupación política se centraba aquellos días sobre la guerra de Vietnam, los derechos civiles y las reivindicaciones de las mujeres.

En el Departamento de Filosofía había varios profesores. Además de Konkell, que enseñaba filosofía de la educación, estaban George Kovacs, un húngaro que dictaba la cátedra de filosofía

del lenguaje y Thomasine Kushner, una norteamericana que enseñaba filosofía oriental, casada con Malcom Kushner, un reputado psicólogo, amigo y discípulo de Burrhus Fredrick Skinner, el promotor de la escuela de modificación de la conducta. De otros departamentos una amistad entrañable y generosa fue la de Barry Levine, sociólogo norteamericano, judío, liberal, con una personalidad exuberante y de una simpatía contagiosa, así como la del nigeriano Babatunde Thomas, director de Departamento de Economía que fue, además, vecino de los Arias-Yaniz.

“¡Qué cambio radical! Esos años en que los niños crecían y el mundo académico de FIU llenaba nuestras vidas con el afecto y la amistad de gente inteligente con quien podíamos compartir una cena sencilla, una botella de vino, buena música o la discusión de un libro”, destaca la esposa de Arias Calderón. *La vida cubana de Miami estaba presente en las reuniones familiares con mis parientes*, añade. El hermano menor, Francisco, había regresado a Cuba en el año 71, mientras los Arias-Yaniz estaban en Mérida, Venezuela. Había salido de Cuba junto con su hermano José Rafael a los doce años. La separación de sus padres y el reencuentro con ellos casi tres años después fue muy difícil para él.

“Como otros cubanos que abandonaron la isla siendo niños, la patria lejana se convirtió en un lugar idílico al que volver. El régimen cubano promovió las visitas de estos jóvenes, a través de la Brigada Antonio Maceo, cuyos integrantes eran conocidos como los “maceítos”, en referencia al héroe de la independencia cubana. Aunque mi hermano, apodado cariñosamente Fran, no formó parte de estos grupos, consiguió que el tío Francisco, miembro del PSP¹⁶⁰ y con vínculos con funcionarios cubanos de alto nivel, le facilitaran el regreso a la isla en una época donde ningún cubano que hubiera salido después de la Revolución podía, siquiera, visitar el país”.

“La partida de Fran hizo sufrir mucho a mi madre, produjo un enorme disgusto a mi padre y lo enfrentó a mis otros hermanos. Sin embargo, Ricardo y yo consideramos que tenía derecho a tomar la decisión de escoger donde quería vivir y durante los 20 años en que vivió en La Habana, lo visité en el año 80 y estuve

siempre pendiente de él y luego de su esposa e hija en una relación fraternal de extraordinaria persistencia y calidez”.

La vida familiar de los Arias-Yaniz se amoldó a los patrones norteamericanos. No había ayuda doméstica por lo que las tareas de la casa se compartían entre todos. El apoyo de Ricardo, que lo único que nunca hizo fue cocinar, le permitió a Teresita terminar sus estudios con un *Bachelor of Arts* en Filosofía, y más tarde un *Master of Science* en Educación de Adultos. Los muchachos conocieron un ambiente tranquilo donde desplegar sus alas.

Los niños aprendieron a hablar el inglés como segunda lengua, más tarde les facilitarían sus estudios en Estados Unidos y compartían cosas sencillas como ir a la biblioteca local una vez a la semana para abastecerse de libros; los sábados iban al Museo de Ciencias a participar en cursos de astronomía o pintura, al cine o al teatro en el campus universitario. Compartían la vida cotidiana con la intimidad que proporciona el núcleo familiar.

“Yo rescaté algunas de mis viejas amistades cubanas, -ha recordado Teresita-, sobre todo la de un gran amigo, Rafael Prohías y su mujer, Alicia Mena. Rafael, un doctor en sociología murió muy joven y la figura de Ricardo jugó un papel importante en la vida de sus hijos Rafael y Rosie”. También veían a algunos panameños, sobre todo a Rubén Darío (*Chinchorro*) y Querube Solís de Carles *“y, por supuesto a Cecilia Alegre que terminaba un doctorado en Psicología Clínica y a la que escogimos como madrina de nuestro hijo menor”.* Con Arnulfo Arias compartieron durante esos años varias veces, así como con Hildebrando Nicosia y otros que vivían en Miami, como José Dominador Bazán. A Panamá viajaban una vez al año *“pues técnicamente no estábamos exiliados, nos reuníamos con la gente del Partido y compartíamos las preocupaciones y frustraciones del acontecer político del régimen dictatorial”.*

“Cuando se produjo el ‘veranillo democrático’ y en el año 78 se plantea la posibilidad de regresar a Panamá se incrementaron las reuniones entre panameños. Chinchorro Carles, Gilberto Arias, Arnulfo, Nicosia y Dominador Bazán, así como Ricardo planificaron el regreso, sobre todo el de Arnulfo Arias aprovechando las

condiciones exigidas por los norteamericanos para la firma de los Tratados Torrijos Carter de que regresaran los exiliados, se legalizaran los partidos políticos y se permitieran medios de comunicación independientes. Fueron años muy felices”¹⁶¹.

Los militares y la izquierda

Desde finales de 1969 e inicios de 1970 la oposición comenzó a reconfigurarse. Algunos sectores del panameñismo y la propia democracia cristiana permanecieron leales a Arnulfo Arias; quienes lo habían combatido hicieron tolda junto a los militares, pero una posición importante fue la que asumió la izquierda, que pese al *antimilitarismo* adoptado desde finales de los años cincuenta y durante toda la década del sesenta, establecieron puentes con sus viejos adversarios.

En un evento clandestino realizado en la comunidad de Villalobos, en Pedregal, el Partido del Pueblo analizó la coyuntura en marzo de 1970 en un documento titulado: “*Por una salida democrática y popular*”¹⁶². Ubicaba el origen del golpe entre las capas medias¹⁶³ uniformadas que representaban los militares y afirmaba que la asonada de octubre de 1968 representaba el desplazamiento del poder de los sectores tradicionales de la oligarquía, y que existían posibilidades de dar a la situación una salida “*democrática y popular*”. Aquel documento, conocido también como “*La Línea de Marzo*”, aparece como la más importante justificación teórica del respaldo de la izquierda, en los primeros años de la década de los 70, a lo que comienza a conocerse desde entonces, entre los aliados de los militares, como “*proceso revolucionario*”; todo ello pese a que desde octubre de 1968 los comunistas habían constituido uno de los sectores más reprimido por los golpistas. Cuando la “*Línea de Marzo*” apareció gran parte de la dirección del Partido del Pueblo se encontraba en el exilio, encabezada por su presidente Hugo Víctor y su secretario general Rubén Darío Sousa, junto a figuras como el poeta Carlos Francisco Changmarín, y los profesores Cleto Manuel Sousa, César De León y Luther Thomas. Franja límite entre los propios

sectores de izquierda, la *Línea de Marzo* alimentaba la decisión de quienes en la Universidad de Panamá habían sido integrantes de una izquierda militante, que en lo adelante será, junto a jóvenes teóricos de corte liberal, responsable del contenido intelectual de la gestión social de los militares. Eligio Salas, ex rector de la Universidad de Panamá en 1978 y quien había sido dirigente de la Unión de Estudiantes Universitarios el nueve de enero de 1964, indica en sus memorias, *Espiraless de una vida*, que la mayoría de los miembros de la generación reformista de la primera parte de los años sesenta sin siquiera proponérselo de modo orgánico o concertado, se incorporó al proceso político encabezado por Torrijos¹⁶⁴.

Entre ellos estarán conocidos hombres de izquierda como Adolfo Ahumada, Ascanio Villaláz, y el propio Eligio Salas; pero también jóvenes de tendencia demócrata cristiana como, Nicolás González Revilla, Rafael Mezquita, Arturo Melo, y demócratas liberales como Ricardo de la Espriella, Ricardo Rodríguez, Nicolás Ardito Barletta, Juan José Amado III, Fernando Manfredo, Manuel Balbino Moreno, Jorge Abadía y Marcelino Jaén, entre otros. El equipo organizado por Torrijos interiorizaba, sin embargo, contradicciones que solo resolvía su jefatura al amparo de un lema pragmático: “*ni con la izquierda ni con la derecha, con Panamá*”.

Un nuevo tratado sobre el Canal

A partir de 1970, el régimen orientó su estrategia hacia el tema más sensible que experimentó el Istmo durante todo el siglo XX: la posibilidad de alcanzar con Estados Unidos un tratado que rescatara el Canal, tema que no se abordaba desde 1967 cuando fue rechazado el proyecto de tratado *Robles-Johnson*; desplegó propuestas populistas y trató de buscar su legitimidad a través de la Constitución de 1972.

En 1971 Torrijos anunció su decisión de llevar adelante las negociaciones. Fue quizás la medida de mayor audacia y contun-

dencia política del régimen. El tema de la soberanía no había sido agotado por la República, generaba gran sensibilidad y mayores expectativas, considerando su proyección espiritual, cívica y económica. Fue, asimismo, el denominador común que los militares tendieron entre sectores de derecha e izquierda al amparo de lo que en su momento llamó la *Unidad Nacional*. Daba también a Estados Unidos la posibilidad de resolver un viejo problema colonial que lo exponía ante la comunidad internacional, y respecto al cual la dictadura desarrolló una intensa jornada de divulgación internacional. En marzo de 1973, por ejemplo, Panamá presentó el problema ante el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, reunido en la capital istmeña.

La unidad nacional ante el tema canalero comenzó a dar frutos a partir de febrero de 1974 cuando Panamá y Estados Unidos suscribieron el acuerdo de siete puntos *Tack-Kissinger*, marco para la reanudación de las negociaciones canaleras, reconsideradas a raíz del *Informe Illueca*, que evaluaba el estado de esas conversaciones después del rechazo de los tratados *Robles-Johnson*¹⁶⁵, presentado por el doctor Jorge Illueca en la Universidad de Panamá en diciembre de 1972.

Diez años después de los acontecimientos del nueve de enero de 1964, ambos países volvían a la mesa de las negociaciones. El gobierno de facto combinó esa gestión con una serie de medidas sociales y económicas que fortalecían su política, y con las que Estados Unidos parecía conforme, pese a que permanecían en la ilegalidad los partidos políticos, decenas de panameños en el exilio y los medios de comunicación seguían controlados. A partir de marzo de 1970, el sector campesino comenzó a recibir asistencia oficial y le respondía con respaldo; los obreros habían recibido un código que incorporaba viejas demandas y había en marcha numerosos proyectos de infraestructura. Torrijos había mutado en líder para un sector de panameños, y la oposición carecía de los medios y la fuerza para impedir esa realidad. El militante izquierdista Heliodoro Portugal era secuestrado en pleno barrio de Santa Ana y en junio de 1971 corría la misma suerte el sacerdote Héctor Gallego de la diócesis de la provincia de Veraguas. El cuerpo

del primero fue rescatado años después por su hija, ya en plena democracia. Lo restos de Gallego jamás aparecieron.

Las batallas más intensas se concentrarían en la Universidad, donde la Federación de Estudiantes de Panamá y el Frente de Reforma Universitario serán las estructuras de respaldo al *proceso revolucionario*; para los frentes opositores como el *Círculo Camilo Torres*, la *Nueva Izquierda Revolucionaria*, el *Frente Estudiantil Revolucionario*, el *Partido Socialista de los Trabajadores* y el *Guaykucho Nir*, la tarea fue combatir a la dictadura. Para los primeros el país vivía una etapa de transformaciones basada en reclamaciones históricas, de las que hacían parte las negociaciones para los nuevos tratados canaleros; para los segundos era una violación a la Democracia, a los derechos humanos y a la libertad de expresión.

La posibilidad de reagrupamiento opositor sobrevino durante el referéndum con el que fueron aprobados los tratados de 1977, firmados por el presidente Jimmy Carter y el general Omar Torrijos en septiembre de ese año. Bajo la premisa de que los tratados colocaban al país bajo el paraguas militar de Estados Unidos, lo que hacía y mantenía una soberanía tutelada, la oposición llamó a rechazarlos. La Democracia Cristiana, que en principio consideró respaldarlos, después de tener en su seno divergencias con figuras de trayectorias históricas como Antonio González Revilla, dejó en libertad a su membresía para que cada quien votara como lo estimase conveniente.

En lo que denominó “**Manifiesto: La realidad nacional y los tratados sobre el Canal de Panamá de 1977**” la Democracia Cristiana consignaba que “*No hay duda de que el nuevo ‘Tratado del Canal de Panamá’ representa un avance positivo en relación con el nefasto convenio que nos fuera impuesto por Teodoro Roosevelt y John Hay, en confabulación con Phillipe Buneau Varilla, el 18 de noviembre de 1903...*” y añadía que la sola eliminación de la cláusula de la perpetuidad consagrada en el pacto de 1903 “*...constituye, a pesar del dilatado plazo de 23 años en que ello ocurrirá (la devolución del canal y sus instalaciones a la soberanía panameña) un logro sustancial y un triunfo innega-*

ble para la Nación panameña...”¹⁶⁶, pero expresaba asimismo su rechazo al carácter perpetuo de la neutralidad vigilada que se pactaba en el tratado de Neutralidad y la legitimación tanto de las bases militares como de la injerencia norteamericana en los asuntos internos de Panamá.

La votación del 23 de octubre de 1977 fue un revés a la oposición en las cifras que dieron un 68 por ciento a favor de los pactos y un 32 por ciento en contra, pero era la primera vez en nueve años que esa oposición, cuyos partidos seguían ilegalizados y sin contar con medios de comunicación, podía activarse en torno a un objetivo específico. Un año antes, en enero de 1976, había sido la Asociación Panameña de Ejecutivos de Empresas (APEDE), la que había comenzado a dar muestras de rebeldía ante el régimen, y la opositora **Radio Impacto** de propiedad de Alberto Quirós Guardia había sido asaltada y desmantelada.

El referéndum de 1977 fue para la oposición el inicio de activas jornadas que en febrero de 1978 producirán la primera reunión de sus partidos en un hotel de la localidad norteamericana de Hallandale, presidida por Arnulfo Arias, en las cercanías de Miami Beach. Arias Calderón que había permanecido en Miami y visitado ocasionalmente el país, será con Guillermo Cochez y con Luis Emilio Veces, entonces Secretario General del Partido Demócrata Cristiano, representantes de la DC¹⁶⁷ en esa cita, en la que a propuesta de José Dominador Bazán, la oposición discutió la posibilidad de participar en las elecciones de representantes de corregimientos de ese año, entorno a lo cual no hubo acuerdo. Allí coincidirán con delegados de los partidos panameñista, del Movimiento de Abogados Independientes, Independiente Democrático, del Partido Republicano, y del Socialdemócrata, reiteraron su rechazo a la dictadura y reclamaron el retorno a la democracia¹⁶⁸. Ricardo estimaba que era hora de regresar a Panamá y utilizar los espacios que se iban abriendo como resultado del desgaste del régimen militar, una tesis que pondría en práctica a su retorno al Istmo y que desarrollaría en los siguientes diez años. Veces, Cochez y Arias Calderón serían portadores de la propuesta demócrata cristiana. “*Nosotros considerábamos necesaria la*

formulación de un frente político de Unidad Nacional con el propósito de orientar a la ciudadanía sobre el futuro del país”¹⁶⁹ señala Ricardo. El Frente Nacional de Oposición (FRENO), primero; el Consejo Cívico Nacional (COCINA), después; y finalmente la Cruzada Civilista serán, a lo largo de una década, esos frentes políticos.

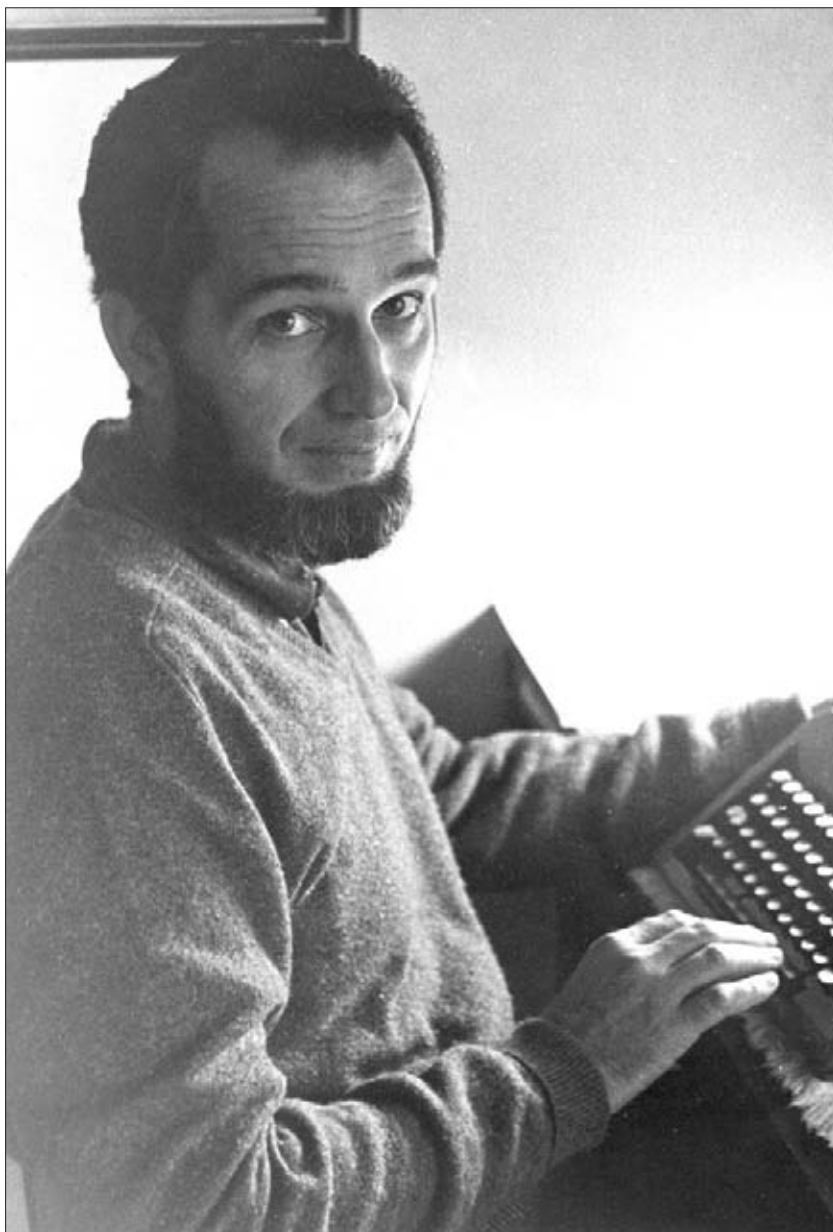
Tal cual había ocurrido en 1962 al término de sus estudios en Francia, cuando gozaba de todas las posibilidades de éxitos fuera del país, el filósofo comprometido no consideró siquiera la alternativa de permanecer en Miami; ocupaba la Vicepresidencia Académica en la Universidad Internacional de Florida. Un escenario de debate político, de intenso trabajo de organización y de riesgos le esperaba en Panamá, porque aun cuando en sus siete años de ausencia la administración castrense exhibía progresos sociales y políticos, Arias Calderón consignaba que ninguno de ellos había sido en democracia, y esa era la bandera que impulsaría desde los primeros días de su regreso.



1971 Con su hijo Martín, en Mérida, Venezuela.



La familia Arias Yániz en Miami, Florida, en la Navidad de 1971 en la foto, Ricardo, Teresita, María Teresa, Ángeles y Martín. En 1972 nacería su cuarto hijo Ignacio Manuel.



1972. Arias Calderón en Mérida, donde ejerce como catedrático. La foto la tomó Julio Rovi.





1972. Bautizo de Ignacio Manuel Arias Yániz, el hijo menor de Ricardo y Teresita. Los padrinos fueron monseñor Marcos Gregorio McGrath y la socióloga y activista democrata cristiana Cecilia Alegre, quien fue diputada por el PDC los once días que duró la presidencia de Arnulfo Arias en 1968.

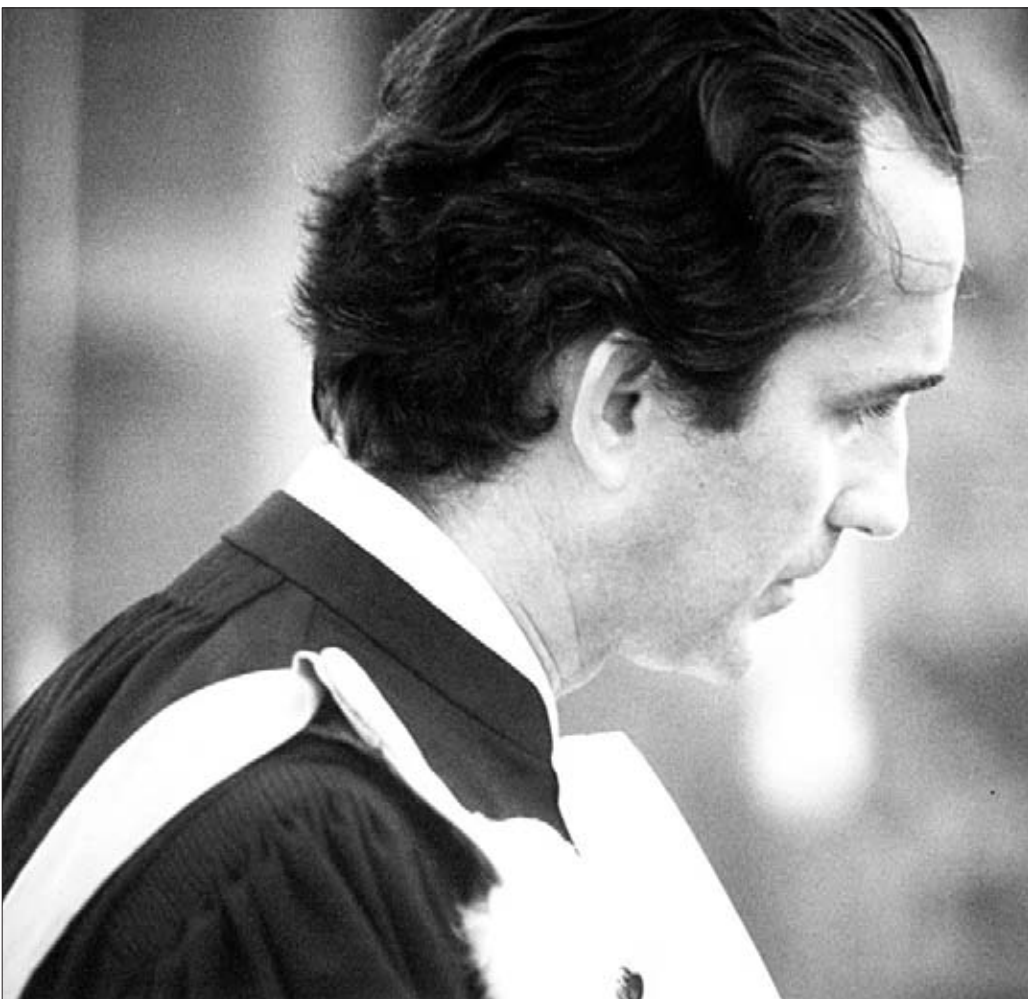


*Maria Teresa, Martin
y Angeles cuando comienza
el exilio en Mérida,
Venezuela.*



De pie Ignacio y María Teresa. Sentados Martín y Ángeles Arias Yániz al regreso de la familia a Panamá, en 1979.





En la Univesidad Internacional de Florida donde fue decano de Artes y Ciencia, y vicepresidente académico. 1976.

VII. El regreso y las tareas

La firma y aprobación de los tratados de 1977, *Torrijos-Carter*, constituyeron un hito en la historia de la República. No sólo por la batalla de la sociedad panameña durante todo el siglo XX por poner fin a la colonia y recuperar la soberanía plena sobre los mil 432 kilómetros cuadrados que representaba la llamada Zona del Canal, sino por la consolidación del Estado Nacional, y su incidencia en la batalla política del país. Las negociaciones sobre el Canal de Panamá y su neutralidad concluyeron el 10 de agosto de 1977. El siete de septiembre el presidente Jimmy Carter y el general Omar Torrijos suscribieron los pactos en la sede de la Organización de Estados Americanos (OEA) ante casi todos los mandatarios del continente y el 23 de octubre fueron ratificados en Panamá mediante plebiscito y el país esperó la decisión de Estados Unidos.

Como la gran mayoría de los exiliados, Arias Calderón regresó a Panamá después de estos eventos. Antes de su retorno definitivo en 1979 había viajado varias veces a Panamá. Recuerda que en la primera de sus visitas sostuvo reuniones con los jóvenes del PDC, entre ellos Guillermo Cochéz, José Antonio Sossa, Luis Emilio Veces, entonces secretario general del partido y representante de corregimiento demócrata cristiano en la Asamblea, el único que se opuso a la Constitución de 1972. En aquella ocasión —precisa— asistió por la DC a un foro que se realizaba en el hotel Panamá y en el que se analizaba la situación nacional. Esa oportunidad y bajo la preocupación de que el país estuviera bajo la influencia comunista acusó al representante oficial de ser una figura de pensamiento marxista-leninista por la forma que asumían sus planteamientos. Fue un ataque frontal al delegado del régimen, el catedrático Marcel Salamín Cárdenas, con quien establecería años después una buena relación. Arias Calderón hizo aquella vez distinciones entre aquel civil y los propios militares: “*dije que yo no estaba seguro que los dirigentes máximos de la Guardia eran*

marxistas-leninistas, pero que ellos debían saber que tenían un representante que pensaba en esos términos. Supe después que Torrijos había preguntado quién era yo”.

La segunda visita previa a su regreso definitivo ocurrió en junio de 1978. En esa ocasión él y Teresita acompañaron durante casi tres meses a Arnulfo Arias en una gira nacional y al final, en una concentración en el parque de Santa Ana.

El Senado norteamericano aprobó los Tratados de Neutralidad el 16 de marzo de 1978, y sobre el Canal el 18 de abril del mismo año, y el propio Torrijos anunció de inmediato que permitiría el retorno de todos los exiliados. No sólo de aquellas figuras destacadas, sino de gente común, campesinos muchos de ellos, que tras el derrocamiento del presidente Arnulfo Arias habían integrado la guerrilla de *Piedra Candela* y que se habían refugiado en países centroamericanos, como Honduras, a donde fueron enviadas misiones para operaciones de repatriación¹⁷⁰.

Diez días antes del anuncio de Torrijos, la Corte Suprema de Justicia declaró inconstitucional el decreto que proscribía los partidos políticos. Comenzaba así un proceso en el que aparecerán voces que durante los años setenta habían estado ausentes forzosamente del foro nacional. La de Ricardo Arias Calderón era una de ellas.

La oposición confió en las oportunidades de aquel veranillo democrático,-subraya Ricardo- “*no por la apertura que ofrecían los militares, sino porque sabíamos que para la aprobación de los convenios sobre el Canal de Panamá, Estados Unidos había presionado a favor del retorno del país a la democracia y la legalización de los partidos*”¹⁷¹.

En el *veranillo democrático* Ricardo comenzó por identificar los espacios para desplegar una batalla por un Panamá en democracia. En su retorno él no era un viajero inmerso en la improvisación, sus largos años fuera del país no habían significado distancia del Istmo, sino preparación para una lucha que en aquel momento estaba por comenzar.

De vuelta a Panamá

Regresar a Panamá fue una idea considerada por Ricardo desde el mismo año de 1971 cuando, forzado por las condiciones que le impusieron los militares, había partido hacia Mérida, en Venezuela. Su retorno no fue sólo una decisión o el cierre de una casa para trasladarse al país de origen. Implicó poner fin a una eventualidad que en muchos casos y contra los deseos del exiliado se tornaba permanente, y que implicaba retomar, no sin dificultad, la vida que había quedado entre paréntesis... muchos de los suyos habían echado raíces en un nuevo escenario, ya no extrañaban el país como lo añoraba el exiliado, y en el peor de los casos lo sentían distante, como un evento ocasional.

En su obra *“El Camino Recorrido”*, Rosario Arias de Galindo lo describe así: *“...el exilio es mucho más que el efecto político, mucho más que salir forzosamente del país propio e ir a un país ajeno (...) allí están las consecuencias: cómo te reúnes, en el exilio, con la familia que quedó atrás. Entonces ya no es el exiliado solo sino la familia exiliada, los hijos que crecen fuera del ambiente histórico donde debieron crecer, tendrán otros amigos, otras escuelas, otra vida...”*¹⁷².

El día que decidió compartir con sus hijos la buena nueva del regreso, él y su mujer los llevaron a un restaurante de Miami, localizado frente al aeropuerto. María Teresa, Ángeles y Martín conocían el Istmo como un sitio de vacaciones, donde, terminado el periodo escolar en Miami, viajaban hasta Tocumen, en Panamá, donde los esperaban su abuela Lupita o Mamalita. Ignacio, quien había nacido en Miami, era un chico de siete años que por lo general permanecía con Ricardo y Teresita. Hasta aquella cena sus vidas habían transcurrido entre abuelos maternos, tíos, primos, amistades, sitios de recreo, estudios, en el Miami de la época. Así que esa noche de febrero de 1979 cuando su padre entusiasmado les dijo: *adivinen, regresamos a Panamá*, hubo primero un silencio breve, miradas directas y de asombro hacia su progenitor, y acto seguido María Teresa, la mayor que ya rondaba los 15 años, soltó entre lágrimas un: *“¡Cómo!, no, no, se regresan Ustedes a*

mí me falta un mes para graduarme". Ella acababa de terminar su segundo año y días antes había recibido la carta de aceptación del **high school** donde continuaría sus estudios. Un inapelable "*pues sí mijita*", terminó por convencerla de que aquella decisión no admitía debate.

*Las semanas siguientes me la pasé escuchando en las noches, el llanto desconsolado de María Teresa, –recordaría Ángeles años después. Miami había sido su mundo. “Aunque hablábamos español no lo escribíamos ni lo leíamos, el inglés era nuestra lengua principal, en la escuela en la que nos matricularon aquí hablábamos con acento, y hasta hoy algunos intercambios cotidianos entre hermanos lo hacemos en ese idioma”, referirá Ángeles sobre esa etapa de su vida. “Para mis compañeras aquí yo era una gringa”, recordaría María Teresa, que al igual que su hermana, continuó estudios en el colegio *Las Esclavas del Sagrado Corazón*. Ignacio, el menor de todos, recuerda que llegó a Panamá “sin hablar español, de modo que me costó adaptarme al idioma. Además, por la diferencia del calendario escolar entre EE.UU. y Panamá, básicamente me salté el primer grado. Tuve que ajustarme académicamente”¹⁷³.*

Así que el retorno al istmo constituyó un cambio radical en las relaciones que el hogar había cultivado en Miami. “*Allá teníamos papá full time: con él íbamos a ver futbol americano, a la gente que volaba avioncitos eléctricos fuera de la Universidad; él alquilaba una canoa, porque había estado en el equipo de remos de su universidad, y remábamos desde Dadeland hasta un riachuelo que pasaba por detrás de la casa. Era el papá con que fuimos a Disneyworld, que estaba en mis cumpleaños para los cuales él y mamá alquilaban una pantalla de cine y mi papá cocinaba unas hamburguesas a las que llamaba ‘Mc Teresa’; en actividades como esa o durante la navidad veíamos a mi papá bailar... teníamos una vida de familia*” – subraya reflexiva María Teresa. Otra realidad comenzó para ella y sus hermanos aquel marzo de 1979.

En el contexto de aquel *veranillo democrático*, Omar Torrijos había anunciado también el retorno de los militares a los cuarte-

les. Años después se sabría que, pese a que la medida era coherente con el propuesto retorno a la vida democrática del país, no todos los miembros del Estado Mayor de la Guardia Nacional, compartían esa decisión. Acostumbrados como habían estado durante diez años a ser el centro de toma de decisiones, aquel cambio no parecía encontrar un aval completo entre los uniformados. El expresidente Ricardo de la Espriella reveló, en agosto de 2008 a la revista *Consenso* que un miembro del Estado Mayor le diría: “¿ves a tu amigo?, él sí, y nosotros no”, en una alusión a la forma como Torrijos sacaba del juego político al estamento castrense. El retorno de los militares a los cuarteles fue un factor que por primera vez creó fisuras en la dirección de esa entidad castrense, desde diciembre de 1969, cuando Torrijos había superado la única acción de fuerza que pretendió desplazarlo en los diez años que estuvo al frente del país. Fue, igualmente, una decisión recibida con reticencia en algunos de los sectores civiles que le habían apoyado. Veían en ella una especie de “reorientación del proceso”, de concesión a los viejos adversarios, “la oligarquía y el imperialismo”. Constituyó, además un hecho que generó escenarios de fricción entre civiles y militares, sobre todo después de la muerte de Torrijos.

Aun con ciertas diferencias, el panorama era distinto entre los opositores. Desde el primer momento comenzaron a organizarse en mecanismos unitarios, a romper el silencio de la última década y a insertar en el debate público un lenguaje pro democracia como herramienta de ataque a la dictadura.

Manos a la obra

Arias Calderón, el docente, retornó a su cátedra de Filosofía en la Universidad de Panamá algunos meses después de su regreso. Era rector en ese instante el doctor Ceferino Sánchez, miembro en su juventud de las filas de la Democracia Cristiana y viejo amigo del matrimonio Arias-Yaniz. “Fue una de las pocas personas que preservó nuestra amistad pese a la conflictiva situación que siguió al golpe de 1968”, recuerda Teresita.

Ricardo comenzó por retomar el camino andado por los demócrata-cristianos en sus años de ausencia. Va surgiendo la propuesta de reformar los estatutos de la DC que hasta ese momento tenía como máxima instancia de dirección la Secretaría General que ocupaba Guillermo Cochez. La reforma creaba una Presidencia del Partido, para la que se proponía de inmediato a Ricardo Arias Calderón. Por qué?. “*Porque era un dirigente con trayectoria, había sido candidato a la segunda vicepresidencia del país por el Partido en la las elecciones de 1968; gozaba de prestigio internacional y poseía claridad política e ideológica*”, asevera Cochez.

Desde su regreso al país Ricardo comenzó a incidir en los escenarios políticos. El mismo año de 1979 aportaba orientaciones a la reorganización del movimiento opositor en especial al que se gestaba entre los educadores. Pese a que a principios de los años setenta el populismo del régimen había captado segmentos importantes entre los docentes, a finales de esa década se habían acumulado reivindicaciones salariales, errores burocráticos y una desatención que subestimaba el descontento que iba creciendo en ese importante sector. El sistema educativo padecía una crisis que el régimen se propuso enfrentar mediante una reforma, que, divulgada con gran deficiencia, careció de aceptación entre la mayoría de los docentes, y de debilidad oficial pocas veces exhibida desde el golpe de 1968.

¡Ahora o nunca!

Los acontecimientos comenzaron a precipitarse a partir de 1979. Aun cuando el primero de octubre de ese año, de acuerdo a los *Tratados Torrijos-Carter* desaparecía el status colonial que imperaba en la Zona del Canal, no bastó esa reivindicación histórica para detener el movimiento popular opositor que comenzaba a gestarse. La sociedad panameña se iba polarizando rápidamente, y la transición del *veranillo democrático* se encontró de pronto entre la resistencia de los aliados del régimen, y un rechazo ascendente entre los educadores. En ese movimiento comenzaban

a sentirse los partidos políticos opositores: los panameñistas, los liberales y la Democracia Cristiana. Esta última con disciplina y coherencia ideológica.

“Desde la estructura de la Central Istmeña de Trabajadores, nuestra organización obrera demócrata cristiana, le ofrecimos una plataforma operativa y de orientación a los educadores y le dábamos seminarios. De allí saldrían dirigentes valiosos como Ada de Gordón y Bertilo Mejía”, asegura Ricardo.

Ocho días después de la entrada en la ex Zona, millares de educadores concurren a una huelga convocada por la Asociación de Maestros Independientes y la Asociación Nacional de Profesores, que superó significativamente la capacidad de convocatoria que en ese sector habían tenido los gremios que respaldaban al régimen. La huelga había surgido como un movimiento reivindicativo que giró luego su protesta contra la Reforma Educativa que proponía la administración encabezada por el presidente Arístides Royo y el ministro Gustavo García de Paredes. Ignacio Arias Yániz, el hijo menor de Arias Calderón y Teresita, recuerda que *“casi todos los días que duró la huelga del movimiento íbamos a la escuela República de Venezuela”*¹⁷⁴, convertida en centro logístico y de orientación de aquella jornada.

¿Por qué la Reforma Educativa fue el primer blanco de ataque opositor? Manuela Vallarino de Saint Malo (Maui) una educadora que figuró entre los organizadores de esa acción y en cuya casa se coordinó parte de la logística del movimiento ha dicho: *“nosotros creíamos francamente que nos querían imponer un totalitarismo comunista”*, por encima de la dictadura que ya existía. Militante arnulfista que derivó luego en demócrata cristiana, junto a mujeres destacadas como Nena Saavedra, Rosario Arias de Galindo y Querube de Carles, entre otras, habían conformado tras el golpe del 68 el llamado *Grupo de Amas de Casa*, posteriormente integrantes de *U.N.I.D.A.D.*, responsable de una sostenida propaganda clandestina contra la dictadura.

Durante aquellos días de huelga Ricardo fue convocado a una reunión con el presidente Arístides Royo para analizar la situación. Royo le habría preguntado –recuerda Arias Calderón– de

qué manera podía superar la huelga en el sector educativo. “*Accediendo a las demandas que han presentado los educadores*”, le diría Ricardo a Royo, quien estimó como exageradas las demandas, considerando que su dimisión era uno de los reclamos¹⁷⁵. La huelga de los educadores terminó con la derogación de la Reforma Educativa y fue la primera gran derrota política sufrida por los militares en diez años.

¡Vamos a la inscripción!

La inscripción de los partidos políticos fue otro de los espacios importantes que se abrieron en la democratización del país. La inició en marzo de 1979 el Partido Revolucionario Democrático, que reunía a los seguidores del régimen. Surgía como un instrumento para garantizar, por la vía democrática, lo que ya era insostenible por la condición de facto: la dirección política del país. A principio de los años ochenta prevalecía la idea de que, aglutinados en sus respectivos partidos, el panameñista y el PRD, las elecciones de 1984 serían el escenario donde se medirían, Arnulfo Arias y Omar Torrijos. La muerte de este último borró esa posibilidad. Al PRD le seguirá el partido Liberal, y a este la Democracia Cristiana.

La oposición entendía que solo unida podía enfrentar a los militares y sus aliados, y el 22 de marzo de 1979 se aglutinó en el Frente Nacional de Oposición (FRENO), integrado por el Movimiento Democrático Independiente, el Movimiento Liberal Nacional, por los partidos: Demócrata Cristiano, Laborista Agrario, Liberal, Progresista, Panameñista, Republicano, Social Demócrata, Tercer Partido Nacionalista, y otros grupos como la Unión Patriótica Femenina y Unión de Renovación Nacional. Pero tenían diferentes enfoques respecto a la inscripción. No era una jornada fácil, no sólo por los 20 mil adherentes que les exigía la ley, sino porque era un ejercicio que no se ensayaba hacía once años, y en las propias filas de la oposición había voces que discrepaban con el acto. Lo señalaban como de complicidad con la institución castrense. “*Es hacerle el juego a los militares*”, sostenían,

considerando la existencia de una población a la que estimaban amedrentada, de partidos sin recursos económicos, y de algunos que abogaban por una Asamblea Constituyente, en lugar de reactivar los partidos bajo la égida del régimen. La DC, ya dirigida por Arias Calderón, consideró que la inscripción daba apertura a nuevos espacios democráticos en la vida del país, y se comprometió en una jornada ardua y costosa, pero posible y sobre todo necesaria a la luz de los balances que Arias Calderón hará junto a sus compañeros de la Comisión Política.

Carlos Bolívar Pedreschi, un constitucionalista y político influyente en los sectores de oposición, sin ser demócrata cristiano, recuerda ese episodio como el choque de los puros con los impuros. A los que estábamos por las reformas y la reactivación de los partidos se nos señalaba como contrarios al purismo civilista, ha dicho. La inscripción – recuerda Edwin Cabrera, quien por esos años daba sus primeros pasos en el PDC,- se convirtió en parte de una estrategia destinada a disputarle base social de apoyo a la *Avenida A*, lugar donde estaba ubicado entonces el cuartel de la Guardia Nacional, en el barrio de El Chorrillo. Para el propio Arias Calderón sería el inicio de una nueva etapa en la que, en los años siguientes, pasaría de militante interno de la Democracia Cristiana, o de académico universitario, a figura política de proyección nacional.

Pese a ello los militares seguían ocupando un significativo lugar en la actividad política del país, sobre todo por el contenido populista de su discurso, los recién logrados tratados de 1977 y una base política que encontraba expresión en sectores económicos, gremiales y sindicales.

Desde las filas obreras comenzó a fortalecerse igualmente la Central Istmeña de Trabajadores (CIT), de orientación demócrata cristiana. A finales de la década del setenta, en la misma medida en que los movimientos opositores iban acentuando presencia en el escenario político, parecían debilitarse los estamentos que habían respaldado al régimen, entre ellos la Federación de Estudiantes de Panamá (FEP), cuyo último congreso se registró en septiembre de 1977. La propia Confederación Nacional de Asen-

tamientos Campesinos (CONAC), tan decisiva a principios de los años setenta en su respaldo a Torrijos pareció estancada entre las perspectivas de ser una inmensa empresa nacional con aportes significativos al mercado, o una deudora de créditos de altos costos. Por ejemplo, en tanto que los préstamos para el sector agrícola por aquellos días contaban con un interés del siete por ciento, a los asentamientos se les dobló a un 14 por ciento. En los hechos la CONAC terminó asfixiada, lo que menguó su influencia política en el campo. La medida provenía de 1973, cuando esa organización había logrado colocar en el mercado local el 35 por ciento de la producción arroceras nacional. El Consejo Nacional de Trabajadores Organizados (CONATO) también comenzó a bajar su perfil entre los obreros desde enero de 1975, cuando se le impuso la llamada ley 95, que reformó del Código de 1972.

Las medidas contra esos organismos provenían del propio gobierno. A la luz de las nuevas características políticas que iba adoptando el país, aquellos aliados de los años 70 parecían resultar incómodos en la nueva fase, y en el propio establecimiento se iban otorgando nuevos y más roles a los sectores moderados que habían acompañado a Torrijos hasta esa fecha. El péndulo político, tal cual señalaba Arias Calderón, comenzaba a moverse en otra dirección.

La Prensa

Cuando Gilberto Arias Guardia y Francisco Arias Vallarino atravesaron el vestíbulo del *Club Unión* faltaba poco para las once de la mañana, de aquel día del mes de mayo de 1978. Pese al apellido en común, no había lazos consanguíneos entre ellos. Arias Guardia era el penúltimo de los cinco hijos del expresidente Harmodio Arias (1932-1936), y Arias Vallarino nieto de Francisco Arias Paredes, ese respetado político que compitió con don Harmodio por la Presidencia de la República en 1932, y que por su entereza en admitir el triunfo de este último y su conducta honesta, fue reconocido por la ciudadanía como *El Caballero de la Política*. Los primeros procedían de Costa Rica y sus antepasados

se habían establecido en Rio Grande de Penonomé a finales del siglo XIX. El antecedente familiar de los segundo llegó de España. Su fundador arribó a Panamá en 1816.

Los lazos que los vinculaban procedían, entre otros, de una vieja dedicación a publicaciones periodísticas. El padre de Gilberto se había convertido en propietario de *El Panamá América* en 1938, bajo la premisa de utilizar aquella publicación como un instrumento de educación ciudadana, y en 1957 Gilberto había fundado el tabloide *Crítica*. Era un dirigente político reconocido que había estado exiliado después del golpe de 1968. Falleció en noviembre de 1996, y de él dirá Arias Calderón en su sepelio que el “eje de su pensamiento político fue su nacionalismo”. *Pancho* Arias Vallarino trabajaba en la Editora Panamá América (EPASA) desde 1965, en producción y administración, y gozaba de una merecida reputación como el empresario que más conocía de esa industria en Panamá. En los años sesenta había contraído matrimonio con Carmen Galindo Arias, la segunda de los tres hijos de doña Rosario Arias de Galindo, que era, en aquel momento, presidenta de EPASA. Tanto Gilberto como *Pancho* habían vivido todo el proceso del despojo de la Editora, de que había sido objeto la familia tras el golpe militar. Así que cuando comenzó el veranillo democrático tras la firma de los tratados Torrijos-Carter y se dice que se pueden abrir los medios de comunicación, se inicia un movimiento dentro de los políticos y empresarios en esa dirección, del que no escapan ni *Pancho* ni Gilberto.

“*Cuando se abre este veranillo democrático Gilberto me llama y me dice ‘Pancho por qué no armamos un periódico. -Le digo: bueno pues, se necesita plata’, y Gilberto empezó con la tarea de reunirse con políticos para que pusieran el dinero, entre ellos los Delvalle. Gilberto me pidió que le preparara un presupuesto”, recuerda Pancho. En eso estaban cuando Gilberto lo invitó esa mañana a aquella reunión en el Club Unión. Cuando llegaron en el salón reservado para la cita, estaban Ricardo Alberto Arias, primo de Pancho; Roberto Eisenmann y Ricardo Arias Calderón. Los dos primeros empresarios y el último presidente del Partido Demócrata Cristiano.*

Roberto Eisenmann, que sabía del proyecto de Gilberto y Pancho, comenzó por decirles: *“nosotros ya estamos listos para salir. Ustedes están levantando la plata y nosotros ya la levantamos, tenemos los estudios de factibilidad, la compra, tenemos, tenemos y tenemos”*, recuerda Pancho. Todos coincidían en la necesidad de fundar un periódico independiente de denuncias, que hiciera la pelea contra la dictadura, pero hubo un factor decisivo en aquella conversación, que terminó por concitar el respaldo a la propuesta de Eisenmann. Gilberto –explica Pancho– estaba con la idea de que los grupos que patrocinaran la publicación pusieran de 50 o 60 mil dólares, cada uno, para capitalizar el medio, y en el proyecto de Bobby sólo era necesario poner cinco mil dólares, lo máximo que cada persona podía comprar en acciones. Y no hubo más discusión relata Pancho: *“aquí está mi cheque, coge Bobby Eisenmann mis cinco mil dólares y se durmió el proyecto de Gilberto en favor del que Bobby hacía para efectos de La Prensa. No habían pasado 24 horas cuando recibo una llamada. Era mi primo Ricardo Alberto: ‘Tu podrías pasarte un momentito por Danté¹⁷⁶. -Cómo no, ¿qué pasó? Voy allá: ‘Pancho ¿cómo es esto de hacer un periódico...?’”* – Sin salir del asombro Pancho les preguntó entonces: *“Pero, cómo, ¿ustedes no tenían todo listo?”*.

Eisenmann había expuesto por primera vez su idea a varios íntimos: Carlos Rodríguez, Winston e Iván Robles, a su hermano David y a su cuñado César Tribaldos. Junto con ellos –precisa en la historia del diario– conformó una lista de la posible Junta Directiva: Fabián Echevers, del grupo de Abogados Independientes; Ricardo Arias Calderón, de la Democracia Cristiana; Ricardo J. Bermúdez, Independiente; Ricardo Alberto Arias, Independiente, y él, Eisenmann, del Movimiento Social Democrático...,¹⁷⁷. Pero esa idea había fluido en la mente de muchos políticos, incluido Arias Calderón, y que coincidía con la de Eisenmann en el sentido de que el periódico debía ser un instrumento al servicio de la lucha por la democracia. Pero en política el problema no es la formulación sino la encarnación, y es allí donde será vital el papel de Ricardo, en la conse-

cución de recursos para materializar la idea. Esther Watson de Abadi será una figura irremplazable.

El intenso trabajo desembocó en la aparición de **La Prensa** el cuatro de agosto de 1980. En 1990 cuando se celebraba el décimo aniversario de ese diario y el país entraba en su etapa democrática, Arias Calderón dirá: “...la democracia que hoy vivimos es la democracia de **La Prensa** y de los demás medios libres de comunicación, pero es también y sobre todo la democracia de ese pueblo de hombres y mujeres anónimos que son los que Maritain llamaba ‘la sustancia viva’ de la nación”¹⁷⁸. Desde su fundación **La Prensa** desempeñó un papel orientador y organizador de la oposición en contra de los militares, lo que le valió reiterados ataques verbales y físicos contra su personal y sus instalaciones. Francisco Arias Vallarino, quien fue su gerente general desde 1980 hasta 1991 ha estimado que esos ataques ayudaron a redoblar el tiraje de la publicación.

“**La Prensa** - se transformó en una herramienta de lucha. Fabián Echevers fue su primer director. Mucha valentía de Echevers y Bobby. Eran las dos figuras que daban la cara. **La Prensa** empezó chiquita, con problemas, con poco equipo, pero el régimen como todo sistema totalitario, pecó por ponerse agresivo. Cada vez que se ponía agresivo con **La Prensa**, la ayudaba. Cuando la cerraban y la volvíamos a abrir doblábamos la circulación, cosa que nos hubiera demorado cinco años. Los cierres y los ataques fueron los que hicieron que **La Prensa** aumentara su circulación, y aumentara su imagen y su influencia con los lectores”, subraya Pancho.

“Al principio hablamos de alquilar un local-. Pero conseguimos una línea de crédito en el Banco General y empezamos a hablar de hacer un edificio propio, el que ahora queda en la avenida 12 de octubre. Allí Ricardo Arias Calderón juega un papel muy importante porque, sin menospreciar el aporte de Fabián Echevers y de Dicky Bermúdez, la parte económica no la movían muy bien ellos, los que movían grupos económicos eran Arias Calderón, Ricardo Alberto Arias y Bobby Eisenmann. Así que Arias Calderón juega un papel muy importante en ese

proceso”. Junto a él, Esther Watson de Abadi, una panameña de origen judío con gran influencia en ese sector, y que en los años posteriores asumirá un protagonismo decisivo en la batalla contra los militares.

Pese a los aportes de Arias Calderón a esa publicación, en los años noventa La Prensa será uno de sus más incisivos detractores, como veremos más adelante.

Un Partido moderno

Cuando despunta 1980, en la sociedad panameña se había reconfigurado el mapa político. De un lado los partidarios de los militares, aglutinados ahora en las filas del Partido Revolucionario Democrático (PRD); del otro, la oposición que reunían a los Demócrata Cristianos, Panameñistas, Liberales Auténticos, facciones del Partido Republicano derivadas luego en el Movimiento Liberal Republicano Nacionalista (MOLIRENA) y el Partido Acción Popular (PAPO) que, definido como socialdemócrata, era dirigido por el prominente abogado Carlos Iván Zúñiga; la oposición seguía produciendo hechos pero, aunque había contactos que giraban en torno al expresidente Arnulfo Arias Madrid, no se concretaba una Alianza definitiva.

Es el instante en que Ricardo empeña una intensa labor en la estructuración del movimiento opositor. A diferencia del populismo y la espontaneidad con que Arnulfo movilizaba, a una voz, su clientela cautiva, la DC comprometía sus gestiones en la organización nacional de sus huestes y se articulaba en células y capítulos, y asignaba cuotas de sus miembros. Simultáneamente Arias Calderón galvanizaba una figura de dirigente opositor con proyección nacional. Ese año el Partido Demócrata Cristiano logró su legalidad al inscribir, en 40 días, 35, 785 adherentes. Fue una jornada intensa. ***Era la forma de ganar la legalidad, de aprovechar el espacio que se había abierto para impulsar el proyecto de volver a la Democracia,*** recordará Ricardo sobre aquella jornada. Las intervenciones y las acciones de Ricardo habrá que entenderlas, a partir de aquella estrategia que desarrolla la

Democracia Cristiana, de sus pronunciamientos y de sus escritos. “*Él siempre fue muy institucional*”¹⁷⁹, ha dicho Guillermo Willy Cochéz, inseparable de Ricardo por aquellos años.

La inscripción le permitió a la DC poner en tensión sus fuerzas y mostrarse de cuerpo entero ante la sociedad, presentar una voz y una autoridad legal para asistir a foros, exponer públicamente su literatura, abrir un local sobre avenida Perú y asistir a las elecciones de 1980 para escoger legisladores. Pero sobre todo para forjar una estructura organizativa nacional que será determinante en las jornadas civilistas de la segunda mitad de los años ochenta del siglo XX. A través de su propaganda y del periódico La Prensa, tanto como el resto de la oposición, su mensaje hacia el electorado será constante. La clandestinidad había quedado atrás.

La DC transformará cada meta cumplida en un punto de partida. Como un general en guerra, junto a figuras destacadas como Iván Romero, sobrino de Antonio González Revilla y demócrata cristiano desde su juventud en Chiriquí, que combinaba sus actividades comerciales con una intensa actividad política en toda la provincia, con particularidad en la zona indígena, luego Comarca Gnobe Nbugle y años después en Ciudad de Panamá. Romero será un hombre clave en el desarrollo organizativo del Partido, sobre todo durante su inscripción y luego en armar una estructura para la formación política de los miembros de este colectivo, la disciplina partidaria y en su caso como en el de otros, en una entrega a tiempo completo a estas tareas. Como secretario general del Partido Iván Romero se ocupará de candidatos, jurados de mesa, administración de fondos y propaganda, en una labor en la que le acompañarán Guillermo Cochez, José Antonio Sossa, Luis Emilio Veces, Julio Rovi, Raúl Figueroa, Guillermo Márquez Amado, Camilo Brenes, Erasmo Méndez en Veraguas, Gabriel Arosemena Jaén en Coclé, Justo Pastor Durán en Los Santos, y José Trinidad Castellero y Conchita de Moreno en Herrera.

En esa jornada los demócrata cristianos dirigidos por Arias Calderón llevarán a su partido a las discusiones más intensas; son ejercicios de gran profundidad y de detalles que permitirán al Partido desplegar una gran riqueza de ideas, delinear las necesidades

inmediatas y mediatas e incrementar el número de sus miembros, porque sabía que en 1984 se registrarían las primeras elecciones presidenciales con una votación directa desde el golpe de 1968. Para asistir a ellas con una perspectiva de éxito faltaría un personal debidamente capacitado, una estructura nacional y más propaganda para hacerle llegar al electorado la oferta del PDC. Pese a sus más de 35 mil adherentes la Democracia Cristiana seguía siendo, operativamente, un partido pequeño, un colectivo de cuadros, de figuras relativamente desconocidas y la recomposición de su unidad interna había sido un proceso lento. La tarea que les esperaba era un reto formidable y se preparaba en consecuencia.



Ignacio Manuel Arias Yáñez durante la campaña de inscripción del PDC en 1980.



1980. El PDC se inscribe. De izquierda a derecha atrás Mapril Montenegro y Ricardo Arias Calderón, en la siguiente fila Raúl Figueroa, Vicente Guaylupo, Sergio Rodríguez, Luis Emilio Veces y Guillermo Cochez. Al frente Edgardo Molino Mola y Delfín Gálvez.





Inauguración de La Prensa 1980.



Consejo Directivo ODCA Ecuador 12 de junio de 1982. Juan Pablo Terra, Ricardo Arias Calderón y Aristides Calvani, los tres últimos de la derecha.





1979. Reunión de directivos del PDC con Ricardo Arias Calderón. De Izquierda a derecha Edith Valdés de Arosemena, José Antonio Sossa, Antonio De León, José Salgueiro, Guillermo Cochez y Ricardo, todos dirigentes históricos de la DC.



Primer Congreso de Mujeres demócrata cristianas.





Una de las reuniones del Comité Ejecutivo de la Unión Mundial Demócrata Cristiana, celebrada en Quito, Ecuador.



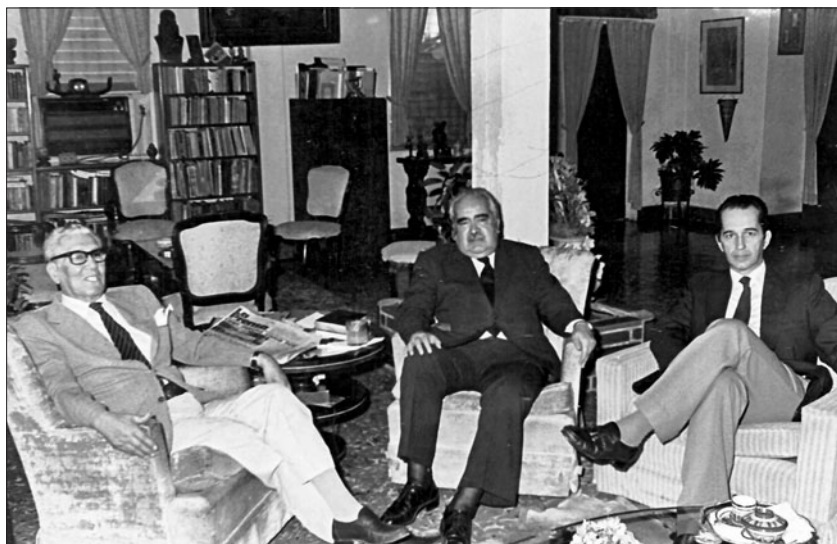
Reunión del Comité Ejecutivo de ODCA, presidido por Ricardo Arias Calderón. Junio 1982. En la foto Aristides Calvani y Raquel Blandon, ex-primera dama de Guatemala.



Proclamación de la nómina presidencial para las elecciones de 1984 en el teatro Lux de Ciudad de Panamá. De izquierda a derecha Carlos Rodríguez, primer vicepresidente; Mireya Moscoso de Arias; Arnulfo Arias, candidato presidencial; Ricardo Arias Calderón, segundo vicepresidente y Teresita Yániz de Arias.



Nómina presidencial de 1984. Carlos Rodríguez, primer vicepresidente, Arnulfo Arias, presidente y Ricardo Arias Calderón, segundo vicepresidente.



Con el líder panameñista Arnulfo Arias y el presidente de Venezuela Luis Herrera Campins.





Campaña 1984. Ricardo Arias Calderón junto a Arnulfo Arias y Jorge Pacífico Adames.



Alonso Villarreal, Ricardo Arias Calderón, el belga André Louis y Milton Henríquez.





En Antón, enero de 1985 durante las fiestas del Cristo de Esquipulas: Ricardo Arias Calderón, Mireya Moscoso, Arnulfo Arias y Jorge Pacífico Adames.



En uno de los muchos mitines de la campaña de 1989.





Con su gran amiga y colaboradora Esther Watson de Abadi.



Ricardo Arias Calderón con el expresidente de Costa Rica, Rodrigo Carazo y el abogado panameño y destacado opositor Carlos Iván Zuñiga.

VIII. Los primeros desafíos

Retomar el sendero democrático después de 12 años fue una empresa compleja y difícil para el país. Aquel “veranillo” iniciado en 1978 permitía los espacios puntuales para la acción opositora; pero igualmente, la contraparte buscaba en el nuevo rejuego político vías para retener la administración del Estado. La lucha por la vuelta a la democracia no era solo una cuestión de concesiones castrenses o retornos nominales de colectivos políticos. Implicaba en el fondo una intensa batalla por el poder que se expresaba en un arduo proceso de reorganización opositora y en luchas cívicas continuas, que las fuerzas oficialistas enfrentarán, igualmente, mediante todas las formas de que son capaces, especialmente en sus postrimerías.

Durante la penúltima década del siglo XX Ricardo Arias Calderón empeñó esfuerzos en la lucha democrática en dos escenarios. Mientras que en 1980 fue elegido presidente del Partido Demócrata Cristiano de Panamá, un año más tarde, en Caracas, Venezuela, fue escogido presidente de la Organización Demócrata Cristiana de América (ODCA), un periodo que se extenderá hasta 1985 y desde la cual asistirá al crítico y complejo estadio de violencia que sacudía a Centroamérica, donde la democracia había experimentado serios retrocesos. Lo hace junto a Arístides Calvani, prominente figura de la Democracia Cristiana Internacional que había sido canciller del gobierno venezolano de Rafael Caldera, y que al igual que Ricardo era seguidor militante de las ideas social cristianas de Jacques Maritain. Calvani, que con Arias Calderón gestionarán la paz en El Salvador de José Napoleón Duarte y la Guatemala de Vinicio Cerezo, *“se formó en el rico y fecundo ideario del personalismo cristiano, particularmente a través de los escritos de Jacques Maritain, uno de los más grandes filósofos del siglo XX. Podríamos condensar algunas de las posiciones fundamentales del personalismo en tres “primacías”:* a) *Primacía de la persona y con ella de la sociedad frente*

al estado. b) Primacía de la persona y con ella del trabajo frente al capital. c) Primacía de la persona y con ella de la ética frente a la política, esta última concebida, maquiavélicamente, como política del “éxito”, separada de la moral”, dirá Sadio Garavini Di Turno en “Aristides Calvani: Centroamérica y democracia”.

En 1980, cuando la guerra en El Salvador iba en ascenso, Arias Calderón fue visitado por Ignacio Ellacuría, un sacerdote español nacido en Viscaya, colaborador estrecho del asesinado arzobispo Oscar Arnulfo Romero, quien portaba un mensaje para el entonces presidente salvadoreño, el demócrata cristiano José Napoleón Duarte. La propuesta consistía en la integración de un solo ejército en ese país, donde debía estar la guerrilla del Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional y del ejército salvadoreño. Ellacuría le pidió al dirigente panameño ser portador de ese mensaje ante Duarte. Tras aceptar la misión, Arias Calderón le preguntó a Ellacuría: *¿qué hace usted, un cura, de tramitador de esto?*

Ricardo hizo gestiones para la paz en Centroamérica en las que le tocó fortalecer a los partidos de la DC en el área para ofrecer una salida no violenta y negociada con todas las partes, incluidos los grupos armados de la izquierda. Asistirá a estos escenarios junto a Aristides Calvani. Apoyará, asimismo, las gestiones que en Nicaragua despliega Violeta Barrios de Chamorro, quien posteriormente se convertirá en presidenta de ese país.

Se impone en la región, durante esos años, un contexto de violencia y radicalización que ya había costado decenas de miles de muertos en los tres países. Resultado de esos esfuerzos que realiza la democracia cristiana fue la presidencia de José Napoleón Duarte y luego la de Vinicio Cerezo. Este último jugó un rol protagónico en los acuerdos de Esquipulas. Calvani, entre tanto, murió en un accidente aéreo tres días después de la toma de posesión de Cerezo.

En Panamá la primera prueba de fuego del camino escogido por Ricardo será, en 1980, durante las elecciones parciales en dos provincias para escoger legisladores y para las cuales la DC postuló 14 candidatos, entre ellos a Néstor Gutiérrez y Camilo

Franceschi en Chiriquí, y a José Antonio Sossa y Guillermo Cochéz en Panamá. *“Por primera vez en doce años hay una alternativa política de fondo”*, diría Arias Calderón en una intervención ante la Comisión Política de la DC, donde valoraba el momento, sustentaba la perspectiva que se abría y explicaba por qué la DC participaba en ella. *“La política –explicaba– es el arte de hacer posible lo necesario. Lo necesario en Panamá hoy en día es lograr un cambio, no solo en las personas que nos gobiernan y en las medidas sociales y económicas que han adoptado, sino además en las instituciones políticas y en la vía cívica que les corresponde”*¹⁸⁰. No dejaba dudas, desplegaba esfuerzos para desmantelar todo lo actuado por los militares y desarrollará convocatorias efectivas para que la mayoría se incorpore a esa tarea.

En el discurso de Arias Calderón figuraban los ejes centrales de una estrategia destinada a cambiar la realidad que había prevalecido en el país los últimos doce años. Junto al cambio de figuras, comenzaba una ofensiva contra la política oficial y sus instituciones, y a la vez la construcción de una ruta donde la democracia trataba de asumir posiciones de vanguardia, no solo en el cuestionamiento político, sino en temas sociales como el de las mujeres, la familia y en conceptos anticorrupción.

“...lo que ustedes están haciendo aquí responde a lo más profundo de la Democracia Cristiana, de su ideología, de su programa, de los llamados de su Presidente en nombre de nuestra organización. Luchar por la democracia cristiana es luchar por la familia panameña, sobre todo por la que menos tiene, la que más aguanta,” decía en marzo de 1983 a las mujeres de su Partido durante un congreso de Acción Femenina Demócrata Cristiana.

Era claro que el discurso de Arias Calderón durante la primera mitad de los años ochenta dotó a la Democracia Cristiana de un proyecto que fueron compartiendo cada vez más panameños, a la luz del desgaste y las contradicciones que iba exhibiendo el régimen en temas tan sensibles como el de la familia y su estabilidad económica, pese a que a principios de esa década el régimen abría debate sobre el Código de la Familia.

“La crisis de la familia requiere otra cosa que un organismo oficial más, con sus planillas abultadas, su tráfico de influencias, sus planificaciones pretensiosas, sus relaciones públicas caras y sus gacetillas mentirosas. Requiere una política que toda la comunidad le exija al Estado en materia de empleo, educación, salud, vivienda y seguridad. Una política para ayudar a la familia ayudarse a sí misma y para que esta ayuda, siempre que sea posible, se realice con y a través de organizaciones y programas independientes, arraigados a la vida misma de la comunidad, en base a una concepción de la familia que sea cónsona con los valores judeo-cristianos, humanistas y democráticos del pueblo panameño”, afirmaba.

Y asimismo fue abordando las limitaciones de la mujer en el sistema: *“La mujer pertenece a su tiempo –decía. “No son personas de otra época (...) la misma sociedad que tanto les exige en cumplimiento de tareas las reprime también en muchas aspiraciones. La realidad que a ustedes les toca vivir se encuentra así muchas veces en aguda contradicción con lo que ustedes quisieran llagar a ser. De allí que surjan conflictos que son desgarradores por dentro, que comprometen su felicidad e introducen dimensiones de ansiedad e intranquilidad en sus relaciones con los demás. Pero cómo no va a ser así, si es tan grande el desconocimiento del drama de la mujer panameña por parte de muchísimos hombres y a veces incluso de ustedes mismas, que a punta de callarlo parecieran a veces no reconocerlo...”*

Más allá de la formulación, Arias Calderón pasaba entonces a la propuesta política e invitaba a las mujeres de su partido a asumir vanguardia en la lucha por los derechos de la mujer. Restarle base social a la dictadura, ampliar la base social de su partido era la tarea que cumplía en ese momento, a meses de que se realizaran las elecciones de 1984, y durante las cuales la nómina opositora estaría encabezada por el octogenario líder panameñista Arnulfo Arias.

Para la democracia cristiana aquellas elecciones eran el principio de un camino hacia la movilización ciudadana en el cumplimiento de esos objetivos. *“...en las actuales circunstancias,-*

decía Ricardo- *el proceso electoral permite que la mayoría de los ciudadanos se activen, se organicen y se vayan identificando con grupos y personas, comprometiéndolas así a una labor permanente de representación y liderazgo en la lucha por el cambio*". Movilizar a la ciudadanía, organizarla y que participara... ¡allí estaba el primer espacio que se abría...!

Reafirmaba igualmente el carácter cívico de esa lucha: *"Los panameños sabemos lo que queremos: una democracia de verdad. Para lograrla sólo tenemos un camino práctico y pacífico, el de la pelea política, con votos, no con balas"*¹⁸¹. Su discurso antimilitarista apelaba a un contexto legal y pacífico, a una constante sobre las contradicciones de la dictadura, y sobre todo a lo que denunciaba como un alto proceso de corrupción.

Para algunos sectores de oposición, era insuficiente el balance y la energía del exiliado recién llegado. Tal cual había sucedido durante la inscripción, opositores a la dictadura con trayectoria incuestionable censuraron la participación en aquellas elecciones. Otra vez era, según ellos: *"hacerle el juego a la dictadura"*, y en lugar de elecciones, proponían una asamblea constituyente. El Partido de Acción Popular (Papo) era el principal abanderado de esta última posición. Pero lo que la DC se preguntaba era ¿hasta dónde aquella propuesta era políticamente viable? ¿Hasta dónde había progresado la situación como para que dejara de ser una propuesta ideal y se convirtiera en posible?

Los dos años y medio que llevaba la apertura no bastaban para sanar las heridas, menos para que el régimen ganara la credibilidad y la confianza de los opositores, pese al cumplimiento gradual de acciones como aquellas elecciones parciales. Los panameñistas no participaron, tampoco el PAPO. La DC si puso en tensión todas sus fuerzas. Ricardo recomendó luego la preparación cabal de todos los representantes de mesa. *"Prácticamente tuvimos que aprendernos de memoria el reglamento electoral"*, recuerda Edwin Cabrera.

Pero el tema no era formal, ni estructural...era político. Aquella primera participación, como las que seguirían, va a estar signada por un discurso de objetivos estratégicos y tácti-

cos, que en lo organizativo proponía el crecimiento de la democracia cristiana.

*“Somos el partido –recordará el dirigente ante la Comisión Política-, que se negó a firmar credenciales dudosas en 1964. Somos el mismo partido que en 1968 confirmó el triunfo de quien el pueblo había elegido como presidente. Somos el mismo partido que se mantiene en oposición firme y constante desde el golpe de estado del 11 de octubre. Hemos probado que sabemos pelear por una democracia de verdad, antes y ahora”*¹⁸².

Como quedaba demostrado, el discurso de Arias Calderón no se quedaba en la generalidad interpretativa, ni en la remembranza del pasado. Pasaba al ataque frontal, abierto, borrando cualquier duda respecto al argumento que acompañaba sus propuestas: *El miedo del régimen –aseveraba- es en buena parte temor a que se destape la olla de la corrupción. Se sabe que la corrupción está generalizada en el Ministerio de Obras Públicas- El Matutino, periódico del régimen, acusó al Ministro de Obras Públicas de dar sablazos y recibir tajadas, y como respuesta el Ministro acusó al director del periódico de estar a la paga de un chantajista poderoso. Ante esta corrupción descarada el Contralor calla y no actúa, el Procurador calla y no actúa, el Presidente de la República calla y no actúa”. Y seguidamente iba el compromiso...”Si salen elegidos, los candidatos del Partido Demócrata Cristiano se comprometen a exigir por todos los medios una investigación sobre la corrupción. Que llegue hasta las últimas consecuencias”,* manifestaba.

Néstor Gutiérrez y Camilo Franceschi ganaron en Chiriquí y aquella victoria se tradujo en un incremento de la vocería opositora, a la vez que le inyectó al partido una importante dosis de confianza y fe en sus propias posibilidades. Dos cosas quedaban demostradas para Ricardo con aquel triunfo: 1- que existía un sector de la ciudadanía que, opuesta a los militares, demandaba un canal de expresión política y al concurrir a los comicios, la Democracia Cristiana se iba convirtiendo en ese canal, incluso de votantes que no eran demócratas cristianos. Comenzaba un proceso de acumulación que se manifestará años después con

fuerza contundente 2: que lograr espacios políticos había pasado de la formulación y el reconocimiento a la realidad.

Aquel fue un ensayo que reafirmó la estrategia trazada por la Democracia Cristiana y probó la razón del liderazgo de Arias Calderón. En la perspectiva era consciente de que para enfrentar los nuevos retos se necesitaba mucho más que un entusiasmo de coyuntura, era imprescindible transformar al PDC en una maquinaria electoral efectiva y eficiente, reclutar y formar activistas, hacer propaganda y contar con recursos económicos... darle a su partido y a los opositores en general un discurso coherente, que evidenciara razones y abriera caminos orgánicos de relación con el pueblo, y no el clientelismo tradicional, que persistía en otros partidos que también se agitaban en la oposición.

Para Ricardo las críticas provenientes de esos sectores eran comprensibles pero políticamente equivocadas. Él insistía, y así lo analizó para su partido, en que aquella coyuntura había representado una perspectiva crucial para la democracia, y comenzó una preparación en ese sentido. A la proyectada aparición del periódico *La Prensa* en agosto de ese año se sumaba la propia gestión del PDC y una atención especial a los aspectos de organización y propaganda.

Temístocles De Obaldía, que conoció a Ricardo en el contexto de esos esfuerzos y que en 1983 se convertirá en su secretario privado, recordará que el dirigente comenzó visitando a los viejos militantes de la DC, en un decidido intento por reintegrarlos a las tareas que exigía la nueva etapa. Más allá de la significación numérica, la vieja guardia demócrata cristiana poseía un peso moral que ayudaba a fortalecer significativamente la mística del partido. En cada provincia, los núcleos históricos de la DC reforzaron sus actividades y una determinación militante se fue renovando.

Para llegar hasta el pueblo

Con la perspectiva de hacer llegar con efectividad el mensaje de la DC a los ciudadanos se estructuró un aparato de propaganda que fue crucial en la batalla contra el régimen. Durante la campa-

ña de 1980 la publicitaria de Lucinio Arauz había dado su apoyo a la DC. A la sede de aquella empresa, que se encontraba a unas cuadras del hotel Panamá, llegaron una mañana José Antonio Sossa, Guillermo “Willy” Cochez, Carlos Arellano Lennox, Edgardo Molino Mola y Ricardo Arias Calderón, recomendados por el también demócrata cristiano, Sergio Rodríguez, para explorar la posibilidad de que aquel publicista se hiciera cargo de la campaña del PDC. Gran parte de la tarea quedaría en manos de un joven chiricano que comenzaba en el oficio como asistente creativo. Respondía al nombre de Valerio Araúz.

“Una noche –recordaría él, años después- Ricardo llegó a ver a mi jefe y Lucinio no estaba, así que se quedó conmigo, viéndome armar un arte que, en aquel momento no se hacía por computadora sino que se armaba con el recorte de los elementos y se pegaban a un cartón. A él le pareció interesante y se quedó un rato, observando y preguntando. Al final me dijo que si a mí me interesaría pulirme un poco en comunicación política. Le dije que no me vendría mal”. Un mes después, Ricardo llamó a Valerio para saber si estaba interesado en asistir a un seminario de comunicación en el Instituto de Enseñanza Política (IFEDEC) del Partido Demócrata Cristiano de Venezuela (COPEI), durante un mes en Caracas. Valerio aceptó de tan buen agrado, que su eventual ausencia provocó el disgusto de Lucinio y no le quedó otra alternativa que renunciar. Cuando volvió de Caracas era un publicista bien formado, con una cantidad novedosa de conocimientos, con un entusiasmo evidente y también... un desempleado.

-¿Qué vas a hacer ahora?, le preguntó Ricardo.

-Buscarme un trabajo, le respondió Valerio

-Pero vendrán otros seminarios y tú deberías ir, le respondió, y seguidamente le preguntó:

-¿Por qué no fundas una empresa?

Lo cierto era que Valerio no tenía idea cómo se hacía eso. Mucho menos recurso. Así que Ricardo levantó el teléfono y llamó a Willy Cochéz y le pidió que ayudara a aquel joven a montar una

empresa. Willy lo llevó, primero, hasta dónde Sergio Rodríguez que le explicó cómo se fundaba y cómo funcionaba una empresa publicitaria, y luego donde Guillermo Cochéz padre, que era por esos años gerente general del Banco Trasatlántico. Cuando Willy dejó a Valerio, este llevaba los ocho mil dólares con que fundó la *Agencia Cosmos*, la misma que manejará toda la publicidad de las campañas del PDC hasta 1989. Fue un camino ininterrumpido de cooperación, que implicó una comunicación diaria con Arias Calderón en las primeras horas del día, que le daría a Valerio Araúz y a su familia satisfacciones y situaciones difíciles. En septiembre de 1989 los militares lo detuvieron y lo mantuvieron en las celdas de la estación del Departamento Nacional de Investigaciones (DENI), de San Felipe hasta diciembre, cuando se produjo la intervención de Estados Unidos a Panamá.

La incorporación de Valerio en el tema de la publicidad fue tan solo un aspecto del diagrama que tenía Arias Calderón en su cabeza. Temi De Obaldía recuerda que un año antes de las elecciones, el jefe demócrata cristiano decidió lanzar una gira nacional para conocer cada rincón del país. Colocó en su oficina de la sede de *Avenida Perú* un mapa donde, sistemáticamente, marcaba con alfileres los sitios visitados. Antes de mayo de 1984 habían recorrido más de 500 puntos de la geografía nacional en auto, a caballo, en bote y a pie. Parte de su estrategia implicaba destacar las fortalezas de su colectivo y de él como dirigente, pero de igual manera superar sus debilidades. “*Hacer clic con la gente*”. Hacer “*clic*” no correspondía a la rutinaria labor proselitista, al menos no en el caso de Arias Calderón.

El problema que enfrentaba era que en principio su lenguaje académico establecía barreras con un público humilde poco acostumbrado a esos códigos. Así que “*hacer clic*” implicaba pasar de su lenguaje académico a uno sencillo y popular que le permitiera establecer un fluido puente de comunicación con las muchas personas con las que tendría que hablar durante esos años.

Había un elemento más, la difusión internacional de la situación panameña, para lo cual contaba con un creciente prestigio en la Internacional Demócrata Cristiana. Era una realidad que du-

rante las negociaciones para los tratados de 1977, sus adversarios habían logrado un importante respaldo internacional a través de foros como el *Grupo de Contadora*, de los países *No Alineados* y de un trabajo poco difundido que habían hecho los comunistas en los países de Europa del Este. Era innegable igualmente que, pese a no ser un régimen elegido democráticamente haber optado por la descolonización del país y un importante componente social, al menos en la época de Torrijos, le había dejado a los militares un buen rédito. Así que también en la arena internacional, la Democracia Cristiana panameña tenía que exponer tiempo, recursos, recorridos, explicaciones. En esa empresa Arias Calderón contará con el prestigio que había comenzado a ganar en América Latina a finales de los años sesenta, las gestiones de paz que realizaba la ODCA en Centroamérica y el amplio escenario que le abría la Internacional Demócrata Cristiana (IDC) de la que se convertirá en presidente de 1995.

En la estrategia trazada por Arias Calderón y la Democracia Cristiana, la unidad de la oposición fue una constante desde 1979 cuando se abrió el veranillo democrático. Así, inicialmente el PDC hizo parte del Frente Nacional de Oposición (FRENO), luego La Coordinadora Cívica Nacional (COCINA) y finalmente de la Cruzada Civilista. Organización, propaganda, difusión internacional y unidad de la oposición, así como una búsqueda constante de recursos serán, a la vez que herramientas de esa estrategia, los mejores mecanismos de medición del nivel de aceptación que iba construyendo la democracia cristiana entre los ciudadanos.

La muerte de Torrijos

El 31 de julio de 1981 el país fue sorprendido por la muerte de Omar Torrijos en un accidente aéreo¹⁸³ ocurrido en la provincia de Coclé. Su condición de “hombre fuerte” de Panamá abrió un vacío político cuya trascendencia fue señalada por el arzobispo de Panamá, monseñor Marcos Gregorio McGrath en la Catedral Metropolitana, el día de su funeral: *“La muerte hoy pone a prueba esta fe –en Dios, en el hombre. Nos coloca en un punto suspen-*

*sivo. Un punto suspensivo para la historia política y social de nuestra Patria, y, en no pequeña medida, de la región centro-americana, y del llamado Tercer Mundo. Se nos fue, sin previo aviso el general de Brigada Omar Torrijos Herrera. Y ha dejado un gran y sensible vacío en nuestro medio que no sabemos cómo se va a llenar”*¹⁸⁴.

Ricardo dirá en aquella ocasión: “*con su muerte termina una etapa para el país, y comienza otra*”, una declaración que en aquel ambiente crispado no caería nada bien para los partidarios del desaparecido militar, explica Teresita, y surgió la acusación de que el dirigente demócrata cristiano había brindado por la muerte de Torrijos.

En un artículo publicado el 18 de marzo de 2003 en *El Panamá América*, cuando el Partido Popular y el PRD construían su alianza electoral para las elecciones de 2004, Arias Calderón rechazaría la versión sobre aquel brindis y en una respuesta al histórico dirigente perredista Mitchel Doens escribirá que “*para nadie es un secreto que combatí el régimen militarista del general Torrijos, a quien sólo traté una vez, cuando me detuvieron en la cárcel modelo el 3 de noviembre de 1968. Mi lucha contra su régimen fue permanente, frontal y pacífica, porque no era democrático. Lo que no me impidió reconocer la aspiración social y el logro nacionalista canalero, de la etapa torrijista del régimen, aun en medio de la lucha contra él mismo*”¹⁸⁵.

“*...nunca en toda mi vida he festejado la muerte de otra persona, por adversario que fuera ella. Creo que eso solo lo puede hacer quien en su inconciencia o perversidad olvide su propia mortalidad*”, indicaba Ricardo.

Arias Calderón recibió como respuesta a su publicación, entre otras, el mensaje de un connotado militante del PRD en el que se leía: “*Doctor: Saludos. Leí con detenimiento su artículo y confieso que los medios controlados de la época jugaron con eficiencia su papel. Ya que muchos de nosotros llegamos a pensar que lo que ahora dice Mitchel Doens era verdad. Gracias por la aclaración histórica*”¹⁸⁶.

Las reformas constitucionales

El 31 de julio de 1982, un año después de la muerte de quien los había conminado a volver a sus cuarteles, los militares retornaban a la dirección del país mediante un golpe que depuso al doctor Arístides Royo Sánchez, y se instalaba en el poder el binomio Rubén Darío Paredes-Ricardo de la Espriella.

De la Espriella había llegado al Palacio de las Garzas en 1978 como vicepresidente de Royo Sánchez. Amigo personal de Torrijos, pese a sus diferencias en edades, durante los regímenes militares había dirigido parte del aparato económico del Estado. Rubén Darío Paredes, entre tanto, había sido el único militar miembro del Estado Mayor de Torrijos en ocupar una cartera ministerial, la de Desarrollo Agropecuario. Había remplazado en la jefatura del instituto castrense al coronel Florencio Flores, y ascendido al rango de General.

El golpe produjo una incertidumbre momentánea. Otra vez, cuando el país se proyectaba por una senda de retorno a la democracia se levantaba el fantasma del militarismo. *La Prensa* fue cerrada y a un “*desde ya*” de Paredes se tomaron medidas contra varios escándalos existentes. “*Ese mismo día el comandante Paredes formuló públicamente al nuevo presidente, Ricardo De La Espriella, la necesidad inaplazable de la reforma constitucional*”¹⁸⁷.

“Nosotros, el presidente De La Espriella, su equipo de Gobierno y el Estado Mayor bajo mis órdenes -explica Paredes- llegamos al punto de la realidad de que el proceso revolucionario, a pesar de que había tenido logros de trascendencia, en la competencia política con otras tendencias se había agotado y necesitaba un reimpulso porque se había fatigado. Ya existía entonces una preocupación por ciertas manifestaciones de corrupción en el círculo de los civiles más allegados a Torrijos”, asegura Paredes.

Se refería a escándalos como un desfalco millonario en la Caja de Seguro Social, al manejo irregular de fondos de la Cor-

poración Financiera Nacional (COFINA) y al proyectado Puente Vam Dam, que a su criterio *“aceleraron el desgaste del proceso, y comprendimos que teníamos que sacudir la Nación con un tema de trascendencia”*. Ese tema fue: las Reformas Constitucionales de 1983. Otra vez, un sector de la oposición estuvo en desacuerdo y se ausentó, mientras que la DC participó activamente.

Se instaló una comisión con representantes de partidos políticos, constitucionalistas destacados y representantes de la sociedad civil, bajo la coordinación del jurista Jorge Fábrega Ponce. José Antonio Sossa fue el representante de la DC, Guillermo Endara por el Partido Panameñista. Entre los representantes figuraba el doctor Carlos Bolívar Pedreschi, por la sociedad civil, crítico riguroso del régimen militar, influyente abogado entre los partidos de oposición, y quien le preguntaría a Paredes si las reformas incluían el polémico artículo dos, que desde 1972 había colocado a los órganos del Estado bajo la tutela de la Guardia Nacional.

“El dos y los otros trecientos y tantos, es su tarea doctor”, le respondería Paredes. Las reformas fueron aprobadas un domingo lluvioso de mayo de 1983. *“Ese día además Eusebio Pedrosa peleaba en Puerto Rico con Juan Laporta y junto con la ausencia de candidatos los votantes no parecían muy entusiasmados; pasado el mediodía se registraba una baja votación”*, recuerda el general Paredes. A mitad de la tarde, sin embargo, en una entrevista para la televisión el doctor Arnulfo Arias, desde Boquete, llamó al pueblo a salir a votar por el Sí: *“hay que votar por la Patria”*, diría aquel hombre que para ese momento ya llevaba más de 50 años en la escena política nacional. *“Las mesas de votación se llenaron, al término que hubo que prolongar el horario hasta las ocho de la noche”*, refiere Paredes.

En una concurrencia de casi el 68 por ciento, el electorado puso fin a la tutela de la Guardia Nacional sobre los otros órganos del Estado, a la Asamblea de Representantes de Corregimientos y garantizó el retorno de la asamblea de diputados. *“No eran reformas, era otra Constitución”*, diría el constitucionalista César Quintero, que le reconocerá a Paredes, en la obra citada, su aporte al proceso democrático, pero Carlos Bolívar Pedreschi advierte

que detrás de esa posición figuraba el interés del militar por una candidatura presidencial. Paredes no lo niega. De hecho afirma que, durante un viaje que realizó a Miami, previo al referéndum, sostuvo una larga conversación con el doctor Arnulfo Arias, por intermediación del panameñista Antonio Tony Domínguez. Fue un almuerzo en un restaurante de Miami, entre el general Paredes, su esposa y el doctor Arias, quien llegó impecable, de saco gris oscuro y corbata roja.

“El doctor Arias conocía el documento que sería sometido a referéndum, se lo había mostrado Guillermo Endara, representante panameñista en la mesa de las reformas, y las consideró buenas, pero le preocupaba si yo contaba con el apoyo del PRD, si el PRD me permitiría llevarlas a cabo, porque aquellas reformas cedían importantes espacios de poder. Yo le dije que sí, que contaba con ese apoyo. Entonces me preguntó si yo pensaba correr para la presidencia en 1984 y le respondí que sí. El doctor Arias dijo que si era así, entonces el no correría”, asevera Paredes.

El ex-presidente Arnulfo Arias ya no vive para corroborar aquella conversación, tampoco Paredes tendría necesidad de forjar una historia en ese sentido. El General precisa que cuando regresó de Miami convocó una reunión a su Estado Mayor, al presidente De La Espriella y al equipo ministerial, e informó sobre aquella conversación y sus resultados.

¿Certeza en la dirección o ingenuidad política? Aquel anuncio proyectaba con éxito la posibilidad que tenía Paredes de ascender al poder por la vía democrática. Remplazaría a Torrijos por esa vía. Cinco partidos, todos vinculados de alguna manera al “proceso”, apoyaban su postulación y explica la incertidumbre que despertó el golpe de julio de 1982 y la manera como fue disipada rápidamente por el propio Paredes al pedirle al presidente De La Espriella que impulsara lo antes posible las reformas constitucionales.

Desde esa perspectiva, dar continuidad a lo que Paredes consideraba la línea de Torrijos, es decir la vuelta de los militares a los cuarteles, en nada contradecía la posibilidad de que uno

de ellos, en ese caso él, llegara democráticamente al Palacio de Las Garzas. Pero admitiría años más tarde que descargar aquella información en la reunión de su estado mayor, con el equipo ministerial de La Espriella pudo haber sido su mayor error. Entre algunos mandos militares la candidatura de Paredes despertaba poca simpatía. Un coronel como Armando Contreras no ocultaba su inconformidad con la perspectiva de que los militares siguieran en la política. Lo decía en voz tan alta que llegó a los oídos de Paredes, entonces jefe de la guardia nacional. Un día el propio Paredes lo emplazó ante el Estado Mayor, y algunos meses después fue jubilado. Entre los civiles, fuentes cercanas al presidente de La Espriella aseguraban que este también tenía aspiraciones. Pero un artículo publicado por La Prensa suscrito por Jorge Turner bajo el título de “Por qué renunció el general Paredes”, demuestra que de La Espriella, sus ministros y los miembros del Estado Mayor de Paredes no habrían sido los únicos preocupados contra la candidatura de Paredes. Turner lo atribuía aun rechazo unánime dentro de los sectores de oposición. Hasta cuando la candidatura de Paredes se perfilaba como inevitable, la oposición consideraba necesario participar en alianza en los comicios de 1984, lo que permite concluir que en contra de las aspiraciones del militar se alinearon dos vertientes, tanto la de oposición como la del propio “proceso”.

El día 12 de agosto de 1983 hubo cambio de mando en la Guardia Nacional y ante un confiado general Paredes, el comandante entrante Manuel Noriega le deseó “*Buen salto Rubén*”. Al mes de su salida era de conocimiento público que Paredes había dejado de tener entrada libre en los cuarteles del país. Su perspectiva presidencial cayó en picada y terminó por desistir.

Dos meses después que aquellos acontecimientos, Ricardo Arias Calderón caracterizaría así aquella etapa: “*Panamá se encuentra en un momento de cambio entre regímenes políticos, con la confusión e incertidumbre que tales momentos acarrearán. Por una parte el régimen militar que el General Torrijos inició (...) por otra parte los elementos de un nuevo régimen civil y democrático van surgiendo, pero no se han articulado todavía como*

régimen de conjunto. En este momento decisivo se dan tensiones y conflictos que no han alcanzado niveles de violencia...”¹⁸⁸ entre los dos polos.

“Gradualmente van surgiendo los elementos de un nuevo régimen democrático. Sin embargo, la democratización pudiera todavía frustrarse en razón de los siguientes factores. (...) la ubicación institucional de la Guardia Nacional sobrepasa aun los límites compatibles con una democracia de verdad, y *las aspiraciones del nuevo Jefe de la Guardia no parecen claramente definidas, entre la alternativa de la profesionalización y la alternativa de una forma propia de control de la vida política.*”¹⁸⁹.

Desde la perspectiva demócrata cristiana los cambios ocurridos en agosto y septiembre de 1983 habían significado un retroceso para el proceso democrático, sobre todo en lo que concernía a la nueva Ley Orgánica de las Fuerzas de Defensa. A criterio de Milton Henríquez, si bien la de Torrijos había sido una dictadura, era innegable el programa social que este había cumplido y su impulso a la democracia, al contrario de Noriega que con una mayor concentración de poder iba cerrando los espacios que habían abierto las reformas constitucionales.

Arias Calderón advertía en aquella ocasión que se intentaba implantar “un Estado militar dentro de un Estado civil”, al referirse a la ley 20, aprobada además mediante un “trámite clandestino”¹⁹⁰ a finales de septiembre de ese año...

La oposición, reunida entonces en la Coordinadora Cívica Nacional (COCINA), rechazó el estatuto, al igual que el Colegio Nacional de Abogados y *La Prensa* dirá en su columna habitual En Pocas Palabras que *la ley fue una imposición brutal de los gorilas a de La Espriella.*¹⁹¹ El día seis de octubre, por primera vez en años, un programa nocturno de RPC televisión presentará un debate sobre el tema al que asistirán connotadas figuras: Ricardo Arias Calderón y Mario Galindo por la oposición, y Rómulo Escobar Betancourt por el oficialismo. La tesis oficial enmarcaba la ley 20 en un conjunto de esfuerzos por dar forma al Estado Nacional que se preparaba para la reversión del Canal y sus bienes, en tanto que los opositores la denunciaban como la

implantación de un estado policiaco y militar dentro de un estado civil que volvía a subordinar los órganos del Estado al poder militar. El debate marcaba igualmente la forma como ascendía el tono de la confrontación entre los dos sectores, con posiciones cada vez más excluyentes. En su contexto el ascenso de Noriega no era todo lo imparcial que podía esperar la oposición, por el contrario era la fuente de donde emanaban las posiciones inamovibles del régimen, y en consecuencia el freno a los reclamos de la oposición, que habían comenzado a materializarse en mayo de ese año.

Desde el 12 de agosto de 1983, el día del *ego sum qui sum*¹⁹² *de Noriega*” hasta el día de la invasión, el país no tendría un momento de tranquilidad, como si hubiera entrado en un proceso irreversible de decantamiento. Tras el salto de Paredes llegaría el de de La Espriella, remplazado luego por el doctor Jorge Illueca, bajo cuya dirección serían organizadas las elecciones de 1984. A diferencia de Paredes, que trató de insertarse en la transición para llegar a la presidencia por la vía electoral con el respaldo de distintos sectores, Noriega pareció empeñado en editar una nueva versión del escenario que había vivido el país los primeros años de Torrijos, pero no con la propuesta social a que este último había apelado, tampoco con el regreso a los cuarteles que su jefe había calzado, sino afirmado en el poder de la propia institución armada y en su largo trabajo al frente de la seguridad del Estado. Se podía deducir un razonamiento simple: si controlaba el poder, para qué someterlo a concurso.

Las elecciones de 1984

Arias Calderón revela que antes de los comicios de 1984 se había logrado parte de las metas estratégicas por retomar la democracia, pero no era todo lo que requería un país para retomar el camino democrático. A finales de 1983 él subrayaba cierta incertidumbre, y proponía como respuesta más denuncia, más organización y mayor gestión para la unidad opositora. A diferencia del partido pequeño de 1980, en la antesala de las elecciones generales de 1984, la DC se había convertido en una de las principales

fuerzas de la oposición democrática, que proponía y negociaba, que demandaba y exigía. Había crecido ante el adversario y tenía autoridad entre los aliados.

Pese a su estrategia unitaria no desdeñaba, en esas circunstancias, la posibilidad de que la Democracia Cristiana presentara su propia nómina presidencial. Hasta agosto de 1983 cuando Paredes salió de la guardia nacional y lo reemplazó el general Noriega, era casi cierta una nómina encabezada por el militar. Pero en octubre de 1983 aquella opción había desaparecido¹⁹³.

“Mientras se dio la posibilidad de una candidatura oficialista militar, el Partido Demócrata Cristiano estaba obligado a promover una alianza electoral. Desde que dicha candidatura fue rechazada por la Guardia Nacional y por el gobierno, el Partido Demócrata Cristiano estaría en condiciones políticas de presentarse con nómina electoral propia, siempre y cuando contara con los recursos para hacerle frente al reto”, sostenía Ricardo ante la Comisión Política del PDC. En ese camino exploró algunas opciones, entre ellas la del influyente banquero Federico Humbert, quien la habría rechazado. ¿Entonces por qué la DC se incorporó a la alianza que encabezaba Arnulfo Arias?

En diciembre de 1983, a pocas semanas de que se anunciara la candidatura de Arnulfo, Arias Calderón negoció toda una tarde de sábado con el dirigente del MOLIRENA César Arrocha Grael. La propuesta consistía en que en una nómina encabezada por Arias Calderón, la DC le otorgaba a MOLIRENA las dos vicepresidencias. Arrocha Grael no aceptó. Ya Arnulfo había anunciado que su primer vicepresidente sería Carlos Rodríguez, un banquero que de acuerdo a Ricardo *“estaba desconectado de la realidad política panameña”*, pero que era amigo de Arnulfo. La segunda vicepresidencia sería para el MOLIRENA en la persona del conocido político Rubén Darío Carles. Pero finalizada la conversación de Arias Calderón con Arrocha Grael, un representante del panameñismo llamó a Ricardo para decirle que Arnulfo le ofrecía la segunda vicepresidencia ya que *Chinchorro* había declinado. Una versión que coincide con la de Carlos Bolívar Pedreschi, según la cual Carles le habría consultado a él y a Mario Galindo si

aceptaba o no la segunda vicepresidencia ofrecida por Arnulfo. Todo indica que la aspiración del MOLIRENA chocaba con la decisión del octogenario expresidente de darle a Rodríguez la primera vicepresidencia y no a Carles, quien terminó declinando y recomendando a Arias Calderón para la segunda vicepresidencia, lo que permitió concretar la alianza para esos comicios.

Para Arias Calderón el tema de las elecciones no era *per se*. Pensaba que así como la oposición las concebía como un mecanismo para volver a la democracia, los cuarteles podían estar pensando en utilizarlas para mantenerse en el poder, por lo cual no dejaba de contemplar la posibilidad de que tras un triunfo opositor los uniformados persistieran en sus prácticas. Entonces, en una de las conversaciones de enero de 1984, a pocos meses de los comicios, Arias Calderón le propuso a Arnulfo que el panameñismo y la DC corrieran juntos en las candidaturas a legisladores. La idea era obtener más de dos tercios de los legisladores, que siendo candidatos aun debían firmar una carta de renuncia sin fecha para que en la eventualidad de irregularidades por parte de los militares los legisladores renunciaran a sus cargos. Era una forma de hacer ilegítimo el parlamento y en consecuencia al propio gobierno, pero Arnulfo no aceptó, lo que Arias Calderón atribuyó a las conversaciones que en paralelo sostenía el dirigente panameñista con el presidente Ricardo de la Espriella, quien aspiraba a continuar por un periodo más al frente del país sin pasar por el filtro electoral. De la Espriella no pudo sin embargo llegar a acuerdos con Arnulfo. En febrero de 1984 los militares lo depusieron del cargo.

Participar de la nómina de Arnulfo Arias generaba un conjunto de situaciones que revelarían de manera diáfana la forma con que Arias Calderón trataba esos temas. Abría, en primera instancia, tanto para el PDC como para el propio Ricardo perspectivas insospechadas. Incorporaba influencia y proyección al ascendente partido Demócrata Cristiano. Otros hechos involucraban situaciones delicadas. El liderazgo de Ricardo abarcaba relaciones excelentes con sectores que no todo el tiempo compartieron escenarios fluidos con Arnulfo. Por el contrario, en algunos

casos fueron conflictivos. La comunidad judía, por ejemplo. A ella pertenecían, entre otros, dos importantes miembros de la DC: Esther Watson sasso de Abadi, y Milton Henríquez; la primera, seguidora ferviente de Arias Calderón, y el segundo, un destacado miembro de la juventud demócrata cristiana, tenido desde aquellos tiempos como el *delfín* de Ricardo, y quien hasta hoy identifica a Arias Calderón como su padre en política. Siempre se había hablado de un antisemitismo de Arnulfo y preocupado por la reacción de sus compañeros, al día siguiente de conocida su participación en la nómina del líder panameñista, “a las seis de la mañana, *Ricardo nos citó, a Esther y a mí a su casa para explicarnos las razones y la importancia de aquella alianza*”, revela Milton. Ambos le ratificaron su respaldo. El veterano y respetado dirigente demócrata cristiano, Gabriel Arosemena, llamó desde Coclé aquella mañana, y contrario al disgusto que Ricardo suponía podía provenir de él por los problemas que había tenido con Arnulfo en distintas etapas de su vida, el viejo militante se mostró comprensivo y le dijo que si eso era lo que había que hacer para derrotar a la dictadura que contara con él.

La principal preocupación, sin embargo, la enfrentaba Arias Calderón dentro de su propia familia, y con una de las personas más influyente en su vida: su tía Adela, *Mamalita*, cuyos recelos con el doctor Arias se remontaban a octubre de 1934 cuando la muerte de su esposo Martín Sosa, quien como contralor del gobierno del doctor Harmodio Arias Madrid, hermano de Arnulfo, había mantenido un control férreo en las finanzas del país, al término de no contar con la simpatía del dirigente panameñista. Un rumor nunca confirmado indicaría que éste último habría brindado por la muerte de Sosa, lo que incubó en *Mamalita* una animadversión permanente hacia el líder panameñista. ¿Cómo explicarle a la tía Adela que él, su sobrino casi hijo, había aceptado integrar la nómina presidencial de aquel Arnulfo Arias? La comitiva que le informaría a *Mamalita* la encabezaría Ramón Manuel, el hermano mayor de Ricardo. Si se trataba de sacar del poder a los militares, ella no tenía objeción, habría dicho finalmente *Mamalita*.

En todas esas reacciones se desprenden por lo menos dos fenómenos concluyentes. El primero, la gran confianza de que gozaba Arias Calderón entre sus copartidarios y familiares. “Si a Ricardo hay que definirlo con una palabra, esa palabra es “integridad”, afirma Valerio Arauz. “Ricardo no solo es lo que parece sino que parece lo que es”, sostiene. Juan Antonio Tejada, abogado, ex Defensor del Pueblo, y en sus años mozos militante de la Democracia Cristiana, indica que “*en él nada se parece a los políticos tradicionales*”. Esas caracterizaciones se acentuarán en las difíciles etapas que vivirá la oposición en el segundo lustro de los años ochenta.

Una segunda conclusión reflejaba hasta dónde el rechazo al régimen y la polarización de la sociedad panameña se había convertido en un factor para promover la unidad en la oposición. En la convención que realizó la nómina presidencial opositora en Chiriquí en los primeros meses de 1984 se reafirmó el compromiso con la unidad como garantía de triunfo. Bajo el lema de “*¡El Cambio Va!*”, cada orador de la jornada ratificó esa decisión y se pronunciaron representantes del MOLIRENA, del panameñismo, de los liberales auténticos y de la propia DC. Entre las figuras sobresalientes estaban Gilberto Arias Guardia y al final Carlos Rodríguez, el primer vicepresidente, Arias Calderón y Arnulfo subrayaron el compromiso. Se proyectaba una alianza en la que, en otras etapas de la historia política del país, nadie hubiera pensado.

“*Vamos a dar una pelea como nunca antes*”, dirá Ricardo al cierre de su intervención”; Carlos Rodríguez subrayará el papel de Rubén Darío Carles en la consecución de aquella alianza y Arnulfo pedirá el voto unitario, pero llamará además “*a los soldados, que también son panameños*”, a respaldar aquella propuesta electoral.

Junto a Arnulfo, Arias Calderón volverá a recorrer todo el país. Los seguidores del expresidente acudirán en forma masiva y entusiasta. Arnulfo llevaba 83 años sobre sus hombros, había nacido el 15 de agosto de 1901 en Penonomé, provincia de Coclé y su accidentado liderazgo incluía tres derrocamientos las tres

veces que había sido electo, pero le sobrevivía intacto el mito de sus primeros momentos y su imagen seguía entusiasmando a sus huestes. Las de 1984 serían unas elecciones en las que el PDC se preparó para transitar hacia un colectivo de masas; consolidaba su imagen y Ricardo se perfilará como una figura nacional. Sabe que para la DC existe una gran oportunidad y junto a José Antonio Sossa, Willy Cochéz, Iván Romero, Guillermo Márquez Amado y Carlos Arellano Lennox, entre otros, la va a aprovechar, no solo con las giras nacionales sino con la construcción de un aparato nacional que se reproduce en jurados de mesa, activistas de propaganda, financistas de campañas, integrantes de logística, a todos los cuales le imprimirán una mística de victoria.

En esas jornadas, en cada reunión, mitin o congregación provincial, así como en las manifestaciones venideras estará, infaltable, Teresita. Aunque demócrata cristiana de primera fila, no pertenecía a la estructura de dirección del Partido, no integraba ninguna comisión, ni era dirigente del PDC. Pero nadie conocía como ella toda la pasión, la fuerza y los detalles de la actividad que adelanta Ricardo. Martín, el mayor de sus hijos varones, describe esa relación como “...*muy consecuente. Hay muchos políticos que transmiten una imagen de rectitud que a veces no corresponde a la realidad de sus actuaciones políticas, pero más aun no corresponden a sus vidas privadas. Cuantos ejemplos no hay de políticos que predicán valores de familia y tienen amantes*”.

No habrá una sola actividad donde no esté ella, vigilante de la propuesta política, de los detalles de organización, de reuniones y eventos decisivos, aportando y animando. Esa relación con su mujer constituye quizás, uno de los factores más inmovibles del prestigio político de Arias Calderón, y que llevó a muchos de sus amigos y copartidarios a afirmar que en su vida él ha tenido dos pasiones: “*la política y Teresita*”.

En abril de 1984 el discurso de Ricardo estará dedicado a denunciar la corrupción. Se apoya en señalamientos formulados por la Iglesia, habla del alto costo de la vida, de un 19 por ciento de desempleo y de cuatro mil millones de dólares en deuda externa. “Está bueno ya de eso –advertirá y dejará caer la sentencia: “Ne-

cesitamos un cambio ya". Acusa a la dictadura de complicidad con los comunistas, y advierte que cuando gane, la oposición descartará favores políticos. No hay tregua en sus intervenciones, y señala con particularidad a los comunistas de *La Tendencia*. *La Tendencia* constituía en el PRD un influyente sector de izquierda, proveniente de los mismos sectores que en la Universidad de Panamá, durante los años sesenta, habían sido adversarios de Arias Calderón. Sus principales figuras, encabezadas por Ramiro Vásquez Chambonet, provenían de las filas comunistas del Partido del Pueblo, y a partir de septiembre de 1974 habían salido de ese colectivo para colocarse bajo el liderazgo de Torrijos. Estarán en toda la estructura del Partido Revolucionario Democrático, desde su Consejo Ejecutivo Nacional hasta sus bases.

Para los comicios de 1984, en las filas del Partido Revolucionario Democrático se hablaba de varias figuras potencialmente presidenciables: Ernesto Pérez Balladares, Fernando Manfredo, Aquilino Boyd, Jorge Abadía y Nicolás Ardito Barletta. Se perfilaba con fuerza Ernesto Pérez Balladares. Financista de profesión, graduado en Notre Dame University y con un Master en Administración de Empresas obtenido en la Universidad de Pensilvania, *Wharton School of Finance and Commerce*; había ocupado múltiples cargos en el régimen, pero su potencial político había surgido en gran medida de su relación con Torrijos, de sus vínculos con los 505 representantes de corregimientos y de las simpatías en las bases de su Partido. A principios de 1984 trascendió que cuando una amplia base le respaldaba, se produjo una reunión de militares y perredistas en el cuartel de la zona militar del distrito de San Miguelito, en Tinajitas, y Pérez Balladares perdió esa opción. Desde la "Avenida A" se había defenestrado al "Toro", se aseguró, y optado por el economista Nicolás Ardito Barletta. Pérez Balladares se distanció de la entidad castrense y las bases pasaban a la incómoda posición de "asumir la orden", pese a sus preferencias, factor que analistas de la época consideraron a la hora de los resultados de esos comicios.

La concentración de poder en la "Avenida A" encendió las alarmas en la oposición y Estados Unidos comenzó a expresar

su malestar por aquel conjunto de situaciones. Desde 1983, Everett Briggs ex embajador de ese país en Panamá, y primer diplomático estadounidense de ese rango que comenzó reunirse con sectores de la oposición, visitaba los cuarteles a término de recibir, en febrero de ese año, una declaración de protesta de parte del general Rubén Darío Paredes, entonces jefe de la Guardia Nacional; hizo giras nacionales y desarrolló una buena y respetuosa amistad con Ricardo y Teresita.

Para Edwin Cabrera, jefe nacional de propaganda de la DC, a contra pelo de los propósitos de los cuarteles, aquellas imposiciones de los militares favorecían la estrategia esbozada por la DC. En principio la demócrata cristiana se proponía aislar a la institución armada, restarle apoyo social, y la conducta castrense, sin proponérselo, coincidía con esas metas. La crítica opositora se centró por eso días en lo que llamaron un comportamiento de casta en las Fuerzas de Defensa, con clubes, iglesia, matrimonios, asociaciones de esposas de militares, etc. En La Prensa la columna firmada por Guillermo Sánchez Borbón “*En pocas Palabras*” era el referente obligado de la mañana, el dardo puntual para conocer los detalles de recámara de los militares. La columna exhibía una fluida fuente de información, de la que casi nadie duda.

A menos de un año de las elecciones de 1984, Arias calderón señalaba que “*El desgaste del régimen, la muerte del general Torrijos en un accidente de avión, el cúmulo de problemas socio-económicos (16 por ciento de desempleo, deuda pública per cápita de las más altas del continente, 58 por ciento de las familias a nivel de pobreza o extrema pobreza), el escándalo de una corrupción generalizada, el temor a repetir experiencias centroamericanas...todo ello ha contribuido en los últimos cuatro años al desarrollo de un proceso de democratización. Desde 1979 se han inscrito numerosos partidos políticos, algunos de clara y firme oposición. Las elecciones parciales legislativas de 1980 le dieron ligera ventaja en votos a los candidatos opositoristas, aunque el sistema electoral produjo una amplia mayoría de legisladores oficialistas. Los medios de comunicación han ganado un margen significativo de libertad. Las organizaciones*

gremiales y sindicales recuperan progresivamente su autonomía. La opinión pública se torna cada vez más crítica y adquiere mayor importancia en la toma de decisiones.”

Y añadía: “*La línea que el Partido Demócrata Cristiano ha seguido se caracteriza por su oposición constante al régimen que existe desde 1968, por su lucha en favor de la democratización y por su insistencia en que esta lucha se lleve a cabo gradualmente y por medios pacíficos”.*

En aquella coyuntura el régimen reflejaba dos preocupaciones: las relaciones del país con Estados Unidos y contar con una candidatura que tuviera dos componentes: un pasado torrijista fácil de sustentar, que asimilara su estructura civil, entendido el PRD, y las posibilidades, efectivas, de puentes con Washington. Un currículum con esas características era el que poseía Nicolás Ardito Barletta, un economista formado, primero, en la estatal Universidad de North Carolina; en 1965 Ardito Barletta se había doctorado en Economía en la Universidad de Chicago y sobresalido como uno de los mejores exponentes de las teorías económicas de Milton Friedman. Él era un destacado *Chicago boy's*. Se había especializado en Finanzas, lo que a su vez lo había provisto de una serie de importantes relaciones que emergían también de su condición de miembro de los capítulos de honor *Phi Kappa Phi*, *Tau Beta Pi*, *Gamma Sigma Delta* y *Blue Key*, entre otros. Se decía por esos años que entre sus profesores figuraba George Schultz, en 1984 Secretario de Estado del gobierno de Ronald Reagan. Había entrado en “el proceso” desde los primeros días del golpe, y formulado la estrategia nacional de desarrollo 1970-1980, pero tomó distancia del régimen después de la muerte de Torrijos y asumió la vicepresidencia del Banco Mundial para América Latina. A Ardito Barletta se le debía el surgimiento del Centro Financiero Internacional, un conglomerado de bancos que potenció la competitividad del país y su acceso a recursos crediticios, así como la negociación de los temas económicos de los tratados Torrijos Carter y la creación del Banco Latinoamericano de Exportaciones (BLADEX).

Pese a las urgencias políticas que Ardito Barletta podía resolver, el economista distaba mucho de ser el hombre manipulable

que al parecer suponían los militares. De excelente relación con Omar Torrijos, Ardito Barletta había compartido con él la decisión de democratizar el país, comenzando con el retorno de los hombres de uniforme a los cuarteles, se había opuesto en vida de Torrijos a la exclusión de importantes sectores de la economía y veía en su ascenso a la presidencia la oportunidad de darle conclusión al proyecto democratizador, una perspectiva que chocaría con muchos obstáculos. Entre ellos la resistencia de los militares y la desconfianza de la oposición. Ardito Barletta navegaba entre dos fuegos.

La nómina con la que él enfrentará a la Alianza Democrática de Oposición (ADO) será la de la Unión Nacional Democrática (UNADE), una coalición donde además del PRD estará el Partido Laborista (PALA), el Frente Amplio Popular (FRAMPO) y el Partido del Pueblo (Comunista); estará integrada en la primera vicepresidencia por el empresario azucarero Erick Arturo Delvalle y por el médico liberal Roderick Esquivel.

“Las elecciones se realizaron el 6 de mayo y pese a las irregularidades que llevaron a la Junta de Escrutinios a declararse impedida para continuar con el conteo de votos, once días más tarde el Tribunal Electoral proclamó ganador al candidato del PRD. Los 1,713 votos que habían transformado a Ardito Barletta después de más de diez días de conteo en presidente de Panamá, dejaron más que insatisfecha a la oposición. El Presidente del Tribunal Electoral César Quintero declaró que había habido ‘un pequeño fraude’¹⁹⁴. El embajador Briggs habría llamado a Ricardo la noche que siguió a las elecciones, optimista porque veía triunfante a la oposición. La llamada del día siguiente fue exactamente lo contrario, recuerda Teresita.

Irregularidades denunciadas por la oposición en varios centros de votación fueron reforzando la tesis del fraude, sustentada luego por Raúl Arias de Para en su libro *Así fue el fraude*. Guillermo Márquez Amado, del equipo electoral del PDC señala el acto con mayor especificidad en el distrito indígena de la provincia de Chiriquí donde resultados de dos cifras terminaron en tres, y casi siempre con números redondos. Donde hubo 40 votos aparecie-

ron 400, o en otras mesas con 11, se reportaron 110, un hecho del cual con toda seguridad Ardito Barletta habría estado desvinculado. Él, que aún guarda las actas de aquella jornada, sostuvo en aquella ocasión y sostiene que, aun por aquella mínima ventaja, él habría sido el vencedor.

En agosto de 1998 el tema volvía a tapete, esta vez para reafirmar la tesis del fraude. Una declaración de la entonces candidata presidencial Mireya Moscoso, viuda de Arnulfo Arias revelará “...en 1987 cuando Tuturo Delvalle llega a la presidencia, un alto funcionario del Departamento de Estado....---que ahora es amigo mío---nos visitó en nuestra residencia de Miami y le pidió al doctor Arias que firmara un documento elaborado por Washington y en el cual se reconocía el triunfo legítimo de esa terna presidencial integrada por Ardito Barletta, Delvalle y Esquivel porque de lo contrario, los Norteamericanos iban a darle todo su apoyo económico y político al general Noriega (...)...durante toda la noche el doctor Arias no pudo dormir...en la mañana muy temprano regresó el funcionario por la respuesta y el doctor me dijo: ‘ya tomé una decisión...por encima de mi verdad está mi país’ ...y firmó el documento pero por primera vez estampó su nombre como Arnulfo Arias Madrid, cuando el siempre firmaba Arnulfo Arias...”¹⁹⁵.

Los resultados de 1984 dejaron la sospecha de que por más esfuerzos que se hicieran, el régimen no le permitiría a la oposición victoria alguna. Prevalecía un descontento generalizado, y la oposición llamó a reemprender la lucha. La DC analizó la coyuntura y lanzó a su membresía la directriz de tomarse los gremios y continuar la batalla contra la dictadura y por la democracia.

IX. La Democracia

Después de las elecciones de 1984, la Democracia Cristiana convocó a sus miembros a activarse en los gremios y las asociaciones cívicas a los que pertenecían, de manera que no quedara uno solo de estos grupos donde no estuviera la presencia de demócratacristianos que en algunos casos llegaron a formar parte de las directivas y en otros hasta encabezarlas... Arias Calderón por su parte, dedicó docencia a cuanto foro le fue posible y a esclarecer señalamientos del adversario según los cuales la batalla opositora estaba destinada a impedir la aplicación de los tratados Torrijos-Carter de 1977.

En los balances de la Comisión Política de la DC, y en las intervenciones de Ricardo se subrayaba que no bastaba el esfuerzo partidario para alcanzar la democratización del país, había que hacerla extensiva a las organizaciones cívicas de la sociedad, pero –estudioso y constante- percibía como necesaria entregarle al movimiento una argumentación consecuente con esa nueva realidad.

Las responsabilidades no son iguales ni las culpas idénticas

En junio de 1985, a un año de realizadas las elecciones, y en una intervención ante el Instituto Latinoamericano de Estudios Avanzados (ILDEA), Arias Calderón evaluaba un documento de la Iglesia Católica donde se analizaba la situación económica y política del país. Se titulaba “**Hacia una Economía más humana**”, producido por un colectivo de análisis denominado *Grupo de El Valle*, patrocinado por el arzobispo Marcos Gregorio McGrath. El documento revelaba que en 1983 cuatro de cada diez familias panameñas vivía en la pobreza, dos de las cuatro vivía en la miseria y carecía de cobertura para sus necesidades básicas; el desempleo, que oficialmente era de 8.8%, ascendía en realidad a un 19 %, y el 22% más pobre de la población obtenía el 5.5 %

del ingreso total, mientras que el 18.6% más rico se quedaba con un 54.4% de dicho ingreso. El *Grupo de El Valle* reclamaba, para superar esa situación, “un plan de reconstrucción moral, social, política y económica, una economía más humana que exigía un sistema de convivencia democrático....La contrapartida –decía el documento- (para que se dé la reconciliación) debe ser una actitud generosa y de verdadera iniciativa cristiana por parte de todos los contendores en proporción a sus capacidades y poderes relativos en el momento”.

Esa era la preocupación cardinal de Ricardo, la democratización del país y aun cuando subrayaba como un principio básico para que la reconciliación fuera auténtica la “...*actitud generosa y de verdadera iniciativa cristiana por parte de todos los contendores en proporción a sus capacidades y poderes relativos en el momento*”, advertía que “*ello no quiere decir que las responsabilidades sean iguales ni las culpas idénticas. El oprimido no tiene igual responsabilidad que el opresor, ni el esclavo que el señor, ni el despojado que el usurpador. Más responsabilidad tiene por el mal cometido, quien más poder tiene para hacer el bien o el mal*”¹⁹⁶. Y a continuación descargaba una pregunta: “¿*Acaso, cabe alguna duda seria sobre quiénes han tenido y tienen más poder para el bien o para el mal en Panamá desde 1968?*”

Para Arias Calderón el *Grupo de El Valle* presentaba correctamente las exigencias políticas del consenso y el principio rector de la reconciliación. “*Pero desgraciadamente no sacaba suficientes conclusiones efectivas de su planteamiento*”¹⁹⁷. El dirigente demócrata cristiano se refería a la cuestión de fondo: el problema de la democracia. “*Este problema político –decía- no reside simplemente en que las organizaciones políticas se desarrollen y elaboren alternativas viables. Reside más bien en que tales organizaciones puedan desarrollarse plenamente y puedan hacer valer sus alternativas por vías propiamente políticas...*”¹⁹⁸. Luego señalaba: “***El obstáculo principal a ello proviene del papel estructuralmente dominante que los militares pretenden mantener en el país, incluso cuando lo juzgan conveniente por medios represivos***”. Y sentenciaba: “***Mientras***

no se encare el militarismo que se ha desarrollado en nuestro país, junto con la represión selectiva y la corrupción generalizada que se le conjugan, y no se encare con miras a superarlo por medio de cambios reales y sustanciales, la reconciliación no será posible, ni tampoco el consenso nacional.” Encararlo no significaba solamente denunciar sus transgresiones a un estado de derecho. Desde la óptica de Arias Calderón se trataba de entregarle a la comunidad nacional e internacional un discurso puntual, pero al mismo tiempo forjar en la sociedad panameña el deseo del cambio y trabajar por él.

Hugo Spadafora Franco

A las acusaciones de violaciones del Estado de Derecho, a los derechos humanos, a la libertad de expresión, al proceso de democratización iniciado en mayo de 1983, las propias Fuerzas de Defensa sumaban déficits que surgían de fisuras internas, civiles y militares, y desafectos que en 1985 apenas se asomaban. Parte de esa disidencia la comenzó a exponer en 1983 un “hombre del proceso”, el doctor Hugo Spadafora Franco, que con un pasado de combatiente en la guerrilla anticolonial de la nación africana de Guinea Bissau, había sido viceministro de salud y jefe de la brigada de guerrilleros panameños llamada “Victoriano Lorenzo”, que desde agosto de 1978 había peleado junto al Frente Sandinista de Liberación Nacional para derrocar la dictadura de Anastasio Somoza. Spadafora había sido quien desde las filas del régimen, coincidía con la oposición en señalarlo como una dictadura, y denunciaba que el jefe de las Fuerzas de Defensa, el general Manuel Antonio Noriega, mantenía vínculos con el narcotráfico.

Spadafora se había reunido por primera vez con Arias Calderón a finales de 1983 tras la mediación de un amigo común, el doctor Juan Champsaur. *“Nuestros caminos políticos habían sido hasta esa fecha muy diferentes y hasta contrapuestos”*, escribiría Ricardo en 1985 tras el asesinato del galeno y añadía que: *“En la conversación que sostuvimos, esos caminos se llegaron a encontrar. De la larga conversación que sostuve*

con el doctor Hugo Spadafora quedó sobre todo, una prueba más que hombres con opciones diferentes pueden entenderse si comparten algunos de los valores básicos que configuran la vida civilizada... La barbarie que destrozó su cuerpo comienza por la perversión malévola de esos valores y termina por el salvajismo de una violencia desquiciada”.

El cuerpo decapitado de Spadafora fue encontrado el 13 de septiembre de 1985 debajo del puente del río La Vaquita en territorio costarricense, a 200 metros de la frontera con Panamá. Del hecho se derivó, diez días después, la dimisión forzada del presidente Nicolás Ardito Barletta tras designar una comisión independiente que investigara el crimen de Spadafora. En los primeros días de octubre la Coordinadora Civilista Nacional (COCINA), convocó una huelga nacional y junto con la Iglesia Católica demandaron la renuncia de las unidades que se señalaban como vinculadas al atroz crimen.

Veintiún meses después de ese asesinato, el ex secretario ejecutivo de la Comandancia de las Fuerzas de Defensa, el coronel Roberto Díaz Herrera, confirmaba, entre otras cosas, que había obligado a dimitir al presidente Ardito Barletta, que en su casa se había fraguado el fraude que le había arrebatado la presidencia a Arnulfo Arias en las elecciones de 1984¹⁹⁹ y que su propia residencia era el resultado de visas cobradas a ciudadanos cubanos por transitar por Panamá.

La gravedad de aquellos acontecimientos no radicaba sólo en las revelaciones del militar, ni siquiera en sus motivaciones, sino en su confirmación. No había novedad en la sospecha del fraude, pero sí en la constatación de Díaz Herrera, divulgada en directo por la emisora *KW Continente*, aquella mañana del día seis de junio de 1987, y que provocó una concentración de civilistas ante la sede de ese medio, localizada por esos años en la Plaza Regency, sobre la vía España. El día siete en la noche, después que unidades militares asaltaron la casa de Díaz Herrera, *KW Continente* fue igualmente intervenida por agentes del orden público y clausurada, a su propietaria la periodista Mayín Correa se le dio casa por cárcel, y los “dobermans”²⁰⁰, reprimieron a aquellos que

habían mostrado solidaridad con el medio e indignación por las revelaciones del jubilado coronel. Junto a la muerte de Spadafora, las declaraciones de Díaz Herrera fueron dos factores culminantes en el fortalecimiento de la estrategia opositora, que a partir de ese momento tendrían expresión específica en las convocatorias de un movimiento civilista en el que la Democracia Cristiana sería uno de sus promotores más beligerantes.

Como si se hubiera preparado para ese momento, durante la conformación de la Cruzada impacta, con toda su fuerza, el paciente trabajo de acumulación iniciado en 1979. *Aprovechar los espacios* en que tanto había insistido Arias Calderón, y que había renovado tras las elecciones de 1984, comenzaría a arrojar resultados que sorprenderían al propio régimen. Temi de Obaldía recuerda que Ricardo había apostado desde esos años por el fortalecimiento de los gremios, y por incorporarlos en la batalla contra la dictadura. Muchos de los dirigentes de esos organismos ingresaron a las filas de la DC, y muchos fueron enviados a organismos internacionales para su formación política. Aunque en las filas de la Cruzada Civilista era categórica la presencia de miembros de todos los partidos opositores, era especialmente notoria la del demócrata cristiano.

Aquellos acontecimientos habían comenzado a provocar también cambios importantes en Washington. En un artículo publicado en la revista *Foreign Affairs* a principios de 1988, Arias Calderón recordará cómo, nueve años antes, dos altos funcionarios del Departamento de Estado habían puesto en duda la lucha que se libraba en Panamá. “*Desde el punto de vista de los líderes políticos de Estados Unidos, los problemas se resuelven en Panamá. La lucha por la ratificación (de los Tratados) ha sido costosa, no pasarán más recursos políticos en Panamá...*” Nueve años más tarde, -escribía Ricardo- ... *he planteado la misma cuestión con un funcionario del Departamento de Estado (...) en ambos casos, la democratización de Panamá no era percibida como un problema, al menos no urgente. Desde junio he hablado una vez más a estas dos personas, esta vez en Panamá. Tampoco podrían haber repetido sus comentarios anteriores, ni tampoco*

lo hicieron. El hecho mismo de sus visitas ha indicado cambios en las percepciones. Estaban en Panamá, precisamente porque su régimen y la necesidad de la democratización había estallado en una gran conmoción nacional, que los medios de comunicación internacionales, no podían pasar por alto y la comunidad internacional podía pasar por alto por más tiempo” 201.

Aurelio Barría, quien fuera presidente de la Cruzada Civilista a partir de junio de 1987, explica que todos los partidos políticos opositores se unieron en ese organismo, respetando su bandera blanca y demás símbolos del movimiento, como una alternativa promovida por gremios nacionales de diferentes orígenes y sectores de la sociedad civil, explica. *“El PDC en la época era el partido de mayor prestigio y credibilidad, y con mayor participación ciudadana después del PRD, que apoyaban los militares. Ricardo Arias Calderón, desde un inicio, cuando conversamos sobre el movimiento, nos brindó todo su apoyo y fue determinante en la movilización nacional porque el partido tenía una amplia relación en todos los diferentes corregimientos del país”*.

“...su capacidad y convicciones estaban un tanto adelantadas a las realidades políticas nacionales, que no supieron comprender que había en él un hombre valiente, decidido y con firmes raíces democráticas para darle un giro a la política nacional y hacerla más limpia, participativa en todos los sectores”, subraya Barría.

Para esa época la residencia de la familia Arias-Yaniz era una especie de centro logístico con paquetes de volantes, banderolas, calcomanías y todo tipo de material impreso a favor de la Cruzada, ha dicho Teresita, mientras que Valerio Araúz afirma que en la campaña publicitaria de la Cruzada, el papel de la DC y las orientaciones de Ricardo fueron contribuciones decisivas para el fortalecimiento del movimiento.

En la misma medida en que la ofensiva opositora comenzó a tomar forma, el régimen intensificó una vigilancia férrea sobre los dirigentes, y una intolerancia hacia las manifestaciones públicas, que encontró expresión en el decreto de gabinete número 59 del siete de julio de 1987. En lo que pasó a llamarse histórica-

mente “*viernes negro*”, el 10 de julio de ese año partidos y gremios de oposición reunidos en la *Cruzada Civilista* convocaron la *Gran Cruzada Blanca*, con banderas y vestidos blancos, y toques de cacerolas; un reto frontal al régimen, un acto culminante que implicó una gran concentración ante la Iglesia del Carmen sobre la vía España. Un día antes los aliados del régimen habían decidido realizar una concentración de apoyo, en respuesta a la que realizaría la oposición, pero ambos eventos fueron prohibidos por el presidente Eric Arturo Delvalle. Así que, al realizarla contra la disposición oficial, la *Gran Cruzada Blanca* realizaba un desafío abierto.

Unidades del orden público dispersaron a los manifestantes manguera en mano, con perdigones y chorros de agua. Eran: “*los pitufos y los dobermans en acción*”²⁰². Muchos manifestantes se replegaron hacia sus comunidades y allí la manifestación asumió, con espontaneidad, ribetes insurreccionales: bloqueo de calles, lanzadera de piedras, toques de pailas, barricadas, quemas de llantas, retenes. La movilización militar fue masiva. Si la reacción oficial, por su dureza, carecía de antecedentes desde el golpe de 1968, la de los cruzados, o “sediciosos” como los llamarían, tampoco tenía precedentes. La ciudad era un campo de batalla, hasta en su periferia. Pese a los arrestos masivos, la suspensión de las garantías constitucionales, el toque de queda decretado y un apagón generalizado, las protestas continuaron con una acentuada radicalización “*que pedía el fin de la dictadura militar, la salida del poder del general Noriega y el regreso de la Democracia*”²⁰³. La oposición había pasado de la ofensiva verbal, a la toma de calles y las fuerzas del régimen sólo se apoyaban en la entidad castrense. La base social de la que había dispuesto el régimen durante los años de Torrijos estaba paralizada y disminuida.

El reclamo de retorno a la democracia, diecinueve años de régimen militar, el asesinato de Spadafora y las declaraciones de Díaz Herrera, todo se conjugó ese viernes en las demandas de millares de ciudadanos encabezados por la oposición civilista, para dar inicio a una constante que hasta 1989 se caracterizó por movilizaciones masivas en la avenida Central, la vía España y

la calle 50, contra la represión de las unidades de orden público y la puesta en escena nuevamente de un lenguaje populista por parte del régimen. Una mirada retrospectiva permite aseverar que mientras la oposición había llevado muy en serio su papel, el régimen parecía subestimar su alcance.

En 1987, ante la Cámara Junior de Panamá, Arias Calderón desarticulaba la acusación oficial de que las acciones opositoras estaban destinadas a impedir el cumplimiento de los tratados Torrijos-Carter de 1977 y garantizar la permanencia colonial de Estados Unidos en Panamá. No solo expresó que el único camino que podía garantizar el exitoso cumplimiento de esa tarea era la real y efectiva democratización del país, sino que enumeró además cinco componentes en el cumplimiento de ese reto: *1- Pone a prueba nuestra capacidad para ejecutar exitosamente los actuales Tratados sobre el Canal, desde el punto de vista de asumir responsabilidades crecientes (puertos, ferrocarril, los servicios públicos en el área canalera) desde el punto de vista de contrarrestar por vía de negociaciones firmes la interpretación unilateral de los Tratados por parte de los Estados Unidos(...)* *2- Pone a prueba nuestra capacidad de prepararnos adecuadamente para ejercer plena soberanía y administración sobre el Canal, algo que ningún panameño puede comprometer(...)* *3- Pone a prueba nuestra capacidad para participar activamente en el estudio tripartita de las alternativas del Canal y para decidir a tiempo y soberanamente la alternativa más conveniente;* *4- Pone a prueba nuestra capacidad para prever y proporcionar la necesaria defensa del Canal o de sus alternativas (...)* *5-Plantea una interrogante que todo lo abarca: ¿seremos capaces los panameños de compartir una visión común y emprender una acción conjunta para responder al reto nacional del Canal?*

Nadie que se estuviera planteando tales preocupaciones podía estar conspirando para impedir que los tratados se cumplieran.

En lugar del enfoque hacia las causas generales que habían captado la atención de los manifestantes, la dictadura intensificó el seguimiento a los dirigentes civilistas, se intervinieron teléfonos y cada información sobre propuestas, movilizaciones o

eventos de la Cruzada fue debidamente registrada, clasificada y archivada. Entre 1987 y 1989 fueron grabadas casi todas las conversaciones telefónicas entre dirigentes políticos opositores.

Un “Informe sobre la verdadera agresión”, editado por la Secretaría de Comunicación y Propaganda del PDC, en noviembre de 1988, precisaba que desde agosto de 1987 el régimen emitió órdenes de arresto contra los demócrata cristianos Gilbert Mallol y Eduardo Vallarino, que los obligó a salir del país y exiliarse en Venezuela; contra la también demócrata cristiana Mery Alfaro de Villageliú, a quien acusaron de ser la jefa de un supuesto operativo terrorista al que vinculaban a las empresas Tagarópulos, El Machetazo y Gago. Alfaro Villageliú fue detenida en dos ocasiones, el 20 de octubre de 1987 y en abril de 1988. En la primera ocasión fue acusada de supuesto terrorismo por ser la presunta jefa de logística. También su esposo fue detenido y en la segunda por atentar contra la seguridad del Estado. Alfaro de Villageliú debió salir del país después de ser arrestada por el G-2 y exiliarse en Estados Unidos. Las detenciones se hicieron extensivas a todo el país. Se volvieron algo cotidiano, asevera Valerio Araúz. El siete de junio de 1987, por ejemplo, en Santiago de Veraguas el dirigente demócrata cristiano Hermel Rodríguez fue encañonado durante una caravana y tuvo que refugiarse en el Obispado; dos días después, durante un acto cívico frente a la emisora Kw Continente unidades antimotines atacaron y golpearon a Arias Calderón, a su esposa Teresita y a otros miembros de la DC. Ese mismo día hubo represiones contra civilistas en El Chorrillo, son heridos en los ojos los ciudadanos Teodoro Arosemena y Humberto Cisneros: Mientras que el primero debió ser intervenido quirúrgicamente, el segundo perdió la visión en uno de sus ojos.

“Las afirmaciones de que no existen violaciones a los derechos humanos son una burla a la opinión pública”, diría Arias Calderón a la emisora Estero Rey el 23 de mayo de 1988, según un informe de la Seguridad del Estado. *“En los últimos meses – denunciaba Arias Calderón en aquella entrevista- más de mil 700 panameños han sufrido arrestos arbitrarios, más de mil panameños han recibido heridas de perdigones y de bala, centenas*

de panameños han sido golpeados inmisericordemente, algunos de ellos torturados mientras se encontraban bajo arresto...". Ricardo hacía referencia en aquella ocasión a la falta de independencia del Órgano Judicial, señalada por informes de organismos internacionales como American Righths Watch, lo que hacía más complicada la situación de los detenidos.

Ironía de por medio Arias Calderón, el denunciante de aquella situación era precisamente el principal objetivo de la vigilancia del régimen. Un retrato suyo junto al de Roberto Eisenmann aparecía en algunas oficinas de las Fuerzas de Defensa, identificado como enemigo público.

Había en Ricardo, explica de Obaldía, *"una especie de terquedad preocupante"*. Es que *"se trataba de un hombre que predicaba con el ejemplo"*, añade Milton Henríquez, y José Antonio Sossa subraya que Arias Calderón es un hombre valiente. Desde 1987 dormir en una casa o amanecer en otra, será parte de las medidas de seguridad que tome Arias Calderón. Pernoctar en casa era un riesgo. Una de esas noches – recuerda Ángeles, una de sus hijas- *le pedí a mi hermana que si podía irme a dormir con ella en su cama. La mía quedaba pegada a la ventana que daba a la calle y llegué a temer que lanzaran algo explosivo"*.

En las calles, las contribuciones orientadoras de Ricardo Arias Calderón, estuvieron presentes en todas las manifestaciones de la cruzada civilista²⁰⁴, sostenía un informe de la DC, que destacaba igualmente que en la Asamblea Legislativa los legisladores Arellano Lennox, Guillermo Cochéz, Bertilo Mejía, Raúl Ossa y Jorge Elías Montemayor, al igual que sus respectivos suplentes mantuvieron una denuncia constante.

La presión había llegado a tal punto que ya en enero de 1988 el entonces presidente Eric Arturo Delvalle había comenzado a pensar en la manera como podía destituir al general Noriega de la comandancia de las Fuerzas de Defensa. Delvalle no contaba con mayor influencia en el instituto armado, la clase dirigente panameña de la que él era parte estaba dividida entre aquellos que como el propio Delvalle eran parte del régimen y aquellos que lo adversaban desde las filas de la Cruzada Civilista. Algunos pocos

como el doctor Jaime Alemán Healy y José Dominador Bazán lo acompañaron en esa encrucijada. El 25 de febrero en la mañana en las instalaciones del canal Cinco de televisión, Delvalle grabó, en forma clandestina, un mensaje a la Nación en el que leía el decreto mediante el cual anunciaba la destitución de Noriega para que fuera transmitido en cadena nacional en horas de la tarde. El decreto estaba firmado por Delvalle y su ministro de Gobierno y Justicia Jaime Alemán Healy. Pero la convocatoria de Delvalle no despertó reacciones entre la población, ni siquiera entre quienes se oponían a los militares, o en aquellos que le habían insistido al mandatario sobre la destitución del jefe militar. Teresita y Edwin Cabrera coinciden en señalar que esa falta de apoyo tanto a Ardito Barletta como a Delvalle obedecía a la convicción de que respaldarlos implicaba mantener el statu quo, dejar todo como estaba, pero sin Noriega.

Salvo por un grupo reducido de amigos, que aquel día se reunieron en su casa, Delvalle transitó por el mismo calvario que sólo dos años y medio atrás había vivido el doctor Nicolás Ardito Barletta. Se había quedado sólo en medio de la hostilidad militar y la indiferencia de su clase. Un militar, jefe de policía, el coronel Leonidas Macías diría sobre la destitución: *“Mi General se queda, el que se va es él”*. Entrada la noche, tropas de las Fuerzas de Defensa comenzaron a rodear la residencia de Delvalle, y cada una de las personas que hasta ese momento le habían acompañado, fueron dejando al mandatario. Él mismo Delvalle optó por buscar la residencia de un amigo y pasar a la clandestinidad, donde estuvo hasta que salió discretamente del país hacia Estados Unidos. Allí, al seguir siendo reconocido por Washington como presidente de Panamá, ordenó el congelamiento de los fondos panameños en bancos estadounidenses, una medida que agravó la situación económica del país.

El mismo día 25 de febrero de 1988, por la tarde, María Teresa, la hija mayor de Ricardo y Teresita quien se encontraba sola en la residencia familiar, recibía una llamada telefónica anónima. Una voz femenina le anunciaba desde el aeropuerto de Tocumen que su papá y su mamá eran deportados en ese ins-

tante. Casi paralizada, María Teresa alcanzó a preguntar: “y usted ¿cómo sabe el número de teléfono de mi casa?”; - y la voz le respondió: “*porque mientras cuatro hombres lo cargaban en peso su papá va gritando: soy Ricardo Arias Calderón y me deportan contra mi voluntad, llamen a mi hija....*” y a continuación decía el número de teléfono de la casa. Teresita recuerda que ella y Ricardo acababan de llegar de Miami acompañados por el conocido periodista Andrés Openheimer, pues sabían que habría resistencia para dejarlos entrar. Gabriel Lewis Galindo, empresario y hermanastro de Ricardo, quien en Washington hacía lobby contra la dictadura, se había comunicado con él el día anterior y le había informado que el presidente Delvalle se proponía destituir a Noriega, así que en lugar de permanecer en Miami, Arias Calderón se apresuró en regresar a Panamá, contrario a otros “exiliados” que decidieron permanecer en Estados Unidos. Ya en Tocumen, Teresita y Ricardo fueron conminados por miembros de la Seguridad del Estado a pasar al salón diplomático, y en un momento en que Openheimer se dirigió hacia el baño fueron informados que serían deportados hacia Costa Rica. Fue entonces cuando Ricardo se sentó en el piso para resistirse a la deportación, y entre cuatro hombres fornidos lo levantaron en peso y lo llevaron hasta el avión. Teresita trató de evadir la acción aduciendo que ella “*solo era la esposa*”, pero los agentes le dijeron que sabían muy bien quien era, así que también tenía que tomar aquel vuelo. Regresaron en marzo, después del levantamiento del día 16, acompañados de los parlamentarios demócratas cristianos, dos alemanes CDU, dos diputados costarricenses, los copeyanos venezolanos María Bello de Guzmán y Eglee Isava. Aquel marzo de 1988, en Tocumen, Ricardo y Teresita serían recibidos por centenares de simpatizantes, dirigentes de la Democracia Cristiana y personalidades de partidos políticos amigos y de la iglesia católica. En San José habían establecido comunicación con algunos exiliados para que viajaran en su compañía hasta Panamá, pero, nuevamente, algunos prefirieron evitar sobresaltos.

El 16 de marzo

Cuando Teresita y Ricardo regresaron a Panamá ya se había registrado el levantamiento que el 16 de marzo de 1988 encabezó el coronel Leonidas Macías. Desde junio de 1987 cuando Roberto Díaz Herrera había denunciado a Noriega, en la Institución había comenzado a madurar un sentimiento de insatisfacción. No había tenido forma orgánica en los tiempos del jubilado coronel porque al decir de varios de sus subalternos, *“él había sido en la Fuerza un académico, más un intelectual, un político que un tropero, una condición que estuvo a la base del fracaso de su intento en septiembre de 1985 de movilizar la tropa para sacar a Noriega, a raíz del asesinato de Hugo Spadafora. Allí comenzó la desconfianza hacia él, y que terminó con su jubilación en junio de 1987. Después de Díaz Herrera, algunos oficiales fuimos buscando a nuestros compañeros de graduación, de escuelas militares y a criticar en voz baja las cosas que se venían dando en la organización castrense*²⁰⁵. Uno de ellos recuerda que *“a los oficiales de las Fuerzas de Defensa nos pintaban a los políticos opositores, en especial a los de la DC como los enemigos de la Fuerza y fuimos evolucionando dentro de la organización con esa imagen, y por supuesto que el enemigo número uno era Ricardo Arias Calderón. A finales de 1987 comenzamos a entender que los enemigos del país y de la Fuerza estaban dentro de la propia Institución”*.

Mucho se ha hablado de este episodio sobre todo por la participación o no de la Democracia Cristiana en los eventos de marzo de 1988. Aun cuando el antimilitarismo fue columna vertebral de sus luchas, algunos de sus miembros establecieron, primero por su cuenta, luego de forma orgánica, contactos con varios de los militares que serían dirigentes del levantamiento ocurrido en esa fecha. La desaparecida demócrata cristiana Astrid Wolff sería una de esas personas, junto a Ebrahim Asvat y Guillermo Cochez por razones que, como otros hechos fortuitos, son atribuidos a la relación que todos los panameños mantienen entre todos. *Es un país muy pequeño-* se ha dicho, y en el caso de Cochez durante sus estudios secundarios en el colegio La

Salle había conocido a Honorio Quesada, hermano del mayor Fernando Quesada, un oficial de inteligencia que fue uno de los dirigentes del levantamiento.

*“En la madrugada del 16 de marzo recibí una extraña llamada de mi primo hermano Dicky Domínguez; me pasaba a buscar a casa con Chema Toral a las cinco y media de la mañana (...) intuí que se trataba de algo relacionado con el íntimo de Toral, el mayor Fernando Quesada, de quien había conversado varias veces antes procurando tirar puente con los militares. Quesada nos esperaba en el Puente de las Américas donde hacía jogging. El golpe sería a las siete de la mañana y mi tarea sería avisarle al nuncio Laboa, a Arias Calderón y a los líderes de la Cruzada Civilista Alberto Conte, Alberto Boyd y Eduardo Vallarino. A pesar de haber ido con el mensaje personalmente donde cada uno de ellos, la inexperiencia política de algunos trajo como consecuencia el que empezaran a hablar entre sí por teléfono...”*²⁰⁶

Otro militar comprometido con la asonada asevera que los primeros contactos con la Democracia Cristina se produjeron en 1984 durante las elecciones presidenciales, por instrucciones de las propias Fuerzas de Defensa, que al parecer buscaba puentes que facilitaran la comunicación con la oposición. A principios de 1988 la DC también había comprendido que dentro de las Fuerzas de Defensa había un elemento con el que se podía contactar y comenzaron los primeros pasos a través de figuras como Guillermo Cochez y Ebrahim Asvat.

Pero el aspecto más sobresaliente de aquellos “tanteos” fue, aunque sin agenda precisa, la discreta reunión que sostuvo Arias Calderón con el propio Noriega. Teresita indica que ocurrió en 1985, antes del asesinato de Hugo Spadafora en la casa del empresario Bobby Tzanetatos. Arias Calderón asistió reticente, como quien va al descubrimiento de una fatalidad y tiene preparadas respuestas para preguntas esperadas. Total, lo único que le faltaba era conocer personalmente a un adversario con cuyas artes había chocado casi a diario en los últimos seis años. Noriega llegó solo, puntual, de uniforme. Ricardo llevaba una camisa guayabera blanca y pantalón negro y tras los saludos de rigor ambos

hombres quedaron a solas en una especie de estudio, cada uno en una butaca. Por más de dos horas los temas puntuales que presentó Ricardo sobre la correcta ubicación de los estamentos militares en un Estado de Derecho y de cómo el estatus que exhibían en ese momento chocaba con la Democracia que reclamaba el país, fueron respondidos por Noriega mediante generalidades. No hubo respuestas exactas para las preguntas exactas de Arias Calderón. El líder demócrata cristiano había acudido al encuentro con la expectativa de explorar alternativas que le permitieran por lo menos adivinar una intención positiva de su interlocutor, así que reiteró su posición en el tema de que los militares debían volver a sus cuarteles y dejar a los civiles la conducción del país. Noriega -recuerda Ricardo- no cesó en temas zigzagueantes, tanto que al final de la conversación sentía una especie de vacío, de posición indescifrable por parte del jefe militar que no le permitía asegurar que había estado ante un hombre que le había entendido o que, al entenderle, había optado por evasivas y repliegues sin ningún compromiso. De vuelta en casa Arias Calderón le diría a su esposa que si antes tenía poca claridad sobre la posición de Noriega, después de aquella noche lo entendía menos.

Otro de los oficiales que intervino en el golpe del 16 de marzo y que estuvo detenido hasta el 20 de diciembre de 1989 asegura que después de la detención que siguió al fracasado golpe, comenzó un intercambio fluido de información con la DC. El grupo conspirador se identificaba, sin embargo, con el programa que había desarrollado el general Torrijos y a diferencia del posterior movimiento que encabezó el mayor Moisés Giroldi, además de la retirada de los coroneles proponía la entrega del poder a los civiles y el retorno de los militares a los cuarteles. ¿Cómo coincidía esa posición de los oficiales disidentes con la Democracia Cristiana que había combatido al “torrijismo”? Para ellos *“el movimiento civilista que había surgido consideraba que de alguna manera no todo en la Fuerza era corrupción, tenía que haber gente decente. Antes de marzo de 1988, uno de los representantes de la DC, Ebrahim Asvat se comunicó conmigo a través de un familiar y me mandó la siguiente pregunta ¿estaría*

yo dispuesto a aceptar un cambio en el gobierno y que fuera un gobierno civil y cuál sería mi posición? Esa era la ventana que algunos de los oficiales estábamos esperando. Allí comenzamos a entender que la DC no era lo que nos habían pintado. Tras el golpe del 16 de marzo de 1988 y estando nosotros detenidos comenzó una coordinación entre los civilistas y los militares detenidos, bien diseñada y funcionando, y empezamos a sentir que este grupo civilista trataba de rescatar a las Fuerzas de Defensa. Un oficial de mayor graduación que yo me hizo entender que lo que se quería era que no continuara el estado de cosas con Noriega al frente. Nuestra pregunta era ¿Quién iba a quedar en su remplazo? La respuesta era que fueran los civiles panameños que manejaran el poder y que nosotros nos saliéramos de eso”.

A finales de febrero de 1988 el coronel Leonidas Macías, entonces jefe de policía, organizó un almuerzo para periodistas en “*La Casa del Marisco*”, un restaurante localizado por esos años en la avenida Balboa y en el que no emitió una sola declaración. Se limitó a estrechar la mano de los más de veinte periodistas congregados allí, en un notorio acto de relaciones públicas. Terminado el almuerzo algunos periodistas, entre esos el autor de este libro, partimos con la certeza de que Macías sería el hombre que actuaría contra Noriega. El golpe fracasó, los golpistas fueron detenidos y la Democracia Cristiana mantuvo una campaña desde esa fecha a favor de sus vidas.

“La noche del 15 de marzo hubo un Consejo de Gabinete ampliado en la Presidencia de la República, donde, además de los coroneles, estaban los mayores Fernando Quesada, Luis Samudio y el capitán Humberto Macea. Hablé, entre otros, el desaparecido perredista Rigoberto Paredes en defensa del general Noriega y ya se hablaba de apresar a Noriega y entregárselo a los norteamericanos. Hubo mucho nerviosismo en la escolta de Noriega esa noche”. En realidad el movimiento se organizaba para el 22 de marzo, pero la mañana del día 16 el coronel Macías se alzaba contra Noriega. Cuando varios de los comprometidos en la asonada llegaron al cuartel ya el movimiento había arrancado, los coroneles no se aparecieron

y los golpistas se quedaron solos. La espiral de inseguridad seguía creciendo.

Ese mismo mes de marzo los bancos cerraron sus operaciones, en un intento por frenar el retiro masivo de depósitos de los cuentahabientes, que preocupados por la inestabilidad del país trataban de llevar su dinero fuera de Panamá. Fue el segundo hecho que develaba la inestabilidad en que se debatía el país.

Los militares respondieron reprimiendo a la oposición civilista. En mayo de ese año el también dirigente demócrata cristiano Iván Romero fue detenido ilegalmente, golpeado y deportado hacia Miami. Otros seis dirigentes del PDC fueron exiliados ese mes, y luego siguieron el mismo destino los civilistas Roberto Brenes, Aurelio Barría, Rafael Zúñiga, Carlos Ernesto González de la Lastra, Warland De Janón, Marisol Bustamante de Romero, Virgilio Ramírez y Manuel Burgos. Igualmente el dirigente del MOLIRENA Luis Guillermo Casco Arias. Ciento dos civilistas fueron detenidos el 11 de junio de 1987, 18 de ellos demócrata cristianos, liberados el 16 de julio, luego de ser “sometidos a torturas y vejámenes”²⁰⁷. Entre agosto de 1987 y octubre de 1988 se registraron 73 acciones de detención y hostigamiento contra centenares de civilistas, incluyendo aquellas debidamente documentadas.

En octubre de 1988 Mery Alfaro de Villageliú sería detenida nuevamente, acusada de encabezar un supuesto plan terrorista. En las oficinas de la sub-jefatura del G-2 oficiales como el mayor Felipe Camargo y el capitán Leslie Loaiza la interrogarían. Camargo –recuerda ella- le expresó su interés por conversar con dirigentes de la Cruzada Civilista, y para los efectos le preguntó si tenía buena memoria. Después que ella asintió le dio un número de teléfono que finalmente resultó ser de una oficina que tenía el G-2 en el barrio *El Cangrejo*. Después de aquella detención ella y su esposo pasaron al exilio.

Ramón Lima, Guillermo Márquez Briceño y Rubén Arosemena Valdés fueron algunos de los abogados de la DC que en la mayoría de los casos gestionaban las salidas de los afectados. En Chiriquí José Arsenio de Obaldía, Mirtza Franceschi de

Aguilera y Dixta Castillo de Méndez harían otro tanto. Pese al incremento de la represión los informes de la Democracia Cristiana revelaban una sostenida decisión de denuncias y de lucha entre los civilistas.

Los militares le asignaron a la familia Arias-Yániz vigilantes permanentes, tanto que pasado varios meses nada tenía de sorpresivo encontrar un auto sin placa estacionado frente a su casa o a cierta distancia. Entonces Teresita tomaba la iniciativa, les ofrecía bocadillos a los vigilantes del G-2 o del Departamento Nacional de Investigaciones (DENI), y les indicaba que cuando tuvieran necesidad podían ir a la casa y utilizar el baño. Los vigilantes partían en el acto y regresaban al poco rato. Martín, el mayor de los hijos varones de los Arias Yániz recuerda que *“hubo momentos donde toda la familia se iba a dormir a las residencias de amigos o de familiares para evitar los riesgos de un ataque a la casa”*.

Un día después de dejar a Ricardo durmiendo en la residencia de unos amigos, Martín fue a estacionar el auto lejos para que no supieran que su papá estaba en ese lugar. *“Un carro del G-2 con 3 agentes vio el auto y me ordenaron parar. Huí a más de 110 kph en medio de la ciudad y en el proceso violé múltiples leyes de tránsito. Fui a dar a la Nunciatura, donde monseñor Sebastián Laboa me dio ‘asilo’ por una noche”*.

En otra ocasión, cuando salía de la sede de la DC sobre avenida Perú un grupo armado vinculado al régimen disparó contra Arias Calderón, quien, tras acomodarse en el piso del vehículo en el que viajaba, fue retirado rápidamente del lugar. A Ricardo, en particular, le dedicaron un seguimiento por hora, sobre reuniones y contactos. Un informe del G-2, indicaba que *“el 22 de mayo de 1987 Arias Calderón participó en un cabildo abierto por el cierre del programa radial Alternativa del doctor Miguel Antonio Bernal, realizado frente a la escuela República de Venezuela comenzando a las 17-40 horas y terminando a las 19-20”*. En el expediente había igualmente un listado completo de las llamadas realizadas por este, desde y hacia números determinados, registradas visitas realizadas por Arias Calderón y Willy Cochéz a la

embajada de Estados Unidos, que para ese momento mantenía con el régimen una lucha frontal, después de las acusaciones oficiales contra Noriega sobre tráfico de drogas.

Estados Unidos había empeñado ese año esfuerzos importantes en el caso de Panamá. En mayo de 1988 Michael Kozak, su embajador especial, había negociado un pacto según el cual su país retiraría los cargos en su contra a cambio de que el General dejara la comandancia del ejército. Se llegó a hablar hasta de su sucesor, un militar institucional contra el cual no había señalamientos por irregularidades o delitos.

Las elecciones de 1989

La labor desempeñada desde 1979 a su regreso, encuestas, carisma y sobre todo una amplia simpatía entre los votantes alcanzada en todo este periodo, hacía del doctor Ricardo Arias Calderón la figura más destacada y emblemática, para los comicios de 1989. Su discurso y sus gestiones en el exterior, donde era ampliamente reconocido como un dirigente frontal al régimen, y la coherencia de sus objetivos en la búsqueda de la democracia para Panamá hacían de él la principal figura de los opositores. *“Ese era el jefe de la sedición”*, han reiterado, muchos años después, algunas figuras vinculadas a las ex Fuerzas de Defensa. *“El poseía los méritos y la capacidad para ser Presidente de la República”* - ha expresado doña Rosarios Arias de Galindo, presidenta de la Editora Panamá América, incorporada de forma efectiva a las tareas que cumplía la democracia cristiana y para quien *“las intervenciones y acciones de Ricardo abrían caminos en los momentos más difíciles”*. Había razones suficientes como para pensar que en aquel torneo de 1989 él pudo ser considerarlo como el candidato natural de la oposición para la presidencia de la república. ¿Por qué no lo fue?

Todavía en enero de 1989 la oposición no había definido un candidato unitario. La transcripción realizada por el G-2 de las Fuerzas de Defensa de una conversación telefónica sostenida entre los dirigentes del MOLIRENA Rubén Darío Carles y Alfredo

Ramírez, demuestra que para esa fecha se discutía aún la manera de formularle la propuesta a la viuda del doctor Arnulfo Arias, Mireya Moscoso. Fue Gilberto Arias Guardia –señaló ella- quien la citó a principios de 1989 a Santa Mónica, una finca situada en la céntrica provincia de Coclé y que había sido propiedad del ex presidente Harmodio Arias, para conocer la propuesta de que fuera ella la candidata presidencial de la oposición. Pero la ex mandataria *“pasaba por un momento muy difícil después de la muerte del doctor Arias, mi madre pasaba una de sus peores crisis, y no me sentía preparada para ese momento”*.

Previo a la decisión final, los partidos de la oposición habían acordado no emitir anuncios por separado hasta llegar a un consenso sobre la candidatura presidencial. Era un acuerdo, un compromiso que por lo sucedido posteriormente estaba copado de fragilidad. En la política panameña, tanto como en su conducta cultural, pareciera que lo único real es lo contrario a lo que se acuerda, y que pesa, literalmente aquello de que *“en política no hay sorpresas sino sorprendidos”*.

Ricardo recuerda que *en los primeros días de enero de 1989 “comenzarían la negociaciones entre los partidos y se le solicitaría a la Conferencia Episcopal comprensión y apoyo en la realización de ese hecho. El primer domingo de ese mes nos encontramos con la prensa para que los periodistas tomaran conocimiento de ese hecho, pero fueron los periodistas quienes hicieron de nuestro conocimiento que ya los liberales y los arnulfistas se habían reunido y nos informaron de algo que nosotros desconocíamos; los liberales y los arnulfistas ya le habían ofrecido la presidencia a Jorge Pacífico Adames, y éste había rehusado considerando que no estaba listo para asumir tremenda responsabilidad”*.

Willy Cochez ratifica que la candidatura del Guillermo Endara Galimany nació en las oficinas del Partido Liberal en una reunión en la que habrían participado los dirigentes Joaquín Fernando Franco, Arnulfo Escalona y César Pereira Burgos. *“Se hizo por descarte –añadió- Primero se hizo el ofrecimiento a Mireya Moscoso, luego a Jorge Pacífico Adames y finalmente a Endara”*.

El ofrecimiento, en el que se contemplaba la segunda vicepresidencia para la DC, violaba rotundamente el acuerdo de llevar el debate bajo la asesoría de la Conferencia Episcopal.

“La jugada de los arnulfistas y los liberales estaba condicionada por el hecho de que el partido arnulfista, muerto su líder, había sido dividido por una maniobra de los militares, que a través del TE le habían dado la presidencia del partido arnulfista a Hildebrando Nicosia. Nicosia se había sentido porque en 1984 esperaba ser escogido por Arnulfo como uno de sus vicepresidentes y Arnulfo no lo escogió. Eso había empantanado el ambiente en el partido arnulfista. Al tomar esa decisión el TE, es decir Noriega a través del TE, el partido arnulfista se dividió y quedó sin representación, teniendo que aliarse con el Partido Liberal de Arnulfo Escalona y Joaquín Fernando Franco para salirse con las suyas”, explica Arias Calderón.

¿Qué incidía, como para que sectores como los liberales y los panameñistas, enemigos de toda la vida, se unieran para reducir el papel de la democracia cristiana en la alianza? La DC era en ese instante el colectivo mejor organizado y de mayor aceptación entre los votantes. Toda la oposición era consciente del papel estelar que desempeñaba la unidad en la batalla que se libraba contra la dictadura, del aporte sustantivo hecho por la DC con ese objetivo que tantas perspectivas ofrecía para mayo de 1989, y en especial el rol jugado por Ricardo Arias Calderón. ¿Qué actuó en contra de la candidatura presidencial de este dirigente? 1. La evidente perspectiva de triunfo; 2. La lectura que los aliados hacían del comportamiento político de Arias Calderón. 3. Las viejas confrontaciones de los liberales con la DC, y en las que Ricardo siempre había jugado un papel importante. Pero a criterio de Cochez también estuvieron sentimientos poco sanos, como el celo y la envidia.

Juan Antonio Tejada, Temi de Obaldía y Edwin Cabrera coinciden en señalar que aquellos aliados tenían una lectura exacta de la ética política de Ricardo. Sabían de antemano que él no haría nada por dividir a la oposición y de que, impuesta la realidad, él trataría de mantener la unidad mediante algún acuerdo. Sabían

además que una de las grandes dificultades que había tenido la dictadura con el presidente de la Democracia Cristiana era su rectitud, su trayectoria sin tacha, una cualidad que al decir de sus seguidores también intimidó a sus aliados.

Ricardo trató de detener la maniobra de los aliados *“ofreciendo la vicepresidencia a tres personas; Mario Galindo, a quien vi aquí en mi casa, a Aurelio Barría y a Carlos Valencia. Galindo dijo que no podía porque rompería la unidad de su partido, y algo había de eso, porque el MOLIRENA siempre había sido una coalición de grupos y ellos se presionaban los unos a los otros. Aurelio Barría lo propuse porque fue el primer presidente de la Cruzada Civilista y además era MOLIRENA. Él me ha dicho ahora que no era tan MOLIRENA nada, pero en realidad el sí era MOLIRENA, y en tercer lugar hice el ofrecimiento al civilista Carlos Valencia, y todos me dijeron que no, porque no querían darme la candidatura. Creo que ellos también tenían aspiraciones. El hecho de que yo les hablara les daba esperanza. En ese momento yo tenía la más alta intención de voto, muy lejos, según me lo había dicho un encuestador que tenía el Partido Liberal, de Roderick Esquivel, quien estaba separado del Partido Liberal Auténtico. Tuvimos negociando casi un mes y yo estaba convencido de que si íbamos solos íbamos a perder, porque Noriega tendría el chance de ganarnos como había ganado las elecciones de 1984, con trampa y por fraude”*.

Ignacio, el hijo menor de Ricardo que para esa época contaba unos 17 años, recuerda otro esfuerzo de Arias Calderón para frenar la maniobra de liberales y panameñistas. Él estaba sentado haciendo su tarea en el comedor de la casa y a pocos metros se reunía en la terraza con su papá la plana mayor del MOLIRENA, excepto Billy Ford. *“En esa reunión mi papá le preguntó a uno por uno: ¿Quién tú quieres que sea el próximo Presidente de Panamá?, y cada uno sin vacilar respondió “tu Ricardo”. No habían pasado 48 horas de aquella reunión cuando los Molineras estaban apoyando la candidatura de Endara.”* Aquella situación demostraba que la unidad interna de la oposición lanzada contra Noriega y su régimen también tenía

un límite pese a los méritos de Arias Calderón, que no era, al menos para los aliados un tema moral, sino político y de cálculos. Arias Calderón nada tenía que ver con las prácticas políticas tradicionales, ni su partido se movía en base a clientelismos.

Milton Henríquez asegura que conocida la decisión de los aliados la Comisión Política del Partido Demócrata Cristiano, que estaría conformada por unos quince militantes, entró a deliberar. *“Esa noche nos reunimos en la casa de Ricardo, y cada uno de los presentes fue exponiendo su posición. De forma coincidente todos proponíamos que fuéramos con una nómina propia”*. El trabajo de la Democracia Cristiana en los últimos nueve años había producido tal acumulación que una mayoría significativa de sus miembros no hubiera dudado en concurrir en solitario a los comicios de 1989. Nunca en sus casi treinta años de historia la DC había alcanzado tal protagonismo ni había sido una opción real de poder como en 1989. Pero esa noche se pondría de manifiesto otra cualidad recurrente en Arias Calderón: la subordinación de sus propios deseos a la lógica de la estrategia, a los intereses del colectivo, a lo que consideraba mejor para el país. *“Así que cuando le tocó hablar, él nos convenció de la necesidad de ir en alianza y aceptar la primera vicepresidencia”*, recuerda Milton. Ramón Lima, quien también se encontraba en esa reunión indica que sólo Rubén Arosemena Valdés y él votaron en contra de aceptar la alianza en esas condiciones. *“Estábamos convencidos que debíamos correr solos”*, asevera.

La reacción en la base sería más dramática. Arias Calderón no era tan solo el ideólogo. Un discurso coherente, una conducta simétrica pero sobre todo una figura inspiradora hacían que las huestes demócrata cristianas y un amplio sector que, sin serlo, valoraba lo más importante de un líder, su credibilidad, daban por sentado que el sería el candidato en aquella hora decisiva. Contaba con el carisma, la popularidad, la intención de voto, el prestigio internacional y el partido mejor organizado. Así que cuando trascendió la declinación que implicaba correr como primer vicepresidente, los demócrata-cristianos quedaron en suspenso. Dos décadas después Maritza Royo, una abogada demócrata cristia-

na de convicción y militancia, recordaba aun conmovida como aquella noche en su base de la comunidad de Hato Pintado, en Pueblo Nuevo, el vocero del grupo desgranó con pausa la noticia y ella se fue desmoronando “*hasta sentirse como partida en dos por un rayo fulminante*”.

Mayo de 1989 demostró que la DC se había constituido en el partido de la oposición con la mayor intención de voto entre el electorado, pero, sin esa certeza previo a los comicios, Ricardo pensaba “*que irnos solos era correr un riesgo, darle el chance a Noriega de volver a “ganar” y al cabo del mes, yo le dije al comité político del PDC que yo no insistía en mi candidatura, que dejaba en libertad la posibilidad de negociar otra candidatura. Recuerdo que ha sido uno de los momentos más cruciales de mi vida. Mi hijo Ignacio me regañó y lloró por eso*”, rememora pensativo el dirigente demócrata cristiano.

Durante el discurso de Arias Calderón en el teatro Lux, tras aceptar la primera vicepresidencia en la nómina de la Ado-Civilista se giró hacia donde estaba Ignacio y le dijo que él entendía su tristeza “*pero que no había mayor honor para una persona que servirle a su patria, y por eso he accedido a ser el candidato a la primera vicepresidencia de la República*”.

No fue un paso fácil. Esther Watson de Abadi, que había vivido una situación similar en 1984 cuando Ricardo corrió como segundo vicepresidente del doctor Arnulfo Arias, recordaría que cuando se enteró cuestionó la decisión. Ella lo había conocido en Miami a principios de la década del setenta cuando él y su familia vivían su exilio en esa ciudad norteamericana. Los presentó una amiga mutua, Querube Solís de Carles, y su confianza en la calidad humana y la honestidad de Ricardo fue tanta que, desde aquel momento, Esther se sumó totalmente a la militancia que él dirigía. Por instrucciones de él había conseguido un financiamiento importante para el surgimiento del periódico La Prensa. En los años ochenta Esther era una prestigiosa mujer de la comunidad judía en Panamá. Como la totalidad de la membresía demócrata cristiana, era una de las convencidas de que Ricardo debía encabezar la nómina presidencial de la oposición, porque “*poseía*

no sólo las cualidades sino los méritos” ha dicho emocionada al recordar esa etapa.

Aquella acción en Arias Calderón fue saludada por sus compañeros de lucha como una alta expresión de honestidad, de calidad humana y del compromiso con que nutría sus acciones, *“pero sobre todo su lealtad con una estrategia que era el único camino para ponerle fin a la dictadura”* a criterio de Juan Antonio Tejada, quien sería Defensor del Pueblo en el quinquenio 2004-2009. *“Cierto es que sacar diputados y ganar las elecciones nos hubiera gustado, pero nuestro problema y así lo había dicho Ricardo, era derrotar de forma inapelable a la dictadura”*, recuerda Mery Alfaro de Villageliú, también miembro del PDC y candidata a diputada en 1989.

Hasta 1988, cuando murió Arnulfo Arias, el licenciado Guillermo Endara había sido una figura, importante en su partido, pero discreta y sin mayores proyecciones nacionales, que aquellas que se desprendían de la confianza que le dispensaba el líder panameñista. En 1983 había sido su enviado a la mesa que consideraría las reformas constitucionales. Mucha más presencia había tenido el economista Rubén Darío Carles, y mucha más Ricardo Arias Calderón. Pese a que los militares, y en especial el general Noriega, constituían el factor indispensable sobre el cual crecía la unidad opositora, en vísperas de las elecciones afloraban factores que antes de 1968 habían mantenido como rivales a los aliados de la coyuntura de 1989, un hecho que se acentuará en 1990, cuando ya ejercen el poder.

El 7 de mayo

Para las elecciones de mayo de 1989 la Democracia Cristiana volvió a desplegar una intensa jornada organizativa y publicitaria, de apoyo militante a la candidatura de Endara pese a las condiciones en que este había llegado a ser candidato presidencial. En cada concentración de la nómina de la Alianza Democrática de Oposición Civilista predominaba un mar de banderas blancas con la estrella verde, que mostraba ese giro orientador que le había dado Raúl Figueroa.

“Para ese momento el trabajo había cobrado tal intensidad que mis entrevistas con Ricardo eran entre seis y siete de la mañana. En el resto del día no nos veíamos más, y para los tramos finales ya no había contacto, muchas de las cuñas y de la propaganda que realizábamos eran vistas por los dirigentes de la DC cuando ya estaban en la televisión”, rememora Valerio Arauz.

Aunque otra vez los jurados de mesas tuvieron que aprenderse de memoria el manual de elecciones, la logística y la organización dirigida por Iván Romero llegó a extremos inimaginables de eficiencias. Para mayo de 1989 había más experiencia y la convicción de que el triunfo sólo era posible –sostenía Ricardo ante la Comisión Política- con una abrumadora cantidad de votos, que impidiera justificaciones para un fraude.

Entonces, un equipo electoral encabezado por Guillermo Márquez Amado y Ramón Lima, formaron y dirigieron una estructura nacional aportada organizativamente por Iván Romero. Márquez Amado recuerda que era mucho más que memorizar las disposiciones legales, meta que se logró en todo el país. Era –explicarla forma como debía comportarse el equipo y la actitud ante los demás miembros de las mesas de votaciones. Desde las primeras charlas preparatorias que Márquez Amado dio en la provincia de Coclé se ensayó el proceso de votación como si fuera una obra de teatro. Ya se había desarrollado el aprendizaje de los aspectos legales de las votaciones, por lo que se pasó a la instalación, y en esa primera instancia al recibir al jurado del PRD, el de la DC lo hacía de forma poco amigable. Allí comenzó la corrección. La orientación fue inversa.

Lo primero que se exigía en la capacitación era que el jurado del PDC fuera el primero en llegar al centro de votación, lo que le daba una ventaja relativa sobre los que llegaban después sobre todo en el aspecto informativo. La relación con todos los jurados debía ser cordial y respetuosa, hasta donde se pudiera. Los representantes demócrata-cristianos debían ser los últimos en retirarse y garantizar tener la documentación legal de cada mesa. Por lo único que debían retirarse del centro de votación era por casos de violencia.

Para la DC, los fracasados intentos para el retiro del general Noriega abonaban toda la posibilidad de un fraude. Guillermo Cochez y Guillermo Márquez Amado asistieron por esos días a una reunión con un alto funcionario del régimen²⁰⁸ en ese instante, en la casa de Juan Felipe Iglesias, debidamente autorizados por el Partido. *“No importaba el resultado que tuvieran las elecciones, no se iban a respetar”*, concluyeron aquellas personas tras analizar las condiciones que rodeaban el evento. Entonces la directriz estratégica de la DC para enfrentar esa posibilidad fue el voto abrumador y luego, la defensa del voto.

Hubo expresiones conmovedoras de compromiso y convicción, subraya Teresita. *“A pesar de que la dictadura había arreariado en la represión y en sus actos intimidatorios, y de que, por lo mismo, estar con la oposición o presentarse bajo sus banderas era un acto del alto riesgo, muchos de los demócrata cristianos, y de la gente que simplemente simpatizaba con la DC se postuló, apareció en las papeletas de la estrella verde. Había que tener coraje para hacer eso en ese momento”*, explica la esposa de Arias Calderón. Mery Alfaro de Villageliú destaca la diferencia entre los jurados de hoy y aquellos, en especial los de la DC. *“Hoy se les paga a los representantes de mesa, a los demócrata cristianos no se le pagaba, éramos voluntarios. Y cuando sacamos tantos votos teníamos una felicidad y un orgullo”*.

En mayo de 1989, con el 80.9 por ciento de los votos escrutados, la ADO Civilista alcanzaba una victoria sobre la oficialista Coalición de Liberación Nacional (COLINA), de 463 mil 388 votos sobre 184 mil 900. En los votos por partido, los resultados también serían reveladores. De los 463 mil 388 votos alcanzados en el primer conteo por la ADO Civilista, 261 mil 598, es decir, más de la mitad provenían de la papeleta de la Democracia Cristiana; le seguía el MOLIRENA con 132 mil, y los liberales auténticos con 69 mil 779. El oficialista Partido Revolucionario Democrático obtuvo en aquella ocasión 120 mil 564 votos.

Varios delegados de mesa de la ADO Civilista aquel domingo de mayo miraban con sorpresa el curso de la votación. *“Yo sabía que le ganábamos, pero no me imaginé que la ventaja sería*

tan amplia”, asevera Mery Alfaro. Hubo mesas donde la alianza oficialista sólo sacaba tres o cuatro votos, y lo sorprendente fue que en aquellos centros donde votaban muchos policías, también ganó la oposición.

El diagnóstico que hacían los delegados civilistas era así: *“La actitud de los representantes del régimen era una combinación de indiferencia o complicidad con la oposición y a otros se les veía una cara de resignación absoluta. ... ser representante de mesa en El Chorrillo, San Miguelito o en las montañas de Veraguas, era correrse un riesgo. La gente se corrió ese riesgo con un desprendimiento que nunca habíamos visto... la gente ni comida pedía”*²⁰⁹.

Teresita explica que cuando fue evidente aquel resultado *“nosotros nos asombramos y ellos, los del régimen entraron en pánico. Hasta el cierre de las votaciones todo había transcurrido en calma, pero cuando el conteo comenzó a demostrar que habían perdido, en distintos centros se desató el robo de urnas, la destrucción de centros de votación, las agresiones físicas. Muchos de nuestros jurados, en intentos heroicos, se llevaban las actas en su ropa interior, cosa que no ayudaba porque esos documentos debían ir al Tribunal Electoral, pero la anarquía era tanta que nada de eso era posible. La derrota de la dictadura fue contundente, y la sorpresa de los militares tan innombrable, que optaron por anular las elecciones. No tuvieron siquiera posibilidad de fraude. Alegaron que hubo dinero del extranjero financiando las actividades de la cruzada”*.

A diferencia de cierta pasividad en la oposición tras los comicios de 1984, en 1989 los opositores estaban decididos a defender su triunfo en las calles. Una gran manifestación fue convocada para el día 10 de mayo. Fue como si volviera persistente y con toda su energía y en medio de la impotencia, la pregunta que en 1963 le hiciera a Ricardo aquella estudiante que ahora era su esposa, en el aula de clases de la Universidad: *“¿no cree Usted que en algunas circunstancias la violencia puede ser un instrumento de la razón?”*. En varias entrevistas tanto a demócrata cristianos como a civilistas o simplemente a simpatizantes de la

oposición era evidente la impotencia, la angustia y ese “no saber qué hacer” cuando la razón te asiste pero no posees la fuerza para defenderla.

Muy a su pesar y envueltos en aquella vorágine, los partidos de oposición siguieron confiando en la voluntad cívica de la ciudadanía y en los efectos de su movilización. Es posible que nunca antes como en esa coyuntura la población hubiera sido tan protagónica como en el último cuarto del siglo XX panameño.

En la plaza de Santa Ana, un confuso incidente, el día 10 de mayo, produjo el enfrentamiento inicial entre guardaespaldas del segundo vicepresidente Guillermo Ford y unidades de las Fuerzas de Defensa, en la que terminó muerto el conductor de Ford. Luego sobrevino el caos y la imagen ensangrentada de Ford defendiéndose de un número plural de agresores le dio la vuelta al mundo, que repudió el acto y llevó al régimen a una mayor desventaja ante la opinión pública.

A finales de mayo una delegación de la Organización de Estados Americanos (OEA) llegaba a la Ciudad de Panamá para analizar con las partes enfrentadas una posible salida a la crisis. Fue en ese escenario –indica Ricardo- donde afloró la raíz ideológica del problema. Para los militares y sus voceros se trataba de una intervención foránea en los asuntos internos de Panamá, y ante lo cual solo cabía para ellos la defensa de la soberanía nacional; para los civilistas se trataba de un acto solidario y justo, de respeto a la soberanía popular que había sido expresada en las urnas durante las elecciones con un amplio respaldo a la nómina de la ADO Civilista. Contrapuestas, en el fondo –señalaba Ricardo- la defensa de la soberanía nacional en esa coyuntura amparaba una defensa tácita del jefe de las Fuerzas de Defensa, mientras que la segunda llevaba implícita su retiro del mando de las Fuerzas de Defensa.

La introducción de bienvenida a los cancilleres de la región corrió a cargo del presidente Guillermo Endara, quien al final presentó como vocero de la nómina presidencial de la ADO Civilista, vencedora en los comicios del siete de mayo de ese año, al doctor Ricardo Arias Calderón. Éste comenzó por puntualizar

todos aquellos aspectos que en la resolución de cancilleres de la OEA sobre la situación panameña caracterizaban la coyuntura que siguió a las elecciones. Subrayó el sentido genuino de la solidaridad americana contenido en ese acto *“que no puede ser otro que el de consolidar en este Continente, dentro del marco de las Instituciones democráticas, un régimen de libertad individual y de justicia social, fundado en el respeto de los derechos del hombre”*. Rechazó la tesis de que la resolución de la OEA era intervencionista, tal cual lo había indicado la Asamblea Legislativa del régimen, y expuso un argumento contundente y pragmático que al tiempo que defendía la voluntad expresada en la urnas, reconocía en el escenario político la beligerancia de las partes en conflicto y proponía una salida democrática, en lo que bien pudo ser la intervención más dramática que precedió y quizás pudo evitar los acontecimientos de diciembre de 1989.

Tras subrayar lo que llamó: *“Fórmulas de avenimiento para lograr un acuerdo nacional”*, Ricardo recordó en aquella ocasión que *“Seis semanas antes de las elecciones, la nómina presidencial que encabeza el presidente electo Guillermo Endara hizo público un planteamiento de fondo, eco del cual encontramos en esta frase. Planteamos que la solución a la crisis panameña requería dos cosas complementarias. Elecciones, con el respeto pleno a los resultados de las mismas, porque no puede haber democracia, ni tan siquiera plena vigencia de los derechos humanos, allí donde el derecho al voto sea irrespetado, donde haya intento de defraudarlo y luego de anularlo cuando los resultados del voto no son favorables al poderoso de turno. Pero dijimos también que el respeto a los resultados electorales implicaba una concertación y ofrecimos públicamente una concertación con las Fuerzas de Defensa de nuestro país. Lo hicimos por considerar que elecciones como las que celebramos el 7 de mayo no eran elecciones bajo un régimen democrático, que gane quien gane se ve ratificado en su legitimidad por las elecciones en cuestión. Por lo contrario eran elecciones, como lo fue a su manera el plebiscito chileno, bajo una dictadura, y tenían por ello un potencial de cambio de régimen. Al darse ese potencial de cambio*

*de régimen por vía de las elecciones, era indispensable que las elecciones se complementaran con una concertación entre los civiles y militares para perfeccionar, no la voluntad popular que se expresa electoralmente, sino el respeto a la voluntad popular por parte de quienes monopolizan antidemocráticamente el poder público. Incluso al día siguiente del miércoles 10 de mayo, día en el que fuimos cruda y despiadadamente agredidos, reiteramos el llamado a la concertación, lo que volvemos a hacer ante ustedes, pues dicho llamado no corresponde a una táctica nuestra, sino a un compromiso con nuestro pueblo y con nuestra nación. Pero una concertación que resuelva la crisis de la única manera que ésta puede ser resuelta, a saber: **democráticamente**”²¹⁰.*

Los días que siguieron a las elecciones de mayo de 1989 fueron de incertidumbre y sobresaltos, por un lado, pero de franca batalla por el otro. La Democracia Cristiana bajo el criterio de rechazar la anulación de los comicios, convocó a una campaña cívica de no pago de los servicios públicos, bajo la consigna de “ni un centavo más”. Junto a las sanciones norteamericanas y la reacción de la población, para noviembre de 1989 el régimen había reducido su capacidad de pago salarial a casi un cincuenta por ciento y había perdido más del cuarenta por ciento de su recaudación en impuestos. La oposición volvió entonces a uno de sus lemas de campaña: “*habla pueblo, habla*”.



Doctor Hugo Spadafora.




Fotos en la sede de la Embajada de Venezuela en Panamá. Guillermo Cochez, Manuel Solís Palma, Arnulfo Escalona, Guillermo Endara, Carlos Iván Zuñiga, Abrham Pretto, Rubén Darío Carles, Ricardo Arias Calderón, José Antonio Sossa y el embajador venezolano César Rondón Lobera.



EXILIADO!

EXPATRIADO!



Dr. Ricardo Arias Calderón

y Sra.

Sacados, arrastrados a empujones de su patria
por los narco - militares, el jueves 25 de Febrero.

EXIGIMOS JUSTICIA YA!!

El PDC reclama el retorno de Ricardo Arias Calderón y Teresita deportados hacia Costa Rica en febrero de 1988.





1987 despues de una manifestacion reprimida violentamente. De izquierda a derecha Andres Culiolis Baryard, Mery Troya, Teresita, Ricardo y Raúl Arias de Para.





Secuencia de fotos de la brutal represión en junio de 1987, en Plaza Regency.







Sepelio del líder panameñista Arnulfo Arias. Agosto de 1988.







Arias Calderón en gira por el país.





Manifestaciones civilistas multitudinarias, 1988 - 1989.



Reunión con el PDC. Habla Iván Romero.



Ricardo Arias Calderón, expediente G-2.



Manifestación durante campaña de 1989.





Nómina presidencial de la Alianza Democrática 1989.



Madrugada del 20 de diciembre de 1989. Juramentación de la nómina presidencial en la base militar norteamericana de Clayton. De Izquierda a derecha José Manuel Faúndes, presidente de la Comisión Nacional de Derechos Humanos; Ricardo Arias Calderón, Primer Vicepresidente de la República; Guillermo Endara Galimany, Presidente de la República cuando tomaba juramentación a los demás integrantes de la nómina, y Guillermo Ford, Segundo Vicepresidente de la República.





Ricardo Arias Calderón saluda a un policia durante las elecciones de mayo de 1989.





Campaña 1989. Ni un día más. ADO Civilista.

X. La Invasión

Los meses de junio, julio, agosto y septiembre de 1989, la tensión nacional se resumió en los reclamos opositores del reconocimiento de su victoria legítima, las maniobras del régimen por mantener el poder que había ocupado desde octubre 1968 y un incremento en las presiones económicas de Estados Unidos hacia Panamá. Pese a la crisis que se avecinaba, para Ricardo la acción de los militares, entre más cruenta más débil.

A la anulación de las elecciones siguió —recuerda Teresita— un señalamiento del régimen sobre una supuesta presencia de dinero extranjero en las actividades de la oposición. En realidad, a esas alturas de la lucha, la clase dirigente del país se aglutinaba mayoritariamente en torno al proyecto civilista, y lo respaldaba política y económicamente. A diferencia de la etapa en que Torrijos controlaba el poder, en las postrimerías del de Noriega, un sector importante de los grupos económicos no solo le habían retirado su respaldo a los militares, sino que se habían sumado a la lucha civilista y buscaban cada vez mayor acercamiento con la oposición. La situación se había polarizado al extremo que la institución castrense monitoreaba y transcribía conversaciones telefónicas entre dirigentes opositores y había definido blancos precisos entre ellos; registraba entrevistas y visitas de los opositores a la embajada norteamericana y denunciaba como un apoyo a la acción de los civilistas una guerra psicológica que había puesto en marcha el Comando Sur del Ejército de Estados Unidos, estacionado en el área del canal, y que se tradujo en la presencia sorpresiva de tanques y soldados norteamericanos, cada día en cualquier lugar de los límites con la ciudad. El régimen apoyó en esas acciones sus denuncias sobre la injerencia norteamericana en la realidad que vivía Panamá y sus arremetidas represivas contra los civilistas, pero lo cierto era que el nacionalismo que trataba de exhibir había sido descalificado. Para las principales figuras opositoras, Washington había sido por más de veinte años el aliado principal de los militares, pero desde 1987

esa situación había cambiado en la medida en que el movimiento civilista iba descalificando políticamente al régimen. Ricardo describía en esos términos la situación del país en enero de 1989, en un artículo al que ya se ha hecho referencia, aparecido en la revista *Foreign Affairs*.

El régimen buscaba y apuntaba hacia el aparato conspirativo de los *sediciosos*. Sabía que la organización y la propaganda opositora estaban haciendo daño. Entonces persistió en el dirigente, y buscó igualmente al productor, apuntó y envió a sus unidades. Primer blanco, la **Agencia Cosmos**; figura de interés, Valerio Araúz, aquel publicista que desde 1983 había hecho todas las campañas de la Democracia Cristiana. La agencia estaba ubicada en el área bancaria.

“El 27 de septiembre de 1989 a la una de la tarde voy llegando a la oficina, entro y hay diez personas allí, mi personal estaba contra la pared, y alguien sonreído me dijo: ‘¿es usted Valerio Arauz?, y le dije sí; ‘acompañenos a una diligencia’, y a continuación aquel individuo le dijo al personal que seguía contra la pared: ‘muchachos, tienen vacaciones’. Me llevaron arrestado en un busito. Me acusaron de ‘atentar contra la seguridad del Estado’. Me llevaron a las instalaciones del DENI, fui interrogado de cuatro a cinco horas. Me preguntaban tonterías, porque si no conoces la labor de un publicista no sabes qué preguntar. Por ejemplo: ¿Quién era yo, qué hacía, cómo se hacía un anuncio, si yo hacía la campaña de la estrella verde... que si yo sabía que estaba en vaina?”.

Los agentes habían llegado en horas de la mañana a la agencia de Valerio y a una imprenta que apoyaba a la DC, localizada en El Cangrejo, donde se hacía la propaganda impresa. En horas de la mañana Esther Watson de Abadi había llegado a buscar un paquete con hojas volantes pero al ver cerradas las persianas del establecimiento entró en sospecha. Desde que la represión se había incrementado luego de las elecciones de mayo de 1989, y tras varios arrestos, los militantes de la DC, de los que Esther era una muy importante, tenían la certeza de dos posibilidades: o los arrestaban en cualquier momento o tendrían que pasar a la clan-

destinidad antes que se produjera la detención. Aquel día Esther había llegado tarde a la imprenta porque Cecilia Alegre, otra militante destacada de su partido, la retuvo para tomar un café. De no haberse producido aquel detalle ella hubiera hecho parte del grupo que en la mañana había sido detenido por los agentes del G-2. Así que cuando vio las persianas cerradas se retiró rápidamente y llamó a la sede del partido para informar sobre el hecho. La sorprendida fue ella, porque desde allí le dijeron que todos, tanto los democratacristianos de la agencia de Valerio, Valerio mismo y los de la imprenta estaban detenidos. Ricardo la instó a buscar un lugar donde esconderse. Eligió el departamento de una sobrina que quedaba en un edificio localizado en Punta Paitilla, el Winston Churchill y donde también tenían residencia dos personas muy cercanas al general Noriega. Le pareció ideal.

El paso de Esther a la clandestinidad produjo un gran impacto en su familia. En el departamento de su sobrina permaneció por varios días hasta el tres de octubre en la mañana, cuando algunos vigilantes amigos le informaron a su empleada que desde la noche anterior la casa era vigilada por agentes desde un auto. Aquella muchacha que llevaba cierto tiempo trabajando con Esther también era democratacristiana, y cuando a las ocho de la mañana los agentes se presentaron ante la puerta con una orden de arresto para Esther de Abadi, ella los detuvo con excusas creativas: *yo no sé si ustedes son autoridades; no sé si su papel es verídico o falso; quién me dice a mí que ustedes no son delincuentes*. Mientras ella incorporaba más argumentos, los agentes iban desmontando la puerta. Le habían sacado el clavo metálico a una de las bisagras de la parte superior y ya iban con la de abajo cuando una llamada a su radio comunicador interrumpió la operación. Se desarrollaba en el cuartel central de las Fuerzas de Defensa el golpe que encabezaba el mayor Moisés Giroldi y les ordenaban que regresaran a su base.

Tras ese incidente y después de una comunicación con Ricardo y Teresita, el papá de Esther la trasladó a la base norteamericana de Clayton. Walter Watson era ciudadano norteamericano, representante de la Agencia Federal de Aviación de Estados Unidos, y

defensor de los Tratados *Torrijos-Carter*. Después de llevarla a Clayton la sacaron del país por la base aérea de Howard, ambas del ejército de Estados Unidos localizadas en la ribera del Canal hasta 1999. Aquella noche del cuatro de octubre Esther salió de su escondite acostada en el piso del auto de su padre. Con ella iban su mamá y su esposo. En Clayton la persona que la recibió le dijo que tendría que compartir la casa donde la alojarían con dos esposas de “dobermans”²¹¹ y sus hijos. Esther se resistió inicialmente a aquella posibilidad, la impactaba tener que estar en la misma residencia con las mujeres de efectivos de las Fuerzas de Defensa, los mismos que ella combatía. Pero su actitud comenzó a cambiar cuando se fue enterando de que la base estaba llena de muchos de esos soldados panameños que habían participado en el fracasado golpe de Giroldi. Las mujeres con las que compartió la residencia, por ser esposas de golpistas habían sido acosadas por efectivos del ejército panameño, y al igual que sus maridos habían optado por buscar refugio en la base norteamericana. “*Para esos tiempos la cuestión era llegar hasta las puertas de la base con su cartucho y pedir asilo*”, recordaría Esther. Ella no estará en el país el 20 de diciembre de ese año cuando las tropas norteamericanas derrocan a Noriega, pero tal acción le permitió volver a Panamá días después de iniciada la operación *Causa Justa*.

La detención de Valerio y el paso de Esther a la vida clandestina encendieron las alarmas en la Democracia Cristiana. Los militares endurecían las medidas, y hasta la detención de Valerio las retenciones habían sido cortas. “*Te detenían hoy y te soltaban a los dos o tres días*”, recuerda Valerio. Después del intento de golpe que encabezó el mayor Giroldi, los días de detención se incrementaron. Cada vez que un civilista del PDC, o un simpatizante o amigo era detenido, el departamento legal del partido, que eran los abogados Ramón Lima, Guillermo Cochez, Guillermo Márquez Briceño y Rubén Arosemena, daba asistencia inmediata.

Valerio Araúz tuvo la certeza de que su detención hubiera durado de tres a cuatro días si un grupo de militares no hubiera decidido rebelarse el tres de octubre de 1989. A las ocho de la mañana de aquel día el mayor Moisés Giroldi le comunicaba arresto al

general Noriega, lo esposaba e iniciaba una dramática discusión con su comandante, quien había sido además su padrino de bodas. Información post invasión revela que tras el golpe los insubordinados se proponían entregar a Noriega al Comando Sur del Ejército de Estados Unidos. La mañana del tres de octubre, un helicóptero llegó en tres ocasiones a las instalaciones militares del Cuartel Central ubicado en el barrio de El Chorrillo, pero no descendió ni se llevó a nadie. La discusión entre los insubordinados transitó entre si Noriega era entregado a los norteamericanos, lo pasaban a retiro o si, en última instancia, era ultimado. Girolodi, según se sabe era de la opinión de que Noriega pasara a retiro, al término que uno de los alzados asevera que le pidió al mayor autorización para liquidar al General pero Girolodi no la dio. Noriega terminó por convencerlo de que estaba en un error y al filo del mediodía Noriega estaba en libertad. Entonces el detenido fue el mayor Girolodi, a quien fusilarían posteriormente. Una parte importante de implicados en el golpe fueron igualmente ejecutados, en lo que se conoce desde entonces como *“La Masacre de Albrook”*. Aquel fue el segundo intento por deponer a Noriega, proveniente de las filas de la institución armada. Especulaciones posteriores lo atribuyeron a esfuerzos provenientes de las propias filas de la dictadura, y al que estarían vinculadas inclusive figuras del propio Partido Revolucionario Democrático, en un intento por superar aquella crisis preservando las Fuerzas de Defensa. El primer golpe de marzo de 1988 fue atribuido a la democracia cristiana, pero Ricardo asegura que su partido nada tuvo que ver en la organización de aquel levantamiento. *“Fue un asunto interno aunque teníamos información sobre la conspiración y tratamos de enterarnos de sus pormenores pero no participamos en su organización”*, asegura. *“Lo que si sucedió después fue que entramos en contactos con los militares implicados en la acción”*, explica Ricardo. Uno de los uniformados complotados añade que la conspiración junto con la democracia cristiana vino después. *“Se creó un mecanismo de comunicación que permitía el tránsito de informaciones de adentro hacia afuera y de afuera hacia adentro, y respondíamos a preguntas de la democracia cristiana*

sobre cómo funcionaban las cosas en las Fuerzas de Defensa, porque ellos no tenían ni idea de cómo era. Después de fracasado el golpe de marzo de 1988 fue permanente la campaña de la DC por mantenernos con vida”.

Para Arias Calderón la asonada de octubre de 1989 debilitaba aún más al régimen, pese al endurecimiento represivo con que respondía. La situación económica en que se encontraba Panamá era crítica. La desconfianza de los cuentahabientes en el sistema bancario local, entró en tal crisis en marzo de 1988, que comenzó un retiro imparable de depósitos. Unos dólares viejísimos, que prácticamente se deshacían en las manos comenzaron a circular, y en ellos se reflejaba el deterioro en que había entrado la economía. La propia clase dirigente reflejaba desesperación y angustia ante aquella eventualidad que parecía no tener salida.

Días antes del golpe de octubre Ricardo junto a su secretario personal Temi de Obaldía y el más tarde procurador José Antonio Sossa, su esposa Gina, Ramón Lima y señora y Luis Eduardo Camacho, chofer de Arias Calderón, salieron de gira hacia Chiriquí. Pese al recrudecimiento de las acciones represivas, la batalla contra la dictadura se mantuvo. En casa Teresita recibía la llamada de una voz femenina anónima que le decía: *“A su marido y a quienes lo acompañan los esperan en Los Ruíces para matarlos”*. Los Ruíces era una localidad despoblada en aquella época, situada entre las provincia de Veraguas y Chiriquí. Arias Calderón había recibido la misma información y como única providencia decidió informarlo al obispo de Veraguas, monseñor José Dimas Cedeño. Ni siquiera consideró la posibilidad de suspender la gira. Una hora después de la primera llamada, Teresita recibió otra en la que la voz femenina le informaba: *“a su marido y a sus acompañantes los han detenido y los están metiendo, en este instante, en el cuartel de Santiago”*, y se cerró la llamada. Los militares separaron a las mujeres de los hombres y, como para aumentar la presión psicológica sobre los detenidos, a las mujeres las enviaron a otros cuarteles. Algunas horas después sus captores preguntaron si deseaban comer y algunos de los detenidos pidieron emparedados, una petición que fue suspendida al enterarse que Ricardo se

había declarado en huelga de hambre. En Panamá el PDC había comenzado las gestiones para denunciar y tratar de rescatar a Ricardo y su comitiva.

Un mes después, a principios de noviembre, dos miembros de la seguridad del Estado detenían en el aeropuerto internacional de Tocumen a Guillermo Márquez Amado, lo sacaban por la parte de atrás del aeropuerto en un auto panel de puertas corredizas, lo llevaron a las oficinas del G-2 y lo someten a interrogatorios y métodos de guerra psicológica. Márquez Amado llegaba de una reunión de la Organización Demócrata Cristiana de América (ODCA) que se había realizado en Bogotá, Colombia y a donde este había estado en otras ocasiones estableciendo contactos con figuras destacadas de ese país. Capucha en el rostro y simulacros de disparos y agresiones verbales produjeron en el detenido gran tensión. Lo que los agentes desconocían es que cuando éste estaba en la aduana le había pedido a una joven que estaba inmediatamente detrás en la fila que si lo detenían se lo comunicara a su primo Juan José Vallarino, quien lo estaba esperando a la salida de la terminal. Cumplido el recado se activaron las gestiones tanto en su familia como el PDC y después de diez horas traumáticas fue dejado en libertad.

En noviembre de 1989 el régimen había entrado en una incómoda situación, donde su único mecanismo de defensa era el sostenimiento de un discurso nacionalista descalificado que poca efectividad surtía a esas alturas del conflicto, la represión al adversario interno y por supuesto las armas de las Fuerzas de Defensa. Su base social había desaparecido, y lo poco que le quedaba tenía una influencia y movilidad limitada, mientras que la oposición había logrado hacer de su discurso la motivación de una mayoría de panameños. Se cumplía aquella estrategia de la que ha hablado Edwin Cabrera en capítulos anteriores, de dejar sin base social de apoyo a la dictadura, aislarla. Pese a ello la posibilidad de la derrota estaba lejos. Las experiencias en la lucha por factores que atañen al poder demuestran que en política los regímenes cuestionados no caen solos, es necesario un empujoncito final, sin embargo, tal como estaban las cosas en Panamá a finales de 1989

era casi imposible creer que la oposición, pese a su liderazgo cívico, pudiera darle ese “empujoncito” a los militares. Entre los civilistas ardía la inconformidad, pero era evidente que las marchas, los toques de cacerolas, los pañuelos blancos poco podían hacer ante una situación que estaba fuera de control. Varios dirigentes y activistas de la democracia cristiana estaban detenidos o en el exilio, su dirigencia se activaba desde la clandestinidad, el deterioro económico del país se acentuaba y la represión oficial parecía ser el único lenguaje de los controladores del poder. Pese a su victoria electoral la oposición no tenía la fuerza material para derrocar a los militares, ni los militares accedían a irse por sí solos, ni contaban con un respaldo social mayoritario y decidido capaz de sostenerlos. Tampoco había en el país una fuerza capaz de enrumbar al pueblo por una ruta distinta a la de la oferta civilista. El propio Arias Calderón había dicho desde un principio que “*a la dictadura hay que sacarla con votos no con botas*”.

Pero a esa inconformidad se añadía el acelerado deterioro de la situación y la terquedad de Noriega a no retirarse de la jefatura de las Fuerzas de Defensa, y llevar el drama hasta sus límites finales.

Todavía es posible un acuerdo

La respuesta de Arias Calderón era que todavía, a principios de diciembre de 1989, era posible y necesario un acuerdo entre la oposición y el régimen. Así quedó consignado en una entrevista que le concedió a la CNN, y cuyo texto fue transcrito en las oficinas del G-2, gracias a lo cual aún se conserva. En esa entrevista, de fecha cinco de diciembre de 1989, Ricardo aseguró que: “*...todavía es posible un acuerdo entre la oposición democrática panameña y las Fuerzas de Defensa, acuerdo para iniciar inmediatamente la democratización de Panamá y de esa manera evitarle al país que se cree la situación irregular que está siendo anunciada*”.

La entrevista se produjo luego que Estados Unidos anunciara su decisión de designar al licenciado Fernando Manfredo administrador interino del Canal, pese a que los tratados de 1977 indicaban que para el nombramiento Panamá tenía que proponer un candidato. Arias Calderón indicó en la entrevista que si Washington se tomaba una atribución que no estaba en la letra y espíritu de los convenios era porque consideraba ilegítimo al gobierno imperante.

Ana María Fernández (CNN): *¿Bajo qué circunstancia sería ese acuerdo doctor Arias, usted tiene algún indicativo de que habría alguna disposición del Gobierno?*

RAC: Yo no sé si hay disposición del Gobierno o no, lo que sé es que el país lo requiere a gritos; al mismo tiempo por este problema que surge ahora en la ejecución de los tratados Torrijos-Carter²¹², que va a quedar paralizada sobre un punto importante y también el país lo requiere a gritos por el drama económico que estamos viviendo.²¹³

En la entrevista que Arias Calderón concedió a la periodista de CNN advertía del gran deterioro y la preocupación por la situación panameña, pero estimaba que aún era posible un acuerdo entre las partes enfrentadas. Desde el régimen, sin embargo, no se registraba ninguna señal en ese sentido.

El 20 de diciembre el ejército de Estados Unidos actuó como fuerza dirimente y aun cuando un sector de la sociedad panameña cuestionaba y se oponía a la invasión, esa mayoría que servía de apoyo a los civilistas, que había votado por ellos en las elecciones de mayo de ese año, que se había expresado inconforme, cansada e insatisfecha con el estado de la situación, dio una bienvenida entre aplausos y vítores a los soldados estadounidenses. Desde las pantallas de la televisión panameña los locutores dieron la bienvenida al *ejército libertador* de Estados Unidos y la clase dirigente respiró tranquila. Distintas personas prestaron sus locales para que se instalaran las tropas estadounidenses, otras recibieron a los soldados en sus hogares en un acto de agradecimiento; les prestarían sus teléfonos para que los soldados llamaran a sus casas en Estados Unidos y le comuni-

caran a sus familiares que estaban bien de salud. Del otro lado, la desbandada de unos, los intentos infructuosos de resistencia de otros, al término de tener que enfrentar en sus comunidades a ciudadanos organizados para impedir saqueos y agresiones. Era la navidad de diciembre de 1989.

Meses antes de la invasión de Estados Unidos a Panamá, en un foro una señora civilista había increpado a Arias Calderón y le preguntaba sobre su posición ante una eventual invasión de Estados Unidos a Panamá: *“Recuerdo que mi papá asistió a un foro de mujeres mucho antes de la invasión donde le preguntaron si apoyaba una intervención y cuando dijo que no, lo abuchearon. Yo le hice la pregunta antes y siempre me insistió que la solución no era una invasión”*, asevera su hijo Martín, mientras que Milton Henríquez subraya que el mismo día de aquellos acontecimientos había ido a la policía por instrucciones de Ricardo a esclarecer acusaciones que se le hacían. *“Tengo la seguridad de que si Ricardo hubiese sabido que ese día era la invasión, no me hubiera dicho que fuera”*, señala.

Ricardo Arias Calderón afirma: *“yo no creía en la invasión por el trauma que suponía para la población, consideraba más viable utilizar un comando que sacara a Noriega del país y lo entregara a Estados Unidos”* ²¹⁴.

La noche de la Invasión

Un informe del G-2 de las Fuerzas de Defensa, fechado el nueve de noviembre de 1989 daba cuenta de un incremento inusitado de soldados norteamericanos en las bases estadounidenses en el área Canal, tanquetas norteamericanas haciendo ejercicios en los límites de la ciudad, y sobre el arribo de un número plural de civiles norteamericanos. *“Tropas militares de los EE.UU.: realizaron una marcha forzada saliendo de Corozal hacia la Boca (frente a la policía de Balboa) y retornaron a Corozal. Participó un aproximado de 13 tanquetas de oruga”*, decía el informe y registraba otro ejercicio similar en la atlántica ciudad de Colón: *“Una compañía de infantería del ejército de EE.UU., realizó*

ejercicio en el área de funcionamiento del canal, cerca de Mount Hope, incluyó el uso de helicóptero”.

Durante el siglo XX, Estados Unidos intervino en varias ocasiones en Panamá. Algunas veces por decisión propia, otras por petición de nacionales, sobre todo hasta 1936 cuando Panamá era, efectivamente un protectorado de Estados Unidos, de acuerdo al tratado de 1903. En 1936 esa categoría desapareció después de la negociación del tratado Arias-Roosevelt.

En 1989, entre la tozudez del régimen, las presiones norteamericanas y las demandas opositoras, así como el deterioro de la economía y la incertidumbre que se vivía, el país era un caos. A finales de los años 80 había en Panamá quienes rechazaban la situación que imperaba, otros no querían cambiarla pero tampoco podían mejorarla. Una crisis en toda la regla, que polarizó la sociedad panameña en dos bandos, con la particularidad que en las elecciones de mayo los civilistas habían probado contar con el respaldo mayoritario de los ciudadanos. Después que en septiembre el régimen impuso un gobierno provisional dirigido por Francisco Rodríguez, y en octubre se produjo el levantamiento del mayor Moisés Giroldi la espiral no tuvo punto de retorno.

La noche del 19 de diciembre Benjamín de Dianous y su esposa Irma recogieron a Ángeles Arias Yániz en el aeropuerto internacional *Omar Torrijos*²¹⁵. Ella regresaba de sus estudios universitarios en New Orleans para tomar unos días de descanso. Desde la ciudad norteamericana había seguido la evolución de los hechos y esa noche se encontró con su mamá, Teresita, en casa de su tío Jimmy Arias. Hacía cierto tiempo que los Arias-Yaniz, al igual que figuras importantes de la democracia cristiana y otros partidos de oposición, no habían podido dormir en sus casas y la vida clandestina los llevaba a las residencias de amigos, la de Richard Bennett entre muchas, o la de Iván y Silvia Alfaro.

A las 9:30 de la noche llegó a casa de Jimmy Arias un auto negro del cual descendió un hombre con vestido y gafas oscuras que preguntó por la señora de Arias; le entregó una nota a Teresita con letra de Ricardo en la que este le indicaba que debía marcharse con aquel señor, aun cuando no especificaba dirección

alguna. “Nos montamos en el carro oscuro -recuerda Ángeles- y en su interior estaba Dorita de Ford. El gringo no nos daba ninguna información. Era 19 de diciembre. Vamos a Clayton, nos bajan en una casa y cuando entramos estaban mi papá, Endara y Billy Ford. Cuando nos informan de lo que va a pasar comienza la preocupación por María Teresa, mi hermana, quien había quedado por fuera, las empleadas que estaban en la casa; no nos permitían hacer llamadas telefónicas. Martín e Ignacio estaban supuestos a llegar el 20 o 21 de la universidad. Me pasé escribiendo la declaración que iban a hacer mi papá, Endara y Ford en una máquina que no tenía tilde y que luego serían corregidas por mi papá. Cuando a las doce de la noche oímos los bombazos mi mamá estaba pendiente que Valdovinos y Quezada, presos desde el golpe de marzo de 1988; estaba preocupada por Valerio Araúz que todavía estaba detenido”.

A las diez de la noche de aquel 19 de diciembre de 1989, el general Marc Cisneros, jefe del Comando Sur y otros oficiales de ese estamento informaban a Endara, Arias Calderón y Ford que la invasión comenzaría en una hora. Entre los presentes estaba el encargado de negocios de la Embajada de Estados Unidos en Panamá John Bushnell. Había llegado a principios de diciembre y sostenido conversaciones con varias personalidades opositoras, tal cual lo revela Rosario Arias de Galindo en su obra *El Camino Recorrido*. La noche del 19 de diciembre —explica Ricardo- Bushnell presentó a la nómina presidencial civilista, para su firma, un documento que les remitía el gobierno norteamericano según el cual los tres dignatarios panameños habrían solicitado a Estados Unidos la invasión. Los tres nos negamos a firmarlo porque no habíamos solicitado nada”.

Tras la negativa a firmar la “solicitud de invasión” los militares norteamericanos presentaron la hoja de ruta que seguiría la operación. Arias Calderón evaluó el plan, de tan sencillo cumplimiento que le dijo al general Marc Cisneros que el asunto no sería tan fácil. “Yo creía que la situación sería más complicada de lo que ellos calculaban, me temía que hubiese mayor resistencia”²¹⁶. Lo que Arias Calderón ignoraba en ese instante era

que si bien algunos elementos de las Fuerzas de Defensa y de los Batallones de la Dignidad buscaban orientación para el combate, en áreas como San Miguelito y la provincia de Coclé, las Fuerzas de Defensa se habían convertido en una entidad sin mando. Mientras que el general Noriega buscaba refugio entre sus aliados, el Estado Mayor de la entidad erraba desorganizado por la ciudad y sin precisar instrucciones. En una cosa tenían razón los norteamericanos: el descomunal volumen de fuego desplegado en las primeras horas de la invasión (400 bombas de mil y dos mil libras en las dos primeras horas según un informe sismográfico de la Universidad de Panamá) se convirtió en un disuasivo efectivo de los pocos focos de resistencia que aparecieron en las primeras horas de la madrugada del 20 de diciembre de 1989. El ejército de los Estados Unidos de América desplegó aquella madrugada una maniobra de cerco y ablandamiento que implicó la colocación de unidades alrededor de la ciudad comenzando con un ataque intenso y continuo contra el principal cuartel de las Fuerzas de Defensa en el barrio de El Chorrillo. De las treinta mil unidades utilizadas en la operación, muchos de sus soldados cayeron sobre el aeropuerto Marcos Gelabert en Punta Paitilla; sobre la Compañía de Caballería en Panamá Viejo. Igualmente, en posiciones frente al cuartel de Tinajita en San Miguelito, detrás de la comunidad de Cerro Viento y el Aeropuerto de Tocumen. Más allá, en el fuerte de Cimarrón donde estaba localizado el Batallón Dos Mil. Las reacciones de la población fueron disímiles ante la confusión de las primeras horas. El hospital Santo Tomás comenzó a llenarse de heridos y la polarización política que había vivido Panamá en los últimos años cobró forma entre quienes pretendían rechazar la intervención norteamericana y quienes veían en la operación *Causa Justa* el fin de años de angustias.

En la sede del ministerio de Relaciones Exteriores el presidente en ese instante Francisco Rodríguez ofreció, a las diez de la mañana del 20 de diciembre, una conferencia de prensa donde, visiblemente nervioso rechazaba la invasión, llamaba a cesar las hostilidades y a buscar una salida pacífica a la situación²¹⁷. Lo acompañaba el canciller Leonardo Kam. Los hechos estaban

cumplidos y la intervención norteamericana entraba en la fase de capturar al general Noriega.

El otro punto era si la nómina presidencial civilista, que había derrotado ampliamente a los militares en las elecciones de mayo de ese año, asumiría la dirección del país una vez hubiese sido derrocado Noriega. Era importante para los norteamericanos tener claridad sobre esa posibilidad, o en su lugar pensar en otras personas que pudieran desempeñar ese papel. Endara, Arias Calderón y Ford subrayaban, y con razón, la victoria que en mayo de ese año había obtenido la ADO Civilista durante las elecciones generales, y que había sido desconocida por los militares; era evidente que serían cruciales los acontecimientos que seguirían a la invasión y no ponían en duda que si ellos no aceptaban sobrarían en Panamá quienes estuvieran dispuestos a asumirla. Ricardo dijo en ese instante y lo ratificaría meses más tarde en el Paraninfo de la Universidad de Panamá, *que si ellos no asumían la dirección del país, Panamá además de ser un país invadido sería un país ocupado*. En enero de 1990 el vicepresidente de Estados Unidos Dan Quayle proponía a la nómina realizar unas nuevas elecciones para legitimarse ante el país. Para Ricardo esa legitimidad se había logrado el siete de mayo de 1989 durante los comicios en que la nómina de la Alianza Democrática de Oposición Civilista (ADOC) había derrotado ampliamente a las fuerzas del régimen.

Pese a la forma intensa y sostenida como el dirigente demócrata cristiano había combatido a la dictadura, una invasión poseía connotaciones que en su momento él había rechazado. Para Arias Calderón la situación en Panamá había entrado en un nivel donde se podía seguir haciendo campañas y apelando a la solidaridad internacional en la batalla contra la dictadura, pero que, pese a la resistencia mayoritaria de los panameños, nada aseguraba en ese plano la derrota de los militares. Pero una invasión era otra cosa y Milton Henríquez asegura que Arias Calderón no tenía idea del curso que ese día tomarían los acontecimientos. Dos temas ocupaban sus preocupaciones aquel día: los detenidos que aún permanecían en las cárceles, y la persistencia en la posibilidad de un acuerdo de avenimiento, al cual había hecho referencia a principios de diciembre.

La base de Clayton, donde se alojan ahora las instalaciones de la *Ciudad del Saber*, era una extensa zona verde localizada en el perímetro noroccidental de la Ciudad de Panamá, donde por años permanecieron parte de los 10 mil soldados que Estados Unidos mantuvo en el istmo de Panamá la mayor parte del siglo XX. La noche del 19 de diciembre y el amanecer del día 20, de 1989, el movimiento de soldados se asemejaba a un verdadero frenesí. A las once de la noche comenzó el ataque con una capacidad de fuego nunca vista en Panamá y que superaba significativamente la de los panameños. Arias Calderón recuerda que pese a los esfuerzos que por diez años él había dirigido junto a otras figuras importantes de la oposición, y los llamados reiterados para llegar a un pacto con las Fuerzas de Defensa “*que evitara una situación irregular*”, la invasión se producía, era un hecho consumado y lamentable. Entonces le dijo a su mujer: “*¿te das cuenta que están bombardeando la ciudad?*” y ella le habría respondido: “*que malo será rescatar este país sobre un montón de cadáveres*”²¹⁸.

XI El domingo siguiente

El primer domingo que siguió a la invasión reflejaba una imagen citadina que mezclaba alegría y desembarazo para quienes salieron ese día a caminar despreocupados por las calles de una ciudad en desorden. Era como si de momento la ciudad enfrentara otra cara de la vida, ni mala ni buena, pero eso sí, distinta a la que se había vivido en los últimos años. Caos y saqueo se fundieron en una perspectiva que no dejaba dudas respecto al fin de una etapa y el rumbo que iba a asumir la otra, pero sin que todos los componentes del nuevo juego estuvieran aun en su lugar. Era Navidad, y el período transcurrido entre ese día y la noche de la invasión había expuesto tal confusión en Ciudad de Panamá que la población parecía más interesada en que el caos tuviera fin, que persistir en la zozobra.

Por primera vez en todo el siglo XX una irregularidad de esa magnitud había afectado sustancialmente el modo de vida de los panameños. Ni la independencia de España en 1821, ni la separación de Colombia en 1903, habían tenido implicaciones bélicas prolongadas. La primera fue el resultado de una hábil y rápida negociación que implicó entre otras medidas pagarle los salarios atrasados a los guardias españoles estacionados en la “siempre leal” provincia de Panamá, declarar la independencia de España y sumarse rápidamente al proyecto independentista que dirigía el libertador Simón Bolívar.

La separación de 1903, aunque culminante de una guerra de tres años que había surgido en Colombia, fue el resultado de la identificación precisa del espacio por donde se podía colar el proyecto nacional, en medio del férreo centralismo colombiano y el agresivo expansionismo de Estados Unidos. A Panamá le costaría cien años perfeccionar su independencia pero salvo acciones cívicas y patrióticas como las de 1925, 1947 y 1964, ni en noviembre de 1903 ni en diciembre de 1999 se registrarían acciones militares como las de diciembre de 1989.

El primer domingo post invasión marcó una nueva etapa en la

operación *Causa Justa* lanzada por Estados Unidos: comenzó la entrada de las tropas en la ciudad. Mientras una mayoría de panameños daba la bienvenida a los soldados extranjeros, otros organizaban las defensas de sus comunidades de eventuales acciones de los Batallones de la Dignidad o de remanentes de las Fuerzas de Defensa. Hasta ese día regiones importantes de provincias como Chiriquí, Veraguas, Coclé fueron rindiendo sus cuarteles. Efectivos de las Fuerzas de Defensa que lanzaron una operación de secuestros de ciudadanos norteamericanos en un hotel de la localidad se desintegraron en las primeras operaciones y solo en áreas como San Miguelito y Coclé se registraron fugaces formas de resistencia. En El Chorrillo más de 1,500 desplazados por el bombardeo fueron llevados a los hangares de la base de Albrook, y Teresita, Ebrahim Asvat, Manuel Cupas y German Gnegui fueron al campamento localizado en Albrook donde se concentraban los desplazados, y comenzaron a hacer el inventario de todas las personas. En los días que siguieron al primer domingo post invasión comenzaron a llegar los civilistas exiliados que, algunos en años y otros en meses, no habían podido volver al país; se abrieron las cárceles donde estaban detenidos los opositores. De las celdas del DENI, por ejemplo, salía Valerio Araúz después de tres meses de confinamiento; se despedía de un militar que había sido su compañero de celda, el coronel Guillermo Wong, quien el tres de octubre de 1989, tras el fallido golpe del mayor Giroldi había sido arrestado bajo la nunca aclarada acusación de ser parte de la intentona golpista. Regresaría Esther Watson de Abadi, Mery Alfaro de Villageliú y su esposo.

Noriega en la Nunciatura

La parte culminante de aquellos primeros días de la invasión fue la noticia de la presencia del general Manuel Antonio Noriega en la Nunciatura Apostólica. El día 20 en la tarde, mientras que la estatal Radio Nacional mantenía viva su señal, Noriega había hecho circular una grabación en la que llamaba a la resistencia “*a paso de vencedores*”. Fue quizás el único indicio

que, por esos días, tanto las unidades de las Fuerzas de Defensa como los integrantes de los Batallones de la Dignidad, recibirían como atisbo de orientación. Desde que la invasión comenzó Noriega transitó por residencias de amigos suyos, hasta llegar a la Nunciatura; el Estado Mayor de la entidad castrense fue un fantasma en fuga, mientras que las tropas, los batalloneros o los simpatizantes de otrora navegaban en el caos. Así que el sábado 24 de diciembre en la mañana cuando trascendió la noticia de la presencia de Noriega en la Nunciatura, se abrió paso el epílogo de una corta jornada que tendría como colofón su entrega definitiva el tres de enero de 1990.

Después del primer domingo de *Causa Justa* el reto que se presentó al gobierno civilista fue el orden público, evaluar las consecuencias materiales de la invasión. Junto a Marc Cisneros, Arias Calderón hizo un recorrido en helicóptero por la Ciudad. Estados Unidos no había incluido entre sus tropas, efectivos de la Guardia Nacional lo que dejó a la Ciudad sin resguardo y a merced de la delincuencia común, por lo que conformar una policía fue la tarea urgente. Además, porque en concepto de Ricardo era necesario impedir que la presencia militar norteamericana se prolongara y convirtiera a Panamá de invadido en ocupado. La conformación de una Fuerza Pública fue la primera medida, y así mismo la causa de sus primeras desavenencias con compañeros de ruta.

La desmilitarización

La desmilitarización de las Fuerzas de Defensa fue una de las tres grandes tareas que desplegó el primer vicepresidente de la República, desde su cargo de Ministro de Gobierno y Justicia. Las otras tuvieron que ver con un periplo internacional en América Latina y Europa, donde sustentaría la nueva política del gobierno que integraba. En una primera gira visitó Londres, Bruselas, Budapest, Roma y Madrid, “*con un doble propósito: dar a conocer la nueva realidad democrática que vivimos los panameños, (...) y promover la ayuda y la cooperación económica*”.

Arias Calderón contaba en sus antecedentes con un intenso trabajo internacional que había realizado, primero desde 1967 por América Latina; más tarde a través de la Organización Demócrata Cristiana de América (ODCA) y en el contexto de la Internacional Demócrata Cristiana, lo que le dejaba un amplio marco de relaciones. Fue en esa gira durante la cual se entrevistó con el rey Balduino de Bélgica.

La realidad socioeconómica nacional bajo el criterio de que “había una deuda social con el país” fue otra de las tareas que asumieron los demócratas cristianos en esa ocasión.

A diferencia de los otros partidos de la alianza que pasaron a ocupar los ministerios y entidades económicas del Estado, los demócratas cristianos se responsabilizaron por las carteras sociales: educación, vivienda, salud, obras públicas... Los resultados electorales de mayo de 1989 hicieron de la Democracia Cristiana el partido más poderoso del gobierno, y de Ricardo una figura que brillaba con luz propia por encima del propio presidente, una situación que en el presidencialismo panameño no ha tenido cabida desde la fundación de la República. En la Asamblea Nacional la democracia cristiana tenía 27 diputados, además de ministros, directores de entidades autónomas y funcionarios en entidades de menor jerarquía.

Había otro componente en la forma como la nómina presidencial asumió la administración del Estado y el peso de Arias Calderón en ella: su capacidad organizativa y de orientación. *“En realidad de los tres integrantes de la nómina presidencial, el único que tenía claridad respecto a lo que había que hacer era Ricardo Arias Calderón”*, sostiene Ebrahim Asvat, que desde los primeros días de la nueva etapa democrática pasó a trabajar con Ricardo en el Ministerio de Gobierno y Justicia.

Valerio Araúz afirma que mientras que los otros miembros de la nómina divagaban respecto a personalidades para los cargos, Arias Calderón extraía de su maletín el nombre y el currículum de la persona que proponía. Esa capacidad, esa disciplina, organización y la rectitud de su vida personal serían, como lo había sido durante la integración de la nómina presidencial, causa de las

confrontaciones que comenzaron en el gobierno a pocas semanas de asumida la dirección del país. Otra vez la democracia cristiana se situaba en una posición y panameñistas, MOLIRENAS y liberales en otra, en una lucha que terminará con la salida de los demócrata cristianos del gobierno 18 meses después de posesionados, en abril de 1991.

En ese periodo la desmilitarización del país fue la tarea más importante de Arias Calderón, tal cual lo había sido 87 años atrás de su bisabuelo Ricardo Arias Feraud. En ella encontró el apoyo resuelto de Guillermo Endara, quien la inició con un simbólico golpe de mazo contra las ruinas del bombardeado cuartel de las desaparecidas Fuerzas de Defensa. Pero en lugar de ser una tarea que transcurriera sin contratiempos, debido a la larga batalla contra los militares, la desmilitarización fue desde sus inicios un punto de conflicto del primer vicepresidente con antiguos aliados. Preocupado por resolver cuanto antes la capacidad de Panamá para atender los temas de seguridad ciudadana, Arias Calderón partió por convocar a todos los integrantes de las Fuerzas de Defensa que no habían tenido problemas de violación a los derechos humanos, o de cualquier otro delito a integrar la nueva fuerza pública.

“...después del 20 de diciembre el presidente Endara, quien les habla y el vicepresidente Ford adoptamos una decisión histórica y cada día estoy más seguro que fue la decisión correcta, fue la decisión de considerar terminada, una vez y para siempre las Fuerzas de Defensa que encabezó el general Noriega, pero de abrir la puerta para que aquellos de sus miembros que no se encontraban personalmente comprometidos con los crímenes de Noriega compartieran con nosotros la tarea de crear la nueva Fuerza Pública...” decía el Primer Vicepresidente en un discurso del dos de febrero de 1990 en un acto con miembros Fuerza Pública realizado en el teatro Balboa. Para Arias Calderón el trauma vivido hasta diciembre de 1989 no correspondía solo a la oposición, había sido –decía– un trauma nacional que todos hemos vivido.

“Yo partía de la convicción de que no todos los miembros de las ex Fuerzas de Defensa se podían considerar como incondicio-

nales de Noriega. Dos intentos de sacarlo por la fuerza y la forma como muchas unidades de ese cuerpo habían votado en las elecciones de mayo de 1989 me daban esa seguridad”, añadía. En consecuencia los últimos días de diciembre y los primeros de enero, eran largas las filas de ex miembros de las Fuerzas de Defensa reintegrándose a la institución policial. Un elemento coadyuvante lo eran los años de servicios que tenían muchas de esas unidades, que acudieron al llamado salvaguardando esos años en el Fuerza Pública. Pero la decisión de Arias Calderón tuvo mayor alcance. Él partió por convocar a varias de las unidades que habían estado comprometidas con las acciones de fuerza de 1988 y 1989 contra Noriega, entre ellos los mayores como Fernando Quesada y Aristides Valdonedo. Contra este último La Prensa cargó acusaciones. Valdonedo había estado entre los oficiales que dirigieron la asonada de marzo de 1988, tras cuyo fracaso fue detenido y así estuvo hasta el día de la invasión. De él, el dirigente demócrata cristiano guardaba un profundo agradecimiento porque en 1987 después que su hijo Martín fuera detenido por efectivos del G-2 de las Fuerzas de Defensa, fue Valdonedo quien lo liberó.

Pero lo que para Arias Calderón era una medida urgente para algunas voces críticas, otrora compañeras de lucha, era un desacierto que abría espacio a los militares de la *odiada dictadura*. Esas voces abogaban por la conformación de una fuerza pública conformada por cualquier elemento humano, menos alguno que tuviera sus orígenes en la vieja institución castrense. La convocatoria del primer vicepresidente y ministro de Gobierno y Justicia, sin embargo, considerada un factor vital en una estructura de seguridad pública: la experiencia y el conocimiento de la materia. Lo que para algunos era, otra vez, hacer militarismo, para Arias Calderón era una medida calculada, necesaria y urgente considerando los secuestros, robos y asaltos a bancos que se registraban esos años.

“Yo partía de la necesidad de resolver en el menor tiempo posible una fuerza pública que atendiera esos problemas, un punto en el que Endara estaba totalmente de acuerdo conmigo”, explica Arias Calderón.

El coronel Roberto Armijo fue el primer militar que el gobierno de Guillermo Endara designó como director de la nueva Fuerza Pública que se creó en 1990. Ricardo recuerda que, pese a ello unos meses después Armijo debió ser destituido por comprobársele que en una cuenta de banco tenía depositado una cantidad de dinero cuya procedencia no le supo explicar a al ex primer vicepresidente, indica Teresita. Su salida de la institución se produjo sin trauma. Fue reemplazado por el coronel Eduardo Herrera, que no duró un año en el cargo y en su lugar fue designado Fernando Quesada, quien había sido mayor en las antiguas Fuerzas de Defensa y uno de los líderes del fallido golpe de marzo de 1988.

De esa manera la posición del primer vicepresidente se encontró de repente entre militares veteranos provenientes de la otrora Fuerzas de Defensa y civilistas radicales que en lugar de la conciliación por la que optaba Arias Calderón parecían cargados de prejuicios y sedientos de revancha. Arias Calderón encaró esos conceptos bajo el criterio de aplicar una justicia sin venganza. Todos los ataques a su política serían derrotados a partir de los nuevos conceptos con que el primer vicepresidente encaró la tarea de la desmilitarización:

“Cuatro factores incidieron en esta decisión de desmilitarización. Primero, el impacto del trauma de la invasión sobre las Fuerzas de Defensa hacía posible eliminarlas. Segundo, el pillaje y la anarquía que se apoderaron de la ciudad de Panamá, dramatizó la urgente necesidad de un organismo que garantizara la seguridad pública elemental. Tercero, la conciencia de que era imprescindible un organismo nacional que asumiera cuanto antes la tarea de la seguridad pública, pues de otra manera se deslegitimizaba el Gobierno democrático. Cuarto, la voluntad de evitar que gracias al licenciamiento indiscriminado de todos los efectivos de las antiguas Fuerzas de defensa, se alimentaran los residuos de resistencia violenta de los primeros días y los brotes de acción violenta de los primeros meses, sobre todo en el contexto de la enorme cantidad de armas de alto calibre diseminadas y el enorme desempleo que prevalecía”²¹⁹.

La desmilitarización se formalizó mediante los Decretos de Gabinete número 38 de 10 de febrero de 1990 y número 42 del 17 del mismo mes, los cuales expresaban “*las cuatro políticas del Estado que se adoptaron respecto a la seguridad pública y que se pusieron en práctica progresivamente de 1990 a 1991: la desmilitarización completa, la descentralización institucional, la subordinación a la autoridad civil y la profesionalización apolítica*”²²⁰. Se crearon, igualmente, cuatro servicios para la seguridad pública: La Policía Nacional (PN), el Servicio Aéreo Nacional (SAN), y el Servicio Marítimo Nacional (SMN), todos bajo la dependencia del Ministerio de Gobierno y Justicia, y el Servicio de Protección Institucional (SPI). Las dependencias de carácter civil como el Servicio Nacional Penitenciario, la Dirección Nacional de Tránsito y Transporte Terrestre, y la Dirección Nacional de Migración y Naturalización, antes bajo control de las ex Fuerzas de Defensa, fueron reasignadas al Ministerio de Gobierno y Justicia, y el Departamento Nacional de Investigaciones (DENI), que pasó a llamarse Policía Técnica Judicial (PTJ) fue separado de la Policía y reasignado al Ministerio Público. Muchas de esas medidas fueron revaluadas años después. Durante la administración del Presidente Ernesto Pérez Balladares, por ejemplo, la PTJ salió del control del Órgano Ejecutivo y pasó a la jurisdicción del Órgano Judicial, y en el periodo del presidente Martín Torrijos volvió al control de la Policía. En este periodo también el SAN y el SMN volvieron a fusionarse bajo el denominativo de Servicio Aéreo Naval (SENAN) y se creó el Servicio Nacional de Fronteras (SENAFRONT).

Durante la administración Pérez Balladares la ley orgánica de la Fuerza Pública promulgada en 1990 registró una tercera modificación que a criterio de Arias Calderón “implicó variantes significativas”, a diferencia de la segunda ocurrida en 1992. Aun cuando subrayaba que las modificaciones que se introdujeron en el periodo de Pérez Balladares mantuvo la estructura básica de la primera versión, para el ex primer vicepresidente “la tercera versión revelan algunas tendencias que necesitan rectificarse”, y entre ellas enumeraba: “1: Se sientan las bases para que la Fuerza

Pública contenga no sólo servicios de policía, sino el equivalente a una Guardia Nacional militarizada”. Entre ellos Arias Calderón señalaba que además de las funciones policiales que correspondían a la Fuerza Pública, aparecían las de defensa nacional en los artículos 5, 12 y 29, lo que “viola el nuevo artículo 305 de la Constitución, según el cual podrán organizarse servicios policiales especiales sólo ‘temporalmente’ y ‘ante amenaza de agresión externa’”. Como esa, Arias Calderón hacía cinco puntualizaciones más a aquel proyecto de ley orgánica de la Fuerza Pública que sin embargo cuando fue presentado en marzo de 1995 por el entonces ministro de Gobierno y Justicia, Raúl Montenegro, consagraba la naturaleza civil de la Policía Nacional”, indicaba Arias Calderón.

El seguimiento que dio Ricardo a estos temas permite señalarlo no sólo como promulgador de una propuesta civil para los estatutos de seguridad, sino como vigilante y defensor de esa condición, más allá de las fronteras nacionales. Es la piedra de toque de un concepto que lleva en su fondo una preocupación tan firme que se podría subrayar casi como obsesiva: **la Democracia**.

En junio de 1995 en un artículo publicado en el periódico “El Panamá América”, Ricardo Arias Calderón afirmaba que los esfuerzos parciales de desmilitarización en Centroamérica, incluidas Costa Rica y Panamá, donde se había eliminado el ejército exigían “renovar la concepción tradicional de la seguridad del Estado”. Tras considerar la paz de que gozaba la región en los años 90, Arias Calderón abogaba por “*una acción regional solidaria para el mantenimiento y perfeccionamiento de cada una de nuestras democracias, más que la existencia y el fortalecimiento de fuerzas militares.*” Y añadía: “*En aras de la seguridad del Estado, conviene reforzar las instancias políticas de la Comunidad Centroamericana y reconocerles formalmente un papel en la salvaguarda y consolidación de la democracia*”. En el artículo citado, que veía la luz cinco años después del fin de la Guerra Fría, Arias Calderón añadía: “*La democratización generalizada y el cese de la confrontación mundial están transformando el concepto mismo de seguridad. Tradicionalmente se concebía la seguridad sobre todo en función del Estado como institución*

que monopoliza el poder público. Por ello las preocupaciones fundamentales de seguridad tenían que ver con la integridad territorial del Estado, su soberanía y la eventualidad de intentos insurreccionales en su contra. Ahora se tiende a concebir la seguridad principalmente en función del desarrollo humano de la gente que integra el Estado y a cuyo bienestar el Estado ha de consagrarse. Las preocupaciones prioritarias de seguridad vienen a ser de otro tipo : por ejemplo, la violencia criminal y en particular la vinculada al narcotráfico y al terrorismo; los delitos ambientales, tales como la deforestación y la contaminación; la pobreza crítica y las graves deficiencias de equidad social que suelen expresarse a través de desórdenes públicos”.

Las diferencias en esta área produjeron efectos nocivos a lo interno del gobierno y con el periódico La Prensa. Mientras que en el establecimiento gubernamental renovó las viejas diferencias del primer vicepresidente con sus antiguos adversarios libe- rarles y algunas figuras del MOLIRENA, en La Prensa comen- zaron a desdibujarse lo que a criterio de Arias Calderón eran principios bajo los cuales había sido fundada aquella publica- ción. Estaba –por ejemplo- la afectación a la novedad de que las acciones fueran vendidas a cinco mil dólares colocando un tope que impedía al interesado poseer un número determinado de ac- ciones que lo colocara por encima de los demás. ¿Y qué pasaba con la repercusión sobre la posesión y la dirección editorial de aquellas acciones familiares donde además del papá poseían ac- ciones las esposas, los hijos y los hermanos? La Prensa llegó a tener centenares de accionistas.

La confrontación asumió forma de batalla campal, a la que de manera directa aludió el Primer Vicepresidente durante el déci- mo aniversario de la publicación en agosto de 1990. Arias Cal- derón subrayó los ejemplos que revelaban el clima de libertad de expresión que se había garantizado en el país desde los primeros meses de la administración de Guillermo Endara, y aludía a cier- to abuso que se registraba de parte de algunos medios, y para lo cual se remitió a una declaración que por esos días emitió la Conferencia Episcopal de Panamá y en la que se leía: “No obs-

*tante, muchos comunicadores sociales lesionan cada vez más los derechos de terceras personas. Algunas noticias y comentarios reflejan una actitud de rencor y venganza. Más que ayudarnos a una reconciliación nacional, los medios están sembrando en no pocos casos, cizaña, promoviendo la disensión entre los diferentes grupos y sectores”*²²¹.

Arias Calderón recordaba a continuación compromisos de juramento que el mismo había publicado en La Prensa en 1982 y subrayaba que “*Todos los aquí presentes hemos contribuido a que en Panamá la palabra sea efectivamente libre. Comprometámonos hoy, todos juntos, a que también sea responsable*”. Las palabras del Premier reflejaban la batalla política en que había quedado inmersa la dirección editorial de un periódico que, junto al aporte de millares de accionistas, él había ayudado a fundar y que desde los primeros días del gobierno de Endara se había convertido en un acérrimo crítico de su gestión. Tal cual lo decía la Conferencia Episcopal, Arias Calderón criticaba el hecho de que en lugar de ser, en la nueva situación del país, un instrumento de reconciliación y fortalecimiento de la democracia, La Prensa hubiese tomado partido a favor de una de las facciones en el gobierno que –desde su óptica- atentaba contra esa conciliación y desdibujaba el principio de la libertad de expresión. Roberto Eisenmann justificaría aquella posición aduciendo que aun cuando la mayoría de los fundadores del periódico integraban el gobierno de Endara, La Prensa no podía perder su independencia y su capacidad crítica. “*La disyuntiva era mantener la independencia o no ser crítico. No podía ser un periódico del gobierno*” ha dicho, pero un examen de las publicaciones de esa época revela una particular dedicación crítica hacia la gestión de Arias Calderón.

La designación -por ejemplo- de los ex mayores de las Fuerzas de Defensa Fernando Quesada y Arístides Valdonado como director y subdirector de la nueva Fuerza Pública, respectivamente, sirvió para que La Prensa desencadenara una ofensiva contra “los tigres que no se podían convertir en vegetarianos”, al término de hacerse eco de acusaciones contra Valdonado, refutadas casi de inmediato por María Teresa Arias Yániz, hija mayor de Arias

Calderón y por la activista de la DC Mery Alfaro de Villageliú. El catedrático Roberto Arosemena Jaén en un artículo aparecido en La Prensa señalaba a Valdonado como su agresor en un incidente previo a la invasión. Hecho que, se corroboró luego, no era cierto. Alfaro de Villageliú, quien había compartido un arresto con el catedrático durante la lucha contra la dictadura, le dirigió a Arosemena Jaén una carta donde comparaba los dos artículos que este había escrito sobre esos hechos, antes y después de la invasión norteamericana: *“Como me has mencionado en tu artículo de 1987 como testigo, estoy en el derecho y la obligación de aclarar públicamente que no sé quién entró contigo en la celda porque estaba oscura, pero sí pude darme cuenta de que no te arrastraban y tampoco vi que te golpearon (...) Por el respeto y la admiración que te tengo, espero que el tiempo haya borrado de tu memoria los sucesos del 20 de octubre de 1987. De lo contrario tendré que pensar que mientes deliberadamente con el propósito de desprestigiar al actual sub-jefe de la Policía Nacional, Arístides Valdonado, o al jefe de la Fuerza Pública, presidente Guillermo Endara”*²²².

Irónicamente, pese a que fue Arias Calderón quien empeñó esfuerzos por estructurar la nueva Fuerza Pública a partir del mejor personal que pudo encontrar, heredado de las desaparecidas Fuerzas de Defensa, muchos serían los que lo señalarían como el enterrador de esa institución y otros como preservador del militarismo. Lo cierto es que Arias Calderón fue junto al presidente Endara y el vicepresidente Ford, uno de los principales garantes de la desmilitarización de la Fuerza Pública, tras identificarlo como factor decisivo en la democratización del país.

Si hasta aquellos días hubo alguna posibilidad de avenimiento entre Arias Calderón y Eisenmann, quedó eliminada a finales de los años 90, una noche en que un grupo de demócrata-cristianos intentó razonar con este último para que dejara la presidencia de la corporación. Él asegura que en una reunión realizada en la casa de René Orillac fue conminado a salir del periódico. *“Tenemos los votos para hacerlo, pero no queremos llegar a ese extremo”*, asegura Eisenmann que le dijo Orillac. Eisenmann le habría res-

pondido a Orillac que enfrentaría el reto, y las posiciones quedaron polarizadas. Pero ¿hasta dónde se trataba de un problema personal entre Eisenmann y Arias Calderón? ¿Cuál era el fondo de aquella disputa y quiénes salían en defensa de Ricardo? Esther Watson de Abadi, figura importante en el periódico y recaudadora de una suma cuantiosa en el financiamiento del rotativo, terció en aquel debate con un artículo letal publicado en el mismo periódico en la sección *Contrapunto* titulado: ***La de los poderes soy yo***, y en el que respondía a otro publicado previamente por el empresario Eisenmann bajo el título de ***“Qué ocurre”***. Esther decía entre otras cosas que: *“Este no es un problema personal entre Ricardo Arias Calderón y Roberto Eisenmann, y aunque así fuera, La Prensa no es el lugar para resolverlo. Lo que está en juego es la visión inicial que tuvimos los que hace diez años salimos a recoger los fondos y a poner nuestros muchos o pocos talentos al servicio de una prensa objetiva y libre. El día que por una acusación hecha en un medio periodístico, sin órdenes del Procurador y sin seguir el proceso judicial correspondiente, se arreste a un ciudadano, se destituya a un servidor público o se persiga a un panameño, sea quien sea, habremos destruido para siempre nuestra Patria. Este país, Bobby, es muy chiquito y todos nos conocemos. Conocemos de tu aporte a la democracia y yo no estoy en el negocio de negarte tu participación en una lucha que fue de muchos, pero de pocos con la tenacidad y el heroísmo con que peleó aquí Ricardo Arias Calderón.”*

La confrontación con Eisenmann fue solo una de las tantas que Arias Calderón enfrentó una vez en el poder. La desmilitarización del país implicó, además de los señalamientos del empresario, luchas con tendencias que dentro del gobierno parecían no creer en el camino que trazaba el primer vicepresidente con respaldo del presidente Guillermo Endara, y que a la larga influirían en la salida de los demócrata cristianos del gobierno.

En **La transición hacia la democracia, 1989-1994**, Arias Calderón definía *“el establecimiento de las instituciones constitucionales democráticas bajo las cuales se pueda lograr la reconciliación(...) y la reconstrucción económica hacia una economía social de*

mercado” como condiciones indispensables para “la creación de una nueva Fuerza Pública, desmilitarizada, que le proporcione a las personas, a las familias y aquel país, seguridad en el respeto a los derechos humanos, en la vigencia del estado de derecho y en defensa de la democracia ”²²³ .

La nueva Fuerza Pública que se integraba aparecía en virtud de la norma constitucional que establecía nombrar a los jefes y oficiales con arreglo al escalafón y disponer del uso de la misma. El 18 de enero de 1990 en el Centro de convenciones ATLAPA, Arias Calderón decía que respecto a la Fuerza Pública estamos haciendo mucho: “...*no contra, sino con los nuevos jefes de la Fuerza Pública, buen número de los cuales también sufrieron angustia, persecución, cárcel y tortura a manos de Noriega*”.

Una carta de Ramón Lima, viceministro de Gobierno y estrecho colaborador de Arias Calderón revela que en la ejecución de su propuesta, este último enfrentaba la resistencia de altos funcionarios del gobierno de Endara, entre ellos la del contralor Rubén Darío Carles. La nota con fecha 30 de noviembre de 1990 revela que para esos días Carles condicionó el pago de salarios a la policía a aclaraciones respecto a la confección y distribución de la planilla para pagar a la Fuerza Pública. Lima le indicaba al contralor Carles que al condicionar la entrega de los cheques aludidos incumplía el artículo 1076 del código fiscal. “...*usted no puede detener legalmente la entrega de cheques refrendados y sujetarla a condicionamientos no contemplados en nuestro ordenamiento jurídico, sin incurrir en extralimitación de funciones*”²²⁴, decía Lima a Carles. La posición de Carles aparecía como parte de un continuo cuestionamiento hacia el Ministerio de Gobierno y Justicia.

“*No puedo negar que Rubén Darío Carles es un patriota, pero su afán por ser presidente era destruir a Ricardo Arias Calderón a quien veía como un competidor, el atraso a los pagos hacía daño a un proyecto de país*”, sostiene Ebrahim Asvat que para 1990 trabajaba con el Premier y quien ese mismo año reemplazó a Fernando Quesada en la dirección de la policía.

“*En una reunión que se hizo en la embajada norteamericana me encontré con Chinchorro, Billy Ford, Plutarco Arrocha y*

el embajador Dean Heanton. Y allí Chinchorro me preguntó: ‘¿tu mandas en la policía, tu mandas en la policía?’ – Si -le contesté,- yo mando en la policía. “Tú no mandas...” me dijo y añadió, refiere Asvat- ‘déjame decirte algo, para la policía no hay nada, no hay plata...pero si es para botar policía hay toda la plata del mundo’. Asvat le tomó la palabra al Contralor: “Usted me está diciendo eso delante de todo el mundo. ¿Si yo le mando una lista mañana para la jubilación usted me daría la plata?”, y respondió: “sí, pa’ que se vayan”. Asvat le comunicó a Arias Calderón su conversación con Carles y le propuso hacer la lista de los oficiales de policía que debían jubilarse, “porque no van a cambiar de criterio ni de mentalidad y se van en una jubilación regular, se le da vacaciones y a otros la jubilación anticipada. Fuimos donde el Presidente y le presentamos la lista porque Chinchorro aceptó. El presidente Endara firmó las hojas, y luego fui donde Chinchorro”.

Asvat recuerda que cuando se hicieron las jubilaciones Carles cuestionó el evento que el mismo había aceptado: “no, aquí hay gente que no se podía jubilar y la jubilaron, que solo tienen doce años y le dieron una jubilación” habría dicho el Contralor. “Era falso –asevera Asvat- y usaron al periódico *La Prensa* para echarle lodo a Arias Calderón”.

La intentona golpista de diciembre de 1990

Por coincidencia o no, la retención de cheques señalada por el entonces vice ministro de Gobierno y Justicia, Ramón Lima, ocurrió el 30 de noviembre de 1990, y cuatro días después el coronel Eduardo Herrera protagonizaba un fallido levantamiento contra el gobierno de Guillermo Endara. Un informe de inteligencia remitido al Ministerio de Gobierno y Justicia revelaba que desde agosto de ese año las autoridades estaban al tanto de los movimientos del ex coronel. Había sido jefe de la Fuerza Pública después de la invasión. Antes de ella y en plena batalla civilista

desertó como embajador de Panamá en Israel y se integró a los grupos de exiliados que estaban en Estados Unidos. Volvió al país luego de derrocado el régimen de Noriega y fue designado por Arias Calderón como director de la Fuerza Pública. Pero al parecer Herrera tenía una agenda propia. “*Yo creo que él pensaba que cuando regresaba iba a jugar un papel como el de Remón en los años 50*”, indica Ebrahim Asvat y añade que “*su papel fue más disminuido, no participaba en decisiones políticas y no aceptó ejercer el papel de policía*”, una situación diametralmente opuesta a las acusaciones que sobre supuesto militarismo lanzaba La Prensa contra el vicepresidente Arias Calderón. El complot de Herrera ocurrió el cuatro y cinco de diciembre de 1990 y produjo un muerto, decenas de arrestos y de bajas en la Fuerza Pública. Quedó, sin embargo, para análisis posteriores algunas coincidencias curiosas: la activación de algunas emisoras locales en apoyo a los golpistas, la libertad de movilización con que contaron los involucrados en cada una de las instancias donde fueron recibidos, y donde inclusive contaron con apoyo. También ¿por qué pudo Herrera evadirse de la prisión de la isla Flamenco donde se encontraba cuando hasta ese momento la seguridad de Panamá era garantizada por el Comando Sur del Ejército de Estados Unidos, que terminó luego por sofocar la asonada?

Las respuestas parecen estar en una seria divergencia respecto a la sobrevivencia de las Fuerzas de Defensa. Algunos sectores del gobierno no estaban del todo convencidos de que esta última debía desaparecer completamente, en contraposición a la rotunda tarea de desmilitarización de Arias Calderón y que apoyaban Endara y Ford. Pero tal posibilidad no se correspondía con la nueva correlación de fuerzas que se había implantado en el país tras la invasión de 1989 y donde los propios militares habían sido incapaces de garantizar su sobrevivencia o al menos una condición de interlocutores válidos. Eso podría explicar el fracaso de la asonada del cinco de diciembre de 1990.

El PDC sale del gobierno

El fallido intento de golpe, a un año de la intervención de Estados Unidos, sirvió para que el PDC propusiera una evaluación del estado de la alianza. *“Es necesario que las fuerzas políticas de la alianza de gobierno encabezada por el presidente Endara, evaluemos objetivamente la gestión gubernamental”*, decía el documento de análisis tras recordar que a pesar de la voluntad democrática de los panameños había personas y grupos que insistían en trastocar el orden constitucional.

Pero ese llamado de la DC para vigorizar la alianza, *“para conducir al país a su realización plena”*, no evitó que se agudizaran las contradicciones internas de la administración. Cuatro meses después del fracaso de Eduardo Herrera, el gobierno de Endara se vería inmerso en una serie de inculpaciones mutuas que amenazaban seriamente la coalición. Espacios políticos aparecieron como la razón de fondo. Tanto que el destacado dirigente de la democracia cristiana René Orillac, entonces Ministro de Obras Públicas, le solicitó al presidente una reunión en privado donde le expresó su preocupación por el rumbo que estaba tomando la situación y puso su cargo a disposición para que los arnulfistas tuvieran mayor espacio político y no se rompiera la alianza. La distribución de poder en el establecimiento correspondía con la votación obtenida por los partidos en las elecciones de mayo de 1989, y no con el puesto que ocupaban en la nómina presidencial. Así la DC poseía mayoría en el gobierno, en la Asamblea y además, desde el cargo de ministro de Gobierno y Justicia, Ricardo dirigía los estamentos de seguridad. Pero de los panameñistas, los liberales y los MOLIRENAS no partieron propuestas de entendimiento o evaluación *“para vigorizar la alianza”* como lo había hecho la DC. Prácticamente desde febrero corría el rumor de la salida de los verdes del gobierno, lo que explicaba la gestión de Orillac. Mireya Moscoso, entonces una figura prominente del arnulfismo también conversó con Endara para que la DC no saliera del gobierno *“pero el presidente tenía un entorno muy fuerte”*, ha recordado la expresidenta.

La decisión de sacar a la DC del gobierno mediante la destitución de sus figuras estuvo basada en supuestas intervenciones telefónicas de Arias Calderón al mandatario. “*No había tales intervenciones*” asegura Asvat y añade: “*Sólo fue una excusa*”. Una cosa trasciende como cierta: ni al momento de su salida del gobierno ni en años posteriores la DC o algunas de sus figuras fue acusada de nada doloso o irregular. El desenlace fue puramente político, impulsado por un interés en producir cambios en la correlación de fuerzas y de cierta manera por incompatibilidades con el estilo de gobierno que Arias Calderón había desarrollado desde que la nómina asumió la presidencia en diciembre de 1989. Estaban en juego –por supuesto– los cargos que dejarían vacantes los demócrata-cristianos. Pese a su salida del gobierno, Arias Calderón y su partido no se convirtieron en críticos feroces de la gestión de Endara, tampoco renegaron del proyecto del que habían hecho parte, aun cuando en determinados casos mantuvo posiciones críticas o distantes de la administración. En el caso de la devolución de Editora Panamá América (EPASA) a sus dueños, por ejemplo, Arias Calderón desplegó un apoyo determinante para curar la injusticia, en tanto que otros altos funcionarios hicieron resistencia y pusieron obstáculos²²⁵.

¿Qué supuso para Ricardo Arias Calderón su salida de aquella alianza después de 21 años de lucha opositora, de leales relaciones con el histórico líder Arnulfo Arias y, sobre todo, del esfuerzo desplegado en la segunda mitad de los años ochenta cuando la batalla anti dictatorial se tornó más difícil? Un reto en otro escenario, que lo obligaba a encarar su vida política de otra manera.

En su Partido comenzó a registrar un descenso importante, límite con la crisis. Surgieron facciones entre los 27 diputados que concurrían a la Asamblea Nacional. Será un periodo difícil que se acentuará con la ausencia de Ricardo de la militancia política, de su carisma y de la confianza que en él habían depositado muchos panameños en medio de los dramáticos años de finales de los ochenta, y en los que él orientó a la democracia cristiana panameña hacia los escenarios más estelares de su historia.



1990, gira en Darién junto a René Orillac, Ministro de Obras Públicas.



1990, en el Ministerio de Gobierno y Justicia, de izquierda derecha Francisco Artola, Ebrahim Asvat, primer vice presidente y ministro de Gobierno y Justicia, Ricardo Arias Calderón, Raul Arias de Para, Plutarco Arrocha y Cesar Tribaldo.



Eduardo Herrera, intentona de golpe diciembre 1990, con el rostro cubierto alguno de los alzados.



Con el expresidente, Vicente Fox. Durante su periodo como presidente de la Internacional Demócrata Cristiana (IDC), Arias Calderón gestionó la incorporación a esa organización de varios partidos de corrientes liberales y de centro, entre ellos el Partido de Acción Nacionalista (PAN), de México.



Con el presidente de Chile, Eduardo Frei Ruíz-Tagle.



Con el presidente Alan García.





Ricardo Arias Calderón condecorado por el presidente del gobierno español José María Aznar.



En la OEA en noviembre de 1990 junto al expresidente colombiano César Gaviria Trujillo.



XII. Otra vez, el horizonte

Como la decisión había sido intentarlo de nuevo, Ricardo inició a mediados de 1993 una serie de giras a distintos puntos del país para promover su candidatura presidencial. Habían arrancado con una gran concentración en la sala de bailes llamada *Cosita Buena*, en el barrio citadino de la comunidad de Vista Hermosa, y aquel domingo se dirigía hacia un poblado del distrito de Capi-ra, localizado a unos 35 kilómetros al oeste de Ciudad de Panamá, y cuyo camino era verdaderamente intransitable. Se acercaban las elecciones de 1994, y durante 1993 la Democracia Cristiana debía definir su candidatura. Pocos tenían dudas respecto a su elección para tal fin. Aquel día el auto de doble tracción fue vencido por el lodazal que era el camino, y varios de los ocupantes se bajaron para empujar el vehículo. Ricardo también lo hizo contra las protestas de sus seguidores, pero en el instante en que iba a apoyarse para sumarse al esfuerzo, resbaló y rodó por la ladera del camino. En la tarde Teresita lo veía copado de lodo desde la cabeza hasta los pies. En una jornada siguiente en la provincia de Chiriquí participó en una cabalgata que duró varias horas. Era un ejercicio que disfrutaba. En su juventud había integrado el cuerpo de jinetes de la Academia Militar de Culver cuando realizaba sus estudios secundarios en ese centro educativo norteamericano, y aquel día en la occidental provincia había sido un abanderado feliz. Llegó a casa verdaderamente agotado, se bañó, comió y se acostó. Nada le permitió, a la mañana siguiente, levantarse de la cama. Una rigidez dolorosa lo obligaba a mantenerse acostado. Una tensión severa le recorría los hombros, bajaba por los brazos y en el filo inferior de las manos un cosquilleo le llegaba hasta el dedo meñique. La parte más dura de aquel malestar le paralizaba el brazo derecho y no tenía manera de mover la espalda, las caderas y las piernas. Teresita terminó por llamar una ambulancia y lo trasladó al hospital. Allí comenzaron los análisis de su situación. En un primer momento se dijo que padecía de estrés; que si tenía un cáncer de huesos; que si la caída en Capi-ra le había provocado

una fractura de vertebra y que se le había agravado en la cabalgata de Chiriquí. Que si el cáncer provocaba las fracturas.

Una mañana, después de revisar los exámenes que se le habían practicado, el neurólogo Fernando Gracia le pidió que se levantara de su silla, caminara hacia la pared, luego hasta el pupitre donde estaba el galeno, y otra vez a la pared. En el proceso el médico observó que Ricardo no movía los brazos con normalidad. Más exactamente, mientras que el izquierdo iba y venía, el derecho se mantenía inflexible, pegado al cuerpo. Gracia terminó por diagnosticarle *mal de Parkinson*. Con Teresita viajó hasta Estados Unidos para descartar malignidades. -¿Después de aquel incidente ha Usted ha vuelto a tener alguna fractura ósea?, le preguntó un médico en la Clina Mayo, y él le respondió que no. “Entonces usted no tiene ningún cáncer en los huesos”, le dijo el galeno. No había dudas, se confirmaba el diagnóstico del doctor Gracia...era Parkinson.

Trastorno neurológico, los síntomas del Parkinson son leves al principio y la persona puede presentar temblores ligeros en algunas de sus extremidades, o rigidez en una o en ambas piernas. También alteración del equilibrio, dolores musculares o dificultades para deglutir, entre muchos otros síntomas. El problema real estriba sin embargo en que, como enfermedad degenerativa, implica la acentuación de ese proceso conforme pasa el tiempo. Ese era el reto al que se enfrentaba Arias Calderón.

En los días siguientes sus compañeros de Partido comenzaron a notar la disminución en sus jornadas, contrario al activismo que siempre lo había caracterizado. Había en él una novedad que nadie le conocía y que él fue comunicándoles poco a poco. Temi, su secretario privado, quien había estado entre los primeros en notar el temblor de su mano derecha fue informado de la situación, luego Esther, Milton... los demás dirigentes, hasta que el Partido supo que Ricardo Arias Calderón no estaba en condiciones de salud como para continuar con una campaña presidencial. De una manera radical, el líder demócrata cristiano, el hombre de los razonamientos que abrían puertas, cuyo pensamiento y cuya palabra había contribuido de manera cardinal a construir la moderna

democracia panameña, era apartado de las jornadas proselitistas, de la perspectiva de llegar a un cargo que jamás ocuparía: el de Presidente de la República. Tenía 61 años.

¿Cuánto podía representar para él aquella caprichosa realidad del destino? ¿Cuánto para su partido y cuánta oportunidad se abría para sus adversarios? Las de 1994 serían las primeras elecciones en democracia y varios factores permitían previsiones respecto a los resultados de esos comicios: el desgaste que arrastraba el gobierno presidido por Guillermo Endara, cuyas jornadas se habían desarrollado en el contexto de las limitaciones que supuso la reconstrucción del país después de la invasión norteamericana de 1989; las divisiones internas de quienes habían sido aliados en los comicios de mayo de 1989 y que para 1994 se expresaría en por lo menos tres candidaturas presidenciales, más una independiente. Y una más, la del opositor Partido Revolucionario Democrático (PRD), que sacado del poder cinco años antes, parecía mantener una significativa cuota entre sus seguidores y algunos independientes. Postulaba a Ernesto Pérez Balladares, quien justamente diez años atrás había encontrado en los militares el principal obstáculo en sus aspiraciones. Arias Calderón debió observar desde su casa, en medio de una severa depresión típica de su mal y coherente con esa mala jugada, el desarrollo de los acontecimientos, vencido no por un Partido ni por ningún adversario en particular, sino por una enfermedad que lo limitaba en sus actividades.

La vieja oposición, que en 1994 asistía a los comicios como fuerza de gobierno, fue incapaz de concentrar sus esfuerzos en una sola candidatura. Dividió sus votos entre Mireya Moscoso, Eduardo Vallarino y Rubén Darío Carles; Rubén Blades también les restó apoyo, y al final Pérez Balladares se alzó con la victoria con un tercio del sufragio.

Lecciones para un país que al final del siglo XX iniciaba un proceso democratizador en el que ponía muchas esperanzas, Pérez Balladares sorprendió a la opinión pública cuando al día siguiente de su triunfo, junto a algunos militantes de su partido visitó a Arias Calderón en su casa del barrio capitalino de San Francisco. Sorpresa porque las versiones surgidas de la larga confrontación

entre el PRD y el PDC no permitían imaginar una agenda de reconocimientos. Por el contrario la distancia y el resentimiento figuraban en una cartilla de inculpaciones mutuas que tenían como centro las responsabilidades respecto a la invasión de 1989. Pocos entendían la acción del nuevo presidente perredista, hasta que a pregunta de los medios de comunicación sobre el motivo de su visita al líder demócrata cristiano, Pérez Balladares dijo: “*es que gracias a sus luchas, hoy yo soy presidente*”. Fue un primer reconocimiento que situaba a Arias Calderón por encima de una coyuntura, valoraba sus esfuerzos en una etapa histórica y hacía meritorio al propio Pérez Balladares.

Arias Calderón, entre tanto, navegaba en la incertidumbre en que lo había situado aquel padecimiento. ¿Podía terminar abruptamente una jornada que había ocupado su vida durante treinta años? ¿Era el final? El sabio Leonardo Da Vinci dijo en una ocasión: “*Los obstáculos no pueden aplastarme: cada obstáculo proporciona una resolución firme. Nada pasa a menos que exista un sueño*”. Y en 1994, pese a todo, nada indicaba que Ricardo Arias Calderón hubiese dejado de soñar. ¿Con qué contaba? ¿Qué podía hacer? ¿Qué tenía para seguir ofreciéndole a su país, para seguir metido en la pelea? La producción intelectual del filósofo hecho político seguía intacta, tenía sus manos y la enfermedad degenerativa que lo afectaba no lo había minado aún. Acumulaba además una saludable y lúcida experiencia política.

Varias actividades van a ocupar su tiempo a partir de esa fecha: una intensa producción de artículos de opinión sobre los temas importantes de la política panameña e internacional, le permitirán reafirmar su visión sobre el país y sus tareas de desarrollo ante un mundo globalizado, que en más de una ocasión lo llevó a ásperas críticas contra la política de la administración de Ernesto Pérez Balladares, pero igualmente a propuestas concretas. En el XI Congreso de la Internacional Demócrata Cristiana (IDC), celebrado en Bruselas los días 8 y 9 de junio de 1995, será elegido Presidente de ese organismo para el periodo 1995-1998. Sostendrá una ácida discusión pública con el presidente de la Corporación La Prensa, Roberto Eisenmann, que edita el periódico del

mismo nombre y realizará varias visitas a Cuba, entre ellas una que coincide con la visita del papa Juan Pablo II a la isla, y otras de las que resultará un libro sobre esa nación, de la que procede su esposa Teresita.

La administración Pérez Balladares

Ernesto Pérez Balladares llegó a la Presidencia del país como candidato perredista, cinco años después que la Alianza Democrática de Oposición Civilista derrotara a su partido en las urnas y que Estados Unidos interviniera en el país. Era impensable su victoria. Posible, sin embargo, por las condiciones antes mencionadas, y a partir de la cual impulsó un proyecto modernizador que se caracterizó entre otras medidas por un agresivo programa de privatizaciones, que incluyó los Institutos de Recursos Hidráulicos y Electrificación (IRHE) y Nacional de Telecomunicaciones (INTEL), así como una significativa inversión en infraestructura que le permitió a la Ciudad de Panamá sus primeros corredores viales y el incremento de presupuestos en renglones tan importantes como salud y educación. En la antesala de la devolución del Canal de Panamá de manos norteamericanas a panameñas realizó un Congreso Universal donde se abordaban las perspectivas de la vía interoceánica.

Ricardo Arias Calderón puede ser considerado como el principal crítico del gobierno en este período, en el que produjo una serie de artículos semanales, en respuesta a los mensajes presidenciales de los días miércoles. Aparecieron en el diario *El Siglo* y en las ediciones dominicales de *El Panamá América*, y 57 de ellos fueron reunidos en una colección de cinco folletos editados en abril de 1999 bajo el título de *Críticas y Propuestas*, y en los que abordaba temas sobre *Democracia y Vida Política; Globalización y condiciones socioeconómicas; Educadores, educando y educación; Canal y Centro Multilateral Antidrogas y Fronteras y vínculos con otros países.*

*“Esta compleja evolución –sostuvo Ricardo J. Bermúdez Dutarí en el prólogo de la obra-, cuyo eje medular no es otro que un gran respeto por la condición humana, se sustenta en la concertada participación de la sociedad como instrumento indispensable para lograr los cambios graduales y equitativos que demanda la situación del país”*²²⁶.

Cada respuesta al Presidente fue transmitida los jueves por la emisora KW Continente, en las cuales Ricardo formuló propuestas sobre la modernización del Estado a través de una reforma global, rechazó los términos en cómo se llevaron adelante las privatizaciones de energía eléctrica y telefonía, y la proyección del país ante los mercados internacionales globalizados sin efectuar una promoción y consenso de “lo panameño y lo latinoamericano”.

*“Necesitamos ahondar -dirá Arias Calderón en aquel lustro- en nuestra identidad nacional y regional de panameños y latinoamericanos, establecer nuestras prioridades claramente por consenso y entonces salir al mundo a realizar nuestras aspiraciones...”*²²⁷.

En la nueva condición que le impone la enfermedad que padece, Arias Calderón vuelve a la carga. Tiene como punto de partida la rigurosidad de su análisis, la agudeza de su crítica, pero igualmente la profundidad de su aporte. En resumen lanza sobre la opinión pública todo el acervo de su formación académica y su experiencia política para exponer puntos de vista con los que, objetivamente, no todo el mundo estará de acuerdo, en especial los blancos de su crítica, pero que conllevaban la persistente preocupación por el destino de su país y de la sociedad panameña, lo que lo convierten nuevamente, como en los años de las jornadas civilistas, en un referente inevitable.

Es implacable con las concesiones hechas a la empresa inglesa *Cable&Wireles*, reclama explicaciones del presidente Pérez Balladares y propone la democratización de la riqueza *“dándole a miles de pequeños y medianos ahorristas panameños la oportunidad de convertirse en copropietarios del Instituto Nacional de Telecomunicaciones (INTEL)”*²²⁸.

Ante la globalización de la economía “las potencias se protegen y manejan el comercio en su beneficio”, advertía Ricardo al Presidente tras rechazar uno de los puntos de su política de Estado: *“la única forma en que vamos a poder explotar nuestras riquezas –habría dicho Pérez Balladares- es entusiasmando al capital extranjero a venir a Panamá. Se equivoca – le decía Arias Calderón y explicaba: La revista **The Economist** ha advertido que la inversión extranjera es un recurso escaso que todos quieren tener y que los países que han logrado su desarrollo lo han hecho sobre todo con sus propios ahorros y sus propias inversiones”*²²⁹. Aun cuando la inversión extranjera superaba los tres mil millones de dólares en los primeros cinco años del siglo XXI, el entusiasmo de los inversionistas fue notorio y considerable cuando Panamá decidió hacer su propia inversión, cerca de siete mil millones de dólares, en la ampliación del Canal de Panamá.

En esa misma línea Ricardo cuestionaba la drástica rebaja de aranceles que afectaba de manera directa- dijo- a los productores nacionales.

El propuesto Centro Multinacional Antidrogas (CMA) fue también objeto de sus denuncias. Sospechaba que se trataba de una forma disfrazada de retorno de la presencia militar norteamericana en el país.

Se preocupaba por la forma como se proyectaban las relaciones de Panamá con Estados Unidos a raíz de las conversaciones que se adelantaban, con respecto el 31 de diciembre de 1999, fecha en la que debía tener punto final la permanencia de las bases militares norteamericanas en el Istmo.

“Las conversaciones-negociaciones actualmente en curso han pasado por tres etapas,-decía-, cada una con su concepción característica: una primera donde se consideraba la continuación de las bases militares norteamericanas con el Centro Multilateral Antidrogas como apéndice, una segunda donde se destaca el Centro como pretexto para hacer aceptables las bases y una tercera etapa donde se plantea el Centro aparentemente sin bases”. Y a continuación preguntaba: “¿Las dos partes principales en las conversaciones están o no sincronizadas en su concepción

sobre el centro? Arias Calderón indicaba que “*en esas circunstancias más que en ninguna otra a Panamá le convenía como punto de partida un consenso nacional (...) Pero el gobierno no ha partido de un consenso nacional...*”²³⁰.

Pérez Balladares terminó rechazando cualquier tipo de acuerdo sobre el CMA. Aquel fue un tema promovido durante su administración por el entonces canciller Gabriel Lewis Galindo, que produjo desavenencias dentro de su propio gobierno, y que el Ministro de Trabajo por esos años, Mitchel Doens Ambrosio, también opuesto a la creación del CMA, dejó plasmadas en un libro titulado *Para bailar tango se necesitan dos*, en el que explica la génesis, el debate y la conclusión de un tema que despertó pocas simpatías en un país que, como Panamá, se había pasado cien años luchando contra las bases militares de Estados Unidos en su territorio.

También fue objeto de la preocupación de Ricardo la forma como Panamá orientó sus relaciones hacia Taiwán, en lugar de hacia China Popular, una preferencia de aquella administración panameña que coincidía con las del poderoso presidente del Comité de Relaciones Exteriores del Senado de Estados Unidos, Jesse Helms. Allí se refería al creciente acercamiento de la administración de Pérez Balladares con Taiwán, pero igualmente a la ambivalencia de desarrollar al mismo tiempo acercamientos con Hong Kong, que estaba próximo a colocarse bajo la soberanía de China Popular. En un artículo de enero de 1997 aparecido en el diario *El Panamá América* sostenía que: “*Es conveniente para nuestros intereses nacionales que Panamá le preste atención a la cuenca del Pacífico y se asegure el mantenimiento de buenas relaciones comerciales con Hong Kong y con China Continental*”. En septiembre de ese mismo año el gobierno realizó un Congreso Universal sobre Canal donde descuidó ese detalle, inclinó sus preferencias hacia Taiwán y de varias invitaciones cursadas a distintos mandatarios sólo asistieron tres, entre ellos el taiwanés Lee Ten Hui. La crítica de Ricardo a la administración de Pérez Balladares fue válida para los gobiernos que siguieron, cada uno de los cuales mantuvo y desarrolló compromisos con Taiwán a

contrapelo de una realidad mundial que implicaba la normalización de relaciones con Beijing.

La presidencia de la IDC

En 1995 cambios cruciales sacudían al mundo. El fin de la *Guerra Fría* que implicó la caída del muro de Berlín y la consiguiente desaparición de la Unión de República Socialistas Soviéticas, produjo repercusiones en el ordenamiento mundial, al que no escapó prácticamente ninguna de las organizaciones y los países que en la postguerra dominaban e influían en el escenario político internacional. La Internacional Demócrata Cristiana, como todos esos organismos, resintió los cambios y en junio de 1994 su dirección tomó la decisión de crear un Comité de Gestión, cuyo origen mediato e inmediato “*se encontraba en perfiles críticos de alcance diverso: personales, administrativos, económicos, ideológicos, organizativos. El Comité de Gestión puso en la casa el orden que urgentemente necesitaba...*”²³¹. Allí se enmarca el papel de alcance mundial de Ricardo Arias Calderón. Fue elegido presidente de esa entidad en junio de 1995 durante el XI congreso de la IDC realizado en Bruselas.

“*La IDC de finales de los 80 y principios de los 90 corría el riesgo de verse sumida en la irrelevancia organizativa y en la intrascendencia política. Desbordada por sus propias cavilaciones internas, instrumentalizada y confundida desde instituciones que de ella torcidamente se servían, parecía incapaz de tomar conciencia plena de sus virtualidades y de analizar con todas sus consecuencias los desafíos de un mundo en cambio*”, afirma Javier Rupérez, Secretario General de la IDC durante la presidencia de Arias Calderón y quien lo reemplazará en la presidencia en 1999.

“*Vivimos tiempos nuevos con grandes oportunidades y grandes dificultades. En estos tiempos nuevos, debemos vivir a fondo la renovación que ellos reclaman, con firmeza en cuanto a nuestros compromisos fundamentales como demócratas cristianos y sin ningún temor a la apertura, sin ningún temor a la colabo-*

ración con otras fuerzas de la sociedad civil y política”²³², dirá el dirigente panameño ante las representaciones mundiales de la IDC reunidas en el congreso de Bruselas, y en cuyo discurso destacó cinco puntos de compromiso: con los derechos humanos; con la democracia; con el desarrollo humano; con un auténtico internacionalismo y con un humanismo cristiano.

En esa intervención Arias Calderón recurrió en materia internacional a un principio del Libertador Simón Bolívar, el del equilibrio del mundo, para advertir que *“Hemos superado un mundo de confrontación bipolar, pero estamos cayendo en un mundo de predominio unipolar”*. Y precisaba: *“No un equilibrio de temor y confrontación, sino un equilibrio de pluralismo en las iniciativas y las oportunidades que nos proporcione un espacio de opción a los que no pertenecemos al primer mundo”*²³³.

“Pluralismo en las iniciativas”, “consenso en la sociedad” “democracia”... A finales del siglo XX Arias Calderón persistía en conceptos que han dominado su discurso durante toda su jornada política, tanto en su activismo cívico en Panamá, como cuando le tocó dirigir la IDC, y ser parte de una amplia apertura que lo que llevó, incluso, a promover la participación del Partido Comunista de China, como observador en los eventos de la IDC.

Un mes después del congreso de Bruselas, estaba en San José Costa Rica para asistir al XIV Congreso de la Organización Demócrata Cristiana de América (ODCA), la cual había presidido en los años ochenta, una década a la que recuerda como de democratización de la región y en cuyas jornadas los demócratas cristianos tuvieron un papel decisivo entre las dictaduras de extrema derecha y los proyectos de la extrema izquierda.

Para reafirmar el compromiso de su entidad con la lucha por la Democracia recordaría *“a quien fue maestro de muchos de nosotros y gran promotor de la ODCA, Arístides Calvani”* cuando advertía que *“la democratización es establecer democracia donde no existe, consolidarla donde existe y perfeccionarla donde se ha consolidado”*²³⁴.

Con su perseverancia acostumbrada y pese a la enfermedad que le aquejaba, Arias Calderón dedicará una intensa gestión a

la nueva fase que vive la IDC, indicando “Un nuevo método de trabajo: con y a través de los partidos”; desglosando y analizando los “Desafíos y perspectivas de los partidos demócratas cristianos” en la nueva perspectiva que vive el mundo. Resalta el ejemplo de Arístides Calvani en los nuevos tiempos; reflexiona sobre una IDC institucionalmente autónoma, y en 1997 habla sobre los “Requisitos de la modernización y el fortalecimiento de los partidos políticos y la democracia”.

¿Qué aporta Arias Calderón a la IDC en este período? Una dedicación completa. “...*lo mejor de su tiempo y su actividad*”, para decirlo en frases de Javier Rupérez para quien Ricardo “... *no es de aquellos que conciben sus responsabilidades políticas como un simple hobby para tiempos perdidos. Esa dedicación hizo posible que, por primera vez en muchos años la IDC volviera a contar con un presidente viajero. Y no solo en las habituales dimensiones euro-iberoamericanas. También en territorios de África y Asia, hasta ahora prácticamente ignorados a nuestros efectos. La IDC comenzaba verdaderamente a cumplir su vocación de universalidad*”²³⁵.

En China a donde fue invitado por el Partido Comunista, se interesó en la libertad religiosa y los derechos humanos. Allí encontró no solo una cultura diferente sino otra civilización, con una cosmovisión muy diferente que la occidental. En Europa visitó Rumania, Lituania, Hungría, Italia, Alemania, España, Bélgica, Holanda, Francia, República Checa y los países escandinavos, entre otros. En total 53 países, entre ellos todos los de América Latina, en un periodo de dos años, en el que junto a Rupérez impulsan un contenido ideológico e ir marcando el camino del centro democrático, pluralista e incluyente la posibilidad de nuevas alianzas y miembros en la IDC, de centro y pluralista, mientras que otras corrientes minoritaria pretendían llevar a la organización hacia posiciones conservadoras. Recorre varios países de África. Con Gutemberg Martínez en ODCA contribuye a desarrollar una opción ideológica inspirada en los principios demócrata cristianos humanistas y de centro. Junto con el premio nobel costarricense, Oscar Arias, visita Tanzania, Nigeria y Uganda, en

África, para hablar sobre desmilitarización y el desmantelamiento de los ejércitos, una experiencia que conocía muy bien.

Hace parte de quienes plantean que la IDC cambie su nombre a Internacional de Partidos Populares y de Centro, con el propósito de eliminar la confusión que creaba el carácter confesional los partidos demócrata-cristianos. La IDC se abre a otras realidades. En su periodo ingresan varios partidos de centro, democráticos y populares entre los que figuran el PAN de México y hasta uno de Irán. Javier Rupérez afirma que con Ricardo Arias Calderón la IDC recuperó lustre.

La desilusión

A finales de los años noventa se renovaron las confrontaciones con el periódico La Prensa, con mayor énfasis cuando, tanto en ese diario como en otras publicaciones, aparecieron artículos donde Arias Calderón criticaba duramente al fundador y presidente de esa corporación editorial. Una caricatura donde se dibujaba a Ricardo con las manos ensangrentadas, proyectando en abyecta imagen una supuesta complicidad con la dictadura, fue el detonante.

Basado en su innegable papel de proponente original, Eisenmann señalaba al periódico como una obra a la que miraba de manera paternal (*De Padre a Hija*, se titulaba el artículo que publicó por esos días), Ricardo subrayaba las implicaciones negativas que tal apreciación tenía para el papel editorial que cumplía la publicación.

“Para nadie es un secreto que mis sentimientos hacia La Prensa son como de un padre para una hija”—decía Eisenmann, en tanto que Arias Calderón indicaba: *He aquí la clave de la desviación progresiva de La Prensa del ideal que la guio en la lucha por la democracia hacia su conducta ambivalente y cuestionada hoy en día: el conflicto entre el espíritu del “diario libre de Panamá” y el espíritu de “la hija de su papá”, quien la define como “un diario dominante” que el día que deje “de ser controversial” dejará de cumplir con su misión.*

Y añadía Ricardo: *“Participé en el grupo de cinco que, bajo la dictadura, la creamos. Me creí el cuento de que no tenía dueño, por la distribución del capital accionario. Pronto me di cuenta que los directores fueron escogidos no por la Junta Directiva, sino por quien se autocalifica de papá.”* Era evidente lo mucho que habían cambiado, en el tiempo, los preceptos originales bajo los cuales había sido fundado el periódico y cada quien tomaba su posición.

En otra parte Ricardo indicaba que cuando se desmanteló lo que quedaba de las Fuerzas de Defensa y se desmilitarizó la seguridad pública, Eisenmann denunció esta obra inmisericordemente a través de La Prensa. *“En su afán contra esta labor, arremetió calumniosamente contra uno de los oficiales que más hizo por implementar la desmilitarización. E incluso llegó a celebrar una reunión donde el tópico fue cómo acabar políticamente con lo que se realizaba...”* Y concluía: *“Lo más triste de esta miserable historia es que el papá ha conseguido que su hija termine por parecersele, convertida en un Tartufo de Moliere”.*

Eisenmann no respondió aquel artículo, pero el domingo 14 de noviembre, bajo el título de *Antídoto*, Arias Calderón volvió a la carga y enumeró lo que a su criterio eran las consecuencias de que La Prensa estuviera en manos de “el papá”:

“...bajo su inspiración (de Eisenmann), La Prensa ha confundido la misión de informar con la de crear controversia;...a imagen de sus prejuicios se ha tornado parcial, injusta, obsesiva y desequilibrada;...escogió a los Directores de La Prensa por cuenta propia de entre los miembros del Partido (Acción Popular) al que pertenecía, aunque luego se ha jactado de apartidismo;...ejercía influencia exclusiva sobre la línea editorial de La Prensa;...sus empresas recibían trato preferencial para su publicidad en La Prensa; ...que cuando la dictadura cerró La Prensa y los trabajadores se quedaron en el aire, él se había refugiado en Miami por su seguridad personal y allí se quedó hasta el final”.

La administración Moscoso

En la antesala de los comicios de 1999, el dirigente demócrata cristiano combatió acremente las aspiraciones releccionistas del presidente Ernesto Pérez Balladares. La DC presentó como su abanderado al banquero panameñista Alberto Vallarino, quien al ser derrotado en las filas de su partido por Mireya Moscoso, aceptó la postulación de la democracia cristiana. Así que, crítico de la viuda de Arnulfo Arias era previsible la posición que Arias Calderón adoptaría ante ese gobierno en el quinquenio 1999-2004, en el que su partido sólo alcanzaría dos curules en la Asamblea de Diputados, el del abogado Rubén Arosemena y el de Teresita Yániz de Arias, la esposa de Ricardo que después de décadas de ser un respaldo activo y sostenido, ante las limitaciones del destacado político pasaba a primer plano como Diputada de la República.

En diciembre de 1999 sucedería la devolución del Canal de Panamá, de manos norteamericanas a panameñas, un hito que representaba la consolidación del Estado Nacional, y la culminación de un largo proceso independentistas iniciado en 1903. “*Somos una nación que ha tomado cien años para consolidar su independencia*”, diría el veterano dirigente en aquella ocasión, en la que reconoció el hecho histórico como un mérito del adversario que había combatido, el general Omar Torrijos Herrera, como ya había hecho en otros escritos, aunque subrayó que pese a su gestión social y política tales logros no se habían producido en democracia.

Tres hechos van a marcar la posición de Arias Calderón respecto al gobierno panameñista de la presidenta Mireya Moscoso: su participación en la comisión multipartidaria que elaboró las bases de la política de seguridad del país, una persistente crítica hacia las manifestaciones de corrupción y el aval que dio al acuerdo para el *Mejoramiento y Transformación de la Asamblea de Diputados*, que sería conocido como **Pacto Meta**. En ese quinquenio Arias Calderón pondrá fin, igualmente a 37 años de docencia, al retirarse de la cátedra de Filosofía que dictaba en la Universidad de Panamá.

Consenso para una política de seguridad

A finales del año 1999 el nuevo ministro de Gobierno y Justicia de la administración Moscoso, Winston Spadafora, dio a conocer un Plan Estratégico de Seguridad Nacional que produjo críticas por estar basado en conocidos preceptos de esa doctrina, un tema sensible en Panamá y América Latina, que removía etapas pasadas en las cuales dictaduras militares, habían sometido a la región a episodios inenarrables. La propuesta de Spadafora coincidía con una nueva realidad. Después de casi un siglo en manos de Estados Unidos, el Canal interoceánico pasaba a la administración y soberanía de Panamá, lo que le imponía al país nuevas responsabilidades. Spadafora convocó entonces a las principales fuerzas políticas del país para discutir su plan en busca de consenso. Solo aceptaron participar el Partido Demócrata Cristiano y el Partido Revolucionario Democrático. Las conversaciones comenzaron el siete de enero del 2000 y se tradujeron en un fluido intercambio de comunicaciones directas y de documentaciones. En ellas participó Ricardo, quien a principios de esa década, como Ministro de Gobierno y Justicia, había sido el rector de la materia.

En el desarrollo de los contactos, sin embargo, “*declaraciones de personeros del Gobierno con respecto a la relación con los Estados Unidos y con otros países en materia de seguridad dieron pie a reacciones negativas del PDC y del PRD. Por momentos se daba la impresión de que el Gobierno aprobaría el Plan a tambor batiente. No faltaron comunicaciones que incluían evaluaciones inaceptables sobre quienes discrepábamos de puntos de vista oficialistas. Pero también, es de justicia reconocerlo, el Ministro demostró disposición real a acoger propuestas que modificaban sustancialmente su documento original y los representantes del PDC y del PRD demostraron capacidad no sólo de crítica sino de propuesta, al margen de cualquiera demagogia*”²³⁶.

De aquel ejercicio, y en el cual Ricardo intervino activamente, surgió un documento titulado *Fundamentos de Política Paname-*

ña de Seguridad, avalado por el ministro Spadafora en representación del gobierno de Mireya Moscoso; por Rubén Arosemena, secretario general del Partido Demócrata Cristiano (PDC) y por Martín Torrijos, secretario general del Partido Revolucionario Democrático (PRD). Se adoptaba en el mismo el concepto de “Seguridad Integral de la República de Panamá”, que se caracterizaba por ser “multidimensional”, tras considerar tanto las manifestaciones como las causas de los problemas; “diferenciado”, por distinguir entre las amenazas externas y las internas; “armónico” porque reconocía la necesidad de coordinación y trabajo en conjunto; “democrático” porque insistía en fortalecer la subordinación a la autoridad civil y en abrir espacios de participación ciudadana); y “multilateral”, porque se proponía forjar nexos internacionales plurales y equilibrados.

“Un consenso semejante- diría Arias Calderón al término de la elaboración del documento- reaseguraría a la comunidad internacional con respecto a la seriedad con la cual los panameños hemos asumido nuestra nueva responsabilidad por el Canal”.

Ejemplos como esos, y el control directo del Ejecutivo sobre la bancada oficialista abrieron posibilidades a los segundos contactos efectivos del PRD y el PDC. Los primeros habían sido durante el gobierno de Pérez Balladares, en lo que se tuvo como una alianza práctica de concertación sin mayores protocolos, pero que llevó a algunos demócrata cristianos a algunos cargos importantes, apoyados por el gobierno. La Procuraduría General, por ejemplo, en manos de José Antonio Sossa. Los nuevos se traducirían en el llamado Pacto Meta, una alianza parlamentaria entre los 34 diputados con que contaba el PRD, dos de los demócrata cristianos y uno del Partido Solidaridad, que le dieron a la oposición el control de la Asamblea en el año 2000 al llevar a la presidencia de la misma a Laurentino Cortizo y a Teresita Yániz en la primera vicepresidencia. En el 2001 a Rubén Arosemena. En la construcción del pacto había desempeñado un papel decisivo Teresita Yániz de Arias *“harta de la forma como se dictaban directrices desde del gobierno”.*

XIII Nueva lucha, nuevos aportes

En el mes de julio de 2001, Arias Calderón tomó otra decisión crucial en su vida. Puso fin a treinta y siete años de docencia, durante los cuales dictó cátedras en las Universidades de Panamá, Santa María la Antigua, de Mérida, en Venezuela, Internacional de Florida y nuevamente, desde 1979, la Universidad de Panamá. Era viernes siete de julio, y ante el decano de la Facultad de Humanidades Carlos David Castro y el jefe del Departamento de Filosofía, Pedro Pablo Espinosa, quienes presidieron el acto de su jubilación, educadores y estudiantes renovó recuerdos, analizó la actualidad de esa casa de estudios superiores y formuló propuestas, un proceso típico en toda su trayectoria.

Dijo que *“cuando se integró como profesor en 1963, los panameños solo eran un millón 200 mil, la Universidad tenía 260 profesores y 6 mil 900 estudiantes, de los cuales egresaban 390 al año y el 52% eran mujeres. Hoy día, los panameños suman los 2 millones 800 mil personas; la Universidad tiene 67 mil estudiantes; 3 mil 139 docentes imparten clases y cada año se gradúan 6 mil 446 nuevos profesionales, de los cuales el 74% son mujeres”*.

En 1963 –recordó– ingresé a la Universidad de Panamá, *“hasta que a raíz del golpe militar me excluyeron como peligroso para la seguridad del Estado. Trabajé entonces en la USMA, pero al poco tiempo eliminaron la Licenciatura en Filosofía. Entonces mi gran amigo, Don Lino Rodríguez Arias, quien debido a la dictadura se había ido a Venezuela a enseñar filosofía del derecho en la Universidad de Mérida, me consiguió trabajo en la misma universidad. Estando allí, me invitaron a formar parte del profesorado de la Universidad Internacional de la Florida, la universidad estatal que se abrió ese mismo año en Miami, donde permanecí desde 1972 hasta 1977. Durante este tiempo serví como Jefe del Departamento de Filosofía y Religión, Decano de la Facultad de Humanidades y Vicepresidente Académico. Des-*

pués del referéndum sobre los Tratados Torrijos-Carter, pude reingresar a la Universidad de Panamá y en ella he enseñado hasta mediados del año pasado. Estas experiencias, particularmente en la Universidad de Panamá, han sido centrales en mi vida. El filósofo católico Jacques Maritain propuso como ideal humano ‘tener la cabeza dura y el corazón blando’, es decir una inteligencia exigente, comprometida con la verdad, y una afectividad abierta y cálida, dispuesta a amar y ayudar al prójimo. La Universidad me ha estimulado a mantener una disciplina en la búsqueda y formulación de la verdad, es decir a mantener “la cabeza dura”. Su pluralismo entre las personas, combinado con el ambiente colectivo favorable al marxismo en los sesenta y setenta y ahora favorable al pragmatismo, me retaron a definir mis propias posiciones frente a estas corrientes desde una perspectiva social cristiana seria, en diálogo y, si necesario, en debate, siempre con un espíritu de tolerancia recíproca”²³⁷.

De esta época es igualmente la edición de “*La Saga de los Arias en Panamá*”, que Ricardo Arias Calderón solicitó al doctor Omar Jaén Suárez, autor del libro fundamental de la historia panameña, *La Población del Istmo de Panamá del siglo XVI al siglo XX*. Esta nueva investigación “ayudaría a comprender la formación histórica de nuestra nación y de nuestro talante como pueblo, porque los pueblos y las naciones están menos compuestos de individuos aislados que de personas integradas en familias... Comparto algunos de los aspectos de esta historia que me han impresionado. El primero lo destaca Jaén Suárez desde sus primeras líneas: ‘La saga de los Arias en Panamá, la asombrosa historia de un linaje que se eleva desde la humilde condición de un grupo de marinos, jornaleros y artesanos asturianos hasta las alturas de aquellos del grupo dirigente del istmo tropical que funda la República de Panamá, es la biografía de una importante y extensa familia de nuestro país que se origina a principios del siglo XIX gracias a la unión de Ramón [Nicolás Andrés] Arias Menéndez (1788-1855) y Juana [Nepomucena] María Matías [de la Soledad] Pérez (1793-1866), criolla de origen veraguense’. Corresponde la historia de la familia al modelo de evolución más común latino-

americano: el de un ascenso fulgurante a partir de la pobreza y la marginación social en España hacia la riqueza y el protagonismo en América.”²³⁸. Motivaba a Ricardo en ese momento el interés por sus antepasados porque pensaba que “*en la medida en que envejecía ya no podía sentirme tan lejano de ellos, dado que me acercaba al momento de encontrarme con ellos*”²³⁹.

A casi dos siglos del arribo a Panamá de su primer antepasado, de los Arias se derivan 267 familias y 863 descendientes, hasta la sexta generación, presentes en todos los ámbitos y labores de la sociedad panameña.

Durante el lustro en que el gobierno de Martín Torrijos administró el país, le fue conferida a Ricardo la Orden Vasco Núñez balboa “*en grado de Gran Cruz, en reconocimiento a sus relevantes méritos en el campo de la docencia universitaria y los altos cargos públicos que ha ejercido*”. Se sumaba a otra recibida del gobierno español durante la presidencia de José María Aznar, y la otorgada al final de su labor como docente por la Universidad de Panamá.

El aval que dio al *Pacto Meta* estuvo entre sus últimas actuaciones públicas. Ya en ese instante comenzaban a verse los estragos del mal. Llevaba un bastón y arrastraba su pierna derecha, pero el entusiasmo de estar nuevamente en el escenario, la voluntad de participar y aportar, parecía una fuerza superior a las limitaciones que le ha impuesto el Parkinson.

Esa actitud será una constante: cuando lo invitan a un acto o recibe visitas, o cuando en los medios surge un tema sobre el que sabe y puede opinar con solvencia. Esto será notorio cuando especialmente a partir de 2008 cuando su voz comienza a ser intermitente. Cuando, por ejemplo, lo visita un político o sus viejos compañeros de Partido, la voz reaparece clara, horizontal y fluida. Entonces bromea: “*yo creo que serán necesarias más reuniones como estas*”.

Ironía de la enfermedad que padece, Ricardo Arias Calderón está totalmente lúcido: apoyó en la elaboración de este libro, reconstruyó datos y fechas, identificó rostros y avaló el soporte que durante esta jornada le ha prestado Teresita, su compañera ina-

movible durante 49 años, pero cada vez tiene mayor dificultad para hablar. Esporádicamente reaparece su voz, y por el tono fuerte que asume permite recordar sus años de orador implacable y coherente, de docente de aulas, auditorios y concentraciones. De este conjunto de hechos sobresale uno destacable: pese a lo difícil de su enfermedad, la dignidad con que la lleva jamás le ha permitido un lamento. Parece esperar como una nueva misión, disciplinado y dispuesto, el día en que, como un informe al país y ante la historia, pueda presentar su biografía.



A mediados de los años noventa, en Santo Domingo, Ricardo Arias Calderón asumió la responsabilidad de proclamar, a nombre de delegados demócrata cristianos de América Latina, al nonagenario presidente Joaquín Balaguer en su última campaña presidencial.



Con el canciller alemán Helmut Kohl.





Con Felipe González presidente del Gobierno español 1990.



Con el presidente de Estados Unidos George Bush.





Con Carlos Morales Troncoso vicepresidente y canciller de República Dominicana.



A finales de los años 90, pese a que ya el mal de Parkinson comenzaba a generar efectos en su salud, Arias Calderón visitó varios países donde existían partidos miembros de la IDC. En la foto en Nigeria, en mayo de 1999.





Décimo primer congreso del Partido Demócrata Cristiano en 1990, primero realizado en democracia.



Con Patricio Alwyn y Eduardo Frei Ruiz-Tagle.





Con Oswaldo Payá y su mujer Ofelia Acevedo en La Habana, 2001.



Con John Brutton Primer Ministro de Irlanda.





A partir de 1993 Arias Calderón realizará casi una decena de visitas a Cuba, durante las cuales establecerá contactos con los más importantes disidentes de la isla, entre ellos Oswaldo Payá, fundador del Movimiento Cristiano de Liberación, Elizardo Sánchez, presidente del Comité de Derechos Humanos, Vladimiro Roca, Marta Beatríz Roque, el poeta Raúl Rivero, alguno de los cuales fueron arrestados y condenados en lo que se conoció como la primavera negra en el año 2003. Además de viajar extensamente por toda la Isla dictó conferencias públicas en las ciudades de Pinar del Río, La Habana y Camagüey, a partir de las cuales escribió cuatro ensayos publicados, primero en Alemania, y posteriormente recogidos en un libro titulado Cuba: ayer, hoy y mañana. Su asistencia a la presentación del libro fue objetada por el gobierno cubano, recuerda Teresita. En la foto el obispo de Pinar del Río José Siro González, y el fundador de la revista Vitral y de la escuela de Ética y Civismo de la diócesis de Pinar del Río, Dagoberto Valdés.





Ricardo Arias Calderón con el recién elegido presidente Martín Torrijos, 2004.





Tras cuarenta y nueve años de matrimonio, Ricardo y Teresita junto a hijos y nietos.



Citas

- 1 El filósofo comprometido
- 2 El País, Madrid, domingo 22 de mayo de 2005, página 51
- 3 Panorama de la filosofía francesa contemporánea, página 4. En Eikasia, Revista de Filosofía, marzo 2006
- 4 Julio Bermúdez Valdés, autor de este libro, asistía al evento por TVN-Noticias, canal dos de televisión.
- 5 Medio de transporte para personas, animales, enseres que cubría rutas dentro y fuera de la Ciudad de Panamá por los años 20, 30 y 40 del siglo XX. Algunas sobrevivieron hasta finales de esa centuria.
- 6 Esa área geográfica fue lo que se denominó hasta octubre de 1979 "La Zona del Canal".
- 7 Omar Jaén Suárez, La Saga de los Arias en Panamá. 2003, página 38
- 8 Ob. cit., página 23
- 9 Ob. cit., página 45
- 10 Ob. cit., página 56.
- 11 Ob. cit. Página 86
- 12 Ob. cit. página 80
- 13 Ob. cit. Página 129
- 14 Jaén Suárez, Omar en La Saga de los Arias en Panamá.
- 15 Asesinato del general Sandino y masacre en Wiwilí por orden de Somoza García, Marco a Cardenal Tellería
- 16 Es literatura infantil inspirada por su hija del mismo nombre.
- 17 Obra aparecida en 1934 luego del asesinato del general Sandino y que narra sus últimos momentos.
- 18 Salamín Cárdenas, Marcel. Pancho Arias y su época. Epsilon Libros C.A. 2005. Página 429
- 19 Relato del Dr. Ricardo Arias Calderón para esta biografía
- 20 Recuerdos de Ricardo Arias Calderón
- 21 Ob. cit.
- 22 Ob. cit.
- 23 Daniela Izzo de Márquez, Psicóloga. La Onda digital www.laondadigital.com
- 24 Lupita Calderón, Carta a sus hijos Ramón Manuel, Ricardo y Jaime Alberto. Diciembre 9, 1950
- 25 Conversación con Ricardo Arias Calderón
- 26 Wikipedia, enciclopedia libre sobre la Academia de Culver
- 27 Lupita se refiere a su amiga de infancia Gabriela de Obarrio de Navarro
- 28 Carta de Doña Guadalupe Calderón Herrera a sus hijos, del 8 de noviembre de 1949
- 29 Carta de Lupita Calderón de Lewis a sus hijos, 21 de noviembre de 1949.
- 30 Ob. cit.
- 31 Ob. cit.
- 32 La lucha por la autonomía universitaria tuvo su momento estelar en 1943, tras la expulsión del catedrático Felipe Juan Escobar, pero fue consagrada constitucionalmente en 1946.
- 33 Carta de Lupita Calderón de Lewis a sus hijos Ramón Manuel, Ricardo y Jaime Alberto. 28 de noviembre de 1949
- 34 Temístocles Díaz, hijo del fallecido presidente Domingo Díaz
- 35 De Lupita Calderón de Lewis, a sus hijos Ramón Manuel, Ricardo y Jaime Alberto 21 de noviembre de 1949
- 36 Ob. cit.
- 37 "...habían llegado al límite hasta de imponer presidente a su antojo y obligar a Chanis por la

fuerza a renunciar. Esta condición no la sabe la gente, por ahora..." ob. cit.

38 En carta de Adela Calderón de Sosa a sus sobrinos Ramón Manuel, Ricardo y Jaime Alberto del 24 de noviembre de 1949.

39 Se refiere al doctor Ernesto Zubieta, médico, uno de los fundadores del Hospital Oncológico, casado con Elida María Arias, hermana mayor de Ramón Ricardo Arias y por consiguiente tío político de Ricardo.; de Juan B Arias su tío y de Raúl Arango, éste sin vínculos familiares pero si de amistad.

40 Tras el golpe asumió por 15 días el Dr. Harmodio Arias, en calidad de Ministro Encargado, y luego el Dr. Ricardo J. Alfaro, quien prepara las elecciones del año siguiente y en el que resulta ganador Harmodio Arias contra Francisco Arias Paredes.

41 Adela Calderón de Sosa se refiere al último gobierno chiarista de 1924 a 1928, presidido por Rodolfo Chiari, y del que habían hecho parte algunas figuras que en ese instante de 1949 acompañaban a Nino Chiari, hijo del primero.

42 Carta de Adela Calderón de Sosa a los hermanos Calderón, 1 de diciembre de 1949

43 Martín Sosa

44 Colegio mayor o colegio universitario es una institución propia de la universidad, que históricamente era una parte esencial de ella. Son similares a las residencias universitarias, pero se diferencian de ellas en que en los colegios mayores, además de alojamiento, se ofrecen actividades culturales, académicas, religiosas o deportivas.

45 La Historia de la Universidad de Yale, La Casa Cultural, Latino Cultural Center. www.yale.edu/yalecollege/cultural/lacasa/about/universidad.html

46 <http://www.yale.edu>

47 Martín Sosa, esposo de Mamalita, fue conocido como Mr. No durante su condición de Contralor de la República, durante el gobierno de Harmodio Arias. Fue un reconocido profesional de las finanzas que Arias trajo de Nueva York y a quien consideraba uno de los hombres claves de su administración. Riguroso y estricto construyó una reputación de hombre honesto que nadie colocaba en duda.

48 Se refiere a la posición firme de su padre, Manuel Calderón Ramírez, frente a las dictaduras que en su tiempo, padeció Nicaragua.

49 Mamalita a Ramón Manuel, Ricardo y Jaime Alberto, diciembre 1 1949.

50 Referencia a una conversación con doña Rosario Arias de Galindo, avalada en otras con Teresita Yániz de Arias, y que señalan los preceptos en que crecieron varios panameños notables, como en el caso del doctor Harmodio Arias, para quien aquellos que habían sido mejor beneficiados en el proceso socio-económico tenían mayores deberes que aquellos que no habían tenido la suerte de esos beneficios.

51 El mercado nacional consolida fronteras, y ha decidido fronteras hasta que la globalización ha amenazado esos muros. En 1955 esa batalla de Panamá por controlar el mercado que le disputa Estados Unidos la colonia llamada Zona del Canal, se manifestará formalmente en la firma del tratado Remón-Eisenhower.

52 Samuel Lewis Arango

53 Policía política del Estado, remplazada luego por el Departamento Nacional de Investigaciones (DENI) y luego por el G-2, durante los 21 años de régimen militar.

54 Samuel Lewis Arango, Mensaje a los Hombres Libres de América, marzo de 1951.

55 Marco Aurelio Robles sería presidente de la República en el período 1964-1968

56 Mensaje a los Hombres Libres de América.

57 Posteriormente y hasta hoy conocida como "RPC Radio"

58 Partido Revolucionario Auténtico (PRA) de Arnulfo Arias

59 Chichi Remón, era el apodo familiar con que sus amistades conocían al coronel José Antonio Remón Cantera, en ese instante jefe de la policía.

- 60** Mayo 14 1951. Carta de Lupita Calderón de Lewis a sus hijos Ramón Manuel, Ricardo y Jaime Alberto.
- 61** Manuel de Maguregui, S.J. sacerdote jesuita de origen vasco, fundador de Radio Hogar y representante del gobierno Vasco en el Exilio al terminar la Guerra Civil Española.
- 62** Carta del Padre Manuel de Maguregui a Ricardo Arias Calderón, 17 de enero de 1953.
- 63** Carta Maguregui-Arias Calderón 25 de febrero de 1954
- 64** Ob. cit.
- 65** Filosofía en la actualidad.Wikipedia.com." El neotomismo es una de las corrientes más importantes de la filosofía cristiana actual, con consecuencias políticas y sociales relevantes, en la que se plantea la comprensión de la filosofía tomista en las circunstancias presentes."
- 66** Ob. Cit.
- 67** Jacques Maritain en Forjadores del Mundo Contemporáneo, Tomo IV, Vicente Marrero, página 357, Editorial Planeta, Barcelona, Mayo de 1966. Colección Biografías dirigida por Florentino Pérez-Embid
- 68** Maritain Jacques, Dios y La Ciencia, incluido en el libro Utilidad de la Filosofía, 1961
- 69** Ob. cit.
- 70** Roberto Papini, Jacques Maritain, filósofo dela política. Instituto Argentino Jacques Maritain.
- 71** Ob. Cit. Página 358
- 72** Sor Teresa Benedicta de la Cruz O.C.D., nombre bajo el cual Edith Stein ingresó a la orden de las Hermanas Carmelitas cuando se convirtió al catolicismo.
- 73** Arias Calderón, Ricardo, testimonio.
- 74** Traducción realizada por el doctor Ricardo Arias Calderón
- 75** Jacques Maritain, filósofo de la política, Roberto Papini
- 76** Saint Maximin, debe su fama, a partir del siglo XIII, al descubrimiento de las tumbas de Saint Maximin y de Santa María Magdalena. Según la tradición, María Magadalen, después de pasar muchos años haciendo penitencia en la gruta de la Sainte-Baume fue enterrada en la cripta de Saint Maximin.
- 77** "Yo también", en francés
- 78** Testimonio del doctor Ricardo Arias Calderón
- 79** La historia del pueblo cãtaro entra dentro de las raíces medievales del cambio ideológico de cristianismo más puro. (...) el 16 de marzo de 1244, doscientos cãtaros fueron enviados a las hogueras de Montségur por blasfemos, aunque éstos cantaran durante el camino a su muerte, cantos alzados a la gloria de Dios. Página de la Historia Los Cristianos Incomprendidos Los Cataros. P. Argenter
- 80** Entre 1194 y 1210 este estilo arquitectónico pierde su papel básico de aglutinador de las artes y pasa a ser menos protagonista que la destacada posición ocupada en los años inmediatamente anteriores.
- 81** Testimonio de Ricardo Arias Calderón
- 82** Escrita por San Benito al final de su vida consta de un Prólogo y 73 capítulos donde se refiere, entre otras normas, a las clases de Monje, las buenas obras, la obediencia, el silencio, la humildad, etc. Ha normado la vida de los monjes pertenecientes a esta Orden durante mil 500 años.
- 83** Madrid en primavera descrito por la periodista española María Victoria López y García
- 84** El congreso re-organizativo de la FEP se produjo en diciembre de 1957
- 85** Omar Jaén Suárez, Las Negociaciones sobre el Canal de Panamá 1964-1970, página 115
- 86** Ob. Cit.
- 87** La frase se le atribuye al abogado Secundino Torres Gudiño, por esos tiempos estudiante.
- 88** Es un criterio en el que coincide con Arias Calderón el catedrático Julio César Moreno Davis en su ensayo sobre Isaías García, de 1975
- 89** Ver Universidad de Panamá: Por la República y con la República, Julio Bermúdez Valdés, mayo

2011, página 116, EPASA.

90 Las Congregaciones Marianas son asociaciones religiosas destinadas a fomentar en sus miembros una ardiente devoción, reverencia y amor filial a la Santísima Virgen María; y por medio de esta devoción y de su patrocinio, hacer de los fieles congregados bajo su nombre cristianos de verdad. La primera congregación mariana data de 1563. En Cuba la congregación se llamaba Rosa Mística y estaba vinculada a entidades ligadas a la Compañía de Jesús, como los Colegios las Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús.

91 Eduardo René Chibás y Ribas. Fundador del Partido Ortodoxo o Partido del Pueblo Cubano, del que sería uno de sus militantes posteriores Fidel Castro Ruz.

92 Los comunistas, del Partido del Pueblo, habían copado la organización estudiantil universitaria en un grado significativo. A eso se refería Arias Calderón.

93 Gráfico, sábado 18 de julio de 1964, página cinco

94 Las plantaciones bananeras en el occidente del país surgen a finales del siglo XIX, en 1898, y durante todo el siglo XX operan bajo propiedad la empresa norteamericana United Fruit Company, luego United Brands, que en Panamá asumió el nombre filial de Chiriquí Land Company

95 El Panamá América, 24 de octubre de 1999, Rodolfo Aguilar Delgado

96 Ob. cit.

97 Raquel de Núñez era esposa del dirigente de los estibadores Dimas Alí Núñez, que por esos días se encontraba clandestino.

98 La Estrella de Panamá, 9 de noviembre de 1963

99 El Panamá América, 5 de mayo de 1966 página 2

100 Eduardo Ritter Aislán, Vértice, 1963, Armonía Universitaria

101 Periódico Gráfico, 29 de junio de 1963, página 4

102 Centro Intercultural de Documentación en Cuernavaca (CIDOC, 1961-1976). Un foro de reflexión y cuestionamientos (incluso del espíritu misional, de la ayuda a los pobres y del propio centro) Fundado por Ivan Illych, como sacerdote católico, padeció la oxidación de las instituciones eclesiales hasta que prefirió abandonar el sacerdocio.

103 Fermín Donoso E., C.S.C., Biografía de Marcos Gregorio McGrath

104 La Problemática de la Iglesia en Panamá. Ricardo Arias Calderón 1963

105 Eduardo Ritter Aislán, columna Vértice, 1965

106 Se refiere a don Roberto F. Chiari

107 Gráfico, sábado 24 de agosto de 1963

108 Desde los acontecimientos de enero de 1964 esa avenida se denominó: "Avenida de los Mártires"

109 Teresita Yaniz de Arias

110 Jorge Rubén Rosas, Huellas de mi andar, Universal Book, 2008, página 86

111 Eligio Salas, Espirales de la Vida, 2005.

112 Ob. cit., página 148.

113 Luego pasó a llamarse Avenida de los Mártires

114 Semblanza de Marion C. de Martin, Panamá América, Julio Bermúdez Valdés, 2004

115 Galileo Solís, nota de ruptura de las relaciones de Panamá con Estados Unidos, dirigida al Secretario de Estado de los Estados Unidos de América Dean Rusk, a las 2:25 de la mañana del día 10 de enero de 1964. Citada en Misión a Washington, de Miguel J. Moreno, página 23. Cuando los conflictos finalizaron los muertos ascendían a 21 y los heridos a más de 500.

116 Eligio Salas, Las Espirales de la Vida, 2005, página 148

117 Ciertamente en 1964, los comunistas aglutinados en el Partido del Pueblo habían aplicado con éxito sus tesis del sexto pleno de su Comité Central y alcanzado influencia importante en sectores intelectuales de capas medias, el movimiento obrero y en organizaciones campesinas.

118 Se refería a la eventual candidatura presidencial del Doctor Arnulfo Arias Madrid en 1964, a

quien se le habían devuelto sus derechos ciudadanos y participaba, por primera vez en las elecciones generales, desde el golpe de mayo de 1951.

119 Carta al doctor Rubén Arosemena, presidente del Partido Demócrata Cristiano, abril de 1964.

120 Ecos del Valle, junio 19 de 1959

121 González Revilla, Antonio. Ciudadano Universal, primera edición 2012 página 200

122 Caridad y Acción Político-Social, Ricardo Arias Calderón, El Panamá América 24 de agosto de 1964. Cita de la primera epístola a los Corintios, XIII 4-6

123 Sexto Pleno del Comité Central del Partido del Pueblo, Comunista, 1956.

124 En Vértice, de Eduardo Ritter Aislán. Una carta del profesor Ricardo Arias Calderón. 5 de agosto de 1963.

125 Partido Demócrata Cristiano, Programa de gobierno enero de 1964, página 9

126 Estrella Verde, Boletín informativo del PDC, 15 de noviembre de 1965, Línea Política, página tres.

127 Historia de la Teología en América Latina, capítulo tercero, Sexta época, primer período página 72.

128 Ob. cit. página 73

129 Rosas, Jorge Rubén, Las huellas de mi andar página 94

130 Jaén Suárez, Omar. Las negociaciones de los tratados Torrijos-Carter 1970-1971 Tomo 1, página 35

131 González Revilla Antonio, ob. cit. página 224

132 González Revilla, Antonio ob. cit. página 224

133 Conversación con el Dr. Ricardo Arias Calderón

134 González Revilla, ob. cit. página 34

135 Teresita Yániz de Arias, entrevista para esta biografía

136 Jorge Rubén Rosas. Ob. cit. Página 97

137 Ob. cit.

138 Entrevista con Teresita Yaniz de Arias

139 Rosario Arias de Galindo, Ob. cit., página 158, septiembre 2008

140 Ob. cit. página 48

141 Ob. cit. página 47

142 Rosario Arias de Galindo Ob. Cit. página 161

143 Jaén Suárez, Omar. Las negociaciones de los Tratados Torrijos-Carter 1970-1979, tomo I, página 37.

144 Entrevista a Teresita Yaniz de Arias.

145 Rosario Arias de Galindo, ob. cit.

146 Entre ellos se encontraba Leonardo Kam, quien, durante la invasión de diciembre de 1989 era Ministro de Relaciones Exteriores.

147 Teresita de Arias, entrevista

148 Rosario Arias de Galindo, ob. cit. página 168.

149 El decreto fue elaborado por una Junta de Regentes integrada por el Dr. Félix Antonio Pitty V., el Ingeniero Alberto de St. Malo, Don Ismael Champseaur, Ginés Sánchez Balibrea, el Ministro de Educación Roger Decerega y los Coroneles Boris Martínez y Omar Torrijos. En Universidad de Panamá: por la República y con la República, Julio Bermúdez Valdés, edición mayo 2011, página 133.

150 Dialogo Social, octubre de 1969

151 Ob. Cit.

152 José Del Carmen Tuñón era miembro de la dirección del Partido del Pueblo; murió en la celda 43 de la Cárcel Modelo, víctima de una ataque al corazón, al carecer de la atención oportuna.

153 Jaén Suárez, Omar. Ob. cit. página 146-147.

154 Rosario Arias de Galindo, ob. cit., página 175.

- 155** Teresita Yániz de Arias, entrevista
- 156** Ob. cit.
- 157** Nombre con el que se conoce en Venezuela a los miembros del Partido Socialcristiano COPEI
- 158** Teresita Yaniz de Arias, entrevista
- 159** Teresita Yaniz de Arias, entrevista
- 160** Partido Socialista Popular (PSP), partido de los comunistas cubanos, antes del triunfo de la Revolución
- 161** Narración escrita por Teresita Yaniz de Arias
- 162** Partido del Pueblo, Documentos históricos 1980
- 163** En esa caracterización es notable la coincidencia del análisis de los comunistas con el que realizó la CIA sobre Panamá, un mes después del golpe. (Ver Omar Jaén Suárez, Las Negociaciones de los Tratados Torrijos Carter 1970 1979, Tomo I.)
- 164** Salas Eligio, ob. cit. página 180
- 165** También conocidos como “Tres en uno”
- 166** “Manifiesto: La realidad Nacional y los Tratados sobre el Canal de Panamá de 1977”, 2 de octubre de 1977 en Democracia Cristiana una ideología práctica y concreta para hoy, marzo de 1980. Páginas 20 a la 27.
- 167** “Diario de las Américas”, Miami, en una de sus ediciones de febrero de 1979 informa sobre este encuentro.
- 168** Diario de las Américas, 13 de febrero de 1978
- 169** La Reunión de Hallandale y el Frente Político de Unidad nacional, declaración de la DC en febrero de 1978
- 170** Testimonio del ex mayor de las Fuerzas de Defensa Fernando Quesada.
- 171** Testimonio de Ricardo Arias Calderón
- 172** Arias de Galindo, Rosario. Ob. cit. página 209.
- 173** Testimonio de Ignacio Manuel Arias Yaniz
- 174** La escuela República de Venezuela se constituyó aquel año en una especie de cuartel central de los educadores en huelgas. Desde allí partían las directrices para el movimiento.
- 175** Testimonio de Ricardo Arias Calderón
- 176** Danté era un almacén de propiedad de la familia Eisenmann, localizado sobre calle 50
- 177** I: Roberto Eisenmann, Historia de La Prensa, web del periódico.
- 178** Primer vicepresidente Ricardo Arias Calderón, discurso en ocasión del décimo aniversario del diario La Prensa.
- 179** Guillermo Cochéz en declaraciones para esta biografía.
- 180** Alocución ante la Comisión Política del Partido Demócrata Cristiano, septiembre de 1980.
- 181** Alocución citada
- 182** Alocución citada
- 183** Aunque un informe de su hermano Moisés Torrijos denunciaba la existencia de una explosión antes de que el avión en que viajaba Torrijos se precipitara a tierra, y por lo cual predominó la sospecha de un atentado, al final la declaración oficial sobre su muerte la atribuye a un accidente.
- 184** Homilía en la Misa Funeral por el General Omar Torrijos Herrera, el 4 de agosto de 1981, en la Catedral metropolitana de Panamá, en 25 años de Ministerio Episcopal 1961-1986 Marcos G. McGrath c.s.c. Página 300
- 185** La Prensa, martes 18 de marzo de 2003
- 186** Mezquita Rafael “mezquita@sinfo.net” martes 18 de marzo para Ricardo Arias Calderón “ariyan@sinfo.net” 10:32 pm
- 187** Quintero César, en Estudios de Derecho Constitucional Panameño de Jorge Fábrega P. página 90.
- 188** Situación Política de Panamá, Ricardo Arias Calderón, octubre de 1983

189 Ob. Cit.

190 La Prensa, octubre 4 1983.

191 La Prensa octubre 4 1983, En Pocas Palabras.

192 Yo soy el que soy. Palabras sagradas que recibió Moisés cuando preguntó quién hablaba desde la zarza ardiente. Dios contestó: « Yo soy el que soy».

193 La candidatura presidencial del general Paredes tuvo posibilidades mientras que él estuvo al frente de la Guardia Nacional. Como exministro de Desarrollo Agropecuario también contaba con el respaldo de un sector importante de la economía y el propio PRD sería su plataforma de lanzamiento. Pero todo aquello varió sustancialmente cuando el 12 de agosto de 1983 deja la Comandancia de la Guardia Nacional. Un mes después prácticamente no podía entrar a los cuarteles de la Institución. El nuevo comandante tenía otra óptica y otros planes.

194 Celestino Andrés Araúz y Patricia Pizzurno. Las elecciones de 1984 y el ascenso de Ardito Barletta. Web de Panamá América.

195 Revista Análisis agosto de 1998 página 8

196 Utilizaba una cita de un artículo de él mismo aparecido en La Prensa del 3 de julio de 1984, bajo el título de RECONCILIACIÓN

197 RAC ante Foro Ildes junio 1984

198 Ob.Cit.

199 Rosario Arias de Galindo Ob. cit. página 231

200 Unidad de orden público de las Fuerzas de Defensa.

201 Foreign Affairs, enero de 1988

202 La jerga popular dio nombre de "pitufos" a los autos lanza-agua de la policía, y "dobermans" el nombre distintivo de las fuerzas del orden público.

203 Wikipedia, Viernes negro en Panamá.

204 Informe de Una Verdadera Agresión, DC. Nov 1988

205 Testimonio de un oficial que participó activamente en el levantamiento del 16 de marzo de 1988, detenido luego hasta diciembre de 1989 cuando intervino EEUU con la invasión del día 20.

206 Cochez Guillermo, Las Montañas si se mueven, edición 2008 Freedom Publications Inc, página 89

207 Informe de una Verdadera agresión, PDC Secretaría de Propaganda nov. 1988

208 Además del contacto institucional, Márquez Amado y el anfitrión mantenían con el funcionario de gobierno una amistad personal.

209 Martin Arias Yaniz, evaluación de los comicios de 1989

210 Posición de la ADO-Civilista ante la Misión de <Ministros de Relaciones Exteriores enviada a Panamá por la Vigésima primera reunión de Consulta de la Organización de Estados Americanos, el 24 de mayo de 1989, página nueve.

211 Los Dobermans, era el nombre de la compañía del orden público de la Policía Nacional.

212 Ese día, en Washington acababa de anunciar la designación interina del licenciado Fernando Manfredo como administrador del Canal de Panamá- CNN quería saber la posición de la oposición civilista al respecto.

213 El régimen acababa de anunciar que en 1989 estaba recibiendo menos del 45 por ciento de los ingresos regulares y que solo podría pagarle a los servidores públicos el 50 por ciento de sus salarios.

214 Testimonio de Ricardo Arias Calderón

215 Hasta diciembre de 1989 la terminal internacional de Panamá fue llamada Aeropuerto Internacional Omar Torrijos, pero en aquella fecha retomó el nombre que había llevado desde su fundación y que mantiene hasta ahora: Aeropuerto Internacional de Tocumen.

216 Testimonio de Ricardo Arias Calderón

217 Andreu Claret de la agencia Acan-Efe, José Hernández, jefe de información de la Cancillería

hasta ese día y el autor de esta obra estaban entre los periodistas que asistieron a esa conferencia de prensa.

218 Testimonio de Ricardo Arias Calderón

219 Arias Calderón, Ricardo; Democracia sin ejército, página 55

220 Ob. cit. página 56

221 Declaración de la Conferencia Episcopal de Panamá, citada en el discurso del Primer Vicepresidente Ricardo Arias Calderón el cuatro de agosto de 1990 en ocasión del décimo aniversario de fundación del periódico La Prensa.

222 Alfaro de Villageliú, Mery. Carta al doctor Roberto Arosemena Jaén, 21 de abril de 1990

223 Democracia sin Ejército. Arias Calderón, Ricardo, julio 2000, editado por la Fundación Arias para la paz y el progreso humano, página 19

224 Lima, Ramón. Carta al contralor Rubén Darío Carles, 30 de noviembre de 1990.

225 En su libro El Camino Recorrido, doña Rosario Arias de Galindo señala al contralor Rubén Darío Carles y al entonces gerente general del Banco Nacional, Luis H. Moreno como obstaculizadores de la devolución de EPASA a sus legítimos dueños.

226 Bermúdez Dutari, Ricardo J., en prólogo a Democracia y Vida Política Críticas y Propuestas, de Ricardo Arias Calderón, edición abril de 1999

227 Arias Calderón, Ricardo, Democracia y Vida Política Críticas y propuestas, abril de 1999, segunda parte página 8

228 Ob. cit. página 17

229 Ob. cit, página 9

230 Arias Calderón, Ricardo. CON LIBERTAD: Reflexiones de Actualidad 1996-1997, página 102. Edición incept, Guatemala 1998

231 Rupérez Javier, en el Prólogo al libro Democracia Cristiana entre IDENTIDAD Y APERTURA de Ricardo Arias Calderón. Edición noviembre de 1999.

232 Arias Calderón, Ricardo DEMOCRACIA CRISTIANA: entre la identidad y la apertura, página 21

233 Ob. cit.

234 Ob.cit. página 27

235 Ob. cit.

236 Arias Calderón, Ricardo. Camino al consenso sobre una política de Seguridad. El Panamá América, 28 de mayo de 200

237 Arias Calderón, Ricardo. 37 años de vida universitaria, Panamá América 8 de julio de 2001

238 Omar Jaén Suárez, La Saga de los Arias en Panamá, Panamá, 2003, prólogo de Ricardo Arias Calderón, p. 3

239 Ob. cit.

240 Jaén Suárez, Omar Diez Años de Administración Panameña del Canal. Panamá, 2011, pp. 216-217.

241 Ob. cit. pp- 218-219.

Epílogo

*A una nación se la conoce
por los hombres que produce, pero también
por los hombres a quienes honra*
John F. Kennedy

El último cuarto del siglo XX panameño estuvo lleno de acontecimientos y eventos aleccionadores. Una lucha de 97 años le restauró su soberanía nacional y le permitió asumir la administración y explotación de su principal recurso: el Canal de Panamá. Fue una gesta que marcó su primer siglo de existencia como República y la de generaciones de panameños en distintas etapas. Concluyó además, ese periodo, con la batalla más dramática que recuerde la historia nacional por la recuperación de la Democracia. Parecía que en un momento determinado, la cuestión nacional y la democracia fueran tesis contrapuestas. Ricardo, y quienes como él, se empeñaron en recuperarla demostraron que una no puede marchar sin la otra.

A Ricardo Arias Calderón le corresponde una condición emblemática en esa lucha, no solo por la tenacidad y el coraje con la cual la desarrolló, sino por el comportamiento ético que desplegó, y el aporte que esa conducta representa para la posteridad.

Seguramente que si un afán personalista lo hubiese situado por encima de las tareas que debía cumplir el país en ese momento, en lugar de un estadista y un hombre preocupado por el destino nacional, hubiese sido uno de los tantos políticos tradicionales con que ha contado Panamá.

El suyo es un ejemplo que cobra importancia crucial en esta hora del país, en que la política parece copada por un comportamiento irregular, señalado cada vez como mayor énfasis por una ciudadanía que la mira con reservas.

La práctica de Arias Calderón demuestra, sin embargo, que la política se puede ejercer desde y con principios éticos, con espacios constructivos, sin que ello niegue la profundidad o el males-

tar en el que pueda entrar en ocasiones por su propia naturaleza.

Cuando a principios de 1989 renunció a su aspiración presidencial en aras de la unidad necesaria para derrotar a los militares demostraba hasta dónde era y es posible asumir prioridades en beneficio de la nación. Y cuando en 1991, al salir del gobierno del presidente Guillermo Endara, llamó a asumir la crítica con responsabilidad era evidente que en él Panamá tenía a otra clase de político, que sabía situarse en la posición que le asignaba el debate o la correlación de fuerzas.

Culto y tenaz, la vida de Arias Calderón demuestra que es posible poner las mejores energías al servicio del país y lograr objetivos que en un momento determinado pueden parecer imposibles de alcanzar. Alguien dijo que las cosas parecen imposibles hasta que se hacen y en 1979 cuando desde la dirección del Partido Demócrata Cristiano llamó a inscribir a esa colectividad e iniciar una lucha por recuperar la democracia, iniciaba un largo camino en el que no faltaron motivos para desistir. Pero en él la lucha provendrá de la razón y se materializará con una persistencia que raya en la terquedad.

Parte de esa terquedad fueron las reformas constitucionales de 1983, y la apertura que hubieran significado las elecciones de 1984, si como ha dicho el presidente Nicolás Ardito Barletta, los militares hubieran cumplido la palabra empeñada de permitir que el país retornara a la democracia. Parte de esa terquedad lo fue la decisión de enfrentar el intento castrense por perpetuarse en el poder. Y cuando se percató de que en lugar de progresos en el proceso democrático se avizoraba una mayor y radical concentración de poder que, en lugar de devolver a los militares a los cuarteles los colocaba en una primera línea de desafío, entonces convocó y se empeñó en una lucha resuelta.

Y he aquí una de sus principales lecciones. Hubo desde 1980 muchos esfuerzos por el retorno hacia un Estado de Derecho. Habría que recordar que desde mayo de 1988 el país conoció de negociaciones con enviados de Estados Unidos para propiciar un cambio pacífico, y que en enero de 1989 la nómina presidencial que encabezaba Guillermo Endara, proponía a las desaparecidas

Fuerzas de Defensa un acuerdo en el que se comprometiera el respeto a los resultados electorales de ese año. No fue posible. Todavía el siete de diciembre de 1989 en una entrevista que concedía a la agencia informativa CNN, Arias Calderón persistía en la posibilidad de un acuerdo con la institución castrense para gestionar un cambio pacífico. Tampoco fue posible y el país debió pagar un precio alto por los cambios que se produjeron.

IncurSIONAR en la biografía de este hombre es asistir al recorrido de una personalidad talentosa, disciplinada, de un humanista cuyas contribuciones para la construcción de sistemas sociales y políticos justos, se extienden más allá de las fronteras nacionales. Lo pueden corroborar la Organización de la Democracia Cristiana para América (ODCA), la Internacional Demócrata Cristiana que tanto reconocimiento le ha tributado, y países de Centro y Sur América, de África y de Europa. En Ricardo Arias Calderón se descubren como constantes, su preocupación por el prójimo, la necesidad de ordenar aquellos escenarios donde las injusticias atentan contra el desarrollo sano y libre de los hombres, coherente con su conducta de cristiano practicante.

En 1995, la Internacional Demócrata Cristiana (IDC) lo distinguió como su presidente, en un momento en que el mundo cambiaba a pasos enormes. En 1990 había desaparecido la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, lo que implicó un cambio en importantes estructuras sociales y económicas, así como en el pensamiento de una “aldea globalizada” que buscaba nuevos rumbos. Era el fin de la Guerra Fría que había modelado las relaciones internacionales desde el fin de la Segunda Guerra Mundial en 1945. Dentro de la propia Democracia Cristiana Internacional se operaban variantes y aún en medio del mal que le aquejaba, Arias Calderón realizará un trabajo destinado a ampliar la cobertura de esa organización. Invitó a nuevas organizaciones a sumarse a sus filas; fue el responsable de la presencia del Partido Comunista Chino en las sesiones de la IDC en calidad de observador y realizó giras por África, Asia y América Latina. Partidos como el Conservador de Colombia y el PAN de México ingresan a la IDC bajo su periodo. A principios del siglo XXI du-

rante la reunión de la IDC en Ciudad de México le fue conferida la *Medalla Arístides Calvani* por sus significativos aportes a las causas de la Democracia Cristiana.

Cuando en 1994 el mal de Parkinson que le aqueja lo obligó a retirarse de la vida política activa, Panamá perdía la posibilidad de contar en su dirección con uno de sus mejores ciudadanos. *“Con una figura que –al decir de doña Rosario Arias de Galindo– poseía la capacidad, los méritos y la valentía para presidir el país”*. *“Su lucha estelar –ha dicho el expresidente Nicolás Ardito Barletta– contribuyó significativamente al esfuerzo político y cívico de confrontar a Noriega y a los militares que habían incumplido con la Nación, cuando se le prometió al país que volveríamos a la democracia a través de las elecciones de 1984, y no cumplieron su promesa”*.

Su retiro de la vida política pública no implicó concluir esa inagotable fuente de aportes y preocupaciones por la actualidad y sobre todo por el futuro del país. Una de sus preocupaciones centrales, la lucha por la recuperación del Canal, y luego de recuperado, la administración y uso del mismo, encontró expresión en una propuesta que él le formulara a varios partidos políticos, que al final la avalaron.

*“En octubre de 2001, Guillermo Quijano Castillo por Moli-rena, Omar Jaén Suárez por Solidaridad, Jorge Eduardo Ritter Domingo por el PRD, Carlos F. Rodríguez Fernández-Miranda por el Arnulfista y David Samudio Meléndez por el Liberal, representantes de los principales partidos políticos panameños, además de Ricardo Bermúdez Dutari, como independiente, rubrican un documento propuesto por Ricardo Arias Calderón quien representaba también a la Democracia Cristiana, llamado **Aportes para un Consenso Nacional sobre el Futuro del Canal** en el cual declaran que ‘reconocemos que las instituciones panameñas encargadas de la administración del Canal de Panamá han cumplido hasta ahora responsable y eficientemente su cometido con el propósito de ganarse la confianza de los usuarios y de sus gobiernos, de atender a las necesidades de mantenimiento y perfeccionamiento del Canal y de incrementar así su rendimien-*

to al Estado y a la sociedad de Panamá. Las dificultades que han encontrado han sido las normales para una empresa de su envergadura y los funcionarios panameños les han hecho frente. Los panameños hemos comenzado así a administrar nuestro Canal con responsabilidad y patriotismo'. Proponen los representantes de partidos políticos que se explore la posibilidad de ejecutar obras nuevas como un tercer juego de esclusas para naves post-panamax. Se trata de un reconocimiento extraordinario de todas las fuerzas políticas del país apenas dos años después que el Canal estaba en manos enteramente panameñas y que manifiesta un adelanto alentador de lo que sucedería los siguientes ocho años hasta hoy."²⁴⁰.

Y cuando se cumplió la primera década de la administración de la vía interoceánica bajo dirección panameña *"el ex vicepresidente Ricardo Arias Calderón declaró el 15 de diciembre de 2009 que "el funcionamiento de Autoridad del Canal de Panamá debe hacernos sentir orgullosos y seguros, pues muchos afirmaban que no podríamos administrar adecuadamente el canal y que a los pocos años de haberlo recibido sería pura chatarra. Hemos probado todo lo contrario bajo dos juntas directivas y con varios ministros de Asuntos del Canal de signos políticos diferentes en el periodo comprendido del año 2000 al 2009. El Canal ha funcionado, no sólo la altura de las expectativas inicialmente esperadas por Norteamérica, sino que las hemos superado y llevado a un nivel de funcionamiento allende de lo que las mentes más optimistas de finales del siglo pasado auguraban. Hemos abordado la decisión de la ampliación del canal con seriedad, responsabilidad y profesionalismo llevando la progresión del proyecto con eficiencia y puntualidad en las etapas programadas, gracias en gran parte a que tenemos un equipo humano de excelencia totalmente nacional que se promueve en el ambiente de recompensar al mérito en rendimiento, lo que garantiza un avance eficiente de la obra. Esta ampliación está en desarrollo y todo indica que para la fecha de 2014 será una realidad con la que celebraremos el primer centenario de la construcción del Canal. Ahora nos queda buscar la forma en que el pueblo panameño sienta*

realmente que el canal es suyo y procurar que el nivel de eficacia que ha demostrado la administración del canal pueda permear y se extienda al resto de la burocracia del Estado ya que es una prueba fehaciente que los panameños podemos hacer las cosas bien. Sólo nos resta continuar este rumbo”²⁴¹.

Arias Calderón constituye una de esas raras excepciones que en una nación como Panamá contribuyen a consolidar etapas, a promover impulsos, y sobre todo a darle fe, contenido y perspectivas a una ciudadanía que en momentos cruciales creen imposible empresas gigantescas como las que él encabezó desde la presidencia de su Partido. En su capacidad para congregar en su entorno a un número plural de hombres y mujeres que creyeron en él y que marcharon con él figura, además de una valoración positiva al dirigente y a su capacidad, un reconocimiento a esas mayorías demócrata cristianas que se apoderaron de su palabra y materializaron sus orientaciones, que se emocionaron con su sacrificio y concurrieron a los escenarios complicados y peligrosos para cambiar el statu quo y alcanzar la democracia... a pesar del riesgo y los tropiezos.

La democracia, los grupos desposeídos y vulnerables, el Canal de Panamá y la lucha por la soberanía que implicó, desde una filosofía humanista y cristiana caracterizan el pensamiento, la acción cívica y las preocupaciones de la vida de este hombre, que demostró a una nación que las metas y los objetivos son imposibles hasta que se logran, que la ciudadanía puede erguirse por encima de aquellos que creen, equivocadamente, que en un momento determinado de la historia se puede perpetuar la felonía. Esa es la mejor herencia de este hombre al país en el que creyó y por el cual empeñó toda su vida.

Panamá, febrero de 2013

Índice Onomástico

- Abilio Bellido 61
Abraham Pierson 69
Ada de Gordón 194
Adela Calderón 29, 32, 33, 37, 38, 40, 41, 42, 56, 57, 59, 63, 64, 68, 70,
71, 73, 77, 78, 80, 92, 95, 115, 172, 231
Adolfo Ahumada Corcho 106
Adolfo Arias Paredes 28, 37
Adolfo Hitler 19
Agustín Arias Pérez 22
Aida Pacheco 37
Alberto Boyd 252
Alberto Conte 252
Alberto Vallarino 336
Alcibíades Arosemena 74, 76
Alfredo Ramírez 257
Ana María Fernández 292
Ana Ruiloba de Gómez 106
Anastasio Somoza García 31, 241
Andrés Openheimer 250
Ángeles Arias Yániz 294
Anita Ehrman 37
Antonio Domínguez 225
Antonio González Revilla 138, 145, 147, 164, 166, 180, 202
Antonio Maceo 30
Aquilino Boyd 234
Arístides Calvani 212, 213, 333
Arístides Royo Sánchez 194, 195, 223
Arístides Valdonedo 304, 309
Armando Contreras 226
Arnulfo Arias 18, 60, 62, 63, 70, 72, 73, 74, 75, 76, 77, 78, 107, 135,
140, 145, 147, 148, 149, 150, 151, 161, 162, 167, 169, 176, 177, 181,
189, 195, 201, 215, 224, 225, 229, 230, 231, 232, 238, 242, 258, 262,
316
Arnulfo Escalona 258, 259
Astrid Wolff 251

Augusto C. Sandino 29, 31
 Augusto César Arosemena 106
 Aurelio Barría 244, 255, 260
 Aurorita Eleta 37
 Benjamín de Dianous 294
 Bertilo Mejía 194, 248
 Bobby Tzanetatos 252
 Camilo Brenes 202
 Camilo Franceschi 213, 214, 217
 Carlos Arellano Lennox 106, 130, 134, 146, 219, 233, 248
 Carlos Bolívar Pedreschi 162, 196, 224, 229
 Carlos Brin 63
 Carlos Constantino Arosemena 26
 Carlos David Castro 339
 Carlos Eleta 37
 Carlos Ernesto González de la Lastra 255
 Carlos Iván Zúñiga 165, 201
 Carlos Mendoza 54
 Carlos Valencia 260
 Cecilia Alegre 118, 149, 164, 167, 172, 176, 286
 Cecilia Espinosa 37
 Cecilia Pinel de Remón 75
 César Arrocha Grael 229
 César Pereira Burgos 258
 César Quintero 224
 César Tribaldos 199
 Coqui Calderón 95
 Dan Quayle 297
 Daniel Chanis 61
 David Eisenmann 199
 David H. Brandon 25
 David Samudio Meléndez 138
 Dean Heanton 313
 Didacio Silvera 63
 Dixta Castillo de Méndez 255
 Domingo Díaz 60, 62
 Ebrahim Asvat 251, 252, 253, 300, 313, 316
 Edgardo Molino Mola 219

Eduardo Herrera 305, 313, 315
Eduardo Vallarino 247, 252, 325
Edwin Cabrera 17, 196, 216, 235, 249, 259, 290
Edwin Durling 54
Eglee Isava 250
Elihu Yale 69
Emilia Ehrman 37
Erasmus Méndez 202
Eric Arturo Delvalle 245, 248
Ernesto Zubieta 62
Ernesto Pérez Balladares 234, 306, 325, 326, 328, 330, 336
Ernesto T. Lefevre 25
Esther Watson de Abadi 200, 231, 262, 285, 286, 300, 311, 324
Eusebio Pedrosa 224
Fabián Echevers 199, 200
Federico Boyd 26,
Federico Humbert 54, 229
Felipe Camargo 255
Fernando Eleta 37
Fernando Manfredo 234, 292
Fernando Quesada 252, 254, 304, 305, 309
Florencio Harmodio Arosemena 63
Francisco Arias Paredes 32, 33
Francisco Arias Vallarino 32, 37, 197, 200
Francisco Estrada 31
Francisco Rodríguez 294, 296
Franklin Delano Roosevelt 19, 20
Gabriel Arosemena Jaén 202, 231
Gabriel Lewis Galindo 173, 250, 330
George Gurvich 96
German Gnegui 300
Gilbert Mallol 247
Gilberto Arias Guardia 176, 197, 232, 258
Guadalupe Rosenda Calderón Herrera de Arias (Lupita) 20, 28, 29, 32,
33, 37, 38, 40, 41, 42, 56, 57, 58, 59, 61, 62, 70, 72, 73, 75, 77, 78, 80,
81, 92, 95, 115, 172, 173
Guillermo Cochez 152, 172, 181, 188, 193, 201, 214, 219, 220, 233,
251, 252, 256, 258, 265, 287

- Guillermo Endara 224, 225, 248, 258, 260, 263, 267, 295, 297, 303, 305, 308, 309, 310, 311, 313, 314, 316, 325
- Guillermo Ford 267
- Guillermo Márquez Amado 202, 233, 237, 264, 265, 290
- Guillermo Márquez Briceño 255, 287
- Guillermo Wong 300
- Harmodio Arias 20, 29, 32, 107, 140, 168, 197, 258
- Harmodio Arias Madrid 62, 231
- Henry Harrison Culver 54
- Henry Morgan 34
- Hermel Rodríguez 247
- Honorio Quesada 106, 252
- Hugo Spadafora 18, 241, 243, 245, 251, 252
- Humberto Cisneros 247
- Humberto Macea 254
- Ignacio Arias Yániz 174, 260, 261, 295
- Ignacio Ellacuría 213
- Isabel Pérez Pérez 22
- Iván Alfaro 294
- Iván Robles 199, 233,
- Iván Romero 172, 202, 255, 264
- Jacques Derrida 96
- Jacques Maritain 80, 84, 85, 86, 87, 88, 89, 91, 99, 121, 212
- Jaime Alberto Arias Calderón 20, 39, 40, 41, 54, 58, 73, 95, 114, 294
- Jaime Alemán Healy 248, 249
- Javier Rupérez 331, 333
- Jean Piaget 96
- Joaquín Belisario Adolfo 23
- Joaquín Fernando Franco 258, 259
- Joaquín Vallarino Espinosa 54
- Joe Albenese 84
- John Bushnell 295
- John Carr 84
- John F. Kennedy 124, 125, 134
- John Milton 88, 89
- Jorge Abadía 234
- Jorge Elías Montemayor 248
- Jorge Illueca 133, 228

Jorge Pacífico Adames 258
Jorge Turner 226
José Agustín Arango 26
José Antonio Remón Cantera 62, 63, 73, 75, 77, 79
José Antonio Sossa 171, 188, 202, 214, 218, 219, 224, 233, 248, 289, 338
José Arsenio de Obaldía 255
José Clemente de Obaldía 72
José Dimas Cedeño 289
José Domingo Espinar 22
José María Aznar 341
José Napoleón Duarte 213
José Ramón de la Ascensión Arias Pérez 24
Joseph Grimes 81, 84, 90
Joshua Piza 25
Juan Antonio Tejada 232, 259, 263
Juan B Arias 27, 63, 138
Juan Bautista Feraud Álvarez 23
Juan José Vallarino 290
Juan Pablo II 87, 327
Juan Pablo Umanzor 31
Juan Pérez Soto 25
Juana Nepomucena María Matías de la Soledad Pérez 20, 21, 22, 340
Julio Rovi 202
Lagage 96
Laurencio Guardia 54
Laurentino Cortizo 338
Leonardo Kam 296
Leonidas Macías 249, 251, 254
Leslie Loaiza 255
Lino Rodríguez Arias 118, 171, 172, 339
Lisandro Delgadillo 31,
Lola Muñoz de Herrera 36,
Lolita Herrera de Midence 36,
Luis Eduardo Camacho 289
Luis Emilio Veces 181, 188, 202
Luis Guillermo Casco Arias 255
Luis Samudio 254

- Magdalena Herrera de Calderón 27, 29, 33, 36, 37, 38, 39, 40, 41, 57, 115
- Magdalena Herrera de Miró 36
- Manuel Amador Guerrero 26,
- Manuel Antonio Noriega 18, 226, 228, 229, 241, 245, 248, 249, 250, 251, 252, 253, 254, 257, 260, 263, 265, 284, 286, 287, 291, 296, 297, 300, 304
- Manuel Burgos 255
- Manuel Calderón Herrera 36
- Manuel Calderón Ramírez 29, 30,32, 33
- Manuel Cupas 300
- Manuel de Maguregui 39, 80, 83, 89, 92
- Manuel Espinosa Batista 26
- Manuela Clotilde Feraud Diez 22, 24
- Manuela de Jesús Diez Rodríguez 23
- Manuela Feraud Diez de Arias 24
- Manuela Vallarino de Saint Malo 194
- Marc Cisneros 295, 301
- Marcel Salamín Cárdenas 32, 188
- Marcelo Narbona 54
- Marco Aurelio Robles 73, 135
- Marcos Gregorio McGrath 99, 112, 126, 127, 128, 133, 134, 144, 221, 239
- María Bello de Guzmán 250
- María Ehrman 37
- María Esther Pacheco 37
- Mariano Gasteazoro 54
- Mario Galindo 227, 229, 260
- Marisol Bustamante de Romero 255
- Maritza Royo 261
- Martín Felipe Sosa 29
- Martín Sosa 59, 68, 71, 231
- Martín Torrijos 341
- Maruca Sacasa Arguello 31
- Max Arosemena 63
- Mayín Correa 242
- Mery Alfaro de Villageliú 247, 255, 263, 265, 300, 310
- Michael Kozak 257

Miguel Antonio Bernal 256
Milton Friedman 236
Milton Henríquez 227, 213, 248, 261, 293, 297, 324
Mireya Moscoso 258, 315, 325, 336, 338
Mirtza Franceschi de Aguilera 255
Mitchel Doens Ambrosio 330
Moisés Carrasquilla 106, 109
Moisés Giroldi 253, 286, 287, 294, 300
Narciso Garay Preciado 20, 106, 108
Nena Saavedra 194
Néstor Gutiérrez 213, 217
Nicanor de Obarrio 26
Nicolás Ardito Barletta 234, 236, 237, 242, 249, 249
Omar Jaén Suárez 21, 22, 24, 340
Omar Torrijos Herrera 107, 151, 161, 164, 180, 188, 191, 192, 195,
197, 221, 223, 225, 227, 234, 236, 237, 245, 253, 284, 336
Ornel Urriola Marcucci 106
Oscar Arnulfo Romero 213
Paul Ricouer 96
Pedro Pablo Espinosa 339
Querube Solís de Carles 262
Rafael Caldera 171, 212
Rafael Zúñiga 255
Ramón Arias Feraud 25
Ramón Arias Pérez 24
Ramón Lima 145, 255, 261, 264, 287, 289, 312, 313
Ramón Manuel Arias Calderón 20, 29, 39, 40, 41, 54, 58, 73, 231
Ramón Nicolás Arias Menéndez 20, 21, 22, 340
Ramón Ricardo Arias Arias 20, 27, 29, 32
Raquel Herrera de Miró 36
Raquelita Arango de Orillac 75
Raúl (Lul) Arango 54, 145
Raúl Figueroa 202, 263
Raúl Montenegro 307
Raúl Ossa 248
Raymond Aaron 96,
René Orillac 138, 310, 311, 315
Ricardo Alberto Arias 199, 200

- Ricardo Adolfo de la Guardia 58
 Ricardo Arias Feraud 24, 25, 26, 33, 303
 Ricardo Bermúdez Dutari 199
 Ricardo de la Espriella 223
 Rita Gasteazoro 54
 Robert G. Whalers 82, 84
 Roberto Armijo 305
 Roberto Arosemena Jaén 310
 Roberto Brenes 255
 Roberto Díaz Herrera 242, 245, 251
 Roberto Eisenmann 309, 310, 311, 326, 334, 335
 Roberto F. Chiari 61, 79, 108
 Roderick Esquivel 145, 237, 260
 Rodolfo Aguilar Delgado 117
 Rodrigo Miró Grimaldo 36
 Rogelio Fábrega 114
 Rómulo Escobar Betancourt 227
 Rosario Arias de Galindo 168, 190, 194, 198, 257, 295
 Rubén Arosemena 135, 136, 149, 151, 287, 336, 338
 Rubén Arosemena Valdés 255, 261
 Rubén Blades 325
 Rubén Darío 117, 177, 312
 Rubén Darío Carles 176, 229, 232, 257, 263, 325
 Rubén Darío Paredes 223, 235
 Rubén Miró Guardia 36
 Ruth Ehrman 37
 Salvador Calderón Ramírez 29, 30, 31, 32, 33
 Samuel Lewis Arango 57, 58, 62, 70, 72, 73, 95, 173
 Sebastián Laboa 256
 Sergio Rodríguez 219
 Silvia Alfaro 294
 Simón Bolívar 21
 Sofonías Salvatierra 31
 Temístocles de Obaldía 218, 243, 259, 289
 Temístocles Díaz 62, 145
 Terence Ford 54
 Teresita Yániz de Arias 99, 111, 112, 113, 114, 130, 146, 192, 233, 237,
 244, 249, 250, 251, 252, 265, 266, 289, 294, 300, 324, 327, 336, 338


Tita Pacheco 37
Tomás Arias Ávila 26, 33
Tomás Herrera 30
Valerio Araúz 219, 220, 232, 244, 247, 264, 285, 287, 302
Vinicio Cerezo 213
Violeta Barrios de Chamorro 213
Virgilio Ramírez 255
Walter Watson 286
Warland De Janón 255
Winston Robles 199
Winston Spadafora 337, 338
Yolanda Eleta 37

Bibliografía

- Alfaro de Villageliú, Mery. Carta al doctor Roberto Arosemena Jaén, 21 de abril de 1990
- Araúz, Valerio. Entrevista
- Arias Calderón, Ricardo . Testimonios
- Arias Calderón, Ricardo Caridad y Acción Político-Social. El Panamá América 24 de agosto de 1964.
- Arias Calderón, Ricardo Carta al doctor Rubén Arosemena, presidente del PDC, abril de 1964.
- Arias Calderón, Ricardo. CON LIBERTAD: Reflexiones de Actualidad 1996-1997, página 102. Incep, Guat. 1998.
- Arias Calderón, Ricardo Situación Política de Panamá, octubre de 1983
- Arias Calderón, Ricardo, Democracia y Vida Política Críticas y propuestas, abril 1999, segunda parte página 8.
- Arias Calderón, Ricardo, julio 2000. Democracia sin Ejército. Fundación Arias, página 19
- Arias Calderón, Ricardo. 37 años de vida universitaria, Panamá América 8 de julio de 2001
- Arias Calderón, Ricardo. Alocución ante la Comisión Política del PDC, septiembre de 1980
- Arias Calderón, Ricardo. Camino al consenso sobre una política de Seguridad. Panamá América, mayo 28 2000
- Arias Calderón, Ricardo. La Problemática de la Iglesia en Panamá. 1963
- Arias Calderón, Ricardo; Democracia sin ejército, página 55
- Arias de Galindo, Rosario El Camino Recorrido
- Arias Yániz de De Obaldía, María de los Ángeles. Testimonio
- Arias Yániz Martín. Testimonio
- Arias Yániz, Ignacio Manuel Testimonio
- Bermúdez Dutari, Ricardo J. Prólogo a Democracia y Vida Política Críticas y Propuestas. Abril de 1999
- Bermúdez Valdés, Julio Semblanza de Marion C. de Martin, Panamá América, 2004
- Bermúdez Valdés, Julio. Universidad de Panamá: Por la República y con la República,
- Calderón Ramírez, Salvador. Últimos días de Sandino,

- Calderón, Lupita y Adela. Cartas a Ramón Manuel, Ricardo y Jaime Alberto, década del 40 y 50, Casa Cultural La Historia de la Universidad de Yale
- Celestino Andrés Araúz y Patricia Pizzurno. Las elecciones de 1984 y el ascenso de Ardito Barletta. Panamá América
- Centro Intercultural de Documentación en Cuernavaca (CIDOC, 1961-1976).
- Cochez, Guillermo, Entrevista
- Dialogo Social, octubre de 1969
- Diario de las Américas, 13 de febrero de 1978
- Donoso E. Fermín. C.S.C. Biografía de Marcos Gregorio McGrath
- Ecos del Valle, junio 19 de 1959
- Eikasia, Revista de Filosofía. Panorama de la filosofía francesa contemporánea. Marzo 2006
- Eisenmann Roberto I., Historia de La Prensa
- El País, mayo 22 2005, página 51
- El Panamá América, 24 de octubre de 1998
- El Panamá América, 5 de mayo de 1966 página 2
- Enciclopedia libre Sobre la Academia de Culver
- Estrella Verde, Boletín informativo del PDC, 15 de noviembre de 1965, Línea Política, página tres
- González Revilla, Antonio. Ciudadano Universal. Primera edición 2012 página 200
- Gráfico, sábado 24 de agosto de 1963
- Historia de la Teología en América Latina, capítulo tercero, Sexta época, primer período página 72.
- Jaén Suárez, Omar La Saga de los Arias en Panamá
- Jaén Suárez, Omar Las Negociaciones sobre el Canal de Panamá 1964-1970,
- Jaén Suárez, Omar. Las negociaciones de los tratados Torrijos-Carter 1970-1971 Tomo 1, página 35
- La Estrella de Panamá, 9 de noviembre de 1963
- La Prensa, martes 18 de marzo de 2003
- La Prensa, octubre 4 1983. En Pocas Palabras.
- La Realidad Nacional y los Tratados sobre el Canal de Panamá de 1977.
- Lima, Ramón. Carta al contralor Rubén Darío Carles , 30 de noviembre de 1990.

- Manifiesto, Democracia Cristiana
- María Teresa Testimonio
- Marrero, Vicente. Jacques Maritain en Forjadores del Mundo Contemporáneo, Tomo IV
- McGrath, Marcos Gregorio. Homilía en la misa funeral por el general Omar Torrijos Herrera, 4 de agosto, 1981
- Mezquita, Rafael. “mezquita@sinfo.net” martes 18 de marzo para Ricardo Arias Calderón
- Paredes, Rubén Darío. Entrevista
- Partido del Pueblo. Sexto Pleno del Comité Central, 1956
- Partido Demócrata Cristiano, Programa de gobierno enero de 1964, página 9
- Pedreschi, Carlos Bolívar. Entrevista
- Periódico Gráfico, 29 de junio de 1963, página 4
- Periódico Gráfico, sábado 18 de julio de 1964
- Quintero, César. En Estudios de Derecho Constitucional Panameño de Jorge Fábrega P. página 90.
- Revista Análisis agosto de 1998 página 8
- Ritter Aislán, Eduardo. Vértice, 1965
- Ritter Aislán, Eduardo. Una carta del profesor Ricardo Arias Calderón. Vértice, 5 de agosto de 1963.
- Ritter Aislán, Eduardo. Vértice Armonía Universitaria, 1963
- Roberto Papini Jacques Maritain, filósofo de la política.
- Rosas, Jorge Rubén. Huellas de mi andar, Universal Book
- Rupérez, Javier. Prólogo al libro Democracia Cristiana entre la identidad y la apertura de Ricardo Arias Calderón. Edición noviembre de 1999.
- Salamín Cárdenas, Marcel Pancho Arias y su época.
- Salas, Eligio. Espirales de la Vida, 2005.
- Sossa, José Antonio. Entrevista
- Testimonio Arias Yániz de Vallarino



*“El país no puede seguir
siendo prisionero de su
pasado, la memoria esta viva
pero el futuro esta abierto”.*

24 DE AGOSTO DE 2001

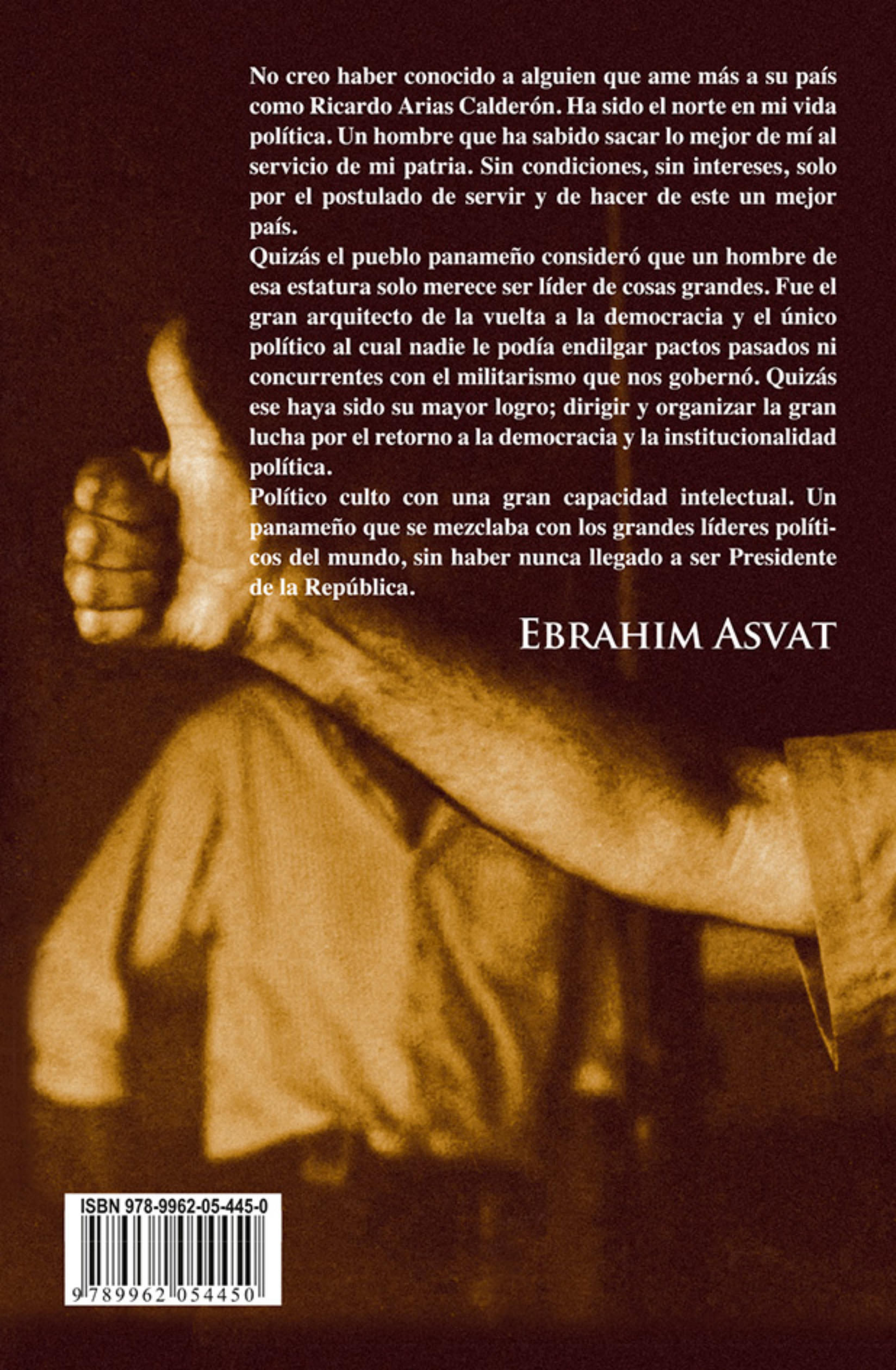
Ricardo Arias Calderón



JULIO BERMÚDEZ VALDÉS
RICARDO ARIAS
CALDERÓN

*Pensador y Constructor
de Democracia*





No creo haber conocido a alguien que ame más a su país como Ricardo Arias Calderón. Ha sido el norte en mi vida política. Un hombre que ha sabido sacar lo mejor de mí al servicio de mi patria. Sin condiciones, sin intereses, solo por el postulado de servir y de hacer de este un mejor país.

Quizás el pueblo panameño consideró que un hombre de esa estatura solo merece ser líder de cosas grandes. Fue el gran arquitecto de la vuelta a la democracia y el único político al cual nadie le podía endilgar pactos pasados ni concurrentes con el militarismo que nos gobernó. Quizás ese haya sido su mayor logro; dirigir y organizar la gran lucha por el retorno a la democracia y la institucionalidad política.

Político culto con una gran capacidad intelectual. Un panameño que se mezclaba con los grandes líderes políticos del mundo, sin haber nunca llegado a ser Presidente de la República.

EBRAHIM ASVAT

ISBN 978-9962-05-445-0



9 789962 054450